



La historia reciente y los usos públicos del pasado Milancias, etnicidad y políticas de memoria desde Argentina

Patricia Flier, Emmanuel Kahan,
Santiago Cueto Rúa, Nicolás Herrera
(Coordinadores)



EDICIONES
DE LA FAHCE

La historia reciente y los usos públicos del pasado Militancias, etnicidad y políticas de memoria desde Argentina

**Patricia Flier, Emmanuel Kahan,
Santiago Cueto Rúa, Nicolás Herrera
(Coordinadores)**



2025

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de tapa: Sara Guitelman

Editor por Ediciones de la FaHCE: Francisco Ardiles

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2025 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-2587-9

Colección Pasados Presentes, 8

Cita sugerida: Flier, P., Kahan, E., Cueto Rúa, S. y Herrera, N. (Comps.). (2025). *La historia reciente y los usos públicos del pasado: Militancias, etnicidad y políticas de memoria desde Argentina*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; IdIHCS. (Pasados Presentes ; 8). <https://doi.org/10.24215/978-950-34-2587-9>

Disponible en

<https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/256>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Martín Legarralde

Secretario de Asuntos Académicos

Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Fabio Espósito

Secretario de Investigación

Marcelo Starcenbaum

Secretario de Extensión Universitaria

Jerónimo Pinedo

Prosecretaria de Publicaciones y Gestión Editorial

Verónica Delgado

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
(IdIHCS-UNLP/CONICET)

Director

Juan Antonio Ennis

Índice

Introducción

Patricia Flier..... 7

Primera parte

Memorias y usos del pasado

Usos y representaciones de las historias
y héroes patrios durante el ciclo de celebraciones centenarias
en América Latina (1878-1930)

María Laura Amorebieta y Vera 29

Una fiesta en dictadura Inmigración, política y memoria
en la ciudad de Berisso

Nicolás Herrera 51

“¿Por qué siempre nos enseñan lo malo del nazismo?”

Memoria y negacionismo como problemas pedagógicos

Emmanuel Kahan 79

Trazas materiales de memoria: Hacia la construcción
de una narrativa sobre la memoria del pasado dictatorial
(1976-1983) en el Museo de Arte y Memoria de la ciudad
de La Plata

Pamela Dubois..... 105

Segunda parte

Memorias y militancias

<u>Experiencias militantes y memorias revolucionarias (im)posibles</u>	
<u>Andrea Raina</u>	<u>141</u>
<u>Notas para pensar las experiencias militantes juveniles en la Argentina y sus enfoques teóricos y metodológicos (1968-2020)</u>	
<u>Mariana Paola Vila.....</u>	<u>173</u>
<u>Experiencias, saberes y prácticas de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo</u>	
<u>María Emilia Nieto</u>	<u>209</u>
<u>El proceso de identificación feminista en mujeres sindicalistas de la Asociación Bancaria (2015-2019)</u>	
<u>Victoria Estermann.....</u>	<u>239</u>
<u>Entre la distancia y el compromiso. Una reflexión acerca de la experiencia de trabajo con/sobre las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina</u>	
<u>Santiago Cueto Rúa</u>	<u>263</u>
<u>Quienes escriben</u>	<u>291</u>

Introducción

Patricia Flier

Esta presentación da cuenta de la labor de los y las integrantes del equipo de investigación que tengo el orgullo de dirigir en el marco de un proyecto de investigación y desarrollo que lleva por título *La historia reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina*. Un esfuerzo colectivo que se inscribe en el campo de estudios de la historia reciente en Argentina y que ha sido un desafío intelectual desarrollado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), unidad académica de la Universidad Nacional de La Plata, institución pública que se ha convertido en espacio privilegiado para la consolidación de una nueva forma de escritura de la historia, una apuesta científica que reconoce una genealogía que me parece muy pertinente recuperar.

En este sentido, considero oportuno señalar que este texto introductorio, que escribo en enero de 2024, centra su atención en los inicios del siglo XXI, cuando habitadas/os por la crisis del 2001 —tiempo que nos convocaba por la necesidad de explicar los alcances de la postrera dictadura y las consecuencias de esta “última catástrofe” (Rousso, 2018, p. 23)—, fuimos dando nuevos pasos en la creación de espacios de reconstrucción de la tarea investigativa en la FaHCE, lideradas/os por quien fue nuestro maestro, el doctor José Panettieri.

La bisagra de la crisis nos volvía a poner en escena —una vez más— la vulnerabilidad de la Argentina, debido al peso de la restricción externa en una economía dependiente y periférica, de las múltiples complicidades de “los que todo tienen” y los efectos diferenciados de las consecuencias de la crisis sobre los trabajadores y las trabajadoras. Frente al descrédito de la política y lo político, manifestado en las calles por sectores sociales empobrecidos, nuestro maestro, “el Pane”, nos invitaba a mirar el pasado para comprobar la fuerza constante del imaginario de los poseedores del poder, quienes volvían a expoliar a la mayoría de los argentinos y las argentinas, quedando indemnes y siempre ganadores, dueños del capital más concentrado —ahora asociado con el trasnacional— cuya alianza habían comenzado a tramar durante el golpe militar de 1976.

José Panettieri fue víctima directa de la dictadura, así como todos/as los/as integrantes de su equipo de investigación de entonces. Él estuvo secuestrado en el edificio que hoy es nuestra casa de estudios: el Batallón de Infantería de Marina 3 (BIM 3). Justamente en ese lugar donde habitó el horror, se erige desde 2014 nuestro espacio de enseñanza-aprendizaje y de reflexión sobre las heridas del pasado y sus consecuencias en el presente. Panettieri salvó milagrosamente su vida y vivió obligado el exilio en Bolivia. A su regreso, fue convocado a poner en marcha un proceso trascendente: la normalización universitaria desde la FaHCE, habilitada por la recuperada democracia en 1983. Ello ofreció enormes posibilidades de reencontrar a los/as actores/as que volvían del exilio o del insilio, intelectuales poseedores de pensamiento crítico y con destacadas trayectorias.

Esta enorme labor contribuyó a (re)crear centros de investigación, renovar los programas de las carreras tradicionales y reponer las carreras cerradas. También a repensar los estudios de grado y posgrado, el sentido situado de la universidad y, especialmente, la formación de recursos humanos, luego del flagelo que la dictadura representó en

el campo de las ciencias sociales con la imposición del terror por el secuestro, desaparición o expulsión de los/as actores/as más comprometidos en la construcción de un mundo inclusivo y más justo.

Es cierto que los primeros años de la década de 1980 fueron una inspiración y una posibilidad de consolidar un proyecto de país con que la democracia nos ilusionaba, y con ello, la oportunidad de recrear una universidad empeñada en fortalecer los debilitados lazos sociales y reparar los retrocesos del pensamiento científico con compromiso social. En nuestra Facultad, uno de esos espacios (re)creados, sobre la base del entonces existente Centro de Estudios de Historia Económica, fue el Centro de Investigaciones Socio Históricas. Fundado en 1987 y dirigido por Panettieri, el CISH significó una modificación de la estructura, los fines y las misiones con el objetivo de promover las investigaciones de temas vinculados con la historia social contemporánea. Unos años después nació la prestigiosa revista científica *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, que reunió en su comité académico inicial a Luis Alberto Romero, Ricardo Rivas y Alfredo Pucciarelli, a los que se sumaron prontamente los destacados colegas José Szabón y Waldo Ansaldi, y en la que me desempeño, desde 1996, como secretaria de Redacción. La revista se ha convertido desde entonces en un ámbito de reflexión e interpelación, con el cometido explicitado en su primer número:

Dado que la intervención militar había destruido los avances logrados en nuestra disciplina, nos tocó reconstruir el espacio científico de las ciencias sociales. Por supuesto que la tarea a emprender resultaba compleja, sobre todo en una sociedad que desde entonces se halla inmersa en una profunda crisis, relegando al pensamiento científico y al conocimiento social a un papel secundario (*Cuadernos del CISH*, 1996, p. 7).

Los años noventa marcaron a fuego a la sociedad argentina por los cambios forzados por la reforma política del Estado y el modelo

neoliberal que Carlos Saúl Menem imponía desde la conducción: descentralización, privatización, flexibilización laboral y focalización de las políticas sociales para contener el empobrecimiento generalizado. En 1995, el gobierno diseñó un nuevo proyecto de universidad con la Ley de Educación Superior (LES), una de las primeras modificaciones implementadas en América Latina para adecuar una “nueva institucionalidad” a la ideología vigente de esta década en el intento más fuerte por homogeneizar y centralizar la educación superior.

En ese marco, la universidad resistió y creó nuevos espacios de reflexión que fortalecieron los encuentros entre la producción intelectual de América Latina y Europa. Se reformó el programa del Doctorado en Historia de la FaHCE, instancia que abrió la posibilidad de entablar diálogos enriquecedores sobre las experiencias traumáticas y cómo abordar esos pasados desde el campo historiográfico. Esta renovación historiográfica incluyó nuevos intereses, para incorporar en ellos no solo los acontecimientos políticos y las estructuras sociales, sino también la historia de las mentalidades, la de la vida cotidiana, la de la cultura material, la historia del cuerpo, los estudios del imaginario, los de la memoria, entre otros.

Esta renovación temática requirió de importantes transformaciones y de enriquecimientos en la tarea de los historiadores y las historiadoras, notas clave de una nueva época y de otra historia. Inicialmente, nuestras indagaciones fueron abordadas desde la perspectiva de una renovada historia social, interpretativa y crítica, que se preocupaba por los grupos sociales, que colocaba el objeto de la historia en coordenadas sociales y económicas, reemplazando el relato fáctico positivista, desde una perspectiva que se propuso superar la ilusión de objetividad del historiador y la historiadora y la supuesta neutralidad axiológica, y la sustituyó por un involucramiento ético y político que lo/la obligara a reflexionar sobre sus prácticas y métodos.

Una historia que replantea la relación del historiador y la historiadora con su objeto en varios sentidos. En primera instancia, una relación nueva entre el pasado y el presente. La historia es concebida no como resultado de unos datos exteriores al/la historiador/a, sino que, desde los datos, es construida por nosotros/as. En el ordenamiento, en la selección, incluso en las formas de narrar esos hechos, está tramada la interpretación del historiador y la historiadora, sus preguntas, las maneras de interpelar esos datos. Así, la interpretación del pasado depende en gran medida de los desafíos, los interrogantes, incluso de las angustias del presente, más que de la “materia prima” del pasado.

Esa actitud también lleva a ponderar más las preguntas que las respuestas. Por eso se requieren marcos teóricos, caminos metodológicos, interrogantes más complejos que la mera causalidad lineal, y por ello se apela a otras disciplinas. La historia social dialoga con la geografía, la sociología, la economía, la literatura, la política, el psicoanálisis, entre otras. Esto guarda relación con otra manera de pensar los sujetos y predicados de la historia: ya no los “grandes hombres”, sino los colectivos y las estructuras en el tiempo. Se retorna al sujeto y a los análisis microhistóricos, tanto temporales como espaciales, que se enriquecieron con los aportes del marxismo inglés (Funes y López, 2010).

Ahora bien, se abrieron campos temáticos novedosos, como la historia de la vida y la muerte, de la infancia, de la vida cotidiana, de la sociabilidad. Incluso un retorno a la historia política, o, mejor, del poder; el género biográfico, las memorias colectivas y los lugares de memoria. Ya en los inicios del siglo actual, en nuestro país, la nueva agenda de la historia social en general y los estudios sobre el pasado reciente en particular, ocuparon y demandaron un nuevo posicionamiento de los programas de estudios e investigación.

Con los y las colegas compartimos desvelos metodológicos y la profunda convicción de que teníamos —y tenemos— la necesidad y

la obligación de generar espacios de intercambio y producción en el campo académico. Dos escenarios diferentes, pero complementarios. Por un lado, tuvimos que revisar nuestra “caja de herramientas” para abordar un tema que interpela por igual a historiadoras/es, ciudadanas/os y al ser humano. Como nos explica Gerardo Caetano (2008):

Al primero le impone, por ejemplo, la necesidad de aceptar el reto de repensar sus categorías y métodos, desbordados cognitivamente por las experiencias del terror; le exige reordenar la tensión entre sus registros de las historias personales y colectivas, entre lo particular y lo general, lo privado y lo público; le plantea una vez más la necesidad de historiar con rigor el pasado reciente; le demanda una mayor conciencia respecto a lo vano de pretender monopolizar “*el relato de la tribu*” o la reconstrucción de la memoria colectiva; lo estimula a converger —desde las reglas intransferibles de su disciplina— en una faena que es más plural y que requiere de otros saberes; entre otras exigencias (pp. 203-204).

En 2007 se publicó un texto que se convirtió en la piedra de toque en nuestro país: *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* fue el intento más acabado por definir el campo; en este sentido, siguiendo a sus compiladoras Marina Franco y Florencia Levín, se sostiene que la historia del pasado reciente es hija del dolor. Es hija, en este caso, del terrorismo de Estado, que, al crear un estado de excepción, dio lugar a una experiencia extrema que provocó una lesión emocional —y por extensión, cognitiva— con efectos perdurables y subyacentes a la continuidad de la existencia social. Unos/as treinta mil desaparecidos/as denunciados/as por los organismos de defensa de los derechos humanos, cuatro mil asesinados/as, miles de presos/as y cesanteados/as, decenas de miles de exiliados/as representan la cúspide del terrorismo de Estado. De modo que no hay dudas de que se trata de un trauma de alto alcance social, o por lo menos, lo es para las y los que lo hemos experimentado así (Alonso, 2007).

Pero la especificidad de la historia reciente no solo radica en que es hija de dolor, pues podríamos sostener que toda la historia de la humanidad puede ser pensada a partir del dolor —y, por ende, toda la historiografía—. Lo que le otorga un carácter distintivo es nuestra decisión de entender que este concepto la engloba y la explica desde una decisión ética y política. Dicho de otro modo, la amplia gama de investigaciones sobre eventos traumáticos o de alto impacto social en diversas sociedades, demuestra que es un criterio que ha intervenido en la delimitación del objeto de estudio de la historia reciente. Un criterio que no responde únicamente a demandas disciplinarias, sino sociales, éticas y también políticas.

Un camino para fijar marcos ha sido el de recurrir a una cronología para otorgarle la especificidad. Elección que no ha estado libre de tensiones al momento de establecer fechas de inicio y de cierre, ni en el plano internacional ni en el nacional. Así, se reconoce que no se trata tan solo de fijar una cronología para otorgarle especificidad, sino que se acuerda que esta se sustenta más bien en un régimen de historicidad particular basado en diversas formas de coetaneidad entre pasado y presente: la supervivencia de actores y protagonistas del pasado en condiciones de brindar sus testimonios al historiador y la historiadora, la existencia de una memoria social viva sobre ese pasado, la contemporaneidad entre la experiencia vivida por el historiador y la historiadora y ese pasado del cual se ocupa. Si bien esta determinación intenta superar las limitaciones de una cronología, sabemos que no deja de ser en cierto sentido insuficiente, ya que el recorte se fundamenta o bien en cuestiones metodológicas (la posibilidad de trabajar con historia oral) o bien en un criterio ciertamente egocéntrico: la coetaneidad del historiador y la historiadora con el pasado. En síntesis, como afirman Franco y Levín (2007):

Tal vez la especificidad de esta historia no se defina exclusivamente según reglas temporales, epistemológicas o metodológicas

sino, fundamentalmente a partir de cuestiones siempre subjetivas y siempre cambiantes, que interpelan a las sociedades contemporáneas y que transforman los hechos y procesos del pasado cercano en problemas del presente (p. 35).

Por otro lado, en este camino nos encontramos indefectiblemente con el vínculo entre historia y memoria y con la imperiosa necesidad de explicarlo, ya que son dos registros diferenciados de apropiación del pasado. La memoria puede señalar desde la ética y la política cuáles son los hechos de ese pasado que la historia debe preservar y transmitir (LaCapra, 2009), o transformarse en una fuente privilegiada —no neutral— para la historia ante la imposibilidad de acceso a otras fuentes. Por su parte, la historia puede ofrecer su saber disciplinario para advertir sobre ciertas *alteraciones* en las que se asienta la memoria (Jelin, 2002) sin por ello anteponer “verdad histórica” a “deformación de la memoria”. La memoria es un conjunto de recuerdos individuales y de representaciones colectivas del pasado. La historia es un discurso crítico sobre el pasado: una reconstrucción de los hechos y los acontecimientos pasados tendiente a su examen contextual y a su interpretación. La historia se nutre de la memoria y puede historiarla. No obstante, cabe señalar que el estudio de la memoria colectiva se fue constituyendo progresivamente en verdadera disciplina histórica. Como bien explica Enzo Traverso (2012) “las relaciones entre memoria y la historia se han vuelto más complejas, a veces difíciles, pero su distinción nunca ha sido cuestionada y sigue siendo un logro metodológico esencial en el seno de las ciencias sociales” (p. 282).

En este sentido es clave el quehacer del historiador y la historiadora, ya que tiene que hacer una historia crítica y no estar al servicio de la memoria. Escribir la historia puede también ser muy útil para que una sociedad elabore una conciencia, para que enfrente los problemas que tiene con su pasado y construya su propia identidad. El oficio del historiador y la historiadora tiene también esas consecuencias. Pero

no puede trabajar poniéndose al servicio de un proyecto de logro de justicia, un proyecto de reivindicación memorial. Por supuesto, puede tener su compromiso político como ciudadano/a, pero si concibe su trabajo de investigación al servicio de un proyecto político las consecuencias pueden ser deletéreas. No se trata de defender la visión ilusoria de una neutralidad axiológica de las ciencias históricas, sino de defender el principio de la independencia crítica del historiador y la historiadora (Flier, 2011).

A la independencia crítica yo le sumaría sensibilidad. Sensibilidad con preocupación ética, puesto que la narración histórica tiene incumbencias políticas inmediatas y las narraciones que se producen refieren a —y actúan sobre— sujetos que están vivos y que son sus destinatarios preferentes. Los/as historiadores/as no pueden refugiarse meramente en los argumentos de “objetividad” o en la “cientificidad”, y desentenderse de las consecuencias del relato. Cuando se escribe un artículo sobre los campos de concentración o sobre la militancia o experiencias traumáticas, tienen que saber que hay un destinatario, un testigo, una persona que fue parte de esa experiencia, con quien se está dialogando de alguna manera. Y que ese/a lector/a, en muchos casos, es sobreviviente de situaciones de extremo dolor y sufrimiento. Claro que esto no debe confundirse con la suspensión de la perspectiva crítica; al contrario, diría que sensibilidad y criticidad son, en realidad —como sostiene Pittaluga (2010)— las compañeras de ruta del historiador y la historiadora del pasado reciente.

De modo que nuestra tarea, encarada con un enfoque multidisciplinario o interdisciplinario e integrando mejores herramientas metodológicas, nos ha permitido escribir la historia de la mejor manera posible. La historia reciente se co-constituye (o queremos que así sea) en un diálogo y una escucha atenta a las demandas e interpelaciones que ese pasado le formula al presente, por lo cual deja de concebirlo como cerrado, finalizado. La historia deja de ser algo clausurado para

pensarse en un nuevo régimen relacional entre pasado, presente y futuro (Pittaluga, 2010).

Ahora bien, en el actual marco social y político, nuestra labor profesional adquiere renovados sentidos. El mundo actual se presenta como un escenario plagado de violencias e incertidumbres, ya que el capitalismo en su versión neoliberal está lanzando un ataque devastador de alcance global. Esta oleada neoliberal y conservadora afecta tanto a las sociedades desarrolladas cuanto a las periféricas como las nuestras. Pero los alcances son diferentes. En Argentina, el tiempo de la instauración de un nuevo orden —cuando las distancias entre los que tienen todo y los que nada tienen se agigantan— recurre a los más sofisticados recetarios. Entre estas estrategias se despliegan los intentos de banalización, negacionismo y, fundamentalmente, de borramientos de memorias para que los pueblos olviden su historia y, con ello, sus luchas y los derechos adquiridos.

Tan peligrosos como esta política de olvido son los usos del pasado para la instalación de lógicas antidemocráticas, meritocráticas, individualistas, que intentan moldear a las sociedades con principios que lesionan la idea de lo colectivo, de la solidaridad y del respeto al bien común. Toda la América tiene ejemplos contundentes de lo dicho y, por supuesto, Argentina no escapa a esta situación. De tal forma que, frente a las batallas por la construcción de sociedades con inclusión, con equidad y con solidaridad, se erigen estrategias de resistencia y, justamente, en el seno de ellas emergen las memorias y las historias de las memorias.

Existe una demanda social —urgente y presente— que nos interroga y nos interpela para encontrar anclajes que intenten comprender *qué* está pasando, *por qué* está pasando y *cómo* es posible. Y, en demasiadas ocasiones, los/las que hacemos historia reciente sentimos la insistente mirada de buena parte de nuestros/as connacionales, quienes esperan que, desde nuestra pericia, brindemos respuestas só-

lidas y contundentes, ya que nuestro oficio se basa en ello: describir, explicar, buscar la verdad. En virtud de ello, hemos asumido la tarea de ejercer la historia reciente para resignificar y disputar, complejizar e intervenir en el presente, y así cuestionar y desnaturalizar, implicándonos como sujetos históricos, atendiendo a la necesaria distancia crítica que, al mismo tiempo, no implica la neutralidad (Servetto, 2021).

En la segunda década del siglo XXI este campo de estudios ya está consolidado. Pudimos dejar atrás de manera definitiva el estigma de que los historiadores y las historiadoras no hemos sabido abordar la dictadura y ese pasado de radicalización de las violencias de los años setenta, resignando que la incumbencia de la producción bibliográfica e intelectual estuviera a cargo exclusivamente de los/as otros/as profesionales del campo de las ciencias sociales.

Podría pensarse, entonces, que los objetivos trazados han sido cumplidos. Hemos tenido una activa participación como formadoras/es de estas/os jóvenes investigadoras/es y hemos producido conocimiento para la ampliación de la conciencia histórica. Nos hemos formulado la siguiente pregunta: ¿para qué la historia reciente?, y obtuvimos como respuesta la absoluta convicción de que el ejercicio de una mirada crítica sobre los acontecimientos del pasado reciente y del presente tiene la potencial capacidad explicativa que va más allá de otros relatos y representaciones, y que se sustenta en que su objeto ha sido construido científicamente y sometido al control del campo profesional (Cattaruzza, 2010).

Estas ideas forman parte de nuestro compromiso como investigadoras e investigadores de la historia reciente, pero también como ciudadanas y ciudadanos que entendemos que el conocimiento de la historia argentina reciente continúa siendo una empresa necesaria para iluminar este pasado que, por sus cualidades, nos sigue interpelando como sociedad. Y también porque comprendemos que con

ello se expresa el compromiso ineludible con la vigencia presente y futura del respeto irrestricto de la defensa de los derechos humanos.

Como equipo nos hemos sumado a trabajar en este campo de estudios, asumiendo una actitud ética y política en el compromiso por la indagación de la verdad, que se propone realizar ejercicios continuos en la búsqueda de significados, de los sentidos, de los argumentos y sus contradicciones, molestando las narraciones dominantes al evocar, escuchar y expresar a los “fantasmas” negados del presente y del pasado. Desde esta concepción trabajamos intensamente en los últimos años y lo que presentamos en esta publicación son avances y resultados de estudios de mayor magnitud. Son producto de tesis de maestría y de doctorado que avalan el crecimiento intelectual y la consolidación de carreras individuales, pero que piensan colectivamente, resultado de los intercambios, debates y lecturas compartidas durante las sesiones de trabajo sostenidas durante mucho tiempo.

Estos textos reflexionan y problematizan de manera profunda y situada los usos públicos del pasado, las políticas de la memoria en América Latina —con especial énfasis en nuestro país—, así como las modalidades y reactualizaciones que adquirieron y adquieren las militancias en su sentido más amplio. Se construyó un diálogo interdisciplinario que complejizó los debates sobre las dimensiones epistemológicas y metodológicas de las problemáticas en estudio, enriqueciendo, desde el diálogo de saberes y el uso de las diferentes perspectivas teóricas y empíricas, el abordaje de las líneas centrales en un enfoque original.

Además, el proyecto traducido en los capítulos que aquí presentamos, aportó conocimientos empíricos para el tratamiento de estos usos públicos del pasado y las políticas de memoria atendiendo a distintas experiencias. Estas abarcan desde el recorrido por los estudios centrados en la producción de políticas de memoria (y prácticas de olvido), integrando una amplia cantidad de trabajos abocados a ana-

lizar políticas públicas, sitios y lugares de memoria; el seguimiento de las militancias políticas, comprendiendo tanto a las agrupaciones políticas de los años sesenta y setenta como a la inscripción de ese pasado en experiencias políticas actuales (agrupaciones políticas con presencia de jóvenes militantes, organizaciones de derechos humanos, agrupaciones sindicales, espacios de género, colectivos artísticos-políticos, etc.), y, paralelamente, desde el abordaje específico sobre lo étnico y la memoria, incluyendo distintos actores sociales y grupos migrantes que elaboran y (re)crean representaciones y relatos del pasado pujante en el tejido de la memoria social.

Finalmente, un aporte no menor: los capítulos están escritos en primera persona y en diálogo con los compañeros y las compañeras para incidir en la profundización de una nueva forma de escritura de la historia contemporánea. Nuestras subjetividades están claramente explicitadas y nuestra experiencia personal marca los derroteros de los temas tratados. El Yo del historiador y la historiadora ingresó para quedarse definitivamente en el campo historiográfico, lo que nos demanda mayores cuidados teórico- metodológicos, una distancia crítica reforzada y una reflexión acabada sobre nuestro quehacer. Escribir buena historiografía también es dar cuenta de nuestras subjetividades y de pasiones interpeladas por nuestro objeto de estudio, y desde allí, encontrar las explicaciones que la sociedad y el campo científico nos demandan.

En último lugar, a modo de conclusión de este breve escrito, cabe destacar que las coordenadas están trazadas, el utillaje metodológico y epistémico consolidado y una nueva generación de historiadoras/es está abocada a escribir una buena historia, comprometida con las reglas del oficio y confiada en el compromiso crítico del/la intelectual con su tiempo. Relevo generacional que memora con un enorme reconocimiento a un gran maestro que abrió las puertas a la consolidación de este campo de estudios en la Facultad de Humanidades y Ciencias

de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, el doctor José Panettieri, quien al regresar de su exilio causado por la última dictadura y reinsertarse en la UNLP nos enseñó y nos legó el compromiso de amar el oficio de historiador/a y a trabajar en el afianzamiento de los espacios académicos para la escritura de la historia argentina.

Los capítulos

El texto está dividido en dos grandes áreas de interpelación sobre las que trabajamos. En primer lugar, cuatro investigadoras/es reflexionaron sobre los usos del pasado y otras/os cinco sobre militancias. Así, la primera parte se inicia con el capítulo escrito por María Laura Amorabieta y Vera, titulado *Usos y representaciones de las historias y héroes patrios durante el ciclo de celebraciones centenarias en América Latina (1878-1930)*. Allí, su autora se apoya en la escala trasnacional para trazar un recorrido por los usos del pasado efectuados por las élites políticas y letradas en América Latina durante el ciclo de celebraciones centenarias desplegado entre finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, cuando la reflexión acerca de la Nación y el continente adquirió una importancia decisiva en toda la región. De esta forma, demuestra que el análisis de los usos del pasado en torno a los héroes e historias patrias posibilita ahondar en los procesos de conformación de las identidades colectivas, en la construcción y revisión de las memorias históricas y en el vínculo entre esas operaciones con los problemas del poder y la gobernabilidad, al igual que con las contiendas por la hegemonía política y cultural.

En el segundo capítulo, anclado en la ciudad de Berisso, localidad de la provincia de Buenos Aires, y titulado *Una fiesta en dictadura. Inmigración, política y memoria en la ciudad de Berisso*, Nicolás Herrera nos invita a pensar sobre el origen y los múltiples sentidos que ha adquirido la Fiesta Provincial del Inmigrante desde su creación en 1978 hasta el año 2017. Un objeto de estudio que, en líneas generales, constituye una excusa para abordar otras temáticas: la política cultu-

ral de la última dictadura cívico-militar, la construcción de memorias colectivas y los usos públicos del pasado. Con rigurosidad metodológica, su trabajo se sostiene por el análisis de fuentes documentales (escritas y visuales), la realización de entrevistas en profundidad y observaciones participantes que dan solidez y originalidad a un tema de importante gravitación para volver a visitar los nudos entre inmigración, identidad nacional y memoria(s).

Emmanuel Kahan es el autor del tercer capítulo que, situado en la experiencia personal y profesional que lo define como un comprometido historiador del pasado reciente, nos convoca a reflexionar sobre la cuestión del negacionismo, la memoria y la transmisión de pasados sensibles en el actual contexto político nacional y global. Titulado “¿Por qué siempre nos enseñan lo malo del nazismo?”. *Memoria y negacionismo como problemas pedagógicos*, describe en primer término las características e historicidad de los discursos negacionistas. En segunda instancia, y en función de su propia historicidad —es decir, de reconocer que el negacionismo no es una narrativa novedosa—, explica cómo se caracteriza la configuración actual, cuáles son los canales de difusión y de qué modo estos impactan en los escenarios educativos de Argentina. Finalmente, y a partir de la historización precedente y de los desafíos actuales, el autor se detiene sobre uno de los puntos nodales de los estudios sobre la memoria: la transmisión intergeneracional y, de modo particular, cómo ello afecta y opera en la construcción y consolidación de la democracia.

Cerrando este primer grupo, Pamela Dubois, en *Trazas materiales de memoria: hacia la construcción de una narrativa sobre la memoria del pasado dictatorial (1976-1983) en el Museo de Arte y Memoria de la ciudad de La Plata* nos propone conocer la narrativa museal de la exposición permanente que inauguró, en marzo del 2021, el Museo de Arte y Memoria de la Comisión Provincial por la Memoria de la ciudad de La Plata. Este cuarto capítulo, específicamente, centra la mirada en

los modos particulares en que los/as diferentes actores/as que participan en dicho espacio, intervienen, delinean y organizan los hechos del pasado para construir una narrativa en el presente. La autora muestra cómo el Museo, considerando a la obra de arte la estrategia principal de la pedagogía de la memoria, cumple una función eminentemente pedagógica respecto de la transmisión intergeneracional de los enunciados que elabora, así como de reparación simbólica ante las múltiples formas de violencia que lesionan a la sociedad argentina y de la región.

La segunda parte del libro se dedica a analizar las militancias en sus diversas formas y sentidos otorgados. Inicia este apartado el quinto capítulo, titulado *Experiencias militantes y memorias revolucionarias (im)posibles*, escrito por Andrea Raina, quien reflexiona sobre el estudio y análisis de las memorias y experiencias de militantes que integraron organizaciones político-militares (OPM) revolucionarias peronistas entre 1969 y 1973, en la ciudad de Santa Fe. Con las herramientas y los aportes de la historia oral, vuelve a entrevistar a cinco de las y los militantes con las/os que había dialogado tiempo atrás para detenerse ahora en preguntas más situadas en algunos tópicos que habían sido relegados en la narrativa general. Así, la autora explora sobre interrogantes en torno a qué reivindican de sus militancias en los años setenta. En todos los casos hubo repreguntas que tuvieron que ver con la mención de la palabra “revolución”, la expectativa revolucionaria o el “ser revolucionario”, y allí estuvo el desafío del diálogo y la reflexión conjunta sobre qué es lo “narrable”, cuáles experiencias de las que atravesaron son narrables. Y también, qué es audible en términos sociales contemporáneos, cuáles acciones de su experiencia son legítimas para contextos democráticos y cuáles no, si las memorias revolucionarias son posibles y cuáles son los procesos históricos que intervienen en estas (im)posibilidades.

Mariana Vila, con su texto *Notas para pensar las experiencias militantes juveniles en la Argentina y sus enfoques teóricos y metodológi-*

cos (1968-2020), reconstruye y analiza los procesos de cambio generados en la escena política nacional durante las últimas décadas, las experiencias juveniles de participación política y los avances producidos en el campo de estudios sobre juventud y política en la Argentina, con el propósito de generar aportes teóricos-metodológicos para profundizar el estudio de las experiencias militantes juveniles en el país. Principalmente, en este capítulo se aborda y examina un *corpus* de investigaciones neurálgicas, destacando las áreas de vacancia, así como los avances que fortalecen el campo de estudio sobre las formas de militancia, de acción colectiva y politización de los/as jóvenes. Con ello, el objetivo de la autora es señalarnos la importancia de recuperar el carácter múltiple y abierto de la política, de los espacios de militancia y de la(s) juventud(es), mediante la recuperación de enfoques que desalientan la tendencia hacia la universalización de la juventud y la homogeneización de las voces que participan en los flujos y la vida colectiva de diferentes espacios de participación política.

Por su parte, Emilia Nieto, autora del séptimo capítulo, *Experiencias, saberes y prácticas de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo maestras*, nos presenta un nuevo paso en los estudios sobre los organismos de derechos humanos en nuestro país. Aquí analiza la configuración de las militancias femeninas en el interior del movimiento de derechos humanos a partir de la reflexión sobre las experiencias docentes de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo de la ciudad de La Plata. El objetivo es explorar las trayectorias de aquellas mujeres, formadas como maestras normales nacionales, para analizar cómo la docencia marcó los modos en que habitaron tempranamente el espacio público y de qué manera esta experiencia singular las dotó de determinados saberes y prácticas que se pusieron en juego en su activismo humanitario. El texto brinda nuevas miradas del habitar lo público por parte de estas figuras, quienes han sido interpeladas por el Estado y la misma

comunidad como “segundas madres”. Algo muy sugerente para pensar cómo las Madres y las Abuelas contaban con una experiencia de ejercicio de una *segunda* maternidad pública.

Siguiendo las búsquedas de sentidos de las militancias, Victoria Estermann, en el octavo capítulo titulado *El proceso de identificación feminista en mujeres sindicalistas de la Asociación Bancaria, 2015-2019*, analiza las transformaciones ocurridas en los procesos identitarios de las sindicalistas que integran la Asociación Bancaria en relación con la incorporación de los repertorios de acción feminista, ajenos a su lógica sindical, como también en el interior de la categoría “feminismo” que antes era utilizada para designar a sectores opositores como un “otro” frente al cual construirse identitariamente. En este texto, la autora describe el proceso de construcción, las estrategias y los modos asociativos para arribar a la categoría de “sindicalismo feminista” que habita hoy en la organización gremial que reúne y moviliza a las trabajadoras bancarias de Argentina.

Finalmente, el texto que cierra este libro es el que nos ofrece Santiago Cueto Rúa, titulado *Entre la distancia y el compromiso. Una reflexión acerca de la experiencia de trabajo con/sobre las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina*, en el que nos propone una exhortación teórica, metodológica y política en torno a la posición de los/as investigadores/as que indagan en el mundo de las víctimas, en especial del terrorismo de Estado en Argentina. En este noveno y último capítulo, el autor se enfoca en analizar qué sucede cuando lo que se busca es hallar un punto de equilibrio entre la distancia y el compromiso. En ese sentido, se pregunta cómo indagar en el mundo de las víctimas sin reproducir lo que ellas dicen de sí mismas y sin caer en una posición de distanciamiento extremo.

La Plata, 2024

Referencias bibliográficas

- Alonso, L. (2007). Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica. Reflexiones en torno a *La Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción* compilado por Marina Franco y Florencia Levín. *Protohistoria*, 2, 191-204.
- Caetano, G. (2008). Hacia un “momento de verdad” en el Uruguay reciente. Las investigaciones sobre el destino de los “detenidos desaparecidos” (2005-2007). *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 23/24, 199-249.
- Cattaruzza, A. (2010). Panel “Historia, ¿para qué?”. En Cernadas, J. y Lvovich, L. (eds.) *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*. Prometeo Libros.
- Cuadernos del CISH*, FaHCE, UNLP, (1996). Año 1, N.º 1.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Prometeo.
- Flier, P. (2011). Presentación de la conferencia de Enzo Traverso. *Aletheia*, (1) 2.
- Franco, M. y Levín, F. (comps.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós.
- Franco, M. y Levín, F. (2007). El pasado cercano en clave historiográfica. En Franco, M. y Levín, F. (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós.
- Funes, P. y López, M. P. (2010). *Historia social argentina y latinoamericana*. Ministerio de Educación de la Nación.
- Pittaluga, R. (2010). El pasado argentino: interrogaciones en torno a dos problemáticas. En Bohoslavsky, E., Franco, M., Iglesias, M. y Lvovich, D. (comps.) *Problemas de historia reciente del Cono Sur*. Universidad Nacional General Sarmiento: Prometeo Libros.
- Rouso, H. [2012] (2018). *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*. Editorial Universitaria. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

- Servetto, A. (2021). Saberes de entre-tiempos: mirar el presente para conocer el pasado. En A. Servetto, M. Philp y C. Solis (Coords). *IX Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.

Primera parte

Memorias y usos del pasado

Usos y representaciones de las historias y héroes patrios durante el ciclo de celebraciones centenarias en América Latina (1878-1930)

María Laura Amorebieta y Vera

Introducción

Hacia la década del ochenta, el auge que experimentaron la “nueva historia cultural” y, fundamentalmente, los estudios en torno a los usos del pasado luego de la publicación de las obras canónicas *Comunidades imaginadas* y *La invención de la tradición* (1983), posibilitó la conformación de un vasto campo historiográfico que en la actualidad cuenta con más de cuatro décadas de desarrollo y un heterogéneo abanico temático.¹

Es que examinar los esfuerzos por intervenir en las representaciones y evocaciones de la historia —con el objetivo de legitimar posiciones presentes, influir en las contiendas de la hora y, en función de eso, conducir los proyectos futuros (Cattaruzza, 2007)— comenzó

¹ Es justo reconocer que, mucho antes de que aquellas obras pioneras salieran a la luz, desde la historiografía argentina, José Luis Romero fue delineando a lo largo de su vida una visión de la historia que incluyó un conjunto de ideas y nociones fundamentales relativas a la cuestión de la identidad, la tradición y lo que posteriormente sería nombrado como usos del pasado, las cuales permanecen mayormente inadvertidas por quienes se han sumergido en dichas áreas de estudio. A este respecto, se sugiere ver Amorebieta y Vera (2022a).

a ser percibido como un original y cada vez más interesante punto de entrada al “repertorio de ideas, de creencias, de esperanzas, de preferencias y de odios, que forman (...) la personalidad singular del alma colectiva” en un determinado momento histórico (Romero, 2008 [1933], p. 41).

En este sentido, el presente escrito pretende contribuir a dicha empresa a través de un recorrido —obligadamente acotado y fragmentario— por los usos del pasado efectuados por las élites políticas y letradas en América Latina durante el ciclo de celebraciones centenarias desplegado entre finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, cuando la reflexión acerca de la nación y el continente adquirió una importancia decisiva en toda la región. Así pues, el análisis de los usos del pasado en torno a los héroes e historias patrias posibilitará ahondar en los procesos de conformación de las identidades colectivas, en la construcción y revisión de las memorias históricas y en el vínculo entre esas operaciones con los problemas del poder y la gobernabilidad, al igual que con las contiendas por la hegemonía política y cultural.

En última instancia, se buscará problematizar dos cuestiones. Por un lado, el lugar de los héroes patrios en la cultura latinoamericana, y sus usos y apropiaciones como “sitios donde encontrar evidencias de creencias culturales, prácticas sociales, estructuras políticas y sistemas económicos del pasado” (Jones, 2007, p. 440. Traducción propia). Por otro lado, se discutirá con ciertas perspectivas sobre los usos del pasado aferradas a una mirada instrumental, para plantear, en cambio, la necesidad de pensar este tipo de operaciones como un complejo entramado de acciones creativas —de carácter sensible e instrumental, estético y político— dirigidas también a atender y dar respuesta a las “exigencias existenciales de las comunidades para las que la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la construcción de su ser colectivo” (Chartier, 2007, pp. 38-39).

Entre la tradición y la modernidad. Héroes, poder y nación en tiempos de consolidación de los Estados latinoamericanos

En las vísperas del siglo XX, “La historia del poder y de la cultura [aparecieron, nuevamente] como inseparables, en constantes y complejas contiendas por forjar las sociedades nacionales” (Tutino, 1997, p. 532). En ese contexto, la gesta independentista, así como sus principales protagonistas, devinieron piezas fundamentales susceptibles de ser empleadas y disputadas en función de las necesidades e inquietudes de los actores políticos y sociales del momento.

En efecto, en 1878, un popular semanario argentino concluía un editorial, publicado en ocasión de los cien años del nacimiento de José de San Martín, aseverando que “Los pueblos que saben honrar sus varones esclarecidos no han dejenerado [*sic*]. La virilidad de las naciones tiene su barómetro en el entusiasmo con que los ciudadanos se consagran al culto de los héroes” (*El Mosquito*, 24 de febrero de 1878, año XV, p. 2).

Cinco años después, el centenario del nacimiento de Simón Bolívar parecía reafirmar dicho diagnóstico con el despliegue de una importante cantidad de acciones conmemorativas puestas en marcha desde Washington hasta Buenos Aires, lo cual reflejaba que “En todas partes [se había] tributado fervoroso culto á las tradiciones brillantes ó fecundas, simbolizadas por un egregio nombre, como testimonio elocuente de la gratitud de los pueblos” (*El centenario de Bolívar en la República Argentina*, 1883, p. 2).

En el caso de Colombia, el aniversario del héroe caraqueño sería aprovechado por la Regeneración para inaugurar una serie de obras públicas —entre las que se incluyó el entonces novedoso Parque del Centenario— con una fuerte impronta bolivariana, las cuales fueron utilizadas para exhibir el progreso material alcanzado por los líderes regeneradores en contraposición a la herencia “atrasada” del liberalismo radical (Ramírez Bolívar, 2015; Delgadillo, 2017).

En Venezuela, dicha efeméride fue celebrada mediante una exposición nacional, la inauguración del ferrocarril y el establecimiento de la luz eléctrica en la capital, entre muchas otras actividades conmemorativas, a través de las cuales el general Antonio Guzmán Blanco buscó exhibir los avances conseguidos bajo su régimen (De La Guardia, 1883).

Esta fecha marcó, asimismo, un hito fundamental en Ecuador, en tanto contribuyó a que el culto a la nación migrara del templo católico al espacio público y, simultáneamente, a legitimar el triunfo político de las fuerzas de la “Restauración” que pusieron fin a la dictadura del general Ignacio de Veintemilla. En esta ocasión, la convocatoria a un concurso literario dirigida a todos los “ingenios” del país para que compusieran cantos o discursos sobre “la gloria del libertador” rompió el monopolio retórico que solía ejercer el sacerdote encargado de pronunciar un sermón patriótico, ampliándose —al menos en parte— la participación social (Bustos Lozano, 2011, pp. 117-119).

Para el centenario del natalicio de Antonio José de Sucre, en 1895, una de las tantas actividades planificadas en Caracas fue también un certamen literario organizado por la Sociedad “Amantes del Saber”, en donde nuevamente se llamaría la atención sobre la importancia de recordar y exaltar a las figuras de la independencia:

La juventud que crece en esta época de grandes festivales, en la cual, (...) se viene pagando tributo de admiración y amor á los héroes y redentores de la Patria, tiene que inspirarse en tal noble ejemplo y acudir presurosa á testificar, con sus ofrendas, su acendrado cariño á los manes de los que nos engendraron en la vida y en la libertad (Discurso pronunciado por el Br. D. A. Coronel, *Ciencia y Letras*, N.º 38 y 39, 15 de febrero de 1895, p. 35).

Paralelamente, en los festejos del centenario del nacimiento de Sucre desplegados en La Paz, el prefecto del Departamento, al inaugurar el acto oficial del 3 de febrero de 1895 en el Salón Legislativo, afirmaba:

¿Y qué diremos de la honradez sin mancilla, de la modestia y las virtudes del héroe, que si en la antigüedad hubiera enaltecido el nombre de Aristides, en los tiempos modernos lleva merecidamente el de Washington? Si (sic), señores, como el fundador de la independencia dé (sic) la América del Norte, fué Sucre en la del Sud, intrépido á la par que sereno en los combates, firme en los contratiempos, generoso con sus adversarios; y como aquél, con esclarecido talento, con honradez y patriotismo incontrastables y con ejemplar respeto á la ley fundó (en Bolivia) el gobierno de la república libre (Discurso del doctor Jenaro Sanjinés, 3 de febrero de 1895).

Asimismo, el político y escritor paceño Agustín Azpiazu, presidente de la Asociación Patriótica responsable de organizar y ejecutar los festejos en la capital, se encargaba de profundizar en las razones por las cuales la obra de los héroes patrios hispanoamericanos era considerada superior a la de ciertas leyendas europeas:

Los Cincinatos y Scipiones fueron ciertamente varones eminentes por sus virtudes; pero ellos no tuvieron la gloria de fundar un estado y consolidar la emancipación de medio mundo.

Buscad los campos en que brilló la espada de César, y no encontrareis mas [sic] que sepulcros. (...)

Buscad los llanos y los montes en que brillaron las espadas de Bolívar [sic], de Sucre y San Martín, y encontrareis ciudades florecientes, naciones viriles con dilatados horizontes y un bello porvenir (Discurso del doctor Agustín Azpiazu, 3 de febrero de 1895).

En Ecuador, la efeméride coincidió con un clima de fuerte conflictividad política y social, pero es interesante advertir que solo unos meses después del centenario de Sucre se produciría el estallido de la Revolución Liberal conducida por Eloy Alfaro, quien luego de derrotar militarmente a los conservadores, efectuaría la ceremonia pública de ingreso a la capital al pie de la estatua del vencedor de Pichincha (Bustos Lozano, 2011, p. 8).

De esta manera, los centenarios de los nacimientos de las figuras más prominentes de las guerras de independencia hispanoamericanas sirvieron de puntapié, por medio de su celebración nacional y continental, para la construcción y difusión de narrativas dirigidas a situar a los Estados nación y sus héroes patrios en el centro de la vida nacional. Es que la preocupación por afirmar el orden en una región que todavía se encontraba atravesada por importantes conflictos externos e internos y que comenzaba a exhibir sociedades cada vez más numerosas y heterogéneas, profundizó el interés y la necesidad de extender un culto patriótico que fuera capaz, por un lado, de contribuir a la nacionalización, disciplinamiento y/o integración de las masas, y, por el otro, de confirmar y demostrar la existencia de naciones modernas y “viriles”, esto es, poderosas y opulentas.

En este complejo proceso de construcción y afirmación de las identidades nacionales, las conmemoraciones de los centenarios de las revoluciones de independencia también se convertirían en otro hito trascendental y, naturalmente, la exaltación de las glorias pasadas sería un rasgo central de los festejos. En Ecuador, la posición que la Iglesia católica mantuvo a lo largo del siglo XIX comenzó a desmoronarse ante el avance del proceso de centralización estatal, integración nacional y redefinición del campo simbólico de la nación impulsado por la revolución liberal en marcha; proceso que se acentuaría durante los preparativos de la conmemoración del primer centenario de la Revolución de Quito (Ospina Peralta, 1996; Carcelén Cornejo *et al.*, 2006; Bustos Lozano, 2010; Coronel y Prieto, 2010).

Algunos de los ejes en torno a los cuales giraron las celebraciones fueron la realización de desfiles, exhibiciones a la usanza de las exposiciones universales de fines del siglo XIX, la publicación de libros con mapas y fotografías de las ciudades, la construcción de monumentos —el más emblemático fue el monumento a los “héroes del 10 de agosto” en Quito en 1906, para el cual se apeló a la figura andina

del cóndor como símbolo de la libertad— y, finalmente, el ferrocarril trasandino, símbolo clave del liberalismo que despertó una vigorosa oposición política conservadora y clerical.

Durante la inauguración del monumento en cuestión, nuevamente aparecería el mandato, proveniente esta vez de las palabras del líder de la revolución liberal, de “Honrar a los Padres de la Patria y eternizar sus virtudes, grabándolas en el mármol y en el bronce; demostrar de esta manera solemne la gratitud nacional a los Próceres que nos legaron Libertad y Patria” (Discurso de Eloy Alfaro citado en Bustos Lozano, 2010, p. 516). Simultáneamente, bajo la intensa activación cultural que supuso el centenario, varios investigadores interesados en el problema de la incorporación social, política y cultural de los indígenas han advertido cómo estos actores comenzaron a verse incluidos de manera paulatina en los discursos sobre la nación a partir de alegorías asociadas a la producción y al trabajo, al tiempo que empezaron a reivindicarse las aristocracias indígenas precoloniales y a ligarlas al sustrato español otra vez presente en la narrativa nacional (Muratorio, 1994; Ospina Peralta, 1996; Prieto, 2010).

Otro ejemplo interesante sobre usos del pasado patrio lo constituye el caso de México, donde luego de ampliarse el período presidencial para hacer coincidir el triunfo de la séptima reelección de Porfirio Díaz con su cumpleaños y el centenario de 1910, se buscó simbolizar, durante los festejos, una tradición de poder militar y civil en torno a figuras de hombres fuertes, razón por la cual el desfile del 16 de septiembre estuvo dirigido a recrear la conquista —el encuentro entre Moctezuma y Cortés—, el virreinato —una sociedad jerárquica y corporativista— y la independencia —la entrada de Iturbide con su ejército profesional y el establecimiento del imperio—.

En ese marco, Hidalgo y Morelos —cuya derrota y carácter campesino y rebelde suponían un obstáculo en aquel proceso de identificación— fueron exhibidos como héroes inofensivos y civiliza-

dos, sin hacer mención a su accionar revolucionario. Reflejo de ello fue la representación que se hizo de sus figuras en las torres de la catedral junto a las palabras libertad y progreso mediadas por una tercera, la paz (Amorebieta y Vera, 2017).

En Argentina, el decreto por el cual el Poder Ejecutivo nacional estableció como feriados los días comprendidos entre el 22 y el 29 de mayo de 1910 —“á fin de que todas las clases sociales del pueblo de la República [pudieran] participar de los magnos festejos”— subrayaba que fueron los hechos ocurridos en el Río de La Plata los que habían dado “origen á la formación de nuestra nacionalidad y más tarde á la Independencia de América”, que era “función del Estado dignificar en toda forma los recuerdos de los próceres en gratitud perenne por sus abnegaciones y hazañas”, y que el centenario era “el momento elegido por el país para la exhibición de sus conquistas, riquezas y pensamientos en todos los órdenes de su fuerza y civilización” (*Programa Oficial de las Fiestas del Primer Centenario De La Independencia De La República Argentina*, 1910).

En este sentido, no llama la atención que el gobierno de Figueroa Alcorta planificara una celebración modernista que, reconciliada con la “herencia española” e inspirada en las ideas de progreso tecnológico y científico que impregnaban a todo Occidente, estuviera dirigida a proyectar una imagen de prosperidad, poder y optimismo hacia el mundo (Altamirano y Sarlo, 1980; Gutman, 2005; Fernández Bravo, 2006; Malosetti Costa, 2010; Suriano, 2010; Álvarez Sepúlveda y Martínez Llamas, 2014; Devoto, 2014). La Exposición Internacional del Centenario —que se desplegó desde mayo a septiembre y estuvo financiada por la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina— fue una de las maneras de exhibir la tan aclamada prosperidad de la nación.

A su vez, la ola de inauguraciones de estatuas y monumentos a próceres revolucionarios, particularmente a San Martín, que tuvo lu-

gar durante aquellos días, además de fomentar el culto cívico al interior del país apuntó también a aumentar la influencia argentina en los Estados del Pacífico, al tiempo que intentó socavar el dominio continental de Brasil (Ortemberg, 2015).

En efecto, la búsqueda de amistades y alianzas entre Estados a través de las celebraciones centenarias fue más bien una constante. En 1918, durante el aniversario de los cien años de la batalla de Maipú, un editorial argentino señalaba que “más que la cantidad y el lujo de las fiestas celebradas”, había brillado “la esplendidez de un sentimiento unánime: el hermanazgo de dos pueblos”. Si “la inmensa Cordillera” no había sido “obstáculo bastante para contener el ansia libertadora del Gran Patriota”, “tampoco para el genio de ambas Repúblicas” podía “el Andes presentar una barrera infranqueable”. Así pues, concluía exhortando a que aquella “gloriosa fecha del combate libertador” constituyera “el primer día de una era de unión cordial y fructífera” (*Plus Ultra*, 1918, N.º 24, s/p).

Otro caso donde la figura de San Martín cobró un protagonismo indiscutido y fue utilizada para trazar alianzas internacionales fue el centenario de Perú, nación que eligió para sus festejos la fecha del 28 de julio de 1921, rememorando así las palabras pronunciadas por el héroe de Maipú en la Plaza de Armas de Lima. Uno de los actos principales consistió en la inauguración de la primera estatua del mencionado prócer emplazada en la capital; tributo que, en palabras del presidente Augusto B. Leguía, sirvió

para pagar la deuda que con el gran americano contrajimos (...)
Porque San Martín no fue solo un gran capitán, aureolado por el nimbo del éxito en los campos de batalla y el intensamente seductor de la victoria: fué, más que todo, un prototipo de generosidad y de grandeza, un dechado de sacrificio y de sufrimiento (...) generoso caudal de enseñanzas ciudadanas, de abnegación y de civismo (...)

Descorro, pues, lleno de satisfacción y de hondo orgullo el velo que cubre esta concreción de gratitud y de gloria, para entregarla al cuidado y al culto del pueblo por él rescatado a la vida de la independencia y de la libertad (...) (Discurso pronunciado por Augusto Leguía, citado en *La Nación*, 28 de julio de 1921).

En un contexto donde todavía era necesario, por un lado, encontrar soluciones a los litigios fronterizos vigentes con Chile y Ecuador, y, por el otro, fortalecer la “Patria Nueva” tras el golpe de 1919, la narrativa sanmartiniana exaltada durante la festividad peruana se ofreció al régimen de Leguía como un dispositivo más dirigido a fomentar apoyos internos y profundizar su política exterior de acercamiento y cordialidad con una Argentina que hacía tiempo buscaba fortalecer su lugar como potencia mediadora en la región (Chaupi Torres, 2015; Ortemberg, 2015). Los centenarios de las batallas de Carabobo y Ayacucho también fueron aprovechados para continuar consolidando aquellos símbolos, ritos y memorias ligados a la empresa independentista y considerados centrales al momento de afianzar las autoridades estatales, las identidades nacionales, así como las imágenes que se pretendían proyectar hacia el exterior. El 24 de junio de 1921 el reconocido intelectual y senador venezolano Laureano Vallenilla Lanz fue el encargado de pronunciar un discurso de orden por el aniversario de la batalla de Carabobo, para lo cual consideró pertinente combinar “los recuerdos gloriosos de la Independencia con los tristes y lamentables recuerdos de las guerras civiles” en tanto “la lección” no podía

ser más elocuente para las nuevas generaciones, porque nuestro pueblo derrochó en aquellas bregas fratricidas, en el seno de un hogar ya constituido, el mismo valor, las mismas energías con que tan brillantemente había contribuido a la emancipación de la América y a la creación de nacionalidades; y que hoy, puestos al servicio de la paz y del engrandecimiento de la Nación, por la acción eficiente y las sanas y fuertes energías del eminente hom-

bre de Estado que rige sus destinos, hacen que Venezuela ocupe un puesto de honor entre los pueblos, que impulsados por un noble propósito de confraternidad y de justicia, marchan juntos hacia la realización de aquel hermoso sueño, que constituyó el ideal supremo de nuestro Gran Libertador (Discurso de orden pronunciado por Laureano Vallenilla Lanz, en la sesión solemne del Congreso nacional celebrado en la ciudad de Valencia, 24 de junio de 1921).

De este modo, el firme defensor de la dictadura de Juan Vicente Gómez contribuía al esfuerzo que venía efectuando un amplio elenco de intelectuales y políticos venezolanos dirigido a encumbrar a Bolívar como el personaje fundamental de las revoluciones de independencia y, así, reafirmar y legitimar la grandeza del pueblo y el gobierno venezolanos en un momento de especial preocupación por unificar la nación y, en estrecha relación, de apuestas geopolíticas por ocupar un lugar sustantivo dentro del concierto de naciones latinoamericanas (Amorebieta y Vera, 2022b). Sin embargo, la efeméride también despertó voces contrarias al régimen de Gómez, como la de un intelectual venezolano radicado en Colombia, quien, si bien coincidía en la importancia asignada a tal acontecimiento, se lamentaba del presente que estaba atravesando su patria:

Feliz triunfo que puso en la cabeza de Bolívar la corona de una de sus más puras y brillantes victorias, con el que vio cumplido su más querido y contemplado ideal: libertar su patria. Oh Bolívar!, si hoy resucitaras, desesperarías transido de dolor al ver que tu querida patria no supo ni ha sabido aprovecharse de la libertad e independencia que le diste (T. Moros Bello, “Centenario de la Batalla de Carabobo”, *Revista del Colegio de Rosario*, 1921, p. 344).

En Perú, los cien años de la batalla de Ayacucho constituyeron otro hito clave en la construcción de su nacionalismo e involucraron un importante despliegue de actos conmemorativos. Si durante los

festejos del primer siglo de vida independiente Leguía había apuntado a consolidar las bases de su todavía novel régimen, hacia 1924 acudiría una vez más al dispositivo de las fiestas patrias no solo para reafirmar el orden interno luego de su reelección, sino también para legitimarse externamente y afianzar su posición en la región invitando y agasajando al resto de los países latinoamericanos —con la excepción de Chile— y adoptando una retórica hispanoamericanista (Chaupi Torres, 2015; Martínez Rianza, 2017).

De hecho, en sus discursos el presidente peruano cuidaría que el bolivarianismo despertado por el centenario de Ayacucho no fuera en menoscabo del prócer argentino, al afirmar que el Libertador “culminó la magna empresa, pero la Historia no separará a San Martín de Bolívar, porque ambos tuvieron igual misión y habían realizado el mismo esfuerzo” (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925, p. 523). Cabe recordar, por otra parte, que una de las figuras que formó parte de la delegación argentina invitada a dicha celebración centenaria —atravesada por protestas en contra de la política represiva del régimen leguista— había sido el intelectual Leopoldo Lugones, quien pronunciaría el famoso discurso de Ayacucho, alegato con el que defendió y reclamó la intervención del ejército en el sistema político latinoamericano:

Señores: Dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque ésa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo (Discurso pro-

nunciado por Leopoldo Lugones incluido en *La patria fuerte*, 1930, pp. 13-19; subrayado en el original).

En tiempos en los que cada vez más sectores creían que “la clave para la construcción de una sociedad ordenada jerárquicamente era el ejército” (Cattaruzza, 2009, p. 117), el célebre poeta argentino encontró en los faustos conmemorativos de Ayacucho un momento oportuno para exponer sus ideas políticas ante un público internacional, trazando un paralelismo entre el pasado independentista y un presente que, a sus ojos, se hallaba bajo amenaza: si las espadas habían logrado derrotar a las fuerzas realistas y sellar la independencia, cien años después sería nuevamente el ejército el encargado de poner fin al desorden causado por las “fatales” derivas demagógicas y/o socialistas de la democracia en la región. En efecto, la idea de que la libertad y civilidad de las naciones latinoamericanas se encontraban en peligro fue ganando, a lo largo de la década del veinte, cada vez más aceptación. Durante el centenario del “Congreso Anfictionico” de Panamá, el embajador venezolano Laureano Vallenilla Lanz se pronunciaba en la sesión conmemorativa del 22 de junio de 1926 de la siguiente manera:

Solicitaba también el Libertador contener por todos los medios posibles aquella avalancha de doctrinas disolventes, aquella orgía demagógica desatada sobre el Continente por una multitud de semiletrados enloquecidos por Rousseau y por la Enciclopedia y que todavía, después de un siglo de dolorosas experiencias y de ruidosos fracasos, tiene sucesores que se atreven a condenar en nombre del dogmatismo republicano democrático, puramente teórico, a los propios creadores de nuestras nacionalidades, que como San Martín y Bolívar, después de haber destruido la disciplina colonial, se hallaban en el deber de imponerle a estos pueblos la disciplina que reclamaba su nueva existencia (Discurso pronunciado por Laureano Vallenilla Lanz, citado en Marcilhacy, 2020).

Frente a un creciente uso y revisión de las figuras y símbolos de la independencia efectuado por sectores identificados con la izquierda en la región,² el culto a los héroes reflejaría cada vez más la disputa ideológica que signaba la escena latinoamericana. En 1930, el acuerdo de la Conferencia Episcopal llevada a cabo en Colombia en ocasión del centenario de la muerte de Bolívar da cuenta justamente de la creciente preocupación por parte de ciertos actores de repensar el vínculo entre el orden y la nación, al tiempo que posibilita observar cómo la figura del Libertador era recobrada por la Iglesia a fin de preservar lo que, a sus ojos, constituía la tradición nacional y legitimar su diagnóstico de la realidad:

- 1°. Que es muy propio de la Iglesia Católica fomentar todas las virtudes, entre las cuales se cuenta el amor patrio;
- 2°. Que en estos tiempos es esto más necesario por la tendencia del comunismo a desconocer los cimientos patrióticos y desvirtuarlos
- 3°. Que el Libertador Simón Bolívar, heroico fundador de nuestra nacionalidad, dio muestras de sincero católico en las principales actuaciones de su vida pública y en su muerte, digna de un fiel hijo de la Iglesia, por lo cual merece ser mirado por ella con especial cariño;
- 4°. Que a su prudente y cristiana acción diplomática ante la Santa Sede se debe la conservación canónica de la jerarquía eclesiástica en las repúblicas por él libertadas, y el que con eso se evitaran gravísimos males de orden religioso, (Acuerdo de la Conferencia Episcopal, Colombia, 1930).

² Un ejemplo de ello fue la creación en 1925 de la revista comunista *El Libertador*, vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas. Mucho antes, Manuel Ugarte viajaba por América Latina invocando las figuras de Bolívar y San Martín para denunciar el imperialismo norteamericano (Merbilhaá, 2013; Degiovanni, 2020). A su vez, es posible reparar en el caso del Partido Socialista argentino, el cual desde principios de la década del veinte hasta inicios de los años cuarenta –en medio de una creciente participación en el sistema político– apeló y disputó la tradición nacional, proclamándose el auténtico heredero y continuador de los héroes de Mayo (Amorebieta y Vera y Guimet, 2022).

Así pues, es posible observar de qué manera los usos de los héroes e historias patrias devinieron, en la América Latina de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, en un recurso fundamental no solo en los procesos de construcción y legitimación del poder político y sus filiaciones ideológicas, sino también en la reactualización —siempre conflictiva y paradójica— de las identidades colectivas. Ahora bien, tras un período en el cual la búsqueda por proyectar una imagen de nación fuerte y moderna se combinó con una firme preocupación por delinear y afirmar una conciencia nacional que —enraizada en el pasado independentista— fuera capaz de subordinar otras formas identitarias y reflejar aquellos valores considerados virtuosos, los intentos por unificar la nación y fijar una visión historiográfica hegemónica comenzarían a verse cada vez más obstaculizados a medida que comenzaban a activarse fuerzas antiliberales y nacionalistas de diversos signos ideológicos que se lanzarían a revisar y disputar los dispositivos simbólicos patrios.

Reflexiones finales

A mediados de los setenta, en una conferencia titulada “El historiador y el pasado”, José Luis Romero advertía:

Para todas las sociedades es fundamental la pregunta de la identidad, que se repite de muchas maneras (...). El problema de la identidad, de cuándo comienza el torrente de ideas al que cada uno se siente adherido, la corriente religiosa a la que se pertenece, el partido político por el que se tiene simpatía, todo eso es fruto de una organización de los elementos del pasado. Según se elija un conditor u otro, un fundador u otro, el sentido total de la interpretación del pasado será diferente y en consecuencia, si es distinta la orientación del pasado, es distinta también la del presente y del futuro (José Luis Romero, 1987, p. 15).

Así, el historiador mostraba cómo las sociedades exploraban, seleccionaban y moldeaban su pasado en función de ciertas búsquedas o

necesidades identitarias, dando por resultado una versión del mismo que —subrayando ciertos elementos y anulando otros— ofrecía una sensación de legitimidad y continuidad con el presente, al tiempo que indicaba determinadas direcciones para el futuro.

En el marco de un extenso ciclo de conmemoraciones centenarias, la adopción de una actitud histórica por parte de las élites políticas e intelectuales latinoamericanas asumió un carácter central en tanto posibilitó construir singulares encadenamientos entre ciertos aspectos del pasado revolucionario y el presente de la región dirigidos a exaltar y evidenciar la consolidación política de Estados que durante décadas habían sido débiles o inexistentes y cuyos logros materiales y culturales parecían posicionarlos, finalmente, dentro del concierto de naciones civilizadas.

Para ello, el conjunto de personajes elegidos fueron hombres considerados fuertes y heroicos que lucharon por poner fin al antiguo régimen colonial e instaurar la modernidad política en la región, sentando los cimientos de naciones, pueblos y gobiernos exhibidos también como modernos y viriles. En este sentido, la dimensión de género fue central en el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas en tanto estas últimas se vieron representadas a través de sujetos masculinos y valores considerados viriles, demostrando cómo aquellos discursos nacionales desplegados durante las conmemoraciones patrias contribuyeron a forjar, legitimar y proyectar una determinada noción de masculinidad asociada al valor, el honor, el poder, la fortaleza, la disciplina y el progreso.

Por otro lado, como se anticipó en la introducción, a lo largo de este escrito se buscó tomar distancia de aquellas perspectivas que insisten en la naturaleza maniquea, doctrinaria o trivial de las ceremonias y celebraciones conmemorativas patrias, reduciéndolas a meros instrumentos ideológicos al servicio de intereses políticos. Más allá del uso manifiesto de las historias y héroes patrios con fines

instrumentales dirigidos a sellar —en la mayoría de los casos aquí analizados— ordenamientos oligárquicos, el conjunto de apelaciones al pasado independentista, en un momento de profundos cambios cuando aún era necesario construir y consolidar la nación, permitió ofrecer respuestas a la apremiante pregunta por la identidad, así como contemplar ciertas “exigencias existenciales” de las sociedades vinculadas a la elaboración de lazos comunitarios y nociones de continuidad.

Por lo tanto, el uso y encumbramiento de figuras masculinas poseedoras de cualidades capaces de estimular reconocimiento, identificación o admiración en un grupo social se constituyó, en la cultura latinoamericana de entre siglos, en un poderoso recurso que —si bien una amplia literatura lo ha analizado en términos de persistencia de lógicas caudillistas y personalistas que dominaron las ideologías modernas— también sirvió, como ha sucedido en Occidente desde el mundo antiguo hasta la actualidad, para proveer de orden y/o ejemplaridad a la existencia histórica.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. y Sarlo, B. (1980). La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. *Hispanérica*, (25/26), 33-59.
- Álvarez Sepúlveda, H. y Martínez Llamas, D. (2014). Celebrando la independencia. Una resignificación en Chile y Argentina (1810-1910). *Temas Americanistas*, (32), 127-148. <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/31697>
- Amorebieta y Vera, M. (2017). Conmemorar la nación. Narrativas y puestas en escena de las memorias históricas latinoamericanas. En O. Barreneche, A. Bisso y J. Troisi Melean (Coords.), *Historia de América Latina. Recorridos temáticos e historiográficos. Siglos XIX y XX*, (pp. 76-95). Edulp. <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.540/pm.540.pdf>

- Amorebieta y Vera, M. (2022a). Identidad, tradición y usos del pasado en la obra de José Luis Romero. *José Luis Romero. Obras completas. Archivo digital*. https://jlromero.com.ar/temas_y_conceptos/identidad-tradicion-y-usos-del-pasado-en-la-obra-de-jose-luis-romero/
- Amorebieta y Vera, M. (2022b), Contra el “exclusivismo argentino”: los intelectuales venezolanos y sus esfuerzos por custodiar la vida y obra de Simón Bolívar (1910-1930). *EIAL. Interdisciplinary Studies of Latin American*, 33(1), 114-137.
- Amorebieta y Vera, M. y Guimet, J. (2022). El Partido Socialista argentino y la cuestión nacional a partir de los usos del pasado independentista (1905-1942). *Anuario de Estudios Americanos*, 79(2), 705-734.
- Anderson, B. (2013) [1983]. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bustos Lozano, G. (2010). La conmemoración del primer Centenario de la independencia ecuatoriana: los sentidos divergentes de la memoria nacional. *Historia Mexicana*, LX(1), 473-524. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60021048011>
- Bustos Lozano, G. (2011). La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950) [Tesis doctoral]. The University of Michigan, Ann Arbor, Estados Unidos.
- Carcelén Cornejo, X. et al. (2006). Ecuador en el Centenario de la independencia. *Apuntes. Revista de estudios sobre patrimonio cultural*, 19(2), 236-255.
- Cattaruzza, A. (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*. Sudamericana.
- Cattaruzza, A. (2009). *Historia de la Argentina (1916-1955)*. Siglo Veintiuno Editores.

- Ciencia y Letras*, N.º 38 y 39. (15 de febrero de 1895).
- Coronel, V. y Prieto, M. (2010). Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana. Flacso.
- Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Gedisa Editorial.
- Chaupi Torres, J. (2015). Patria y nación: Leguía durante el centenario de la Batalla de Ayacucho. *Investigaciones sociales*, 9(34), 131-141.
- Degiovanni, F. (2020). Correspondencias sumergidas: latinoamericanismo, performance y archivo en Manuel Ugarte. *Anclajes*, 24(3), 137-153.
- De La Guardia, H. (1883). *El primer centenario del Libertador en Caracas. Descripción de las fiestas*. Imprenta editorial a cargo de Jesús M. Alas.
- Delgadillo, H. (2017). El Parque del Centenario en Bogotá: transformación urbana, itinerario y significado [Tesis de Maestría]. Universidad Nacional de Colombia, Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/59701>
- Devoto, F. (2014). Conmemoraciones poliédricas: acerca del primer Centenario en la Argentina. En N. Pagano y M. Rodríguez (Comp.), *Conmemoraciones, patrimonio, y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica* (pp.17-36). Miño y Dávila.
- El Mosquito*. Buenos Aires (1863-1892).
- Fernández Bravo, Á. (2006). Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de la independencia (Buenos Aires 1910- Río de Janeiro 1922). En B. González Stephan y J. Anderman (Eds.), *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Beatriz Viterbo.
- Gutman, M. (2005). Anticipando bicentenarios: imágenes centenarias del futuro. En M. Gutman (Ed.), *Construir Bicentenario: Argentina* (pp. 45-63). Caras y Caretas.
- Jones, M. (2007). What Should Historians Do With Heroes? Reflections on Nineteenth- and Twentieth-Century Britain. *History Compass*, 5(2), 439-454.

- Lugones, L. (1930). *La patria fuerte*. Taller gráfico de Luis Bernard.
- Malosetti Costa, L. (2010). Arte e historia en los festejos del centenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires. *Historia Mexicana*, 60(1), 439-471.
- Marcilhacy, D. (2020). Bolívar, “Coloso de América” y “Héroe de la Raza”. Un mito transnacional en los centenarios de entreguerras. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 50(2). <https://journals.openedition.org/mcv/13747>
- Martínez Riaza, A. (2017). Las cicatrices de Ayacucho. *Anuario IEHS*, 32(1), 179-204.
- Merbilháa, M. (2013). Patriotismo “sano” o internacionalismo proletario: Ugarte, Justo y La Vanguardia. *Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas*, 15(1), 11- 26.
- Muratorio, B. (1994). Nación, Identidad y Etnicidad: los indios ecuatorianos y sus imaginarios a fines del siglo XIX. En B. Muratorio (Ed.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos* (pp. 129-132). Flacso.
- Ortemberg, P. (2015). Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, 72(1), 321-350. <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/651>
- Ospina Peralta, P. (1996). Imaginarios nacionalistas: historia y significados nacionales en Ecuador, siglos XIX y XX. *Procesos*, (9), 111-124.
- Prieto, M. 2010. Los indios y la nación: historias y memorias en disputa. En V. Coronel y M. Prieto (Coords.), *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana* (pp. 265-316). Flacso.
- Ramírez Bolívar, J. (2015). The hero and the image of nationalism in Colombia. The sculptures at Centennial Park and at the Park of Independence, (1883-1910) [Tesis de Maestría] Charles University, Praga, República Checa. <https://dspace.>

cuni.cz/bitstream/handle/20.500.11956/78338/120196900.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Romero, J. (2008) [1933]. La formación histórica. En J. Romero, *La vida histórica* (pp. 40-55). Siglo XXI Editores.
- Romero, J. (1987). El historiador y el pasado. *Anuario del IEHS*, (2), 11-20. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5165125>
- Suriano, J. (2010). Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero. *Revista de Trabajo-Nueva Época*, (8), 19-28.
- Tutino, J. (1997). La negociación de los Estados nacionales, el debate de Las culturas nacionales: “Peasant and nation” en la América Latina del siglo XIX. *Historia mexicana*, 46(3), 531-562. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2366>

Una fiesta en dictadura. Inmigración, política y memoria en la ciudad de Berisso

Nicolás Herrera

Este capítulo, de carácter ensayístico y estructura fragmentaria, está centrado en la descripción y el análisis del origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante (Berisso, Argentina, 1978). Un objeto de estudio que, al menos aquí, constituye una excusa para abordar otras temáticas: la política cultural de la última dictadura, la construcción de memorias colectivas y los usos públicos del pasado.

Respecto a la estructura del texto, en el primer apartado describo el proceso a través del cual la intendencia municipal de Berisso y algunas asociaciones étnicas locales organizaron la primera edición de la Fiesta Provincial del Inmigrante. En el segundo me detengo en la conmemoración de ese origen, realizada durante la 40° edición de la Fiesta Provincial del Inmigrante (2017). En el tercer apartado planteo dos lecturas (una nativa, otra académica) sobre los objetivos y motivaciones que perseguían las asociaciones étnicas locales y el Estado municipal al momento de crear, en 1978, la Fiesta Provincial del Inmigrante. En el cuarto presento una serie de testimonios que, al trasladar el origen de la Fiesta a un pasado más remoto (1977, 1976, 1968 y 1951), impugnan la versión oficial sobre dicho origen. Finalmente, cierro el

texto con una serie de conclusiones sobre la política cultural de la dictadura (o las relaciones entre el Estado y la sociedad civil durante los primeros años de la dictadura), la construcción de memorias colectivas (o las tensiones entre recuerdos, silencios y olvidos) y los usos públicos del pasado (o los límites que el presente le impone a dichos usos)

En términos metodológicos cabe señalar que el texto fue construido, mayoritariamente, a partir del análisis de fuentes documentales —escritas y visuales— y, en menor medida, de observaciones participantes y entrevistas en profundidad.

El origen

En junio de 1976, a tres meses de haberse iniciado la última dictadura cívico-militar que gobernó a la Argentina, Ricardo Cersósimo fue designado intendente de Berisso.¹ Un año después de haber asumido, citó a los representantes de algunas asociaciones étnicas locales para presentarles un proyecto en el cual estaba personalmente interesado.² En dicho encuentro, el intendente municipal les comentó a sus interlocutores que la ciudad de Campana aspiraba a ser declarada Capital Provincial del Inmigrante; pero, a su entender, Berisso contaba con los antecedentes suficientes para obtener dicho título. En ese marco, Cersósimo les solicitó a los representantes que le acercaran, a la mayor brevedad posible, información sobre el rol que había tenido la inmigración en la conformación poblacional de la ciudad y algunos datos históricos sobre el desarrollo del asociacionismo étnico

¹ Cersósimo reemplazó al capitán de corbeta Alfredo Fariña, quien había ocupado el cargo de intendente de Berisso entre marzo y junio de 1976. Por su parte, Cersósimo permaneció en dicho cargo hasta septiembre de 1980.

² De esa reunión participaron los representantes de las siguientes asociaciones étnicas: italiana, polaca, albanesa, ucraniana, lituana, bielorrusa y búlgara. Fuente: testimonio de Valeria Broblewski (representante de la colectividad polaca) publicado en “Voces de patria” (Dirección de Comunicaciones Institucionales de la Municipalidad de Berisso). Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=rqthDWSqTis>

en Berisso.³ Esta información fue la base del proyecto que presentó el intendente municipal ante la gobernación, para que Berisso fuera declarada Capital Provincial del Inmigrante.

El 20 de febrero de 1978 el secretario de Obras y Servicios Públicos de Berisso, doctor Ignacio García, envió una nota al secretario de Asuntos Municipales de la provincia de Buenos Aires, coronel Arturo E. Pellejero, pidiendo que se analicen los fundamentos de aquel proyecto. Al poco tiempo de haberse iniciado el proceso burocrático (28 de marzo de 1978) el gobernador de la provincia de Buenos Aires Ibérico Saint Jean sancionó el decreto N.º 438/78, declarando Capital Provincial del Inmigrante a la ciudad de Berisso. Su texto afirma:

Los antecedentes históricos, estadísticos y sociales demuestran la existencia de un notable proceso que convirtió a esa localidad —puede decirse que desde sus orígenes— en un verdadero crisol de nacionalidades, con caracteres que le asignan una fisonomía propia y sin dudas única en la Provincia.

Una vez promulgado este decreto, el intendente municipal volvió a citar a los representantes de las asociaciones étnicas locales para organizar la primera edición de la Fiesta. En ese entonces, dicho evento fue denominado Semana del Inmigrante, ya que se desarrolló entre el 27 de noviembre y el 3 de diciembre. Las asociaciones que participaron fueron la albanesa, armenia, árabe, búlgara, bielorrusa, checoslovaca, española, griega, lituana, italiana, polaca y ucraniana. El cruce de distintas fuentes documentales nos permite tener una idea de lo sucedido durante la Semana del Inmigrante:⁴

³ Fuente: expediente municipal N.º 4012-129 y entrevista a *Silvia* (integrante de la primera Comisión Directiva de la Asociación de Entidades Extranjeras). Cabe aclarar que el nombre utilizado, *Silvia*, es un seudónimo: esta decisión ha sido adoptada para resguardar la identidad de la persona entrevistada.

⁴ Me refiero al *Cronograma de la Semana del Inmigrante*, el *Discurso de las Asociaciones* y las Actas de reunión de las Asociaciones (encontrados en la carpeta titulada

- El 27 de noviembre se llevó a cabo la inauguración de las vidrieras alusivas de las colectividades. Para este acto algunos comercios ubicados en la arteria principal de la ciudad (Avenida Montevideo) cedieron sus vidrieras con el objetivo de que las asociaciones étnicas locales pudieran mostrar las vestimentas tradicionales de los países representados y algunos objetos traídos por los propios inmigrantes.
- El 28 de noviembre se realizaron dos actos: la misa en la Parroquia María Auxiliadora y el descubrimiento de una placa por parte de las colectividades en el monumento al general San Martín (Centro Cívico).
- El 29 de noviembre se efectuó la inauguración del Salón Concurso Municipal de Pintura. 1978.
- El 30 de noviembre se proyectó una función de cine internacional (en el Cine Victoria).
- El 1 de diciembre se realizó la actuación del Coro de Cámara Municipal, el Conjunto Instrumental de Cámara de la Sociedad Ucraniana Prosvita y el Grupo Vocal e Instrumental de la Escuela de Enseñanza Media N.º 1 (en el Anfiteatro del Instituto Canossiano San José).
- El 2 de diciembre se llevaron a cabo distintos actos: una función de cine infantil (en el Cine Victoria), el festival folklórico de Colectividades y la elección de la reina del Inmigrante (en el Centro Cívico). Durante el festival folklórico se presentaron los conjuntos de danzas de las asociaciones étnicas locales, constituyéndose en la principal atracción de la Semana del Inmigrante: allí se exhibieron la música, la vestimenta y los bailes de los distintos países representados.

Fiesta Provincial del Inmigrante, 1978-1981, Casa de Cultura, Berisso), la revista *Imagen Platense* (edición de diciembre de 1978), la revista *Berisso*. *Revista Informaciones de Buenos Aires* (edición de diciembre de 1978), el *Decreto Municipal N.º 3333/78*.

- El 3 de diciembre se realizó la recepción del Cuerpo Diplomático en el Municipio, la colocación de una ofrenda floral en el Monumento al general San Martín (Centro Cívico) y el desfile de colectividades y de la reina del Inmigrante (Avenida Montevideo). Durante el desfile una carroza con forma de barco trasladó por la avenida Montevideo a la reina del Inmigrante y a su escolta. Detrás de la carroza se ubicaron los/as integrantes de las distintas asociaciones étnicas que participaron del evento, luciendo la vestimenta tradicional y bailando las danzas típicas de los países representados. Este acto congregó a un público numeroso y permitió reponer en la esfera pública un imaginario sobre el origen de la nación,⁵ un imaginario que no solo señala que los argentinos descendemos de los barcos, sino que, además, afirma que los inmigrantes ultramarinos llegados a la Argentina durante el período de entre siglos (XIX-XX) se habrían fundido armónicamente entre sí. Por su parte, la recepción del cuerpo diplomático fue un acto que se desarrolló en el palacio municipal. Allí, Ricardo Cersósimo recibió al cuerpo diplomático de las naciones representadas por algunas de las asociaciones étnicas locales, les concedió el título de huéspedes de honor y les entregó una réplica del escudo de Berisso como muestra de agradecimiento por su participación en la Semana del Inmigrante. Entre los agasajados por el intendente de facto se encontraban el embajador de la República Popular de Bulgaria, el de la República Socialista de Checoslovaquia, el de la República Socialista de Albania, el jefe de la Sección Consular de la Embajada de la URSS y el jefe de la Sección Consular de la República Socialista Federal de Yugoslavia.

⁵ La revista *Imagen Platense* (diciembre de 1978) menciona la asistencia de más de 500 personas a este acto.

Aquellas gestiones llevadas a cabo por el intendente municipal para que Berisso fuera declarada Capital Provincial del Inmigrante encontrarían reconocimiento público durante la Semana del Inmigrante. En el desfile de colectividades, frente a un palco oficial que contaba con la presencia de Ricardo Cersósimo, Valeria Broblewski fue la encargada de leer el discurso elaborado por las asociaciones étnicas:

Las colectividades extranjeras quieren elevar su sentimiento de gratitud. Un sentimiento de gratitud que abarca a todo el pueblo de Berisso, a sus instituciones oficiales, públicas y privadas. Y especialmente a quien, desde su función oficial, logró, por su responsable dedicación y su inquebrantable voluntad, un título para Berisso que lo define plenamente, que le hace justicia y que fuera recibido con alegría y entusiasmo. Un título que el señor intendente municipal de la ciudad, Dr. Ricardo Cersósimo, recordará por siempre pues él es su motivador, su causante. Es él quien entendió que así debía ser, por todo lo que ello significa para Berisso (...) Un título que vivía en la esencia de la ciudad, en nuestros corazones, en nuestros anhelos...Berisso...Capital del Inmigrante.

Pero este no sería el único acto de la Semana del Inmigrante que contaría con la presencia del intendente municipal: durante la elección de la reina del Inmigrante, Ricardo Cersósimo fue el encargado de darle el cetro a la joven elegida, y de colocarle la corona y la banda. Sin embargo, el protagonismo que tuvo el intendente municipal durante la Semana del Inmigrante despertaría —en el ámbito privado— el malestar de algunos de los representantes de las asociaciones étnicas locales. En el registro de la octava reunión que mantuvieron dichas instituciones durante la segunda edición de la fiesta (25 de septiembre de 1979), podemos leer, al final de página, la siguiente anotación: “Para tener en cuenta. Sugerencia del representante de la colectividad búlgara: (...) Crear una comisión más independiente. Que la fiesta no la organice la municipalidad”. Ese año (1979) algunas asociacio-

nes étnicas decidieron formar la Asociación de Entidades Extranjeras (AEE).⁶ Desde ese momento, la intendencia municipal y la AEE organizan la Fiesta Provincial del Inmigrante. En tal sentido, es probable que la creación de la AEE haya estado ligada a la necesidad de conformar una institución que, al congregarse a aquellas, les permitiera mantener cierta independencia durante la organización de esta festividad.

El recuerdo (del origen)

En septiembre del año 2017, como parte de la 40ª Fiesta Provincial del Inmigrante, se llevó a cabo un homenaje a los miembros de la primera comisión directiva de la AEE. En ese acto se hizo entrega de un diploma a quienes habían ocupado dicha comisión. Algunas de esas personas ya habían fallecido, por lo que fueron sus familiares quienes recibieron el diploma. Los demás integrantes de esa comisión se hicieron presentes para ser homenajeados, y tomaron el micrófono unos instantes para recordar, mediante alguna anécdota personal, el proceso de formación de la AEE y el origen de la Fiesta.

Una vez finalizado el acto me acerqué a saludar a *Silvia* (miembro de la primera comisión directiva de la AEE), quien manifestó sentirse tan emocionada por el reconocimiento recibido como enojada por “lo que acababa de pasar”. A la salida del acto, mientras caminábamos hacia su casa, *Silvia* me señaló los motivos de su malestar:

¿Te diste cuenta? No lo nombraron a Cersósimo. Estos tipos [en referencia a quienes acababan de ser homenajeados] se ponen ahí,

⁶ Las once asociaciones que crearon esta entidad en 1979 fueron la Asociación Patriótica Albanesa de Berisso, el Hogar Árabe Argentino, la Sociedad Armenia de Berisso (hoy llamada Colectividad Armenia de Berisso), el Club Social y Deportivo “Vostock” de la Colectividad Bielorrusa, la Sociedad Búlgara “Iván Vazov”, la Sociedad Checoslovaca (hoy llamado Club Eslovaco Argentino), la Sociedad Cultural Lituana de Socorros Mutuos “Nemunas”, la Sociedad Española de Berisso, la Sociedad Italiana, la Unión Polaca en Berisso y la Colectividad Yugoslava (hoy llamada Centro Yugoslavo Argentino). Fuente: Estatuto Fundacional de la AEE.

en primera fila, para recibir su diploma y se olvidan de Cersósimo. Son unos figurones... ¡Como si ellos hubieran creado la fiesta! La idea de hacer la fiesta no fue de ellos, fue de Cersósimo. Igual los entiendo; ahora no lo nombran porque fue intendente de facto. Pero son unos hipócritas, trabajaron con él, colaboraron con él y ahora ni siquiera lo nombran.

Además de motorizar la declaración de Berisso como Capital Provincial del Inmigrante y haber participado de la organización de la primera edición de la Fiesta Provincial del Inmigrante, ¿qué más había hecho Cersósimo?, ¿qué (otros) datos había sobre él? Durante el gobierno de facto solo el 10 % de los municipios de nuestro país estuvieron gobernados por exintegrantes del aparato militar o de las fuerzas de seguridad, y el Gran Buenos Aires fue el lugar donde más intendentes hubo con dicha trayectoria: la cantidad de industrias radicadas en la zona y la necesidad de controlar a los trabajadores que se opusieran al proyecto político-económico de la dictadura hizo que el gobernador provincial designara como intendentes municipales del Gran Buenos Aires a personas que provenían del aparato militar o que pertenecían a las fuerzas de seguridad (Rodríguez, 2009a; Lvovich, 2010).

Entre ellos, Ricardo Cersósimo: antes de ser nombrado intendente de Berisso, fue director de Seguridad de la provincia de Buenos Aires y comisario de la ciudad de Quilmes. Durante su gestión municipal, la violencia desatada por el aparato estatal tuvo un saldo particularmente trágico. Según el registro elaborado por la Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso de la ciudad de Berisso, existieron al menos 126 desapariciones forzadas y 17 asesinatos (Bretal, 2014, p. 18). Décadas después, Cersósimo sería acusado —por su responsabilidad en la línea de mandos— de torturas, desapariciones y apropiación de menores.⁷

⁷ Causas N.º 16.419, caratulada “Dr. Félix Pablo Crous, s/denuncia (La Cacha-Lisandro Olmos)” (Centro Clandestino de Detención La Cacha), causa N.º 3393/2007

Ahora bien, ¿a quiénes se refería *Silvia* cuando mencionó el vínculo de colaboración entre los representantes de las asociaciones étnicas y el intendente municipal? ¿A qué tipo de colaboración aludía? Si bien no cuento con elementos empíricos concluyentes para responder estas preguntas, quisiera mencionar un dato en torno al cual valdría la pena realizar más indagaciones:⁸ a partir de la asunción de Cersósimo como intendente, algunos representantes de las asociaciones étnicas comenzaron a ocupar cargos directivos en la gestión municipal.⁹

Como mostró Ballester (2014), este vínculo entre el Estado y las asociaciones étnicas locales se replicó en otros municipios del Gran Buenos Aires. Para comprender este proceso es necesario recordar que buena parte de los intendentes nombrados por la dictadura eran desconocidos en el territorio que gobernaban. Eran sujetos venidos de afuera, recién llegados, que debían construir legitimidad (Águila, 2014; 2021); una legitimidad que, debido a la proximidad con los vecinos, debía construirse de manera acelerada. Para llevar a cabo esta tarea, los intendentes municipales establecieron vínculos con actores representativos de la comunidad local e incorporaron a sus equipos de gestión a “hombres provenientes de diversos espacios del quehacer local, que se sumaron bien como ‘asesores civiles’, bien como funcionarios con activa participación en la gestión gubernamental” (Águila, 2021, p. 5). Anulado el vínculo formal del Estado con los partidos políticos, en el nivel municipal el Estado construyó su política en diálogo

caratulada “Subzona 1/11 y otros sobre privación ilegal de la libertad, y causa N.º 1 “Causa incoada en virtud del decreto 280/84 del Poder Ejecutivo Nacional”.

⁸ El marco para dichas indagaciones podría estar conformado por los trabajos que abordaron, en el ámbito local, los vínculos entre el Estado y la sociedad civil durante la última dictadura (García Delgado y Silva, 1985; González Bombal, 1985; Lvovich, 2010; entre otros).

⁹ Por ejemplo, Emilio Piesciorovsky, integrante de la Colectividad Ucraniana Prosvita, ocupó el cargo de secretario de Gobierno a partir de 1976.

con las entidades intermedias de la sociedad civil (Canelo, 2015); entre ellas, las asociaciones étnicas.

Como señala Salvi (2017), en las sociedades posdictatoriales los pasados violentos pueden ser recordados en sus aspectos más dolorosos y ser asumidos —es decir, reconocidos como propios— o deliberadamente olvidados, ocultados, disimulados o silenciados para no afrontar ni aclarar las responsabilidades que se derivan de ellos. A esto agrega que, para los actores involucrados con esos pasados, recordar implica lidiar de un modo u otro con las responsabilidades por lo sucedido. Si bien el problema de la responsabilidad (Jaspers, 1998; Arendt, 2003) escapa a los objetivos de este texto, aquí intenté aproximarme a esta problemática en función del silencio y el olvido que existen en torno a Ricardo Cersósimo. Una figura sumamente incómoda al momento de recordar el pasado de Berisso, que no solo motorizó la declaración de esta ciudad como Capital Provincial del Inmigrante y la organización de la Semana del Inmigrante, sino que, además, les abrió las puertas del Estado a algunos dirigentes de las asociaciones étnicas locales.

Los objetivos y motivos (del origen)

En el año 2011, el doctor Juan Minoian, dirigente de la colectividad armenia, quien fuera el primer presidente de la AEE y dirigiera dicha institución durante sus primeros 18 años, describió cuáles habían sido los objetivos y motivos que guiaron la creación de la Fiesta Provincial del Inmigrante. Objetivos y motivos que, a su entender, corrían el riesgo de ser olvidados en el presente:

Los pioneros [en la organización de la fiesta] fueron inmigrantes directos y argentinos de primera generación. Hoy casi todos los mayores se han ido y son los hijos y nietos los que han tomado la posta (...) Pero en la vorágine de los acontecimientos tal vez se pueden ir perdiendo los objetivos y motivaciones que originaron

estas fiestas si no lo fijamos con el testimonio escrito (Semanario *El Mundo de Berisso*. 2011).¹⁰

Al dejar registrados estos motivos —limitando la posibilidad de su olvido— Minoian señaló que la fiesta se creó para “recordar el dolor que subyacía a cada grupo (...) arribado a estas tierras de promisión en los comienzos de la centuria pasada”. Aquel dolor que había movilizado a millones de inmigrantes, y que debía ser recordado en cada edición de la fiesta, estaba ligado, en su caso, a “las horrorosas vivencias que mis padres, de origen armenio, padecieron en manos del yatagán¹¹ turco durante el genocidio perpetrado a principios del siglo XX”. Descriptos con detalle a lo largo de cuatro páginas, los recuerdos de los padecimientos vividos por sus padres se cierran con una invitación para que “cada una de las colectividades narre los acontecimientos que motivaron la llegada de sus ancestros (algunos dramáticos, otros trágicos, ninguno turístico) a fines del siglo XIX y principios del XX” (Semanario *El Mundo de Berisso*. 2011).¹²

Por su parte, la historiadora Mirta Lobato (2004) señaló que el origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante estuvo ligado a otros objetivos y motivos. Si el testimonio de Minoian nos permite acercarnos a los hechos del pasado que el ritual conmemorativo habría buscado traer al presente mediante su recuerdo, el argumento de Lobato se enfoca en los aspectos que la práctica conmemorativa habría buscado olvidar y/o silenciar. La autora afirma que a fines de los años 70 la situación laboral de la ciudad y la coyuntura política del país crearon un marco propicio para que la declaración de Berisso como Capital Provincial del Inmigrante se concretara en menos de cuarenta días: en aquel contexto dictatorial, algunas asociaciones étnicas y la inten-

¹⁰ Semana del 30 de septiembre al 6 de octubre

¹¹ El yatagán es un sable de origen oriental.

¹² Semana del 30 de septiembre al 6 de octubre.

dencia municipal sentaron las bases para conmemorar una historia de la comunidad que al revitalizar un tópico de la historia nacional vinculado con la llegada, el esfuerzo y la fusión de los inmigrantes ultramarinos, habría pretendido olvidar y/o silenciar los recuerdos que unían a Berisso con los orígenes del peronismo.

Al articular las adscripciones étnicas, conmemorar un origen inmigratorio y representar un vínculo social tan armónico como acrisolado, la Fiesta del Inmigrante habría buscado desarticular las adscripciones políticas y despojar al presente de sus aristas conflictivas. De esta manera, la creación de un imaginario de la comunidad totalmente acrisolado lograría instalar a los inmigrantes ultramarinos en el centro de la historia local, corriendo de ese lugar a los migrantes internos y al peronismo. Así,

Durante la última dictadura militar, se reavivó la reconstrucción del pasado de la localidad retomando el ‘espíritu del inmigrante’ y se legitimó esta reconstrucción, cuando en el año 1978 se estableció, por decreto del gobernador militar de la provincia, que Berisso fuera la Capital Provincial del Inmigrante (...) La tríada *inmigrante, trabajo, armonía* se reavivaba despojada de algunas aristas conflictivas; se omitía al nativo porque estaba estrechamente relacionado con el peronismo y se rescataba la armonía porque ella había contribuido a construir el progreso de la ciudad. La identidad local se construía dotando de nuevos significados al pasado de la comunidad y los agentes formadores se superponían. Los gobernantes locales de la última dictadura militar retomaron las viejas visiones de la comunidad referidas al esfuerzo inmigrante, pero acentuaron las facetas de armonía que suponían existentes en su seno. Al mismo tiempo los habitantes de Berisso generaron una *práctica social de conmemoración* en la que participaban todos los miembros de la comunidad para buscar una solución a las incertidumbres del presente (...) Los miembros de las instituciones

asociativas se vestían con los trajes típicos regionales o nacionales, bailaban, cantaban canciones de sus tierras, preparaban las comidas que los identificaban. Todas estas experiencias se superponían en un contexto fuertemente represivo que afectó la vida cotidiana (...) de la localidad. La Fiesta del Inmigrante ayudó a crear una imagen de la realidad armónica y a olvidar los conflictos del pasado (Lobato, 2004, pp. 67-68; cursivas de la autora).

Los argumentos de Minoian y Lobato muestran que la tensión entre recuerdos, olvidos y silencios no solo es inherente a los procesos de construcción de memorias colectivas, sino que, además, el origen de esa tensión está vinculado con las agencias que los distintos actores desarrollan en el presente (Jaume, 2000; Jelin, 2002b). En tal sentido, la construcción de memorias colectivas permite que los actores disputen una serie de recursos simbólicos ligados a la estructuración social del presente (Ansaldi, 1996; Montesperelli, 2004; Cattaruzza, 2007). Así, el hecho de instituir un origen mítico de la comunidad en el cual los inmigrantes europeos ocupan un lugar central permitió que sus descendientes construyeran legitimidad, prestigio y reconocimiento social. Por la vía inversa, silenciar los recuerdos que unían a la comunidad con la llegada de migrantes internos y los orígenes del peronismo redujo las posibilidades de que los migrantes internos, sus descendientes y los actores identificados como peronistas disputen, en el contexto político de los años 70, algún grado de legitimidad, prestigio o reconocimiento social apelando al pasado.

Las otras versiones (sobre el origen)

En 1978 se llevó a cabo la primera edición oficial de la Fiesta Provincial del Inmigrante. Como mencionamos, su principal promotor fue el intendente municipal, Ricardo Cersósimo. Sin embargo, existen otras versiones sobre el origen de esta festividad, que trasladan su origen hacia un pasado más remoto y lo vinculan con la iniciativa de otros actores.

El historiador Luis Alfredo Guruciaga —fundador del Museo 1871 y nombrado Ciudadano Ilustre de Berisso— señaló que la primera edición de la fiesta se realizó en 1977. Para Guruciaga, esta festividad fue la consecuencia lógica del desarrollo exponencial que tuvo el asociacionismo a escala local.¹³ Alfredo Dulke (miembro de la colectividad lituana, excoordinador municipal de Colectividades Extranjeras, uno de los integrantes de la primera Comisión Directiva de la AEE y presidente de esa institución durante el año 2014) señaló, en línea con lo manifestado por Guruciaga, que la primera edición de la Fiesta Provincial del Inmigrante se realizó en 1977. Sin embargo, indicó que el origen de la festividad estuvo íntimamente ligado a un festival de danzas organizado en 1976 por dos actores (uno de ellos, él mismo):

La fiesta arrancó un poco por casualidad y un poco por necesidad. En el 76, con un amigo de la colectividad ucraniana, Emilio Piesciorovsky, se nos ocurrió hacer un festival, un festival de danzas (...) Eso fue el motivador para que al año siguiente [1977] se organizara una fiesta, un festival de danzas o fiesta de las colectividades (Alfredo Dulke en “Voces de patria”).¹⁴

Por su parte, Juan Minoian señaló que el origen de la fiesta se remontaba al año 1976, cuando los integrantes de cuatro asociaciones étnicas locales (él fue uno de ellos) comenzaron a planificar la organización de este evento.¹⁵ Finalmente, evidenciando su malestar por el modo en que hasta el momento se ha narrado el origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante, Ruth Gatti de Bava afirmó que su verdadero origen se remonta a dos eventos sucedidos en 1951 y 1968. En su

¹³ Fuente: Gacetilla Oficial de la Fiesta Provincial del Inmigrante, año 2000.

¹⁴ Dirección de Comunicaciones Institucionales de la Municipalidad de Berisso.

¹⁵ Minoian menciona a Sofía Rapi de la colectividad albanesa, a Stella Loholaberry de la colectividad española y a Carlos Ruiz de la colectividad eslovaca. Fuentes: “Voces de patria” (Dirección de Comunicaciones Institucionales de la Municipalidad de Berisso) y semanario *El Mundo de Berisso*, semana del 30 de septiembre al 6 de octubre, 2011.

relato sobre el origen de la fiesta (un origen olvidado, no reconocido), su esposo y ella misma ocupan un lugar central:

El verdadero origen de la fiesta se remonta todavía más atrás, por una circunstancia a la que injustamente nunca se hizo mención y que se vincula con la creación del Coro Popular de Berisso, que dirigió mi marido, el doctor Leonardo Juan Bava, en el año 1951. Ese fue el motivo por el cual comenzaron a unirse los representantes de las distintas colectividades. Por entonces mi marido era director del Hospital de Berisso y, como pianista, un gran amante de la música. Él, junto al maestro Orientes Montreal, daban clases a más de 100 coreutas, mujeres y varones, entre los que se encontraban representantes de distintas colectividades, que interpretaban las canciones populares de sus países. Así, unidos por la música, se intercambiaban experiencias de los búlgaros, checoslovacos, rusos, alemanes, franceses, portugueses, etc. Fue así que el 13 de septiembre de 1951 comenzaron a ensayar y, tres meses después, 88 coreutas cantaron en el Cine Victoria, lo que ocurrió el 17 de diciembre de 1951 (...)

Unos años más tarde se fundó en Berisso la Liga Popular de Lucha Contra el Cáncer que dirigió la señora Blanca E. de Sánchez, y de la que yo fui secretaria de Relaciones Públicas. Fue entonces cuando se decidió realizar un desfile de modas para reunir fondos, lo que a la postre derivaría en lo que fue, en los hechos, la primera Fiesta del Inmigrante (...) Yo misma comencé a recorrer las distintas colectividades para impulsar la idea del desfile con vestidos típicos, y esta posibilidad cayó muy bien entre sus representantes (...) Finalmente aquella fiesta se realizó en 1968 en el gran salón comedor del frigorífico Swift, que estaba repleto, y el desfile de inmigrantes fue el gran éxito de la noche (...) Esa fue la primera fiesta, y la que dio lugar a la que actualmente se conoce como Fiesta Provincial del Inmigrante (Diario *El Día*).¹⁶

¹⁶ Viernes 6 de octubre del 2000.

En uno de sus poemas, Jorge Luis Borges (1985) señaló que “el pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente”¹⁷. ¿A qué tipo de pasado se refería Borges? Según Wallerstein (1991) “habitualmente se considera que el pasado está inscripto en piedra y es irreversible. Ciertamente, el *pasado real* está inscripto en piedra. El *pasado social* -es decir, cómo interpretamos el pasado real- está inscripto, como mucho, en arcilla blanda” (p. 78; cursivas mías). En torno a esta problemática —la maleabilidad o elasticidad del pasado— se ha constituido el campo de los estudios sobre la memoria social. Esta característica —la de ser maleable, elástico— condicionaría sus usos.

Como señaló Appadurai (1981), hasta los años 80 del siglo XX buena parte del campo antropológico sostuvo que “el pasado es un recurso simbólico infinito y plástico, totalmente susceptible a los propósitos contemporáneos” (p. 201; traducción propia). Es difícil que encontremos en el presente a algún académico que sostenga este tipo de argumentos. El análisis de numerosos casos empíricos no solo ha dejado en claro que el pasado produce o condiciona al presente, sino que, además, el pasado es una construcción social recreada desde el presente. Así, todo intento de elaborar y/o usar una determinada interpretación del pasado se enfrenta a las condiciones que impone el presente. Evidentemente, uno de los desafíos más complejos a los que nos enfrentamos los científicos sociales interesados por estas temáticas es comprender “*hasta qué punto* el pasado se deja ‘usar’” (Briones, 1994, p. 111; cursivas mías), comprender cuáles son los márgenes que existen para cada interpretación del pasado (Chambers, 1991).

Los relatos de Guruciaga, Dulke, Minoian y Gatti de Bava antes expuestos se disputan un lugar dentro de la genealogía de eventos que dieron origen a la Fiesta Provincial del Inmigrante. Ese lugar es, ni más ni menos, el punto cero de la genealogía. Y en cada una de estas

¹⁷ El poema referido es *Todos los ayeres, un sueño*. El mismo fue publicado en *Los conjurados*.

versiones, quien narra los eventos se adjudica a sí mismo un rol central en el origen de la fiesta. Poco importa reflexionar sobre la autenticidad o falsedad de los datos presentados en esos testimonios; lo que sí importa señalar es que, en primer lugar, esos datos son enunciados para instituir un origen ligado a ciertos contextos y actores, y, en segundo lugar, que cada una de esas versiones se ata a —o se construye a partir de— una serie de experiencias personales.

Como ha señalado Briones (1994), dicha experiencia personal, sucedida en el pasado, constituye la piedra sobre la que está inscripto el pasado social. El uso del pasado encuentra en esas experiencias su propio margen de acción, el límite que marca hasta dónde se lo puede usar. Es por esto que cada actor, en función de su propia experiencia, narra el origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante de un modo distinto. Pero a la vez, como señala Cattaruzza (2007), existen segmentos del pasado (conformados por una serie de hechos) que los actores utilizan para elaborar una interpretación del pasado. Así, cada una de las versiones sobre el origen de esta festividad debe insertarse en un segmento del pasado —cargado de hechos y experiencias personales— para poder constituirse: 1977, 1976, 1968, 1951, el desarrollo del asociacionismo étnico, un festival de danzas, una propuesta de cuatro asociaciones étnicas, la presentación del Coro Popular de Berisso y el desarrollo de un desfile de modas. Fechas, eventos y experiencias personales que se vuelven, para cada versión, constitutivas de ese pasado social.

Algunas reflexiones a modo de cierre

Sobre la política cultural de la dictadura

Al revisar las investigaciones que tomaron a las fiestas como objeto de estudio es posible encontrar un debate en torno al modo de caracterizar al período 1976-1983. La prohibición del carnaval fue uno de los elementos a partir de los cuales Lacarrieu (2006) y Martín (2009) caracterizaron al período dictatorial como un período antifes-

tivo.¹⁸ Sin embargo, Longoni (2013) y González (2013, 2014a, 2014b) discutieron esa caracterización mostrando que, en dicho período histórico, algunos actores del aparato estatal y de la sociedad civil organizaron diversas festividades.

Como he mostrado a lo largo del texto, la Fiesta Provincial del Inmigrante fue un producto de las relaciones establecidas entre el Estado y la sociedad civil durante la última dictadura. Una festividad que no sería la única en su tipo llevada a cabo durante aquellos años: en 1978 se realizó la primera edición de la Fiesta Nacional del Inmigrante (Resistencia, Chaco); en 1979, la sexta edición de la Fiesta Provincial del Inmigrante (Las Breñas, Chaco) y en 1980, la primera edición de la Fiesta Nacional del Inmigrante (Oberá, Misiones).¹⁹

La última dictadura cívico militar diseñó y llevó a cabo una política cultural pese a las enormes limitaciones presupuestarias que tenía la Secretaría de Cultura, dependiente del Ministerio de Educación (Rodríguez, 2009b). En algunos municipios de la provincia de Buenos Aires, esa política fue realmente variada y extensa (Rodríguez y Zapata, 2009). La dictadura no solo eliminó, censuró o reprimió ciertos espacios culturales, además, produjo otros. Ahora bien, los eventos festivos organizados durante el período 1976-1983 fueron los que permitían reproducir un imaginario de orden, fijar las jerarquías sociales y legitimar a ciertas figuras (González, 2013; 2014a; 2014b). Si el carnaval constituye un espacio en el cual es posible cuestionar al poder y revertir las identidades sociales, las fiestas del inmigrante son un ámbito en el cual es posible reponer un mito de origen (el del crisol de razas) y situar a los inmigrantes europeos en el centro de la memoria del Estado nación.

¹⁸ Fue quitado del calendario de fiestas oficiales en 1976.

¹⁹ El caso de la fiesta realizada en la ciudad de Las Breñas muestra la continuidad que tuvieron este tipo de eventos festivos durante los años 70.

La iniciativa del intendente municipal para declarar a Berisso como Capital Provincial del Inmigrante y realizar la primera edición oficial de la Fiesta Provincial del Inmigrante encontró rápidamente eco entre algunos dirigentes de las asociaciones étnicas locales. Esta interacción se comprende mejor si recordamos dos elementos. En primer lugar, que el último golpe de Estado fue recibido con indiferencia o beneplácito por buena parte de la sociedad argentina (O'Donnell, 1997; Novaro y Palermo, 2003; Lvovich, 2020). Si bien la escasez de voces discordantes fue atribuida a la dinámica represiva desarrollada por diversos actores estatales y paraestatales, el voto de confianza que una parte de la sociedad civil le otorgó al nuevo gobierno militar se tradujo en un vínculo con diversos grados de colaboración (Vezzetti, 2002; Águila, 2008). En segundo lugar, debemos recordar que desde mediados del siglo XX las asociaciones étnicas funcionaron en nuestro país como un espacio en el cual las elites dirigentes construyeron una identidad de clase media (Míguez, 1992) que, al reponer el mito de una nación homogéneamente blanca, acrisolada y de origen europeo, logró oponerse al imaginario político peronista (Garguin, 2009): un imaginario que tenía en el centro de su identificación de clase a los migrantes internos llegados a Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX.

Sobre los usos del pasado

Como señala Jelin (2017), mientras el pasado ya pasó —es algo determinado, no puede cambiarse— los sentidos que se le otorgan constituyen un objeto de reinterpretación y disputas. El origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante, contextualizado entre mediados de los años 50 y fines de los años 70 por los actores que participaron de ese proceso, es un ejemplo característico de esta situación. Cada uno de ellos narra ese pasado, ese origen, de manera distinta. Jelin (2002a) señala que la historia dura, fáctica, “de los eventos y acontecimientos que ‘realmente’ existieron se convierte en un material imprescindible

pero no suficiente para comprender las maneras en que los sujetos sociales construyen sus memorias, sus narrativas y sus interpelaciones a esos mismos hechos” (p. 78). Siguiendo dicha postura, en este texto mostré que no existe una interpretación unívoca sobre el origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante. El análisis realizado no pretendía evidenciar supuestas falacias en las narrativas de los actores, sino examinar la producción social de memorias sobre aquel pasado. Por lo tanto, los testimonios orales y escritos no fueron concebidos como relatos factuales, limitados a una supuesta función informativa que revele la verdad de lo sucedido (Pollak, 2006). Al desnaturalizarlos —alejándonos de cualquier postura que los incorpora acríticamente como verdades dadas— intenté mostrar que las memorias sobre el origen de esta festividad son un objeto históricamente construido, librado a reinterpretaciones, en disputa. Un pasado en el cual diversos actores

expresan y silencian, resaltan y ocultan, distintos elementos para la construcción de su propio relato. Lo que encontramos es una lucha por las memorias, una lucha social y política en la que se dirimen cuestiones de poder institucional, simbólico y social (Jelin, 2017, p. 285).

Sin embargo, vale la pena preguntarse por qué ciertas representaciones del pasado se vuelven perdurables en nuestra historia. Al responder esta pregunta, Cattaruzza (2017) señala algo sumamente importante para el caso de la Fiesta del Inmigrante: la posibilidad de que ciertas representaciones del pasado se vuelvan perdurables “no depende de su respaldo empírico o de su rigor científico, sino, una vez más, de condiciones político-culturales presentes, que impactan en su circulación y recepción” (p. 72). Solo ciertas versiones del pasado logran volverse legítimas, oficiales, y son estas las que conseguirán adquirir una realidad durable. Y esto sucede cuando son exitosamente comunicadas mediante procesos de oficialización que las convierten

en historia (Briones, 1994). En ese proceso de legitimación, oficialización, el Estado juega un rol central. En el caso empírico analizado en este texto, la versión sobre el origen de la Fiesta Provincial del Inmigrante que logra volverse oficial, legítima, es la que cuenta con el apoyo institucional del Estado. Por su parte, las versiones de Guruciaga, Dulke, Minoian y Gatti de Bava no tienen oficialidad: carecen de un Estado que las comunique, las haga propias y, de esta manera, las vuelva historia.

Sobre la construcción de memorias colectivas

Traverso (2014) y Jaume (2000) señalan algo que, para el análisis del material presentado en este capítulo, me parece relevante. En dicho texto Traverso analiza —entre otros temas— un movimiento que va de lo religioso a lo sagrado. Este movimiento (presente en las sociedades modernas) hace que lo laico pueda ser venerado como algo sagrado. Y este proceso se pone en escena en ciertos actos de Estado: lo civil, vuelto sagrado, se hace cuerpo en las fiestas oficiales, en las conmemoraciones, etc. Durante la Fiesta Provincial del Inmigrante, actores del Estado y de la sociedad civil festejan, religiosamente, el origen de la comunidad nacional y veneran a sus dioses (los inmigrantes europeos) (Herrera, 2018). Ahora bien, Traverso señala que la religión civil construida en torno al Holocausto —en su pretensión de instituirse como un modelo universal para pensar otras experiencias— debe deformar (en el sentido de volver a dar forma) la historia. Y lo hace hasta un punto en que, según este autor, la empobrece de manera notoria. Por su parte, el texto de Jaume muestra cómo durante la recordación de una masacre cometida durante el terrorismo de Estado, las víctimas son instituidas en héroes. Para ganarse un lugar en la historia, los militantes políticos asesinados durante el terrorismo de Estado deben entrar en la categoría de víctimas; actores que se identificaban como militantes políticos y que, muy posiblemente no se hubieran identificado como víctimas. Vuelvo al texto de Traverso

(2014): aquellas categorías —las de víctima y la de héroe— le caben tanto al niño asesinado en una cámara de gas como al insurrecto del gueto de Varsovia (un militante político y/o un combatiente que quiso escapar del lugar de víctima, al que ahora, al ser socialmente recordado, se lo restituye a dicho lugar).

Muchos de los héroes de la religión civil conmemorada en la Fiesta Provincial del Inmigrante no solo eran víctimas de los contextos bélicos desatados en Europa, de la pobreza, la falta de trabajo o del hambre... además, eran militantes políticos (anarquistas, comunistas, socialistas, etc.). Dimensiones identitarias que la religión civil, en su ritualidad, no recupera. En otros términos: la conmemoración licúa, silencia, olvida un conjunto de dimensiones con las que dichos actores se identificaban y/o eran identificados. El inmigrante celebrado por esta religión civil es un sujeto dócil para la construcción de memorias colectivas. Es un inmigrante trabajador, padre de familia y que ha logrado integrarse con éxito a la sociedad argentina. Pero fundamentalmente, es un inmigrante sin adscripciones políticas, del cual se recuerda su llegada (en barco) a la Argentina, la vestimenta que usaba, los bailes que danzaba y la gastronomía que consumía.

Referencias bibliográficas

- Águila, G. (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1076/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Prometeo.
- Águila, G. (2014). Disciplinamiento, control social y ‘acción psicológica’ en la dictadura argentina. Una mirada a escala local: Rosario, 1976-1981. *Revista Binacional Brasil-Argentina*, 3(1), 211-239.
- Águila, G. (2021). La dictadura, las formas de la represión y los estudios a escala local. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21(1), e134. <https://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/aihae134>

- Ansaldi, W. (1996). Las prácticas sociales de la conmemoración en la Córdoba de la modernización, 1880-1914. *Sociedad*, 8, 95-127.
- Appadurai, A. (1981). The past as a scarce resource. *Man, New Series*, 16(2), 201-219.
- Arendt, H. (2003). *Responsabilidad y Juicio*. Paidós.
- Ballester, G. (2014). Asociativismo y poder local: El caso de la Asociación Italiana de Ayuda y Socorros Mutuos Fraternidad y Unión en General Sarmiento durante la última dictadura argentina (1976-1983). *Anuario*, (26), 264-282.
- Borges, J. (1985). *Los conjurados*. Alianza Editorial.
- Bretal, E. (2014). *La época de los ingleses, la época de los militares, la época del cierre. Representaciones y clasificaciones sociales de los ex-obreros de frigorífico Swift de Berisso* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de General Sarmiento, IDES, Buenos Aires, Argentina.
- Briones, C. (1994). Con la tradición de todas las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: usos del pasado e invención de la tradición. *Runa: archivos para la ciencia del hombre*, 21(1), 99-129.
- Canelo, P. (2015). La importancia del nivel municipal para la última dictadura militar argentina. Un estudio a través de sus documentos reservados y secretos (1976-1983). *Historia*, 2(48), 405-434.
- Cattaruzza, M. A. (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Sudamericana.
- Cattaruzza, M. A. (2017). El pasado como problema político. *Anuario del IEHS*, 32(2), 59-78.
- Chambers, R. (1991). *Room for maneuver: reading (the) oppositional (in) narrative*. University of Chicago Press.
- Diario *El Día* (6 de octubre del 2000).
- Garguin, E. (2009) “Los argentinos descendemos de los barcos”. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina

- (1920-1960). En S. E. Visacovsky y E. Garguin (comps.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: estudios históricos y etnográficos* (pp. 61-94). Buenos Aires: Antropofagia.
- García Delgado, D. y Silva, J. (1985). El movimiento vecinal y la democracia: participación y control en el Gran Buenos Aires. En E. Jelin (comp.), *Los nuevos movimientos sociales/2. Derechos humanos, obreros y barrios* (pp. 90-95). CEAL.
- González, A. S. (2013) Política cultural en la última dictadura: fiestas oficiales e intersticios de resistencia en Córdoba. *Revista Afuera: estudios de crítica cultural*, (13), 1-24.
- González, A. S. (2014a). Políticas culturales en la última dictadura argentina (1976-1983): fiestas oficiales, reinención de tradiciones hispánicas e intersticios de resistencia artística. *ArtCultura, Uberlândia*, 16(28), 143-160.
- González, A. S. (2014b). Fiestas oficiales por el Día del Estudiante-Día de la Juventud en la última dictadura argentina. La Estudiantina de 1980 en Córdoba. En R. Borobia (Coord.) *Estudios sobre juventudes en Argentina III: De las construcciones discursivas sobre lo juvenil hacia los discursos de las y los jóvenes* (pp. 203-227). Publifadecs.
- González Bombal, M. I. (1985). Protestan los barrios (El murmullo suburbano de la política). En Jelin, E. (comp.), *Los nuevos movimientos sociales/2. Derechos humanos, obreros y barrios* (pp. 246-269). CEAL.
- Herrera, N. (2018). *Inmigración, política y memoria: La Fiesta Provincial del Inmigrante (Berisso, 1978-2015): un ritual conmemorativo a través del cual la comunidad se imagina a sí misma* [Tesis doctoral]. Universidad Nacional de La Plata.
- Jaspers, K. (1998). *El problema de la culpa. Sobre la responsabilidad política de Alemania*. Alianza.
- Jaume, F. (2000). Estrategias políticas y usos del pasado en las ceremonias conmemorativas de la “Masacre de Margarita Belén”. 1996-1998. Avá. *Revista de Antropología*, (2), 65-94.

- Jelin, E. (2002a). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Jelin, E. (2002b) Los sentidos de la conmemoración. En E. Jelin (comp.), *Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas "infelices"*. Siglo XX.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado: Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI.
- Lacarrieu, M. (2006). Las Fiestas, Celebraciones y Rituales de la ciudad de Buenos Aires: imágenes e imaginarios urbanos. *Revista Electrónica Imaginarios Urbanos*, 1-10.
- Lobato, M. Z. (2004). *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Prometeo.
- Longoni, A. (2013). Incitar al debate, a una red de colaboraciones, a otro modo de hacer. *Revista Afuera: estudios de crítica cultural*, 8(13), 1-4.
- Lvovich, D. (2010). Burócratas, amigos, ideólogos y vecinalistas: el reclutamiento de funcionarios municipales de Morón durante la dictadura militar (1976- 1983). En E. Bohoslavsky y G. Soprano (comps.), *Un estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad)* (pp. 411-430). Prometeo.
- Lvovich, D. (2020). Los que apoyaron. Reflexiones y nuevas evidencias sobre el apoyo difuso a la dictadura militar en su primera etapa (1976-1978). *Anuario IEHS*, 35(2), 125-142.
- Martín, A. (2009). Procesos de tradicionalización en el carnaval de Buenos Aires. *Cuadernos de la FHyCS-UNJu*, (36), 23-41.
- Míguez, E. (1992). Tensiones de identidad: Reflexiones sobre la experiencia italiana en la Argentina. En F. Devoto y E. Míguez (comps.). *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada* (pp. 338-343). Cemla-ISER-IEHS.
- Montesperelli, P. (2004). *Sociología de la memoria*. Nueva Visión.

- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La Dictadura Militar 1976/1983: Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Paidós.
- O' Donnell, G. (1997). Las fuerzas armadas y el Estado autoritario del Cono Sur de América Latina. En G. O' Donnell (Ed.). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Al Margen.
- Revista *Imagen Platense*, (1978) edición de diciembre.
- Revista *Berisso. Revista Informaciones de Buenos Aires* (1978) edición de diciembre.
- Rodríguez, L. G. (2009a). Descentralización municipal, intendentes y 'fuerzas vivas' durante el Proceso (1976-1983). *Cuestiones de Sociología* (5-6), 369-387.
- Rodríguez, L. G. (2009b). La educación artística y la política cultural durante la dictadura militar en Argentina (1976-1983). *Arte, individuo y sociedad*, 22(1), 59-74.
- Rodríguez, L. G. y Zapata, M. (2009). Los proyectos culturales de la dictadura. Funcionarios y políticas en la provincia de Buenos Aires. *XII Jornadas Interescuelas*. Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.
- Salvi, V. (2017). Actores de la memoria y luchas políticas por el pasado. *Introducción a los Estudios sobre Memoria: Problemas, Perspectivas, Debates*. Núcleo de Estudios sobre Memoria (curso de posgrado). CIS-Conicet/IDES, Buenos Aires.
- Semanario *El Mundo de Berisso*, (2011). semana del 30 de septiembre al 6 de octubre
- Traverso, E. (2014). *El fin de la modernidad judía: historia de un giro conservador*. Fondo de Cultura Económica.
- Vezzetti, H. (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Siglo XXI.

Voces de patria. Dirección de Comunicaciones Institucionales de la
Municipalidad de Berisso.

Wallerstein, I. (1991). The construction of peoplehood: Racism,
Nationalism, Ethnicity. En E. Balibar & I. Wallerstein (comps.).
Race, Nation, Class. Ambiguous Identities (pp. 71-85). Verso.

“¿Por qué siempre nos enseñan lo malo del nazismo?” Memoria y negacionismo como problemas pedagógicos

Emmanuel Kahan

Escribo estas reflexiones a mitad de camino entre mi formación académica y mi experiencia como consultor del Programa Educación y Memoria del Ministerio de Educación de la Nación. En ambos espacios, sin embargo, trabajo un tema en común: el Holocausto y su transmisión memorial en Argentina. Incluso, desde antes de recibirme de profesor de Historia en la Universidad Nacional de La Plata, la transmisión del Holocausto estuvo acompañando mi trayectoria educativa y mi formación política: Holocausto y dictadura eran temas que, durante la década de 1990, estaban “ausentes” de la agenda educativa y, por el contrario, animaban la organización de actos, mesas redondas y movilizaciones que impulsábamos desde el Centro de Estudiantes del que fuera mi colegio secundario y, también, el Centro Literario y Biblioteca Israelita “Max Nordau” de la ciudad de La Plata, mi segunda “escuela”.

Mirado retrospectivamente, no sé cuánto yo elegí el tema o este formaba parte del universo en el que socialicé. Quizás haya sido un poco y un poco. Lo cierto es que, desde entonces, la historia y la memoria del Holocausto me interesaron en cuanto tema de indagación histórica, así como de transmisión pedagógica. En este derrotero per-

sonal pude advertir cómo la enseñanza del Holocausto se convirtió en parte de una política pública que pretendió, desde 2008, incorporar su aprendizaje en el marco de una agenda más amplia de temas de educación y memoria (Adamoli y Kahan, 2017) que, en los últimos años, adquirió nuevos bríos incorporando cuestiones de género y educación sexual integral, bajo una noción ampliada de derechos humanos.

En el marco de esa participación en el Programa Educación y Memoria tuvo lugar una experiencia con la que quisiera iniciar, finalmente, mis reflexiones sobre la cuestión del negacionismo, la memoria y la transmisión de pasados sensibles en el actual contexto político nacional y global. En el año 2013, durante una actividad conmemorativa de los treinta años de la recuperación democrática en Argentina, ocurrida en una de las jurisdicciones educativas, tuvo lugar una entrega de premios a los mejores trabajos relativos a aquella conmemoración que fueron producidos por estudiantes de nivel secundario de esa provincia. La sala en la que transcurría el acto, en el Centro Cívico de la ciudad, estaba colmada de docentes, autoridades locales y algunos funcionarios nacionales.

Tras la premiación estaba prevista una conferencia sobre “Los aportes y perspectivas para la enseñanza del Holocausto y los genocidios del siglo XX” que era el corolario de la producción de un volumen específico dedicado a la temática para acompañar la formación docente. Cuando el disertante promediaba la exposición, uno de los estudiantes que había recibido un galardón levantó su mano con la intención de realizar una pregunta: “¿Por qué siempre nos enseñan lo malo del nazismo? ¿Acaso no hubo cosas buenas? Yo leí que durante aquellos años se solucionó una crisis económica que atravesaba Alemania y que los científicos nazis habían obtenido avances sustanciales para la ciencia”. Tanto el conferencista como el auditorio quedaron atónitos frente a esta intervención de quien había ganado, escasos minutos atrás, el premio al mejor trabajo sobre la democracia

en Argentina. Tras unos segundos de silencio quien estaba a cargo del espacio de trabajo retomó la palabra:

Puede que tengas razón: es cierto que se solucionaron problemas económicos y que hubieron [sic] descubrimientos científicos significativos. Pero, ¿a qué precio? Quizás hablamos de lo “malo” del nazismo porque su rasgo esencial fue que se trató de un régimen criminal. ¿Cómo valorar, por ejemplo, un descubrimiento científico cuando no se contó con el consentimiento de los cuerpos involucrados en los experimentos? ¿Cómo reconocer la “solución” de problemas económicos o de empleo cuando su resolución fue sobre la base de la exclusión de una porción considerable de la población o de la anexión de un territorio o del sometimiento a trabajo semiesclavo de individuos? Quizás haya habido cosas “buenas” pero que se sostenían sobre el carácter criminal de las políticas del régimen que fue, en última instancia, su rasgo sobresaliente, característico.

Y con lo dicho, concluyó. Esta escena permite introducir una serie de facetas sobre las que el presente artículo pretende proponer algunas consideraciones. En primer término, dar cuenta de las características e historicidad de los discursos negacionistas. En segunda instancia y en función de su propia historicidad —es decir, de reconocer que el negacionismo no es una narrativa novedosa— intentaremos comprender cómo se caracteriza su configuración actual, cuáles son los canales de difusión y de qué modo estos impactan en los escenarios educativos. Finalmente, y a partir de la historización precedente y de los desafíos actuales, volveremos a reflexionar sobre uno de los puntos nodales de la pedagogía de la memoria: la transmisión intergeneracional.

El negacionismo

Una primera definición de negacionismo debería tener en cuenta que se trata de un fenómeno cultural, político y jurídico que se ma-

terializa en una serie de narrativas y dispositivos cuyo objeto es la negación de hechos históricos cuya magnitud y consecuencias fueron de una criminalidad extrema (Thus, 2020, p. 31). Si bien esta negación busca legitimarse a través del debate fáctico o histórico, su fundamento es de carácter ideológico-político. Aun cuando los genocidios, los exterminios masivos o las violaciones sistemáticas a los derechos humanos fueron probados en diversos ámbitos —la investigación académica, las comisiones de verdad, los procesos judiciales, entre otros— la pretensión de desacreditar los hechos, los alcances o dimensiones y las características que tuvieron estas experiencias escapan al debate acerca de qué sucedió en el pasado. Para decirlo de modo claro: para el discurso negacionista el problema no es tanto de orden histórico, sino de interpretación (política) acerca de los fundamentos de una experiencia histórica.

Como sostiene Daniel Feierstein en su trabajo *El genocidio como práctica social* (2007), el negacionismo es constitutivo de la trama genocida. Está allí en las formas oblicuas que los perpetradores usan para nombrar el exterminio mientras este es cometido, y se impone, *a posteriori*, a través de narrativas, estrategias y disposiciones para ocultar los rastros del crimen, negar su mecánica o banalizar sus consecuencias. En este sentido, según el autor, el negacionismo es un modo de perpetuar los efectos del exterminio, al reactualizar el sufrimiento de los sobrevivientes cuando se niega la experiencia de la que fueron víctimas.

En su trabajo sobre el negacionismo y el derecho penal, la jurista Valeria Thus (2020) establece una tipología que ayuda a comprender características y usos del negacionismo. De acuerdo con su emergencia en el contexto histórico, así como en la preeminencia de algunos componentes específicos —argumentos, voceros, canales de difusión— establece cuatro tópicos aglutinantes: 1) el negacionismo de los hechos históricos, 2) el negacionismo academicista, 3) el negacio-

nismo estatal y 4) los modos inocentes de la negación. Si bien aspectos de estos cuatro tipos conviven en cada una de estas dimensiones, ya sea de modo liminar o potencial, a cada uno le corresponden características específicas.

El primero de ellos tuvo origen apenas acabada la Segunda Guerra Mundial, cuando distintas personalidades iniciaron una campaña cuestionando la existencia propia del exterminio de judíos a manos de los nazis y sus colaboradores. Según los sostenedores de esta perspectiva, las denuncias en torno al carácter criminal del régimen nazi eran un fraude sostenido sobre la base de testimonios poco fiables de los sobrevivientes y de la propaganda inventada por el bando aliado para obtener beneficios de la Alemania derrotada. El segundo tipo se consolidó en los Estados Unidos de América a través de la creación de diversos centros de investigación en el seno de instituciones académicas, que se legitimaron a través de las trayectorias académicas de sus miembros. Si bien compartían argumentos e idearios similares a los primeros, el marco académico les brindó un halo de autoridad a sus argumentaciones.

El negacionismo estatal refiere al caso de los Estados nacionales que disponen una serie de leyes y resoluciones tendientes a negar la perpetración y responsabilidades de funcionarios y fuerzas represivas propias en el cometimiento de un genocidio o la violación masiva y sistemática de los derechos humanos. Los casos de Turquía y Polonia son, quizá, los más evidentes: en ambos se promovieron normativas que criminalizan a quienes, a través de sus investigaciones, señalen la responsabilidad de los Estados y sus poblaciones en el desarrollo del genocidio armenio y el Holocausto (Dadrian, 2008). Por ejemplo, Jan Grabowski y Barbara Engelkin fueron denunciados por difamación y perseguidos por el gobierno de Polonia tras la publicación del libro *Night without end: The fate of Jews in selected Counties Occupied Poland* (2018) donde afirmaban que los ciudadanos polacos habían colabora-

do con las tareas de deportación y exterminio de los judíos.¹ Este tipo de negacionismo propone reconfigurar una representación benevolente de los Estados implicados en los crímenes, a la vez que rechazar cualquier medida reparatoria para las víctimas —ya sea a través de indemnizaciones, devolución de territorios, reconocimiento monumental, entre otros—.

Finalmente, como sostiene Thus (2020, pp. 47-48), los modos más actuales de la negación se sostienen sobre modalidades en apariencia más inocentes —aunque no menos ideológicas— y en razón de ello, más extendidas. Estos modos más sutiles no confrontan de modo directo con los resultados de la investigación histórica, sino que relativizan o banalizan las causas, modos y consecuencias que caracterizaron a las experiencias de violencias masivas. Esta última tesis concuerda con los matices del negacionismo que proponen Daniel Lvovich y Matías Grinchpun (2022), entre los cuales se encuentran la relativización y la banalización que tienden a aligerar las dimensiones criminales de experiencias del pasado al ponerlas en diálogo con acontecimientos cotidianos de distinto calibre, haciéndoles perder su verdadera dimensión histórica. Quizás, y a diferencia de las tipologías anteriores, estas últimas son narrativas verbalizadas por actores distantes del debate académico, aunque —como muestra su trabajo— con injerencias en la promoción de políticas públicas.

Esta caracterización del genocidio puede complementarse con la segmentación propuesta por Emanuela Fronza (2018). En su trabajo

¹ En algunos casos, los Estados no necesariamente promueven legislaciones, pero sí acompañan las presiones o no intervienen frente a las amenazas que reciben sus académicos por los resultados de sus investigaciones. Uno de los casos paradigmáticos es el de Ilan Pappé, historiador israelí que investigó la matanza de población árabe por parte de los israelíes durante la guerra librada en 1948. Sus investigaciones sobre la limpieza étnica de Palestina y su activismo contra el discurso sionista en Israel le valieron un fuerte rechazo, por el cual debió dejar su puesto como profesor en la Universidad de Haifa, de donde se fue para recalar en la Universidad de Exeter, Reino Unido.

sobre las dimensiones actuales que sostienen la narrativa negacionista, expandida a través de redes sociales y páginas web, la jurista italiana advierte que esta posee tres momentos o generaciones. Mientras que la primera se caracterizó por la negación de los hechos históricos —con especial énfasis en la negación del Holocausto— la segunda amplió su repertorio de incredulidad hacia otras experiencias de violencias masivas o crímenes de Estado. En su verba descalificadora de la experiencia de los colectivos afectados, promovía discursos peyorativos contra las víctimas y las organizaciones que las representaban.

Finalmente, los tiempos que estamos atravesando permiten identificar una nueva generación —la tercera— cuyo rasgo central sería poner en tela de juicio algunas verdades instituidas, otrora socialmente consensuadas, sustentadas en la investigación científica. El terraplanismo, los movimientos antivacunas, el descrédito respecto del cambio climático constituyen, entre otras, algunas de las narrativas que ponen en entredicho la noción misma de “verdad”. En este sentido, Fronza señala que la fragmentación de la verdad y la multiplicación de las vías de (des)información promueven aquello que Guy Debord advirtió en su trabajo sobre la sociedad del espectáculo: “Que lo verdadero se convierte en un momento de lo falso” (Fronza, 2018, p. 333).

Apoyándose en las propuestas de diversos juristas, Valeria Thus sostiene que es necesario vertebrar una serie de disposiciones legislativas que articulen la lucha contra el negacionismo. Si bien las sociedades democráticas protegen la libertad de expresión, estos regímenes también tienen “la obligación de establecer límites a quienes atentan en realidad contra las ideas fundamentales de aquellas [las democracias]” (Thus, 2020, p. 46). Sin embargo, este debate no está saldado, ni (mucho menos) hay evidencia empírica de una morigeración del negacionismo en los países donde sus manifestaciones están penadas legalmente. Por el contrario, en países como Francia, por ejemplo,

donde hay leyes que sancionan a quienes niegan las causas, modos y consecuencias de experiencias históricas caracterizadas por violencias masivas, se han abierto otro tipo de debates alrededor del condicionamiento de la libertad académica para la investigación histórica.

Como han problematizado diversos autores (Garibian, 2011; Troper, 1999), la sanción de la Ley Gayssot (1990) en Francia, reprimiendo la negación del Holocausto, promovió una serie de “leyes memoriales” tendientes a fijar sentidos acerca de lo acontecido en el pasado. Las polémicas en torno a estas normativas pusieron en tensión la relación entre el derecho, la historia y la memoria; o, también, entre la legitimidad de las instituciones parlamentarias y judiciales para establecer criterios en torno al pasado histórico. En especial, tras la promoción de una normativa, en 2005, estableciendo que tanto los programas universitarios como los de enseñanza secundaria debían “reconocer, en particular, el rol positivo de la presencia francesa en ultramar, notablemente en África del Norte” (*Loi n° 2005-158*)²; una perspectiva que exaltaba el carácter de la colonización de aquel continente por parte de Francia durante los siglos XIX y XX.

Estas leyes memoriales, que se ampliaron con normas relativas al reconocimiento del genocidio armenio (2001) y la consideración de la esclavitud como un crimen de lesa humanidad (2001), provocaron la reacción de algunos historiadores que advertían que la injerencia del Poder Legislativo en la materialización de sentidos en torno al pasado resultaba una amenaza contra la libertad del trabajo académico. Un grupo de reconocidos investigadores franceses —entre quienes se encontraban personalidades de referencia para el estudio de las memorias y el pasado reciente, como Pierre Vidal-Naquet, Pierre Nora y Marc Ferro— promovió una solicitada que dio origen a la organización

² Se trata de la *Loi n° 2005-158 du 23 février 2005 portant reconnaissance de la Nation et contribution nationale en faveur des Français rapatriés*. Ver en <https://www.legifrance.gouv.fr/jorf/id/JORFTEXT000000444898>

Liberté pour l'histoire, que demandaba la derogación de los artículos de aquellas normativas legales que hicieran del pasado un dogma: “*Dans un État libre, il n'appartient ni au Parlement ni à l'autorité judiciaire de définir la vérité historique*” (En un Estado libre, no corresponde al Parlamento ni a la autoridad judicial definir la verdad histórica).

Este episodio resulta ilustrativo de las tensiones que suscita el marco legal tanto en función de sancionar el negacionismo como de reconocer, validar o legitimar una experiencia histórica. Quizá sea la dimensión punitiva la que ponga de relieve el carácter controversial de la promoción de andamiajes legales para la sanción de aquellas narrativas que operan horadando el pasado histórico y la sensibilidad pública en relación con las violencias masivas. No obstante, como nos han señalado reconocidos historiadores (Bertoni, 2001; Gentile, 2007; Ortenberg, 2013; Finocchio, 2013), desde comienzos de la modernidad el Estado ha sido el promotor de sentidos cristalizados del pasado histórico a través de diversos soportes culturales: monumentos, diseños curriculares, designación de nombres en espacios públicos, efemérides escolares, entre tantos otros.

La dimensión judicial adquiere, sin embargo, un lugar singular en los escenarios que plantea la confrontación con el negacionismo de las violencias masivas. Tal vez el caso más paradigmático sea el que enfrentó a la historiadora norteamericana Deborah Lipstadt con el negacionista británico David Irving. Tras la publicación del libro de Lipstadt, *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory*, en 1993, donde afirmaba que Irving era uno de los académicos que negaba el Holocausto, este le inició un proceso por difamación en los tribunales británicos. En este caso —y contra la valoración que hacían los historiadores agrupados en *Liberté pour l'histoire*— la injerencia judicial no buscó corroborar que el Holocausto hubiese sucedido, sino dar cuenta de que la caracterización de Lipstadt del sesgo negacionista de David Irving era correcta. Como el veredicto estableció,

este último había hecho un uso maniqueo e incluso inventado fuentes históricas con el objeto de legitimar su posición política y su xenofobia. De este modo, y como sostiene Garibian (2011), la perspectiva judicial no se asentó en las prerrogativas del trabajo del historiador sino en revelar que el uso arbitrario de los documentos históricos servía a objetivos diferentes del debate académico.

El negacionismo en el contexto actual

Si, como vimos, el negacionismo no es un fenómeno actual, sino que tiene su propia historicidad —contemporánea al desarrollo propio de las violencias masivas— y puede caracterizarse en función del contexto, las instituciones, actores y soportes a través de los que se vehiculiza, entonces ¿qué nos resulta “novedoso”? Este interrogante adquiere relevancia en función de pensar los modos de intervención en términos generales, pero, sobre todo, en escenarios donde priman tramas de enseñanza-aprendizaje que, como los que citamos al inicio de este trabajo, ponen en relación, a su vez, vínculos intergeneracionales. Con el objeto de ilustrar lo “nuevo”, propongo problematizar tres dimensiones —que en modo alguno acaban todas las posibilidades—: 1) el rol de las nuevas tecnologías en la difusión de estas narrativas, 2) su complemento con los denominados “discursos de odio” y las prácticas que estos promueven, y 3) la legitimidad pública que estas prédicas alcanzan en ámbitos que fueron conmovidos por las violencias extremas del pasado.

En su trabajo sobre la rebeldía entre los jóvenes de derechas, Pablo Stefanoni (2021) nos advierte sobre dos dimensiones concurrentes en la configuración de una nueva sensibilidad pública: el uso de las nuevas tecnologías y un descrédito hacia las formas “políticamente correctas” de comprender la sociabilidad democrática. Las “derechas alternativas” (*alt-right*) resultan refractarias a las matrices culturales del progreso de Occidente, las cuales exaltan la diversidad y el pluralismo cultural como conquistas de un mundo en el que las fronteras nacionales

parecieran haberse hecho difusas. El ámbito primario donde circulan sus expresiones son diversas plataformas digitales en las que las intervenciones repercuten como una caja de resonancia de lo que Parodi, Cuesta y Wegelin (2022) denominan “esfera pública digital”.

Si bien se considera que son los y las jóvenes quienes abrevan allí mayoritariamente, las investigaciones que se vienen desarrollando, para el caso argentino, desde el Laboratorio de Estudios sobre Democracias y Autoritarismo (LEDA) de la Universidad Nacional de San Martín, permitirían matizar esta idea: el grupo etario ubicado entre los 16 y 24 años es el que más desaprueba los discursos de odio (54,5 %) y es el segundo que los promueve (30,3 %) —por encima de quienes tienen entre 41 y 55 años (17,7 %)— mientras que son los adultos (56 a 74 años) y adultos mayores (75 años y más) quienes muestran los índices más altos de promoción de estas narrativas, 34,6 % y 42,9 % respectivamente (LEDA, 2022, p. 6).

No obstante, hay acuerdo en cuanto a que las redes sociales, en razón de algunas de las características que permite su participación en ellas —anonimización del emisor del mensaje, “memificación” o agresividad de las intervenciones, entre otras— resultan el ámbito donde encarnan y proliferan una serie de narrativas y sensibilidades que ponen en entredicho las condiciones de la convivencia democrática. Como sostienen los miembros del LEDA (Parodi, Cuesta y Wegelin, 2022; Ipar, Villareal, Cuesta y Wegelin, 2022), allí se condensan una serie de intervenciones que tienen una historicidad de más larga data pero que, sin embargo, se actualizan y reverberan en contextos de crisis generalizada.³ Según señalan las/os autoras/es, y en sintonía

³ La noción de “crisis” podría referir a múltiples dimensiones que, sin embargo, en el actual contexto podrían ser concurrentes: económica, política, social, etc. No obstante, al menos para el caso argentino, sería posible tener en cuenta algunas dimensiones particularmente locales, como el impacto que tuvo el triunfo electoral del macrismo en 2015 y su “coqueteo” con organizaciones que reivindicaron la actuación militar durante la última dictadura (Besse y Mesina, 2022; Barros, 2021; Barros y Morales, 2019),

con Stefanoni (2021), la experiencia contemporánea pone en jaque la representación originaria del acceso a internet como un ámbito democratizador —el de una “revolución sin líderes”— que, en cambio, se transformó en un entorno donde proliferan discursos de odio.

Esta segunda dimensión —la de las narrativas peyorativas sobre diversas minorías y colectivos sociales— es, quizá, la que está más en boga. En efecto, los discursos de odio condensan sentidos connotados sobre individuos o grupos en función de rasgos asignados por los detractores, o autopercebidos por los destinatarios del estigma. Si bien estas expresiones pueden tener anclajes históricos pretéritos, la difusión que tienen a través de las plataformas digitales pueden irradiar prácticas discriminatorias radicalizadas. En este sentido, como sostienen desde el LEDA,

[C]onsideramos que los DDO [discursos de odio] son enunciaciones en la esfera pública que transgreden los límites de lo que la convivencia democrática puede tolerar. Es decir, se trata de discursos que exceden los conflictos razonables que están en los fundamentos de la democracia moderna (Habermas & Rawls, 1998, en Parodi, Cuesta y Wegelin, 2022).

Estas narrativas que, como advertimos, pueden acompañar prácticas segregacionistas, no resultan novedosas; antes bien, es su expansión a través de las plataformas digitales la que las hace emerger como tales. No obstante, corresponde matizar el juicio: no todo lo que se encuentra en internet tiene ese tono. Pero, como señalan algunos investigadores, son los modos bajo los cuales funcionan los algoritmos en estas plataformas los que sesgan las elecciones y restringen los debates argumentados (Feierstein, 2007; Sibilia, 2020). El impacto que

que se profundizaron con narrativas negacionistas globales —no solo vinculadas a las consecuencias de las dictaduras militares— que tuvieron lugar durante la pandemia del COVID-19.

tienen estas dos dimensiones puede ayudar a explicar los esfuerzos y estrategias que despliegan diversos actores que, originalmente, registraban intervenciones discriminatorias en el espacio público y que, en los últimos años, ponen el foco en lo que acontece en internet: desde el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (Inadi, 2023) hasta la Delegación de Asociaciones Israelitas de la República Argentina (DAIA, 2022), el Centro Simon Wiesenthal o el Congreso Judío Latinoamericano (2023), advierten que de un tiempo a esta parte se incrementaron los discursos xenófobos y antisemitas en las redes sociales.

La conjunción entre discursos de odio y su propagación a través de redes sociales estaría dando una magnitud diferenciada al impacto que estos tienen en la esfera pública (digital). Sin embargo, y en función de los estudios acerca de la cultura de masas y el Holocausto, podríamos advertir que tampoco radica aquí una novedad de carácter absoluto. Como muestran los trabajos sobre el devenir de la prensa gráfica y los medios de comunicación en los albores del siglo XX, estos también constituyeron, en su respectivo contexto, tecnologías modernas que operaron permeando las sensibilidades de una época (Fritzsche, 2008). Por la magnitud del crimen —o, como señala Traverso (2018), porque sucedió en el corazón de la “civilizada” Europa— el Holocausto puede resultar iluminador. Las que constituyeron las nuevas tecnologías de la primera mitad del siglo XX —la prensa gráfica de consumo masivo, la radio y el cine, por ejemplo— confluyeron en la difusión de sentidos connotados acerca de judíos, mayormente, y de otros grupos sociales (gitanos, homosexuales, enfermos mentales, etc.) que “naturalizaron” los estigmas sobre los que, *a posteriori*, se asentó el exterminio (Herf, 2008; Gitlis, 1997).

Sin embargo, el antisemitismo, para el caso del régimen nazi, preexistía. En este sentido, convendría retomar la perspectiva analítica de Sebastián Carassai (2013) acerca de la aceptación social de

la violencia como recurso político durante la década del setenta en Argentina. En el capítulo donde aborda un amplio espectro de soportes culturales —publicidades, revistas de consumo masivo, novelas televisivas— el autor advierte que el análisis de los discursos en torno a la violencia que circularon en aquellos años permitiría visualizar menos la causa que lo causado por una comunidad de creencias, ideas y valores compartidos (Carassai, 2013, p. 236). Los imaginarios y representaciones acerca de la violencia que contenían aquellas narrativas (como hoy día los discursos de odio) contemplaban tanto lo que un emisor quería transmitir al destinatario como también los deseos sociales de una comunidad de valores y creencias. Dicho en criollo: para bailar el tango hacen falta, al menos, dos.

Esto en absoluto desmerece los análisis centrados en las particularidades que tienen las plataformas digitales en el actual contexto, pero hace notar que el vínculo entre tecnologías, cultura de masas y discursos violentos o de odio tampoco es radicalmente novedoso. Entonces, ¿dónde radicaría la singularidad de este enjambre entre plataformas digitales y discursos de odio? Advierto que es en los *usos* del negacionismo que introducen los discursos de odio donde emerge un problema de nueva factura.

La consolidación del campo de estudios sobre la memoria desde fines de la década de 1980, acompañó un proceso “global” —aunque su epicentro fuera Occidente— de reconocimiento y reparación de las violencias masivas cometidas durante el siglo XX, que, si bien tuvo diversa envergadura en cada contexto nacional, cimentó una representación condenatoria de las masacres cometidas con distinto grado de involucramiento de los poderes estatales. Esta dimensión se consolidó a través de un amplio conjunto de normas del derecho penal internacional, juicios contra perpetradores de violaciones a los derechos humanos, medidas reparatorias o de justicia transicional, desarrollo de programas internacionales y nacionales para la enseñanza de estas

experiencias en ámbitos educativos, monumentalización o marcas de sitio de memoria y establecimiento de fechas conmemorativas.

Sin embargo, este andamiaje, que parecía haber sido eficaz en la medida en que constituyó, *gramscianamente*, un sentido común extendido en torno a la impugnación de las violencias del pasado, hoy pareciera resquebrajarse. Incluso en Argentina, donde se construyó una política pública de revisión, reconocimiento y reparaciones respecto de los crímenes cometidos por la última dictadura militar (1976-1983), desde la asunción del gobierno de Mauricio Macri (2015) se han puesto en cuestión algunos de sus alcances o dado legitimidad pública a voces que contrariaban las demandas de los organismos de derechos humanos (Besse y Messina, 2022; Barros, 2021; Barros y Morales, 2019). Retomando la perspectiva inicial acerca del negacionismo como un discurso ideológico, coincidimos con la tesis sostenida por Daniel Lvovich y Matías Grinchpum (2022) acerca del nuevo giro que adquieren estas narrativas en el actual contexto: se trata de discursos cuyo valor no es la negación del pasado sino su reafirmación celebratoria, en la medida en que “reivindican abiertamente los horrores del pasado” (p. 12)

Quizá lo nuevo, o lo que sorprende, parafraseando a Marshall Berman y su recuperación de la fraseología de Marx, es que todo lo que parecía sólido comienza (otra vez) a desvanecerse en el aire. Sería esta una dimensión novedosa si lo miramos desde los procesos de consolidación de políticas públicas nacionales y globales sobre la impugnación de las violencias, o un episodio más de lo que Elizabeth Jelin (2002; 2018) denomina “las luchas sociales por la memoria” si pusiéramos el foco en las disputas por la interpretación y usos públicos del pasado.

La transmisión de pasados sensibles en contextos de enseñanza

Durante el año 2015, la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y el Ministerio de Educación de la Nación,

realizaron en conjunto un relevamiento en escuelas secundarias de todo el territorio nacional con el objeto de evaluar los alcances que había tenido la incorporación de la enseñanza del terrorismo de Estado, la causa Malvinas, el Holocausto y otros genocidios en el currículo educativa (FCS, 2015).⁴ Transcurridos 10 años desde la creación del Programa Educación y Memoria y nueve desde la incorporación de la perspectiva de los derechos humanos en el ámbito de la enseñanza formal a través de la Ley de Educación Nacional N.º 26 206, las encuestas permitían ponderar los alcances logrados así como identificar los desafíos pendientes. Dos de los interrogantes planteados por el equipo de la UBA resultan de interés para el presente artículo: ¿dónde escuchaste hablar por primera vez sobre la última dictadura? y ¿dónde escuchaste hablar con mayor frecuencia sobre el tema?

Las respuestas señalaban que había sido la escuela el ámbito donde habían tenido una aproximación al tema por primera vez (56,8 %), pero, en una proporción mayor (68,2 %), donde habían trabajado y profundizado la temática. Más allá de los potenciales sesgos de las respuestas —fueron tomadas en instituciones educativas con el objeto de evaluar la enseñanza de estos temas—, los resultados fueron significativos. Sin embargo, el reconocimiento de otros ámbitos en los cuales el tema era tratado o profundizado puede también ser ponderado. Mientras que para la primera de las preguntas un 29,2 % señalaba que el primer lugar de transmisión fue la casa, un 9,1 % indicó los medios de comunicación y solo un 1,7 % mencionó a internet.

Frente al segundo interrogante, los medios de comunicación ocupan un 13,4 %, el ámbito familiar (la casa) el 11,9 % y el 2,1 % en la

⁴ Se realizaron 2512 encuestas en escuelas públicas de nivel secundario de 37 localidades de las siguientes provincias: Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Pampa, Córdoba, Mendoza, San Juan, La Rioja, Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz. Los alumnos y las alumnas que completaron el formulario autoadministrado tenían entre 16 y 19 años —mayoritariamente (84 %) entre 17 y 18 años—.

web. Aun cuando los porcentajes para la escuela resultaban notables, el análisis de otros espacios que constituyen ámbitos de producción y circulación de saberes y sensibilidades sobre la temática puede resultar iluminador. En primer lugar, porque, al menos para 2015, internet no parecía tener un lugar relevante —menos del 4% contemplando ambas preguntas—. Sin embargo, si se amplía a medios de comunicación, los números muestran un crecimiento significativo, y aún más si incorporamos los ámbitos de transmisión domésticos o familiares.

En un trabajo de investigación dirigido por Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall (2012) sobre la transmisión intergeneracional de la memoria del Holocausto en Alemania, se problematizan también las tensiones que se suscitan entre los saberes abordados en las escuelas y aquellas referencias a ese mismo pasado que circulan por otros canales menos formalizados. A partir del estudio de memorias intrafamiliares, el equipo de investigación advierte las diferencias entre los conocimientos históricos cognitivos y las representaciones emocionales relativas a ese mismo pasado aprendido. Si bien los y las estudiantes escolares pueden identificar los rasgos característicos del régimen nacionalsocialista alemán —incluyendo su faceta criminal contra los judíos—, también manejan otra información acerca del período vinculada a relatos romantizados de lo que fue la juventud de sus abuelos.

Como destaca programáticamente la investigación, las fuentes de las que se nutre la conciencia histórica son diversas en su fundamento tanto como en su procedencia, y, por tanto, confluyen en la conformación de las representaciones sobre el pasado distintos recursos y fuentes —memorias familiares, películas, libros de divulgación o historia— con los conocimientos provistos por la escuela: “En la escuela aprendemos lo normal de los libros, pero los ejemplos más concretos me los cuenta mi abuela” (cita de un alumno en Welzer, Moller, Tschuggnall, 2012, p. 19).

Este trabajo evidencia algunas dimensiones que vale tener en cuenta para problematizar las relaciones entre transmisión, pasado histórico (sensible) y, en función de la agenda actual, las formas del negacionismo. En primer lugar, que incluso cuando los y las estudiantes puedan responder que la escuela es el primer lugar de transmisión del conocimiento histórico, este no llega despojado de la experiencia histórica. Al menos, como aparece en el estudio sobre el caso alemán, las narrativas sobre el período del nacionalsocialismo preexisten, aunque el énfasis no está puesto en su dimensión criminal, que es lo que hace la escuela (Welzer, Moller, Tschuggnall, 2012, p. 19). En segundo lugar, y si podemos reconocer que ese vínculo con el pasado es producto de una reconstrucción que conjuga saberes históricos y emotivos, se podrá advertir una dimensión que es constitutiva del campo de estudios sobre la memoria: “[E]sta investigación sobre la transmisión del pasado alemán en diálogo intergeneracional no es un estudio sobre el pasado sino más bien sobre el presente” (Welzer, Moller, Tschuggnall, 2012, p. 23).

El reconocimiento de estas dimensiones —la transmisión emocional o familiar y las implicancias del tiempo presente— puede ayudar a comprender las dificultades que enfrenta la enseñanza de experiencias de violencias masivas ocurridas en el pasado. Como señalan las autoras y el autor, son las representaciones del pasado que también ocurren en ámbitos menos formalizados —las familias, los medios de comunicación, las plataformas digitales— las que proporcionan y predisponen el marco en el que el conocimiento histórico es (re)interpretado y (re)utilizado: “En este sentido, estos resultados [los de la investigación] explican principalmente por qué programas educativos sobre el pasado nacionalsocialista no resultan efectivos a la hora de modificar las representaciones románticas y transfiguradas sobre dicho período” (Welzer, Moller, Tschuggnall, 2012, p. 24). Estas diversas capas de sentido en torno al pasado actuarían bajo la forma del “teléfono descompuesto”.

Como en el caso de los y las estudiantes de Alemania, la interpe-lación del joven argentino en el marco de la conferencia a docentes brindada en 2013 en una de las jurisdicciones educativas, nos devuelve la pregunta acerca de qué otros canales de información acompañan, compiten u obstaculizan el trabajo de transmisión del pasado histórico en ámbitos educativos. Antes que impugnar la inquisición (incómoda) de aquel joven, que aun con la intención de provocar ponía de manifiesto sentidos negacionistas acerca del Holocausto, se podría tener en cuenta su intervención para retomar uno de los aspectos centrales de este apartado: ni las escuelas y los y las docentes están solos/as en la transmisión de la experiencia histórica. Lo que aquel muchacho dijo no era “su” invención, sino la vociferación de sentidos en torno a aquel pasado que están al alcance de la mano en, por ejemplo, medios de comunicación y plataformas digitales.

En la medida en que estos soportes están, existen, y son de acceso cada vez más omnipresente, el desafío es cómo tratar con ellos en el ámbito educativo. Como señala Marisa Massone (2022), en los últimos tiempos —con una mayor precipitación tras la pandemia de COVID-19— los y las profesores/as ampliaron los objetos de lectura de sus clases dando lugar al trabajo con soportes híbridos: textos clásicos y recursos digitales. Según la investigadora, la dimensión de lo digital transformó la transmisión de la historia en el ámbito escolar: “La convergencia digital pone a disposición de los/as profesores/as una explosión de materiales clásicos e inéditos, e implica la generación de prácticas de lectura y escritura que combinan lo nuevo con lo antiguo” (Massone, 2022, p. 254).

No obstante, no solo las prácticas docentes se han visto interpe-ladas ante estos panoramas, sino que también la producción de materiales desde agencias estatales ha ido incorporando recursos audiovisuales en función de las nuevas complejidades que presentan los escenarios de transmisión. Un análisis de estas produccio-

nes permite advertir al menos dos dimensiones singulares: estas pretenden funcionar como herramientas para el abordaje didáctico tanto como para la formación docente. La visualización del sitio del Programa Educación y Memoria, por ejemplo, puede resultar ilustrativa de cómo se amplió e incrementó, desde 2019, la elaboración de materiales digitales sobre las temáticas de educación, memoria y derechos humanos.⁵ En particular, el micrositio “Narrativas negacionistas y discursos de odio” recoge las perspectivas multidisciplinares a través de diversas entrevistas, que permiten reconocer el carácter histórico del negacionismo, los debates actuales en torno a cómo confrontarlo y qué estrategias pueden desplegar los/as docentes para trabajarlo en contextos áulicos.

Más allá de las conceptualizaciones de quienes participaron, el sitio es iluminador de algunas particularidades. En primer término, el carácter urgente que tiene la cuestión del negacionismo y los discursos de odio en la agenda pública contemporánea. Pero, en segundo lugar, la singularidad que este problema encarna cuando transcurre en contextos de transmisión intergeneracional. Pues no se trata solamente de si los y las jóvenes incorporan y ponen en circulación representaciones negacionistas de los acontecimientos sensibles del pasado histórico, sino el modo en que se vinculan emocional e identitariamente con ellos. Cuando Jacques Hassoun (1996) problematizaba la dinámica de la transmisión memorial entre generaciones, advertía que la valoración de la experiencia histórica estaba sujeta a las tensiones suscitadas por las representaciones que cada generación daba al pasado desde su posición en el presente. El autor advertía, además, que para que la transmisión fuera “eficaz” o posible había que comprender que cada generación —y en particular las más jóvenes, que eran las “receptoras” de la

⁵ Ver <https://www.educ.ar/recursos/158073/colecciones-digitales-educacion-y-memoria> (consultado 28/7/2023).

experiencia del pasado— tenía sus propias sensibilidades contemporáneas y, en tal sentido, estas mediaban la apropiación que hacía de la experiencia pretérita.

Desde esta perspectiva, y atendiendo a la provocativa pregunta del estudiante que dio inicio a esta reflexión, podríamos reconsiderar su interrogante: ¿por qué solo enseñamos las experiencias criminales del siglo XX? o ¿por qué reducimos el “mal absoluto” a la experiencia del nazismo, o a la última dictadura militar, para el caso argentino? En términos conceptuales, Enzo Traverso (2017) esbozó una respuesta a la primera de ellas, advirtiendo que el énfasis contemporáneo en comprender el siglo XX como la centuria de los genocidios invisibiliza otras dimensiones y experiencias que también le fueron propias: el horizonte de la revolución, la igualdad y la emancipación social. No obstante, en términos pedagógicos, el abordaje de las violencias masivas sucedidas en el siglo XX permite ponderar la centralidad de los derechos humanos en las formas de sociabilidad democrática y los peligros que conllevan los discursos y prácticas discriminatorias. Sin embargo, y atendiendo al segundo interrogante, no alcanza o no puede solo la enseñanza reificada de estas experiencias del pasado construir los andamiajes para una sociabilidad pluralista e inclusiva. Como señaló George Bensoussan (2019):

El sentimiento de saturación que se le imputa a la escuela deriva en realidad de una sociedad que convirtió el genocidio judío en un alfa y omega de la creación. Pero al revés que el objetivo buscado, esa centralidad memorial impide pensar el presente y, al enfocar nuestra atención en la fórmula de ‘las horas más oscuras de nuestra historia’, reconduce la tragedia a un eslogan insípido que nos hace olvidar que el presente está lleno de *nuevas* tragedias. A fuerza de pensar en los marcos del pasado, no vemos la parte del pasado que constituye el presente, y hacemos del presente un pasado que no pasa (p. 17).

Algunas reflexiones finales

El recorrido propuesto en este trabajo posibilitó considerar una de las dimensiones problemáticas de la agenda pública (y política) contemporánea: la mayor difusión de las narrativas negacionistas, asociadas a los discursos de odio. No obstante, algunos de los aspectos abordados permitirían matizar ciertos juicios: ni el negacionismo ni los discursos de odio son problemáticas novedosas, ni tampoco lo es su difusión a través de las nuevas tecnologías. En todo caso, lo que podría resultar un llamado de atención —incluso antes que ser considerado novedoso— es su circulación y apropiación por parte de diversos actores en contextos nacionales como el argentino, que atravesaron experiencias de violaciones sistemáticas a los derechos humanos. Más significativo aún, cuando el Estado ha reconocido su responsabilidad en los crímenes y promovido políticas públicas de reparación.

Si bien, como intentamos señalar, hay un rasgo diferencial en torno a cómo operan las nuevas tecnologías a través de las plataformas digitales, también valdría señalar que no todo lo que circula en internet promueve la discriminación o es negacionista. Recuperando la perspectiva programática de Massone (2022), podemos considerar que allí también se encuentran buenos materiales y experiencias para el trabajo educativo. En todo caso, uno de los escenarios desafiantes es cómo acompañar el proceso de convergencia digital con el que se encuentran los docentes en sus prácticas cotidianas. No obstante, aun cuando lo digital irrumpe de manera significativa, no es el único vector de transmisión y profundización de la experiencia histórica. Como evidencian los relevamientos del LEDA (2023) y la Facultad de Ciencias Sociales (2015), los discursos de odio y el negacionismo no son las representaciones más asumidas o difundidas entre los más jóvenes.

Si el panorama no pareciera ser tan malo, entonces ¿por qué la actual preocupación por cómo afectan las narrativas negacionistas en los ámbitos educativos? En un libro que, de algún modo, resultó fundante

para el campo de los estudios de la memoria y la historia reciente en Argentina, Pilar Calveiro (2005) advertía que “[L]a repetición puntual de un mismo relato, sin variación, a lo largo de los años, puede representar no el triunfo de la memoria sino su derrota” (p. 11). Retomando esta perspectiva, valdría la pena volver a problematizar los modos de transmisión de la memoria que pudieron haber sido eficaces otrora y que, en el actual contexto, comienzan a mostrar signos de estancamiento. Como ha observado Enzo Traverso, deberíamos distinguir entre *memoria colectiva* y el deber de memoria que hace del pasado una *religión cívica*: mientras una trae el pasado al mundo de hoy en función de las tragedias actuales —para retomar a Bensoussan—, la otra sacraliza la experiencia histórica sedimentándola como un momento del transcurrir de la línea del tiempo (Traverso, 2018, p. 47).

En este sentido, e incluso reconociendo lo que se avanzó en la incorporación de estas temáticas en los diseños curriculares, cabría recuperar el interrogante que oportunamente hiciera Elizabeth Jelin (2018): ¿una política activa de memoria es condición necesaria para la construcción democrática? (p. 266). Aunque en términos comparados pudiéramos matizar la respuesta o, en función de los principios, contestar afirmativamente la pregunta, el tiempo actual repone un interrogante sobre los modos, experiencias y sentidos que queremos recuperar del pasado: “En suma, cuestionar el supuesto de la relación directa y lineal entre memorias y democracia implica reconocer la complejidad de la realidad sociopolítica y reconocer que el futuro es, siempre, abierto e incierto” (Jelin, 2018, p. 285).

Referencias bibliográficas

- Adamoli, C. y Kahan, E. (2017). El abordaje del Holocausto desde la trama educativa. *Aletheia*, 14.
- Barros, M. (2021). Los derechos humanos ante nuevos escenarios de contienda. Una aproximación a Cambiemos y su misión de “unir a todos los argentinos”. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 1(27).

- Barros, M. y Morales, M. V. (2019). ¿Cambio de paradigma? La embestida macrista contra el legado de la lucha por los derechos humanos en la Argentina. En Rousseaux, F., *Legado y memorias. Debates sobre el futuro anterior*. Tren en movimiento.
- Bensoussan, G. (2019). *La historia confiscada de la destrucción de los judíos de Europa*, Waldhuter.
- Bertoni, L. (2001). *Patriotas, nacionalistas y cosmopolitas*. Fondo de Cultura Económica.
- Besse, J. y Messina, L. (2022). Las políticas de la memoria en las emergencias de la antipolítica (2008-2019). *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 9(17).
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Norma.
- Carassai, S. (2013). *Los años setenta de la gente común*. Siglo XXI.
- Congreso Judío Latinoamericano (2023). Antisemitismo en la Web. Informe Anual 2022. Buenos Aires: CJL.
- Dadrian, V. (2008). *Historia del genocidio armenio*. Imago Mundi.
- Delegación de Asociaciones Israelitas de la República Argentina (DAIA) (2022). *Informe sobre antisemitismo, 2021*. DAIA.
- FCS-UBA (2015). Escuela y memoria. Una investigación sobre las representaciones del pasado reciente de los estudiantes secundarios de la Argentina. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (Mimeo).
- Feierstein, D. (2007). *El genocidio como práctica social*. Fondo de Cultura Económica.
- Finocchio, S. (2013). El papel de la educación en la invención de lo social (o de cómo la historia escolar transformó progresivamente lo social en la Argentina). *Revista de Indias*, 73.
- Fritzsche, P. (2008). *Berlin 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Siglo XXI.
- Fronza, E. (2018). Il negazionismo di terza generazione. Dalla

- tutela della memoria alla tutela della verità? *Diritto Penale Contemporaneo*, 4.
- Garibian, S. (2011). Derecho, Historia, Memoria. El negacionismo: ¿ejercicio de una libertad o violación de un derecho. *Nueva Doctrina Penal*, vol. 2009/B.
- Gentile, E. (2007). *El culto de Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Siglo XXI.
- Gitlis, B. (1997). *Las películas del odio. El cine nazi en guerra contra los judíos*. Alfa communication.
- Grabowski, J. & Engelkin, B. (2018). *Night without End: The Fate of Jews in Selected Counties of Occupied Poland*. Polish Center for Holocaust Research.
- Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. De la Flor.
- Herf, J. (2008). *El enemigo judío. La propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto*. Debate.
- INADI (2023). *Una aproximación a los discursos de odio: antecedentes de investigación y debates teóricos*. INADI.
- Ipar, E., Villareal, P., Cuesta, M. y Wegelin, L. (2022). Dilemas de la esfera pública digital: discursos de odio y articulaciones político-ideológicas en la Argentina. *América Latina hoy*. Universidad de Salamanca.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2018). *La lucha por el pasado. Cómo construimos memoria social*. Siglo XXI.
- LEDA (2022). *Ciencias Sociales en tiempo real. Configuraciones ideológicas, neoliberalismo y heterogeneidad estructural en el AMBA actual*. Escuela Idaes-Unsam.
- Lipstadt, D. (1993). *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory*. Penguin Publishing Group.
- Lvovich, D. y Grinchpun, B. (2022). Banalización, relativización, negacionismo. Un escenario en los campos de batalla por la

- memoria del pasado argentino reciente. *Revista Contenciosa*, 12.
- Massone, M. (2022). ¿Podemos seguir pensando en una historia escolar transmitida sólo por libros? Los desafíos de la transformación de la materialidad histórica. *Revista Indicios*, 1.
- Ortenberg, P. (Dir.) (2013). *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*. Prohistoria.
- Parodi, R., Cuesta, M. y Wegelin, L. (2022). Problematicar los discursos de odio: democracia, redes sociales y esfera pública. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, 87.
- Sibilia, P. (2020). *O show do Eu. A intimidade como espetáculo*. Contraponto.
- Stefanoni, P. (2021). *¿Por qué la rebeldía se volvió de derecha? Siglo XXI*.
- Thus, V. (2020). *Negacionismo y Derecho Penal*. Didot.
- Traverso, E. (2017). Políticas de la Memoria en la era del neoliberalismo. *Aletheia*, 14.
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Fondo de Cultura Económica.
- Troper, M. (1999). Derecho y negacionismo. La Ley Gayssot y la Constitución. *Annales HSS*, 6.
- Welzer, H., Moller, S. y Tschuggnall, K. (2012). *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*. Prometeo.

Trazas materiales de memoria: Hacia la construcción de una narrativa sobre la memoria del pasado dictatorial (1976-1983) en el Museo de Arte y Memoria de la ciudad de La Plata

Pamela Dubois

El presente capítulo se propone indagar en torno a las especificidades que le conciernen a las instituciones museológicas y a su inherente relación con los procesos de patrimonialización y posterior escenificación de un relato. Particularmente, de los diferentes tipos o categorías que se postulan para distinguir y caracterizar a los museos según sus especificidades, este trabajo se interesa por aquellos espacios que se empiezan a llevar a cabo varios años después de haber sido recuperada la democracia en la década de los ochenta en Argentina, con la finalidad de evidenciar y materializar la criminalidad del poder ejercido durante los años que perduró la última dictadura cívico-militar (1976-1983). Dentro de este contexto, se considera que los museos como dispositivos culturales no solo participan extensamente en la presentación, conservación, investigación y difusión de los bienes materiales e inmateriales (Castilla, 2010), por medio de los cuales los colectivos sociales construyen, desde el presente, una narración que los identifica, sino que además se comprende que son precisamente estos los que tienen “a través de sus instalaciones, a través de sus ex-

posiciones (...) la oportunidad de transformar la memoria, la memoria personal, la memoria de los objetos, en conocimiento histórico” (Huyssen, 2011, p. 17).

Sobre esta base, el análisis que se propone se centra en una experiencia temprana de construcción de un espacio narrativo de la(s) memoria(s) sobre el accionar represivo del Estado durante la última dictadura argentina, a saber: el Museo de Arte y Memoria de la ciudad de La Plata. Específicamente, se toma como caso de estudio la narrativa museal de la exposición permanente inaugurada en marzo del año 2021, poniendo bajo la lupa los modos en que los actores intervienen y delinear los hechos del pasado para construir narrativas en el presente.

Atendiendo a estos propósitos, desde una perspectiva cualitativa se utilizan, para el análisis del museo seleccionado y el relevamiento de la exposición permanente, herramientas metodológicas propias del campo de la museología y del campo artístico. A su vez, se llevan a cabo una serie de entrevistas a quienes conforman los equipos técnicos/profesionales de trabajo, con el fin de indagar sobre las motivaciones, sentidos y contenidos que se materializan en la propuesta exhibida.

Una política de memoria: la creación de museos para la conservación y transmisión de la memoria

El auge de los museos, así como también de otros espacios que reivindican a víctimas de acontecimientos trágicos, responde a un fenómeno que a partir de la década del 80 del siglo pasado se acentúa y expande significativamente a escala global como consecuencia de los debates generados sobre la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, a saber, la memoria como una preocupación central, política y cultural (Huyssen, 2001). Dentro de este marco, la presencia de los sobrevivientes de sucesos trágicos del pasado reciente y la posibilidad que en estos radica de dar testimonio de la experiencia vivida, adquiere una gran centralidad en el espacio público (Hartog, s/f), lo que a su vez conduce a una ampliación de los documentos disponibles, en tanto el

testimonio se constituye en verdadera fuente de conocimiento para la reconstrucción del pasado.

Las resonancias de estos dos procesos históricos particulares que traspasaron ampliamente las fronteras, los convirtieron en poderosos puntos de referencia a partir de los cuales analizar otros procesos locales y específicos, otras situaciones “lejanas en términos históricos y diferentes en términos políticos respecto del acontecimiento original” (Huyssen, 2001, p. 17). Fenómeno que en parte se vio fuertemente impulsado por las conmemoraciones ligadas a la historia del Tercer Reich (Jelin, 2017), los aniversarios, los múltiples proyectos de patrimonialización y la intensa presencia de los medios de comunicación. Al calor de estos sucesos, la memoria se erige entonces “en una herramienta de demanda de justicia y verdad, emancipación y lucha, responsabilidad y compromiso” (Da Silva Catela, 2006, p. 5).

En el interior del campo de los museos, y en tanto se trata de instituciones que cumplen una función de intermediación en esas relaciones complejas que establecen las sociedades con el pasado (Pagano, 2021), todos estos procesos motivaron nuevas reflexiones y reformulaciones. Expresión de ello es el Comité internacional para museos en memoria de víctimas de crímenes públicos (ICMEMO) que hacia el año 2001 crea el Consejo Internacional de Museos (ICOM), con la finalidad de mantener el deber de memoria y promover su enseñanza del Nunca Más. Desde esta perspectiva, los museos de memoria tienen por objeto conmemorar a las víctimas de crímenes de Estado, dando a conocer los hechos del pasado en vínculo con el presente:

Los museos de memoria de las víctimas de crímenes públicos se dedican a la conmemoración de las víctimas de crímenes de Estado, de crímenes cometidos con el consentimiento de la sociedad o en nombre de motivos ideológicos. Estos museos se sitúan en el sitio donde fueron cometidos esos crímenes o en lugares elegidos por los supervivientes y pretenden dar a conocer los aconteci-

mientos del pasado situándolos en un contexto histórico creando a la vez fuertes vínculos con el presente (ICMEMO ICOM, 2001).

En Argentina, la experiencia de la última dictadura cívico-militar (1976-1983) encuentra en los estudios de memoria y de la historia reciente un lugar propicio para su abordaje. Particularmente, la incorporación del pasado dictatorial como objeto de investigación dentro del campo de la historiografía cobra mayor impulso hacia fines de los años noventa, al compás de la consolidación del campo de los estudios sobre memoria, siendo precisamente partir de los años 2000 que “el discurso de la ‘memoria’ comenzó a orientar un caudal creciente de políticas públicas y emprendimientos de la sociedad civil bajo el imperativo de ‘no olvidar’” (Franco y Lvovich, 2017, s/p.).

En efecto, a partir del 2003, las acciones de construcción de políticas de memorialización se vieron animadas y reforzadas por un nuevo ciclo de memoria que inaugura el gobierno de Néstor Kirchner, que asume como política de Estado la condena de la violación de los derechos humanos realizadas durante la última dictadura y el impulso a una política pública de la memoria (Flier, 2008). Ciclo que incluyó significativos avances en la esfera judicial que posibilitaron la imputación y la condena de los perpetradores, siendo una clara expresión de ello la nulidad de las leyes de Punto Final,¹ Obediencia Debida² y los indultos³, cuya invalidez e inconstitucio-

¹ Sancionada el 23 de diciembre de 1986, la ley N.º 23.492 (Punto Final) establecía la extinción de acciones penales contra toda persona que hubiese participado en delitos vinculados a la instauración de formas violentas de acción política hasta el 10 de diciembre de 1983, al tiempo en que limitaba el plazo (60 días corridos) para iniciar procesamientos.

² La ley N.º 23.521 (Obediencia Debida) sancionada el 4 de junio de 1987, eximía a quienes no habían ocupado los mandos más altos de las Fuerzas Armadas, por considerarse que habían obrado en virtud de obediencia debida. Ver en <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/20000-24999/21746/norma.htm>

³ A poco tiempo de asumir como presidente, Carlos Saúl Menem (1989-1999) fir-

nalidad hizo efectivas la Corte Suprema de Justicia el 14 de junio del año 2005; procesos todos que suscitaron el apoyo de las organizaciones de derechos humanos, y principalmente el de las Madres de Plaza de Mayo, quienes dejaron atrás el profundo distanciamiento u oposición que habían mantenido frente a las políticas desarrolladas por otros gobiernos. En esta clave, Hugo Vezzetti (2013) señala que si bien en el plano judicial, las iniciativas estatales promovidas por Néstor Kirchner fueron determinantes en la reapertura de los juicios, “en el terreno de las políticas de la memoria lo que ha dominado es una suerte de delegación de la cuestión en los representantes de los afectados” (p. 39).

Como parte del repertorio de acciones que caracterizan al gobierno kirchnerista, se avanzó en la identificación y recuperación de sitios donde ocurrieron acontecimientos y prácticas represivas durante la última dictadura (Jelin y Langland, 2003), como también fueron recuperados y construidos otros espacios que, si bien no funcionaron como centros clandestinos de detención, materializan la represión (Scocco, 2016). En línea con lo expresado, Ludmila da Silva Catela (2014) plantea que “a 30 años del golpe, en el año 2006, se celebró un momento de ‘memorias monumentales’, con la creación de instituciones como archivos, centros culturales, memoriales, sitios (...)” (p. 32), que habilita a suponer la existencia de una *cultura material de las memorias* (Jelin, 2017), en la cual imágenes, símbolos y representaciones corporizan las ausencias para mantener vivo el recuerdo de las víctimas y evitar su clausura (Richard, 2017).

mó un primer conjunto de indultos que benefició a militares procesados por violaciones a derechos humanos en dictadura, a condenados por su actuación en la guerra de Malvinas, y por haber estado involucrados en los levantamientos militares llevados a cabo durante el gobierno de Alfonsín, como también a civiles procesados por acciones guerrilleras. Un año después, extendió el indulto a quienes aún permanecían presos, entre ellos, a los excomandantes de las Juntas, y a algunos jefes o líderes de la guerrilla (Lvovich y Bisquert, 2008; Jelin, 2017).

Especialmente en los museos, los discursos o relatos que se ponen en escena no se limitan a los objetos o al conjunto de las colecciones que los integran, sino que se basan en los significados históricos o culturales que son relevantes para los colectivos sociales que los preservan. Ello nos obliga a no perder de vista la singularidad de quienes integran o conforman los colectivos sociales, en tanto siempre se trata de personas concretas con mayor o menor capacidad de agencia, ancladas en entramados políticos y sociales particulares de cada presente. De allí una cualidad que le es inherente a todas las prácticas sociales de memoria: los conflictos y disputas por las políticas públicas de memoria (Jelin y Vinyes, 2021). Bruno Groppo (2002), entre muchos otros autores, define a las políticas de memoria como aquellas acciones que llevan a cabo los gobiernos u otros actores políticos o sociales, con la finalidad de conservar, transmitir y valorizar el recuerdo de determinados aspectos del pasado que se consideran significativos. Sostiene que por la representación que propone del pasado, una política de la memoria apunta a modelar la memoria pública, y de esta manera, construir un tipo particular de identidad colectiva.

En esta misma dirección, Elizabeth Jelin (2017) plantea que las políticas de memorialización son una respuesta que da el Estado a aquellos actores sociales que demandan “reconocimientos simbólicos a través de materialidades y materializaciones de las memorias” (p. 156), y destaca que, en estos procesos, las luchas y conflictos sociales se constituyen en aspectos inherentes a ellos. En este mismo sentido, y en lo que refiere particularmente a marcas territoriales, así como a lugares públicos y espacios físicos, argumenta que una vez constituidas estas materialidades pueden funcionar como vehículos para la transmisión intergeneracional de las memorias, ligadas, para el caso argentino, al pasado dictatorial, siendo precisamente allí donde “la dimensión intersubjetiva y social de la experiencia y de la memoria se torna clave” (p. 17).

A partir de esto, y si se tiene en cuenta que los lugares no hablan por sí mismos, sino que son lo que los hacemos decir (Schmucler, 2019), resulta entonces de fundamental importancia —y porque no existen plenos acuerdos sobre los sentidos de los pasados que evocamos— reconocer los fundamentos y criterios particulares a partir de los cuales se construyen las narraciones que acompañan al proceso de construcción institucional de una memoria (Portelli, 2003). Una acción que resulta significativa en la distinción y comprensión del tipo particular de ejercicio de memoria al que estos lugares nos convocan (Richard, 2017).

El surgimiento de una institución: el Museo de Arte y Memoria de la Comisión Provincial por la Memoria

Ubicado en zona céntrica, el Museo de Arte y Memoria (MAM) se constituye como una de las sedes de la Comisión Provincial por la Memoria de la provincia de Buenos Aires (CPM), organismo público extrapoderes con funcionamiento autónomo y autárquico, situado en calle 54 N.º 487 de la ciudad de La Plata, lugar emblemático declarado sitio de memoria en el año 2018 por la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

Allí funcionó desde 1956 y hasta 1998 la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), dependencia que fue adquiriendo a lo largo de los años distintas denominaciones, jerarquías y funciones. Creada en el año 1999, la CPM tiene como acción principal, “esclarecer y dar a conocer la Verdad Histórica de los hechos aberrantes ocurridos en los años de la última dictadura militar” (Ley provincial N.º 12 483).⁴

La propuesta de instalación del Museo, inaugurado el 5 de diciembre del año 2002 en la ciudad de La Plata, parte de la necesidad de la Comisión de contar con un espacio donde sensibilizar y transmitir la

⁴ <https://normas.gba.gob.ar/documentos/xDypYIKB.pdf>

memoria a través de producciones artísticas, con el objetivo principal de promover el debate sobre la violación y defensa de los derechos humanos en Argentina. En palabras de Adolfo Pérez Esquivel (2018), presidente de la CPM:

En este país atravesado por los genocidios militares —primero contra los pueblos originarios, después contra los militantes populares— el arte cumplió y cumple un rol fundamental en la transmisión de la memoria; nuevamente, una memoria no sólo del dolor sino también de la resistencia. No es sólo mostrar la tragedia para que no vuelva a ocurrir, no es sólo quedarnos en la angustia existencial de la vida: es promover la reflexión de esos momentos e historias para que no vuelvan ocurrir (p. 7).

A partir de esto, las obras que el museo exhibe se proponen como lugares, vehículos desde los cuales poder aproximarnos “a los problemas sociales de cada tiempo, a las luchas y las esperanzas de sus protagonistas” (Folletería Museo de Arte y Memoria, s. f.); se trata, en definitiva, de un acercamiento hacia esos pasados desde el arte contemporáneo. La casa donde se encuentra instalado el Museo fue cedida a la Comisión por Gerardo Otero, quien asumió en febrero del 2002 como ministro de Economía de la provincia de Buenos Aires. En una entrevista realizada por Enrique Romanin a Hugo Cañón (2015), quien copresidió hasta octubre del 2014 la CPM, se destaca que fue precisamente en una reunión con Otero cuando, al comentarle sobre la necesidad de contar con un espacio de exposiciones, este decide otorgarle a la Comisión, de manera permanente, la residencia que le correspondía como ministro de Economía.

Inicialmente, y siguiendo con lo propuesto por su directora Laura Ponisio (comunicación personal, 2021), la colección que posee el Museo se fue conformando a partir de donaciones que realizaron artistas reconocidos que trabajaban en ese entonces sobre la temática memoria y dictadura. En esta línea, se destaca la importancia de la muestra

colectiva que se organiza pocos meses después de la inauguración del Museo, dado que a partir de allí se conforma el acervo patrimonial del mismo. Esto fue posible gracias a que varios de los artistas que participaron de esa exposición —Luis Felipe Noé, Juan Carlos Romero, Adolfo Nigro, Ricardo Carpani, Miguel Alzugaray y Diana Dowek— donaron al museo, junto a Carlos Alonso y León Ferrari, obras de su autoría. A partir de entonces, la colección se fue ampliando con la incorporación de obras o pequeñas muestras que el Museo solicita, en ocasiones, a quienes exponen allí. En este sentido, un aspecto que destaca su directora es el vínculo que se fue conformando entre la institución y los artistas o colectivos de artistas, muchos de los cuales se convirtieron en “colaboradores o amigos del museo”.

Desde su inauguración y hasta el año 2004, la serie *Manos anónimas* del pintor Carlos Alonso se constituyó en la muestra permanente del Museo, que se considera “permitió mostrar las prácticas del terrorismo de Estado (...) Relatar su metodología, qué significaba la desaparición de personas, cómo funcionaba la apropiación de niños, los secuestros, la tortura y, al mismo tiempo, mostrar los rostros de los responsables del genocidio” (Catálogo MAM, 2018, p.10). Un aspecto a destacar en relación con la figura de este artista y de esta muestra en particular, es que fue precisamente por su iniciativa que se empieza a pensar en la necesidad de contar con un espacio de exposiciones, cuando le ofrece en préstamo a la Comisión todas las pinturas que había realizado sobre Paloma, su hija desaparecida en 1977. El hecho de que la muestra haya permanecido en el Museo hasta el año 2004 se debe a que luego el artista le vende parte de su producción al gobierno de la provincia de Córdoba, para ser integrada a la colección del Museo Emilio Caraffa.

A su vez, sobre estos primeros momentos de funcionamiento de la institución, Laura Ponisio comenta que fueron Florencia Battiti y Gustavo Vázquez Ocampo, curadores en ese entonces, quienes se en-

cargaron de organizar el espacio —no existían, más allá del Museo de la Memoria de Rosario, instituciones que trabajasen sobre temáticas de memoria a través del arte—; una característica a la que le atribuye cierta dificultad “porque los artistas plásticos que estaban trabajando en ese cruce entre arte y memoria, acababan rápido”, de allí que considere que el Museo “fue abriendo camino” (L. Ponisio, comunicación personal, 2022). En línea con lo expresado, señala que no obstante esta dificultad, es particularmente este cruce entre praxis artística y temas de memoria y derechos humanos lo que le imprime a la institución su “marca distintiva”.

A partir de entonces, y durante los primeros 10 años, la propuesta curatorial que construyó el MAM estuvo centrada principalmente en el pasado dictatorial.⁵

Sin embargo, desde muy temprano, y en línea con las políticas de memoria que fue construyendo la CPM a lo largo de los años, las temáticas que desarrollan las exposiciones que organiza el Museo no se circunscriben solo al período de la última dictadura, sino que abarcan una temporalidad más amplia que incluye las violaciones a los derechos humanos, tanto en momentos anteriores a 1976, como en el presente, “desplazamiento que implicó para el organismo una reinterpretación de la relación entre el pasado y el presente, no solo en los modos de construcción de sentidos, sino de agenda de la CPM” (Cipriano García y Raggio, 2019, p. 121). Laura Ponisio comenta, en relación con el tratamiento de los contenidos que se transmiten, que por lo general se abordan cada año aspectos diferentes de un mismo tema, conforme emergen nuevos conocimientos y debates que actua-

⁵ Aquí se ubican, y por nombrar solo algunas, *Treinta mil y Secuela* de Fernando Gutiérrez (2003); *Buena memoria* de Marcelo Brodsky (2003); *Arqueología de una ausencia* de Lucila Quieto (2004); *Quiénes eran* de Aisenberg, Contreras, Grupo Escombros, Fasani, Gil, Jitrik, Funes, Páez, Pons, Cohen, y Taquini (2005); *Rostros. Fotos “sacadas” de la ESMA* de Víctor Bastera y la CPM (2007), entre otras.

lizan sentidos y significados en torno a esa temática en particular (comunicación personal, 2022).

Actualmente, y en lo que se refiere a su estructura organizativa, el equipo de trabajo que integra el Museo se encuentra conformado por una directora (Laura Ponisio) que si bien trabaja allí desde que se inauguró, asume como tal en el año 2012, momento en el que la institución adquiere otra envergadura al ampliarse los espacios de uso destinados a la realización de distintas actividades, lo que a su vez conlleva la incorporación de algunas de las integrantes que forman parte del equipo; dos personas, provenientes una de la carrera de Historia de las Artes (Luciana Figuretti) y la otra de Sociología (Analía Sancho) a cargo de las tareas de investigación y construcción de los textos; una persona, artista plástica, que ejerce los trabajos de montaje y diseño (Nuria Zanetto); y finalmente, Mariana Inchaurreondo, comunicadora social, que se ocupa precisamente de las tareas de comunicación y difusión.

En cuanto a las actividades y programas educativos y públicos que se organizan, el Museo ofrece recorridos guiados por las distintas exposiciones a escuelas y diferentes tipos de instituciones y organizaciones. A su vez, y con la finalidad de extender y promover a escala territorial el debate y la reflexión sobre la memoria y las violaciones a los derechos humanos, produce y gestiona muestras itinerantes, algunas de las cuales se encuentran constituidas por producciones llevadas a cabo por la propia institución. Asimismo, y fuertemente impulsado por el contexto particular de distanciamiento social por motivo de la pandemia de COVID-19, que obligó a estos espacios culturales a mantener sus puertas cerradas durante el 2020 y parte del 2021, el Museo digitalizó y alojó en la página web de la CPM algunas de sus exposiciones⁶.

⁶ Aquí, un aspecto a destacar es que el Museo no posee un sitio web propio, sino que se integra a la página web oficial de la Comisión.

Acompañan a cada una de estas un archivo que contiene actividades que están en relación con la temática que aborda la muestra en particular. Finalmente, y con el objetivo de difundir las producciones de artistas emergentes de las localidades de La Plata, Berisso y Ensenada, la Comisión organiza en el Museo —una vez al mes, los días viernes— distintas actividades que incluyen la proyección de películas, presentación de libros, lectura de poesías, obras de teatro, entre otras. Para ello, se convoca vía página web a quienes estén interesados, a enviar sus proyectos al Museo. También vale destacar dos espacios de uso público que se ubican en el MAM: la Biblioteca de la CPM, denominada “Carlos Cajade”⁷, constituida por más de 3000 libros cuyas temáticas versan sobre la memoria, la historia reciente y los derechos humanos, y la Videoteca, que contiene alrededor de 800 películas documentales y de ficción que tematizan sobre las distintas violaciones a los derechos humanos.

Todas las actividades y proyectos que organiza y elabora el Museo, si bien primero se elevan para su revisión al área de Comunicación y Cultura, en líneas generales —y siguiendo con lo propuesto por Sandra Raggio, actual directora general de Áreas (comunicación personal, 2022)— se debaten y definen en conjunto, en el interior del *staff*. Sandra Raggio destaca que, en ocasiones, desde las distintas áreas que componen la Comisión⁸ se piensan y proponen ideas a desarrollar en el Museo, aspecto que responde a la propia lógica y dinámica de trabajo de la institución.

⁷ Carlos Cajade (1950-2005), sacerdote católico reconocido por su labor y compromiso con los derechos de la niñez, se integró a la comisión de notables a comienzos del año 2004.

⁸ Los programas, proyectos y las distintas actividades que se promueven y realizan en y desde la CPM se inscriben dentro de áreas de trabajo que definen su forma organizativa, a saber: Mecanismo local de prevención de la tortura; Educación, Investigación y Archivo; y Comunicación y cultura. En el interior de esta última se ubica el Museo de Arte y Memoria.

El Museo por dentro: narrativa de la exposición permanente

En la actualidad, los espacios que conforman el Museo se ubican del siguiente modo: un hall de entrada, una totalidad de seis salas —tres situadas en la planta baja y tres en la planta alta— donde se organizan las exposiciones; dos patios y un último espacio ubicado en el exterior de la casa, donde recientemente se instaló la biblioteca de la CPM. La exposición permanente, inaugurada en marzo del 2021, surge —siguiendo con lo propuesto por su directora (Ponisio, comunicación personal, 2022)— por dos motivos principales: contar con un espacio que exhiba el patrimonio que posee el Museo, y también atender a las demandas de sus visitantes. En relación con lo primero, Laura Ponisio exalta el valor que poseen las producciones que conforman el acervo patrimonial, en tanto que, en su mayoría, se trata de obras plásticas que se distinguen por ello de otros formatos, como la fotografía o el video, los cuales, según refiere, “son más fáciles de conseguir”. En cuanto al segundo motivo, señala que una gran parte de los visitantes consulta de manera recurrente sobre las características que adquirió el terrorismo de Estado durante la última dictadura argentina.

Para ingresar al Museo se debe tocar timbre en la única puerta de acceso que posee la casona. La enorme mayoría de las veces, quien recibe es su directora, la que, además, y dependiendo de su disponibilidad, se ofrece amablemente a acompañar el recorrido por las muestras. Una vez dentro del Museo, y antes de comenzar a recorrer la exposición permanente, el visitante tiene la posibilidad de elegir entre dirigirse hacia lo que sería uno de los patios de la casa o hacia la planta baja de la misma, donde se ubican las muestras temporarias. Al momento de realización del recorrido, la estructura movable donde se encuentra emplazado el texto que contiene la misión o propósito de la institución, se encontraba ubicada en el patio, próxima a la puerta por donde se accede a este desde el hall de entrada. Allí se explicita:

el cuarto hilo institucional es la creación del Museo de Arte y Memoria (MAM), que abrió sus puertas en diciembre de 2002 y significó la puesta en acto de un deseo: contar con un espacio de sensibilización y transmisión de la memoria social que, a través del arte, abriera el debate por la promoción y defensa de los derechos humanos en la Argentina (Comisión Provincial por la Memoria, s. f.).

La muestra permanente se encuentra emplazada en la planta alta de la casa, y ocupa la totalidad de la superficie de las tres salas que allí se ubican, a las cuales solo se accede por medio de las escaleras. A su vez, existe aquí un cuarto espacio físico que media entre las tres salas y funciona como ámbito de inicio a la exposición, y en el que también se disponen obras. La muestra no posee título ni subtítulo, aunque se la identifica y presenta como la Muestra Patrimonial. En la escalera de acceso a esta se observa un texto introductorio que contiene información sobre el tema que se aborda en ella. Allí se explicitan, en tres párrafos, las características del gobierno de facto que asume luego del golpe militar que se produjo el 24 de marzo de 1976, destacándose las prácticas represivas y de violencia que ejercieron las fuerzas militares y de seguridad durante los años que perduró la última dictadura, así como sus consecuencias en la actualidad. De esta manera, el texto culmina resaltando la necesidad e importancia que tiene la memoria en cuanto herramienta de construcción “para dar a conocer estos hechos y para que *nunca más* se atente contra la democracia en nuestro país” (Texto de sala). Junto a este se ubica, emplazada sobre la pared, una fotografía⁹ en blanco y negro que contiene 30 rostros diferentes de personas desaparecidas durante la dictadura, con el acento puesto sobre sus miradas.

⁹ Gil, E. (1997). *Sin título*. [Fotografía].

Figura 1. Escaleras de acceso a la muestra



Fuente: foto de la autora.

Una vez finalizado el recorrido por las escaleras de acceso a la planta alta, se observa que tanto la planta de la arquitectura de la casa, como también el diseño museográfico que se propone, originan un recorrido mixto, en tanto el visitante puede moverse independientemente y con su propio ritmo por espacios que se articulan por la misma arquitectura y por el diseño expositivo.

Inmediatamente, luego de atravesar las escaleras, el visitante se encuentra con un pequeño sector desde el cual se accede a cualquiera de las tres salas que posee la planta. En este primer espacio se observa la disposición de tres obras, una de ellas ubicada sobre una mesa de apoyo¹⁰ y las otras dos¹¹ sobre la pared, asimismo, la presencia de una

¹⁰ Contreras, C. (2001). *Remover cielo y tierra* [objeto].

¹¹ Alonso, C. (1982). *Serie Manos Anónimas*. [Dibujo]. Romero, J. C. (1985). *La larga noche*. [Grabado].

silla de madera que funciona como elemento de descanso. Se destaca que sobre la mesa que sostiene la obra mencionada también se dispone el informe *Nunca Más* elaborado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep).

Figura 2. Espacio introductorio



Fuente: foto de la autora.

Continuando con el recorrido, una de las salas contiene una instalación interactiva,¹² y se distingue fácilmente del resto de los sectores por poseer una cortina negra, a modo de puerta, que la aísla y diferencia. Esto es así porque la instalación que se encuentra en su interior requiere, para su efectivo funcionamiento, que el espacio esté completamente a oscuras. A su vez, se observa la presencia de un texto ubicado sobre la pared cerca de la puerta de ingreso a la instalación, que además de aportar información sobre el sentido de la obra que acompaña, se

¹² Biopus (2021). ¡Se rebelan, se revelan! [Instalación interactiva].

propone como instructivo para el funcionamiento y activación de la misma. En este se indica que el visitante debe abrir el primer cajón del fichero que se dispone en la sala, sostenerlo por unos segundos, volverlo a cerrar y repetir esta acción tres veces más para poder acceder a la totalidad de la información que aporta la obra, en la que se proyectan sobre la pared, fotografías pertenecientes al archivo de la DIPPPBA. Con ello, se ponen de manifiesto las tareas de inteligencia y producción de información que llevó a cabo esta institución antes del golpe de Estado.

Figura 3. Sala instalación interactiva



Fuente: foto de la autora. <https://www.comisionporlamemoria.org/museo/project/memoria/>

En la sala que se ubica próxima a esta se dispone una totalidad de once obras¹³ que combinan pinturas al óleo, al acrílico, fotografías y

¹³ Gárgano, G. (s. f.). *Entrando a la noche*. [Pintura. Óleo sobre tela]; Gil, E. (1983). *Aparición con vida. El Siluetazo*. [Fotografía]; González Perrin, J. (s. f.). *La ola de mayo*.

dibujos. Estas se encuentran emplazadas de manera individual y aislada, y son utilizadas —al igual que el resto de las producciones que conforman la muestra permanente— como vehículos para comunicar ideas que son, a su vez, los fines de la exposición. Aquí, la iluminación de la puesta museográfica está provista por la luz natural que ingresa a través de las ventanas y por luz artificial dirigida. Los colores que prevalecen en el diseño de esta sala son los de las paredes, el blanco y el verde, y a simple vista no se percibe, al igual que en el resto de los espacios, que estos busquen transmitir algún mensaje en particular.

Acompañan y contextualizan al conjunto de obras que aquí se presentan dos textos de similar extensión, emplazados en paredes distintas. Uno contiene información sobre el accionar del terrorismo de Estado, poniendo en foco, por un lado, la construcción e instalación de un “sentido común” bajo consignas como “no te metas”, “algo habrán hecho” y “aquí no pasó nada” —sentidos fuertemente divulgados por los medios masivos de comunicación—, y por otro, las denuncias que artistas y militantes realizaron desde sus lugares de exilio.

Por su parte, el otro texto tematiza los procesos judiciales que se iniciaron una vez recuperada la democracia en 1983, hasta la actualidad. En este sentido, y en líneas generales, se destacan las acciones realizadas por las organizaciones de DD. HH., la creación de la Conadep por parte del presidente Raúl Alfonsín, los indultos promovidos por el presidente Carlos Menem a los militares condenados; la anulación, en el año 2003 bajo la presidencia de Néstor Kirchner, de las leyes de punto final y obediencia debida, y, por

[Pintura. Acrílico sobre tela]; Hafford, S. (2003). *Juicio por la verdad, Bergés*. [Fotografía]; Lestido, A. (1982). *Madre e hija*. [Fotografía]; Nigro, A. (1982). *24 de marzo*. [Técnica mixta]; Zabala, H. (1985). *Serie Periódicos: Diario censurado*. [Dibujo]; Muzio, D. (1985). *El antropólogo forense Clyde Snow presenta documentos en el Juicio a las Juntas Militares*. [Fotografía]; Nigro, A. (1980). *Carta a Raquel Drangosch desde Ámsterdam*. [Técnica mixta]; Noé, L. F. (1997). *Aquí no pasó nada*. [Técnica mixta]; Romero, J. C. (2013). *Yo acuso*. [Intervención urbana en la fachada del MAM y alrededores].

último, se dimensionan algunas de las características que poseen hoy las luchas por la verdad y la justicia. Además de estos dos textos, cada obra se encuentra acompañada por breves escritos, a modo de cédulas, que comunican sobre sus autores, título, año y técnica.

Asimismo, cabe destacar aquí que, durante la segunda visita a la muestra, se observó que a este espacio se le suma una tarima blanca sobre la que se exhiben páginas de periódicos quemadas, y en uno de los lados de la estructura, se ubica un texto que contextualiza la instalación. Allí se explica, entre otras cosas, que el material puesto a disposición pertenece a María Cristina Giglio —secuestrada en 1977 y detenida en los ex-Centros Clandestinos de Detención (CDD) Pozo de Quilmes y Pozo de Arana— quien años más tarde recuperó este material que había enterrado y decidió donárselo a la CPM.

Figura 4. Sala 2



Fuente: foto de la autora.

Figura 5. Sala 2



Fuente: foto de la autora.

Figura 6. Sala 2



Fuente: foto de la autora.

La última sala que integra la exposición permanente contiene nueve producciones.¹⁴ Al igual que en la anterior, aquí la iluminación también combina luz natural que ingresa por la única ventana que posee la sala, y luz artificial dirigida. El color en el diseño está determinado principalmente por el rojo y el blanco, utilizados para cubrir, en partes iguales, las cuatro paredes que integran el espacio. En este sector se observa la presencia de un único texto de sala, ploteado sobre una de las paredes, donde se pone de manifiesto el vínculo que existió entre el componente económico y los diversos mecanismos de disciplinamiento social que surgen de la represión y del terrorismo de Estado que se materializa a través de la tortura y la desaparición de personas, como así también, las prácticas de eliminación de organizaciones políticas, la prohibición de la libre representación sindical y de grupos culturales. Finalmente, se hace alusión a las acciones de espionaje, persecución y secuestro que llevaron a cabo los grupos de tarea, y a los espacios que funcionaron, durante esos años, como centros clandestinos de detención donde miles de personas fueron torturadas y asesinadas.

Al igual que en la sala anterior, todas las obras se encuentran emplazadas sobre las paredes de manera individual y aislada, a excepción de una de ellas que, como se trata de una videoinstalación, se reproduce en un monitor que está ubicado sobre una tarima blanca. Además del texto de sala, también aquí cada obra está acompañada por cédulas que especifican nombre de los autores, título, año y técnica.

¹⁴ Carpani, R. (1990). *Memoria*. [Pintura. Acrílico sobre tela]; 3 obras de Ferrari, L. (s.f.). *Serie Nunca Más*. [Collage]; Gutiérrez, F. (2001). *Falcón*. [Fotografía]; Ontiveros, D. (2008). *La casa de Juan Jáuregui*. [Pintura. Acrílico sobre tela]; Páez, R. (2006). *Compro oro*. [Grabado]; Redoano, H. (1985). *Parirás con dolor*. [Grabado] y Taquini, G. (2005). *Resonancia*. [Videoinstalación].

Figura 7. Sala 3



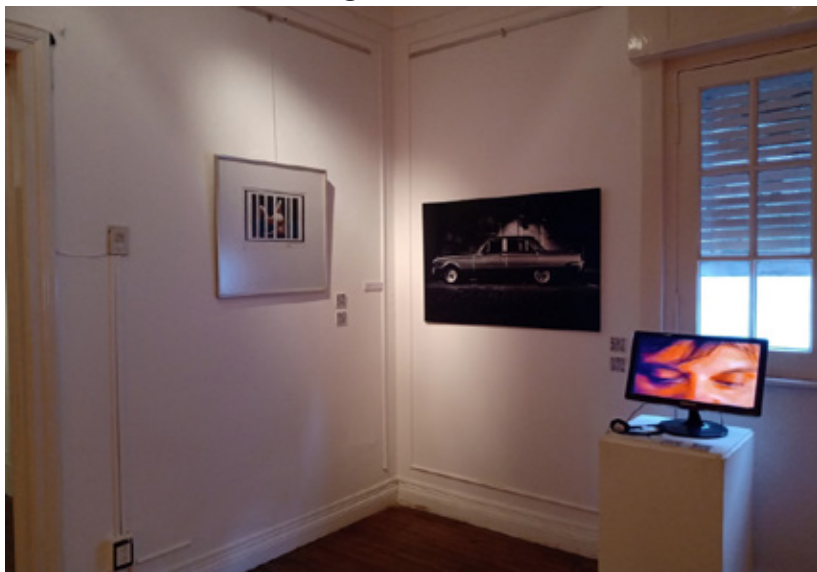
Fuente: foto de la autora.

Figura 8. Sala 3



Fuente: foto de la autora.

Figura 9. Sala 3



Fuente: foto de la autora.

Durante el recorrido por los espacios, se observa la presencia de algunos dispositivos multimedia —proyector de video, monitor, reproductor de sonido, auriculares— que no persiguen una finalidad interactiva, sino que más bien son parte constitutiva de las obras. En lo que concierne al público al que está dirigida la muestra, no se distingue uno en particular. No obstante, es importante destacar que, además de las cédulas, cada obra que integra la exposición se encuentra acompañada por dos códigos QR que funcionan como audioguías, una de las cuales está destinada a un público infantil.

Por último, y en lo que se refiere a las herramientas de promoción, la muestra se difunde vía redes sociales Facebook, Instagram y sitio web oficial de la Comisión Provincial por la Memoria. Además, se ofrece al visitante una serie de folletos que contienen información sobre el Museo y las muestras que se organizan, así como también sobre el quehacer de la Comisión.

Algunas reflexiones finales

Desde sus inicios, la Comisión Provincial por la Memoria ha ido definiendo y ampliando su agenda de acción a la luz de las necesidades de cada presente. Este aspecto que le imprime su carácter distintivo, se cimentó sobre el modo particular en que la CPM trazó los vínculos entre la memoria del terrorismo de Estado y las múltiples violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura argentina, con las ocurren en el presente. Al respecto, Sandra Raggio sostiene:

Nosotros tenemos una perspectiva que es fundacional, que se ha mantenido a lo largo del tiempo que es esta relación pasado-presente, esto de pensar los trabajos de la memoria y no circunscribirlos a la última dictadura militar, sino pensar en una memoria más amplia tanto para atrás como para adelante del acontecimiento, como así también, la estrecha relación entre políticas de memoria y políticas de derechos humanos, para nosotros van juntas. Desde el principio cuestionamos la idea de que había que recordar para no repetir, el mero recuerdo no garantiza la no repetición (...) Pensar qué es lo memorable y cómo se inscribe también el presente en esas prácticas de recordación, no solo como una actitud de que estoy recordando para que hoy no se repita, sino advertir que se repite, porque si no es como construir una ficción, hay que recordar para que no se repita como si no se repitiera (S. Raggio, comunicación personal, 2022).

Estos argumentos iluminan los motivos por los cuales el Museo articula y propone un diálogo entre exposiciones temporarias que tematizan principalmente sobre diversas problemáticas que atañen al presente (contextos de encierro, género, gatillo fácil, exclusión, violencia laboral, etc.), y una muestra permanente que, construida a demanda de sus visitantes, pone de manifiesto el accionar represivo de la última dictadura y lo que implicó en términos sociales, cultu-

rales, políticos y económicos, así como también, las luchas por la verdad y los posteriores procesos judiciales que se inician una vez recuperada la democracia; temáticas todas que constituyen los ejes de la exposición.

A su vez, una mirada atenta que se interese por reconocer, en el caso seleccionado, las especificidades que conciernen a estas instituciones culturales, su inherente relación con los procesos de patrimonialización y con los agentes involucrados, no podrá perder de vista la propia naturaleza de constitución del Museo que aquí se presenta, en tanto surge de la voluntad y el deseo de diversos actores de contar con un espacio narrativo donde anclar y transmitir ese pasado y esas memorias que las obras escenifican. Premisa que adquiere particular relevancia cuando se piensa en esa red de cooperación (Becker, 2008) a partir de la cual tiene lugar el Museo y su acervo patrimonial. Aquí no solo ocupa un lugar preponderante la figura del pintor Carlos Alonso, quien se considera que le dio un “empujonazo” a la institución (Bonomi, comunicación personal, 2023), sino también el conjunto de artistas que, a través de sus donaciones, hizo posible la conformación de la colección del Museo. Poner bajo la lupa sus biografías y trayectorias de vida —exiliados algunos, militantes políticos otros, víctimas de la represión y el terrorismo de Estado— deja entrever el fuerte compromiso que todos asumieron tempranamente con la causa de los derechos humanos, a la cual aportaron desde el campo del arte.

En el pasado que el MAM tematiza hubo importantes intentos de borrar las huellas, las evidencias materiales de la violencia ejercida por el terrorismo de Estado durante esos años. De esta manera, con su guion y sus muestras, los museos vienen a corporizar esas ausencias; específicamente, el caso seleccionado lo hace a través del patrimonio que exhibe en su exposición permanente, donde las producciones artísticas se proponen como verdaderos espacios de reflexión (Da Silva

Catela, Jelin y Triquell, 2022), trazas materiales portadoras de memoria que habilitan un acercamiento a los hechos del pasado y a la experiencia ajena mediante el uso activo de la imaginación (Brauer, 2007). De allí que podamos afirmar, sin reparos, que el Museo cumple una función eminentemente pedagógica respecto de la transmisión intergeneracional de los enunciados que elabora, así como de reparación simbólica, y que, dentro de su misión, la obra de arte se constituye en la estrategia principal de la pedagogía de la memoria.

Breves biografías

Luis Felipe Noé

Nació en 1933, en Buenos Aires, donde actualmente vive y trabaja. Artista plástico, escritor, docente y periodista. *Yuyo*, apodo con el que se lo conoce, asistió durante un año y medio al taller de pintura de Horacio Butler, e integró, entre 1961 y 1965, junto con los artistas Ernesto Deira, Rómulo Macció y Jorge de la Vega, el grupo de la Nueva Figuración. En 1963 fueron invitados al Premio Di Tella, donde Noé fue distinguido con el Premio Nacional, y en 1965 publica su primer libro titulado *Antiestética*. A lo largo de su carrera produjo una multiplicidad de exposiciones individuales y colectivas en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Nueva York, París, Madrid, Ámsterdam, Santiago de Chile, Asunción, entre otras ciudades, como así también, participó en numerosos seminarios y congresos de artistas. En 1976, y con motivo del golpe de Estado, Yuyo se exilia en Francia y en 1987 regresa a Buenos Aires. En el 2002 obtuvo el Primer Premio de Pintura en el Salón Manuel Belgrano y el Premio Konex de Brillante a las Artes Visuales, y cuatro años más tarde fue declarado Ciudadano Ilustre por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. En el 2009 participó en la Bienal de Venecia y ese mismo año recibió el premio Homenaje del Banco Central de la República Argentina, entre tantos otros que conforman su extensa trayectoria. Además de *Antiestética*, publicó e ilustró numerosos libros, entre ellos, *Noescritos sobre eso que se llama*

arte, En el nombre de Noé, Mi viaje-Cuaderno de Bitácora, El caos que constituímos, En terapia y El arte entre la tecnología y la rebelión.

Juan Carlos Romero

Nació en el barrio de Avellaneda, (1931-2017), provincia de Buenos Aires. Fue artista plástico y militante egresado de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, donde realizó la carrera de Grabado. Performer, poeta visual, grabador, escritor y docente, Romero incursionó en el campo de las artes gráficas haciendo del grabado un espacio de exploración y experimentación en el que reunió toda su experiencia de militancia política y gremial. Dentro de su extensa trayectoria se distinguen numerosos premios, entre ellos, el Gran Premio de Grabado en el XIII Salón Municipal de Artes Plásticas Manuel Belgrano (1964); el Gran Premio de Honor en el LVIII Salón Nacional de Artes Plásticas (1969); el Premio Hugo Parpagnoli en el Tercer Salón Swift de Grabado (1970); el 1º Premio del V Salón de Dibujo de Santo Domingo (1997); el 1º Premio Joan Brossa de Poesía Visual (1999) y el Premio a la Labor Docente de la Asociación Argentina de Críticos de Arte (2001). A su vez, promovió e integró distintos proyectos y grupos colectivos, entre los que se ubican: Arte Gráfico-Grupo Buenos Aires (1970), Grupo de los Trece (1971-1975); Grupo Gráfica Experimental (1986-1988); Grupo Escombros (1989); Grupo 4 para el 2000 (1996) y Grupo de Artistas Plásticos Solidarios. En 1974 Romero es designado por la Facultad de Artes y Medios Audiovisuales, delegado gremial de la Asociación de Trabajadores Universitarios Docentes e Investigadores (ATUDI). Entre 1975 y 1976, fue removido de los cargos docentes que tenía en dicha Facultad, en la Escuela de Arte de Luján, en la que además era director de la institución, y en la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón. En esos dos años se desempeñó como Secretario General del Sindicato Único de Artistas Plásticos, y en 1977 se exilió en Honduras. En el año 2011, y a modo de política reparatoria, la Facultad de Artes lo nombró Profesor consulto.

Adolfo Nigro

Nació en 1942, en la ciudad de Rosario. Pocos años más tarde se muda a Buenos Aires. Allí, estudia en la Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano y en la Escuela Superior de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón. En 1966 se radica en Montevideo, y asiste al taller del artista Joaquín Torres García, donde toma clases con José Gurvich. Caracterizan su labor artística pinturas al óleo y al acrílico, aunque también realiza cientos de tapices y trabajos en cerámica. A lo largo de su carrera participa en numerosas exposiciones colectivas y organiza muestras individuales en las ciudades de Santiago de Chile, Rosario, Buenos Aires, Montevideo, La Habana, Nueva York, Miami, Madrid, entre otras, como así también, recibe importantes premios y menciones, entre los que se destacan, el Primer Premio XXIV Salón Nacional de Grabado y Dibujo (1988); el Segundo Premio LXXVI Salón Nacional de Artes Plásticas (1988); el Gran Premio de Honor LXXVIII Salón Nacional de Artes Plásticas (1989); Primera Mención en la II Bienal Chandon realizada en el MAMBA (1989) y el Premio Trabucco Adquisición otorgado por la Academia Nacional de Bellas Artes (1994). En 1974 regresa a Buenos Aires, donde vive y trabaja hasta el 2018, año en que fallece. Durante el período de la última dictadura argentina, Nigro aborda en sus producciones temáticas referidas al exilio, la lucha, la libertad y la censura, como una forma de dar testimonio de la época. Más adelante, con el retorno de la democracia realiza Tiempo de pañuelos, una serie de dibujos que rinde homenaje a las Madres de Plaza de Mayo.

Ricardo Carpani

Nació en febrero de 1930, en Tigre, provincia de Buenos Aires. Hacia 1950 viaja a París, donde comienza sus estudios en pintura, y en 1952 regresa a la Argentina y continúa su formación en el taller de Emilio Pettoruti. En 1957 expone por primera vez en la Asociación Estímulo de Bellas Artes junto con un grupo de artistas con los que

años más tarde conformaría el Movimiento Espartaco, colectivo del que finalmente se aparta en 1961. Más adelante Carpani se acerca a los gremios con la finalidad de realizar murales en sedes sindicales y fábricas, siendo su sello distintivo la representación de obreros en situación de lucha y combate; práctica que posteriormente extiende al espacio público. A lo largo de su vida participa en múltiples exposiciones, tanto individuales como colectivas, en Argentina, México, Brasil, Italia, Suecia, España, entre otros. Durante el período de la última dictadura argentina Carpani permanece exiliado en Madrid y regresa al país en 1984, donde continúa con su labor artística. En 1996 es declarado ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires y fallece en 1997.

Miguel Alzugaray

Nació en 1934, en Gualeguay, provincia de Entre Ríos. Realiza sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de Paraná, y continúa su formación en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. En 1955 funda el grupo Estándar '55 con los artistas Edgardo Antonio Vigo y Osvaldo Gigli, y a principios de los ochenta integra el Grupo Pintores Argentinos, colectivo con el que expone en sindicatos y centros culturales. Docente y pintor, Miguel Ángel realizó a lo largo de su carrera cuantiosas exposiciones, al tiempo en que desempeñó su labor docente en distintas localidades tales como, Berisso, Esquel, Chivilcoy y La Plata. A su vez, recibió numerosos premios, entre ellos, el Sol del Macla, y entre 2003 y 2007 dirigió el Museo Municipal de Arte MUMART. Actualmente vive en La Plata.

Diana Dowek

Nació en enero de 1942, en Buenos Aires, lugar donde reside y trabaja actualmente. Realizó sus estudios en las escuelas nacionales de Bellas Artes Manuel Belgrano y Prilidiano Pueyrredón. Entre 1979 y 1983 integró el grupo La Postfiguración, y formó parte del colectivo Artistas Plásticos Solidarios junto a León Ferrari, Ricardo Longhini,

Ana Maldonado, Adolfo Nigro, Luís Felipe Noé y Juan Carlos Romero. A lo largo de su extensa carrera recibió una multiplicidad de premios y menciones, entre los que se ubican, el Premio Internacional de Dibujo Joan Miró, Barcelona (1979); el Premio a la Artista del Año, Asociación Internacional de Críticos de Arte sección Argentina (1994) y la Beca Pollock-Krasner Foundation, Estados Unidos; el Primer Premio ProArte de Pintura del Museo Provincial de Bellas Artes, Córdoba (1997); la Beca a la Creación del Fondo Nacional de las Artes, Argentina (1999); el Premio Leonardo a la Artista del Año del Museo Nacional de Bellas Artes (2002); el Segundo Premio de Pintura, Salón Manuel Belgrano, Buenos Aires (2004); el Primer Premio de Pintura, Salón Nacional de Artes Plásticas, Palais de Glace, Buenos Aires (2005); el Diploma al Mérito, Pintura: Quinquenio 2002-2006, Fundación Konex y el Premio a la Trayectoria del Fondo Nacional de las Artes (2012); el Gran Premio Adquisición de Pintura en el Salón Nacional de Artes Visuales (2015), entre muchos otros. Artista y militante por de los Derechos Humanos, Dowek representa en sus obras, desde una mirada crítica, distintos acontecimientos políticos y sociales -el Cordobazo, la última dictadura cívico-militar argentina, el exilio forzado, la crisis del 2001, la Pandemia de COVID-19, entre otros-, y ha organizado diversas exposiciones colectivas e individuales en torno a estas temáticas.

Carlos Alonso

Nació en 1929. Pintor, grabador y dibujante argentino, se formó en la Academia Nacional de Bellas Artes de Cuyo y continuó sus estudios en Tucumán y Santiago del Estero. En 1976, con motivo del golpe de Estado y de la desaparición de su hija Paloma, Alonso se exilia en Roma y posteriormente en Madrid. Regresa a la Argentina en 1981 y se instala en Córdoba, lugar donde reside actualmente. Sus trabajos fueron premiados y distinguidos en diversas ocasiones: en 1951 obtiene el Primer Premio en el Salón de Pintura de San Rafael, en 1959 el Premio Chantal del Salón de Acuarelistas y Grabadores de Buenos

Aires, en 1982 y 1992 recibe el Premio Konex de Platino y Diploma al Mérito, y en 2012 el Premio Konex Mención Especial y Diploma al Mérito, entre muchos otros. En sus obras, Alonso visibiliza y denuncia situaciones de pobreza, desigualdad y violencia, plasmando en cada una de ellas su visión crítica de la realidad.

Ferrari

Nació en 1920, en Buenos Aires y fallece en 2013. En 1947 finaliza la carrera de Ingeniería en la Universidad de Buenos Aires, al tiempo en que comienza a construir su extensa carrera artística. En 1952 viaja a Italia y tres años más tarde realiza en Milán su primera exposición individual. Es considerado un artista autodidacta y multifacético por su labor en la pintura, el dibujo, la escultura, la música, el grabado, la cerámica, la dramaturgia, entre otras disciplinas. En 1955 regresa a la Argentina y en 1962 realiza su segundo viaje a Italia donde incursiona en la escritura abstracta. Fue miembro del Foro por los Derechos Humanos y del Movimiento en contra de la represión y la tortura. En 1976 recopila y construye un corpus de noticias periodísticas sobre la dictadura que había iniciado recientemente en Argentina, material que más adelante constituye su reconocida serie *Nosotros no sabíamos*. Ese mismo año Ferrari decide dejar el país y se exilia en San Pablo, Brasil, ciudad en la que permanece hasta 1991. En 1992 y 2002 recibe el Premio Konex Diploma al Mérito, en 1995 gana la Beca Guggenheim, en 2007 recibe el León de Oro al mejor artista en la 52° Exposición Internacional de Arte Bienal de Venecia, Italia, en 2009 el Gran Premio Fondo Nacional de las Artes, en 2012 le otorgan el Premio Konex de Brillante y el de Platino. A lo largo de su vida llevó a cabo innumerables exposiciones individuales y muestras colectivas en distintas instituciones y eventos artísticos tales como, el Museo de Arte de San Pablo en Brasil, el Centro Cultural Recoleta y el Museo de Arte Moderno, ambos en Buenos Aires, el Museo de Arte Carrillo Gil en México, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en España,

el MoMA de Nueva York, la Documenta de Kassel en Alemania, Bienal de La Habana en Cuba, entre tantos otros.

Referencias bibliográficas

- Becker, H. (2008). *Los mundos del arte: sociología del trabajo artístico*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Brauer, D. (2007). El arte como memoria. Reflexiones acerca de la dimensión histórica de la obra de arte. En S. Lorenzano y R. Buchenhorst (Eds.), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen* (pp. 261-294). Gorla.
- Castilla, A. (2010). *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*. Paidós.
- Da Silva Catela, L. (2006). *Memoria entre el recuerdo y la identidad*. Secretaría de Cultura de la Nación.
- Da Silva Catela, L. (2014). “Lo que merece ser recordado...”. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1(2), 28-47. <https://revistas.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/issue/view/30>
- Da Silva Catela, L., Jelin, E. y Triquell, A. (2022). *¿Qué hacemos con las cosas del pasado? Materialidades, memorias y lugares*. Eduvin.
- Flier, P. (octubre de 2008). El desafío de las políticas de la memoria en la historia reciente argentina frente al Bicentenario. Los caminos en la búsqueda de la verdad, justicia y memoria. Ponencia presentada en el *Encuentro Internacional: imaginarios, memorias y perspectivas del Bicentenario en América Latina*. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.
- Franco, M. y Lvovich, D. (2017). Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (47), 190-201. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/article/view/6707>

- Grosso, B. (2002). Las políticas de la memoria. *Sociohistórica*, (11-12), 187-198. <https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/n11-12>
- Hartog, F. (s/f). El testigo y el historiador. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/2471/3510>
- Huyssen, A. (2001). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Económica.
- ICOM-Unesco (1972). Resoluciones de la Mesa Redonda: *La importancia y el desarrollo de los museos en el mundo contemporáneo*, Santiago de Chile.
- IC-MEMO (2011). Internacional Memorial Museums Charter. Paris.
- Jelin, E. y Langland, V. (2003). Introducción. Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente. En E. Jelin y V. Langland (Comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (1-18). Siglo XXI Editores.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI Editores.
- Jelin, E., y Vinyes, R. (2021). *Cómo será el pasado. Una conversación sobre el giro memorial*. Ned Ediciones.
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos sociales y legitimidad democrática*. Biblioteca Nacional-UNGS.
- Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (MNCARS). (2011). Entrevista a Andreas Huyssen [Video]. https://www.museoreinasofia.es/buscar?bundle=%28video+OR+audio+OR+radio%29&keyword=Andreas+huyssen&f%5B100%5D=&fecha=&itcms_per_page=15&pasados=1&sort=rel
- Museo de Arte y Memoria (2018). Catálogo. Comisión Provincial por la Memoria. La Plata. <https://www.comisionporlamemoria.org/museo/catalogo/>

- Pagano, N. C. (2021). El pasado en el presente. Los museos históricos: una reflexión historiográfica. *Cuadernos del Instituto Ravignani (Segunda Serie)* (1), 55-82. <http://ravignani.institutos.filo.uba.ar/publicacion/investigacion-transferencia-y-gestion-en-museos-historicos>
- Portelli, A. (2003). Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista. En E. Jelin y V. Langland (Comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (165-190). Siglo XXI Editores.
- Raggio, S. y Lenci, L. (2011). Comisión Provincial por la Memoria. Presentación de Actividades. *Aletheia*, 2(3), 1-20. <https://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/ATHv02n03a21>
- Raggio, S. y Cipriano García R. (2019). La Comisión Provincial por la Memoria. Reflexiones en torno a la relación pasado presente en una experiencia temprana de institucionalización de las políticas de memoria en la Argentina. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 6(12), 108-127. <https://revistas.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/article/view/324>
- Richard, N. (2017). *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)*. Eduvim.
- Romanin, E. (2015). Buscar justicia es apostar por la vida: entrevista a Hugo Cañón. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, (3), 132-147. <https://revistas.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/article/view/447>
- Scocco, M. (2016). La conmemoración de pasados traumáticos en Argentina. Sitios de Memoria y Museos en Rosario. *Estudios Sociales Contemporáneos*, (14), 140-154. <https://bdigital.uncu.edu.ar/app/navegador/?idobjeto=8535>
- Schmucler, H. (2019). *La memoria, entre la política y la ética*. Clacso. <https://www.clacso.org/la-memoria-entre-la-politica-y-la-etica/>
- Vezzetti, H. (2013). *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*. Siglo XXI Editores.

Segunda parte

Memorias y militancias

Experiencias militantes y memorias revolucionarias (im)posibles

Andrea Raina

Introducción

El objetivo de este escrito es reflexionar sobre el estudio y análisis de las memorias y experiencias de militantes que integraron organizaciones político-militares (OPM) revolucionarias peronistas entre 1969 y 1973 en la ciudad de Santa Fe. Nuestra puerta de entrada a esas memorias y experiencias vividas es un conjunto de entrevistas orales realizadas en un período que abarca siete años. La historia oral (Portelli, 2016) junto con la historia social (Hobsbawm, 1983; Thompson, 1995, Traverso, 2018) y los estudios de memoria (Franco y Levín, 2007; Lvovich y Bisquet, 2008; Jelin, 2001) nos han brindado conceptos y herramientas metodológicas claves para ahondar en nuestro objeto de estudio en general y en esta reflexión en particular.

Incluimos también formas de abordaje y reflexiones sobre las escalas de análisis propias de la historia regional. El estudio de las experiencias militantes de los primeros años 70 desde el abordaje local presenta la posibilidad de enfatizar en las singularidades y complejizar el tema, sin perder de vista la totalidad del proceso histórico: “una perspectiva que no renuncia a la posibilidad de brindar explicaciones amplias, sintéticas y totalizadoras y a construir narrativas más complejas y comprensivas de los procesos analizados” (Águila, 2015, p. 95).

Aproximaciones teóricas y conceptuales

La “verdad” no está ni dentro ni fuera de las puertas del paraíso, ni adentro de la conciencia individual ni fuera de ella: está en los confines, en el lugar donde lo interno y lo externo, la subjetividad y la historia, la institución y el espacio social se encuentran, dialogan, chocan y, en este proceso, ambas cambian de piel, se redefinen y se vuelven más ellas mismas.

Historias detrás de las memorias
Portelli

En el marco de la investigación para mi tesis doctoral, realicé más de una veintena de entrevistas orales a militantes de OPM peronistas que tuvieron presencia activa en la ciudad de Santa Fe durante la década del 70: Montoneros y Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), principalmente. Dialogué con ellos y ellas, “intercambiamos miradas” en las *entre-vistas*: “mucho más que otras formas de arte verbal, la historia oral es un género plurivocal, resultado del trabajo común de una multiplicidad dialogante de autores” (Portelli, 2016, p. 70). Como sostiene el historiador y académico italiano, la materialidad de los hechos históricos no representa “más verdad” que la subjetividad de quienes lo vivieron, y esos sentidos también son parte de la historia. La complejidad de la historia oral radica en que las respuestas subjetivas de los actores a nuestras preguntas de historiadores/as pueden ser, con respecto a la materialidad de los hechos, “equivocadas”. Justamente por este motivo, la historia oral no se propone la verificación de los hechos históricos: “frente a las respuestas ‘equivocadas’ no nos limitamos ni a tomarlas paternalmente como ‘verdad, para ellos...’, ni a descartarlas porque son erradas, sino que *nos preguntamos qué significan*” (Portelli, 2018, p. 11). Yendo más a fondo aún, estos “errores” constituyen también puertas de entrada para las interpretaciones de los impactos de los hechos sobre las construcciones culturales y de conciencia de los actores sociales.

En aquellos diálogos con las entrevistadas y los entrevistados en los cuales me compartieron sus experiencias militantes, intenté comprender los sentidos de aquellos hechos vividos y las memorias construidas en torno a ellos. Enfoqué las entrevistas en sus trayectorias militantes (Longa, 2010),¹ es decir que nos ubicamos en los desplazamientos o cambios en los espacios de socialización de las actoras y los actores sociales en virtud de sus experiencias en la militancia revolucionaria. A su vez, el concepto de experiencia (Thompson, 1995) nos ubicó en las vivencias derivadas de la interacción interpersonal, histórica y cotidiana, atravesada por relaciones de poder. Los actores sociales perciben sus condiciones de existencia, actúan y se identifican como un grupo con intereses comunes. Me valgo del concepto de *experiencia* vinculado al de *identidad* desde este prisma de la historia social inglesa y los sitúo en el proceso de contienda política y desarrollo de la acción colectiva de militantes de los 70 en la ciudad de Santa Fe. Se considera a la *identidad* como: “Una construcción relativamente estable en un continuo proceso de actividad social (...) incluso a nivel personal, la identidad no es totalmente interna al individuo, sino que es parte de un proceso social” (Calhoun, 1999, p. 92).

La identificación de un grupo social depende de una cultura compartida, con símbolos, formas de sociabilidad, actividades e intereses propios que se manifiestan opuestos a otros grupos. Por su parte, las acciones —individuales o colectivas— que emprenden determinados grupos dependen en gran medida de la existencia de una identidad compartida, pero esto se produce en un proceso dinámico en el cual esta última puede variar también de acuerdo a las acciones e interacciones con otros grupos (Raina, 2014).

¹ “Según este enfoque, las transiciones vividas por los individuos están siempre inscritas en trayectorias que les dan una forma y un sentido distintivos. (...) Loeza Reyes (2007, p. 114) demuestra que el análisis de trayectorias permite dar sentido al proceso de cambio en sus lógicas de actores y en sus repertorios de acción colectiva” (Longa, 2010, p. 11).

Las dimensiones subjetivas de la militancia solo se pueden rastrear en las huellas de los testimonios orales, plagados de un universo de significaciones. Un testimonio es significativo por lo que dice, por cómo lo dice, por hablar en nombre propio y en nombre de otros que no pueden hacerlo, por cuándo, en qué circunstancias lo dice y también por el uso que se le da. A su vez, las experiencias militantes revolucionarias pueden ser consideradas experiencias extremas, por lo que se agregan más sentidos a su interpretación. Como afirma Pollak (2006):

Todo testimonio sobre una experiencia extrema pone en juego no solamente la memoria sino también una reflexión sobre sí. Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa (p. 13).

De la misma manera, las memorias presentan esta característica de variación en el tiempo. La memoria de actores individuales o colectivos implica un tipo de relación de los mismos con el pasado, y no se produce solo desde el presente hacia el pasado: se trata, más bien, de una relación dialéctica entre los tiempos, y entre el/la entrevistador/a y el/la entrevistado/a. Si bien el pasado es inmodificable, sus sentidos sí son variables y dependen de los tipos de representaciones que se erijan en torno a él. Las memorias constituyen este tipo de representaciones del pasado construidas por distintos grupos, que a su vez pueden ser modificadas por diversos factores externos a lo largo del tiempo.

Utilizamos también la categoría de *subjetividad militante* (Badiou, 2008; Retamozzo, 2009; Tassin, 2012) como una noción de subjetividad colectiva que nuclea los sentidos de las experiencias militantes, delimitando a partir de allí un “nosotros” —es decir, una identidad—. Ahora podemos preguntarnos: ¿cuáles fueron esos sentidos posdictadura? Estrictamente, ¿cuáles fueron esos sentidos posderrota? La

experiencia traumática de la dictadura generó reestructuraciones en la subjetividad militante y abrió otros sentidos respecto a lo vivido. La subjetividad militante de la experiencia revolucionaria se vio herida. En este texto nos centramos en los sentidos de aquellas experiencias militantes y las memorias revolucionarias posibles del presente, para comprender los cambios en la subjetividad colectiva.

Experiencias comunes del conjunto de militantes de OPM peronistas

Los procesos de identificación de las y los militantes están atravesados por el peronismo como dimensión ideológica y como experiencia política concreta; a su vez, la militancia de los años 70 introdujo la experiencia político-militar revolucionaria, y ambas constituyen además experiencias afectivas. Todo esto teniendo en cuenta que se trata de un conjunto de personas sobrevivientes (Levi, 2011) al terrorismo de Estado que atravesaron experiencias extremas de detención política, exilio, insilio, entre otras. En este sentido, interesa destacar el planteo de Melucci (1994) y de Calhoun (1999) respecto a la *identidad colectiva* y de Pizzorno (1994) respecto al concepto de *identificación*. Entendemos por identidad colectiva a “... la definición compartida e interactiva, y producida por individuos en interacción, concerniente a las orientaciones de su acción, así como el campo de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar su acción” (Melucci, 1994, p. 172). En palabras de Calhoun, esta representa:

la relación entre la singularidad de una identidad personal y la multiplicidad de identidades sociales a las que una persona puede dar a luz contiene ciertas ambigüedades: por ejemplo, ser “yo” significa, en buena medida, combinar los roles de padre, marido, hijo, profesor, vecino, ciudadano. Pero en ciertas circunstancias, cada uno de éstos puede suponer un llamado –más o menos imperativo a verme a mí mismo como miembro de una colectividad (Calhoun, 1999, pp. 92-93).

Teniendo en cuenta estos conceptos y, en conjunción con Pizzorno (1994), se propone emplear a su vez el concepto de identificación que resalta la importancia de la situación contextual de los sujetos, de la “retahíla de yoes” que definen a un sujeto. En diferentes situaciones los individuos dan prioridad a uno u otro “yo” que lo constituyen. La identidad política con el agregado de política-militante en la época de estudio, introduce una serie de complejidades que deben analizarse.

Al pensar en las actoras y los actores de la izquierda peronista (Gil, 2019) nos introducimos en el mundo de significaciones del peronismo. En este caso lo hemos distinguido entre la experiencia política concreta y el peronismo como dimensión ideológica. Retomamos a Sigal y Verón (2008) para analizar al peronismo desde esta dimensión ideológica (lo cual es distinto a pensarlo como ideología) atendiendo a las características del discurso peronista y a su relación con el sistema político. Pero yendo un poco más allá, nos enfocamos en el universo de sentidos que circula en el imaginario peronista como red compleja de representaciones y símbolos. Este orden simbólico que circunda durante el ciclo de protesta incluye imágenes y sentidos tan variados como las herencias de la resistencia peronista del 55; las identificaciones clasistas; las referencias provenientes del catolicismo posconciliar —que por una serie de identificaciones convierte a sectores de la Iglesia católica previamente antiperonistas al peronismo por la asociación opción por los pobres/ pobres = trabajadores/ trabajadores = peronistas (Campos, 2016)—; el movimiento estudiantil vinculado con estos sectores de la Iglesia renovada; la consigna abarcadora del “Luche y vuelve” y la masividad de la identificación peronista durante la campaña del retorno del líder al país y en el proceso eleccionario que conduce a Cámpora a la presidencia en el año 1973. Las actoras y los actores que hemos estudiado se han vinculado con el peronismo desde alguna o varias de estas experiencias, hayan sido vividas directamente o no.

Dos experiencias más se entrelazan para atravesar los procesos identitarios de estos actores. Se trata de las *experiencias afectivas* y de la

lucha armada. Asimismo, su condición de sobrevivientes sin duda atraviesa sus memorias de la época y sus identidades. Abordaremos esta cuestión y la de la afectividad como categoría de análisis, y dejaremos el punto de la lucha armada para estudiarlo en el próximo apartado.

Preguntamos por sus experiencias, nos interesamos por sus historias de vida, pero indefectiblemente surgieron las narraciones sobre los que ya no están, sobre los que *no han vuelto para contarlo*. Estos relatos nos ubican en el hecho de que son sobrevivientes, como sostuvo Levi (2011):

No somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda, de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo las memorias ajenas, y releiendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo; son ellos, los “musulmanes”, los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. Ellos son la regla, nosotros la excepción... (pp. 77 y 78).

Las dificultades para comenzar a narrar su propia historia y muchos silencios tienen vinculación con esta incomodidad. Como un imperativo moral muy fuerte se presentó la necesidad de nombrar y recordar a aquellos que no han vuelto para contarlo:

Los que tuvimos suerte hemos intentado, con mayor o menor sabiduría, contar no solamente nuestro destino sino también el de los demás, precisamente el de los “hundidos”; pero se ha tratado de una narración “por cuenta de un tercero”, la relación de las cosas vistas de cerca pero no experimentadas por uno mismo. La demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la haya contado, como no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte (Levi, 2011, p. 78).

Como “*no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte*” nos enfocamos en las narraciones que pueden contar sus vidas. Evidentemente Primo Levi lleva al extremo esta cuestión y —si se nos permite— diferimos respecto a que “las cosas vistas de cerca” no constituyen experiencias propias. El *haber estado allí* en sus prácticas cotidianas, acciones, discursos, constituye la experiencia de las entrevistadas y los entrevistados que los convierte en algo más que en testigos del terror: ellas y ellos han sido protagonistas, agentes activos de la militancia de una época. Sí, es cierto, han sido detenidas, detenidos, perseguidas, perseguidos, torturadas, torturados, exiliadas, exiliados, y han visto cómo sus compañeras y compañeros sufrieron las mismas vejaciones hasta el extremo de la muerte o la desaparición. Pero esta no fue su única experiencia, y allí donde se pudo echar un vistazo por la hendidura de la vida es que nos introdujimos para dialogar.

Los relatos sobre sus compañeras y compañeros de militancia “caídas y caídos”² en aquella época mostraron, en general, una necesidad de reivindicación, de recuerdo para que no caigan (vuelvan a caer) en el olvido:

A mí me importa que aparezca en algún lado Clarita Argento³ y Abel Eduardo⁴, yo me entero hace poquito, cómo estaba Abel Eduardo que

² El término “caer” fue utilizado por los entrevistados. Es una categoría nativa que refiere tanto a quienes fueron detenidos-desaparecidos, muertos en enfrentamientos o presos políticos, como muchas y muchos de ellos mismos.

³ Argento, Clara Ruth, “Clarita”. Clara Ruth Argento de Courault nació en Santa Fe, el 6 de julio de 1947. Cursó la escuela primaria y secundaria en el Colegio Nuestra Señora del Calvario, de donde egresó con el título de maestra normal nacional. Políticamente, perteneció a los grupos originarios santafesinos montoneros. Participó en el Movimiento Estudiantil de la Universidad Católica (MEUC), y estuvo en la huelga de hambre de estudiantes y egresados contra la política llevada adelante por la dictadura de Onganía. También militó en los barrios. Fue secuestrada y desaparecida el mismo día que su hermano Abel, el 1 de septiembre de 1977, en Rosario.

⁴ Argento, Abel Eduardo. Montonero de los grupos originarios y fundacionales de dicha OPM peronista en Santa Fe. Militó en la Agrupación de Estudios Sociales (AES) y

lo habían herido en Tucumán, durante un tiempo fue director del Hospital de Niños, esto me lo cuenta el Gerardo “Negro” Romero... (Dora).

También evidenciaron una gran admiración y compromiso, con los cuales se identificaban:

hay una carta de “Mateo”, el Lino Roqué⁵ que le escribe a los hijos, fue un compañero que habrá sido el numero 3 o el número 4 de la organización, y le dice a los hijos que él se dio cuenta que tenía que convertirse en un revolucionario cuando vio un día, antes de los 12 años, que en la escuela donde él iba -imagínate estamos hablando de la década del 60- vio a un chico que iba a la escuela con él y que debajo del guardapolvo solo tenía una camisa rotosa, un chico muy humilde; y que el ahí se dio cuenta de que cómo podía ser que la maestra les dijera que todos eran iguales ante la ley, si no podían ser iguales frente al frío. De qué sirve ser iguales frente a la ley, si él tenía ropa de abrigo y el otro no. Si aguantaba todo el día en la escuela con una batata asada...

en la Agrupación Peronista “Lealtad y Lucha”. Participó en el Movimiento Estudiantil de la Universidad Católica (MEUC). Fue jefe de Pediatría del Hospital de Niños a partir de 1973, en la capital de la provincia santafesina. Fue parte de la experiencia de la organización Montoneros en el monte tucumano, pero debido a un accidente que sufrió, volvió a la ciudad. Fue secuestrado en Rosario junto a su hermana Clara Ruth Argento, el 1 de septiembre de 1977. Ambos siguen desaparecidos.

⁵ Roqué, Juan Julio, “Iván Roquin”, “Lino” o “Mateo”. Nacido en la provincia de Córdoba el 22 de junio de 1940. En 1958 realizó estudios en el Seminario Mayor de Córdoba. Fue uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en dicha provincia. Participó activamente en la campaña electoral que llevó a Cámpora al gobierno en mayo de 1973 y fue uno de los principales animadores en pos de lograr la unificación de las fuerzas revolucionarias peronistas. Cayó en la localidad bonaerense de Haedo, el 29 de mayo de 1977, en una casa que fue bombardeada con una tanqueta e inclusive ametrallada desde el aire con un helicóptero artillado; luego de un intenso tiroteo y ya sin balas, optó por hacerse explotar con una bomba sobre su humanidad con el doble fin de no caer con vida y dificultar su identificación a los represores. Su hija María Inés Roqué, exiliada y de larga estadía en México, dirigió en 1995 y estrenó en Buenos Aires en 2004, un documental donde recrea la vida de su padre, titulado *Papá Iván*.

Eso siempre es como que uno, creo que eso que él cuenta en esa carta a los hijos, es como que *en esa década del '70 hubo un crecimiento exponencial de todo eso* (Francisco).

En el fragmento de Francisco podemos ver una inserción de sí mismo en ese crecimiento de la conciencia social respecto a las injusticias y a las necesidades de cambio. Se incluye como parte de esa época. Otros, como Roberto, manifiestan una naturalidad respecto a que los “más comprometidos” con la militancia estén muertos o desaparecidos:

Pregunta: ¿Y en ese grupo, quiénes estaban además de Fredy Ernst?⁶

Respuesta: Y bueno *gente que ya no está más por supuesto*. Estaba Chiocarello⁷, Yager⁸, Haidar⁹, eh y alguna otra gente, no me acuerdo ahora los nombres.

⁶ Ernst, Fredy, “Mario”, “El Mormón”. Fue uno de los fundadores de Montoneros en Santa Fe. Estudiante y luego profesor de la FIQ en Santa Fe, integró el Ateneo Universitario. Con el cargo de oficial primero en su organización, fue detenido en Córdoba el 18 de julio de 1975. Al día siguiente sus restos aparecieron en la localidad cordobesa de Río Ceballos. Había sido torturado y asesinado.

⁷ Chiocarello, Juan Carlos, “Gordo Chioca”, “Gordo Oscar”. Ingresó a la Facultad de Ingeniería Química en 1961 y adhirió a los postulados cristianos y peronistas del Ateneo Universitario, donde fue uno de los protagonistas del proceso de cambio que hubo en la universidad en particular y en el país en general. Integró Montoneros. Fue secuestrado-desaparecido el 28 de abril de 1977, en Buenos Aires.

⁸ Yager, Raúl, “El Roque”. Fue fundador de Ateneo Universitario, uno de los grupos de base que dieron origen luego a la organización político-militar Montoneros. Miembro de la Conducción Nacional Montonera. La muerte lo encontró clandestino, un 30 de abril de 1983: viajando por la provincia de Córdoba, organizando la resistencia, fue emboscado por las fuerzas represivas y acribillado en el momento.

⁹ Haidar, Ricardo René, “El Turco”. Perteneció al Ateneo Universitario de Santa Fe. Integró Montoneros. Fue detenido en 1971. Participó en el intento de fuga de la cárcel de máxima peligrosidad de Rawson en 1972 y fue uno de los tres sobrevivientes de la “Masacre de Trelew” ocurrida el 22 de agosto del mismo año. Liberado por la amnistía presidencial de 1973. Secuestrado-desaparecido el 18 de diciembre de 1982.

Sin embargo, su opinión se muestra elaborada, reflexiva y no ape-la a la heroicidad:

Si tengo que opinar de esa época, *ni la santifico ni la demonizo*. Por-que se dan los dos extremos, los que dicen “ah la época gloriosa...” y los otros que “no...” creo que es una etapa digamos histórica que tiene sus contradicciones como todas las etapas, que se vivió intensamente, que *se tenían muchos ideales, se hicieron muchas co-sas, se cometieron muchos errores*. Pero como decíamos, como nos repetíamos en las reuniones del libro¹⁰, si nos hicieron lo que nos hicieron no fue por nuestros errores si no *por los pocos aciertos que tuvimos*. Por lo menos no me arrepiento de haberla vivido, ni de lo que hice. Tengo mi conciencia tranquila de haber actuado de acuerdo a mis convicciones y a lo que yo creía que podía dar y hacer (Roberto).

En estos testimonios podemos observar diferentes tipos de narra-dores respecto a sus memorias personales. Dora presenta el imperati-vo de una memoria herida, la necesidad de nombrar a ciertos compa-ñeros que no han tenido, según su parecer, suficiente reconocimiento. Francisco recuerda a un compañero que ha tenido un importante rol en la misma organización que él, e identifica a toda la generación con aquella elevada conciencia política. Por último, Roberto muestra una distancia como narrador del presente y actor de aquel momento. Pre-senta lo que Portelli (2016) denominó “una evolución en su concien-cia subjetiva y en sus condiciones sociales, que lo llevará a modificar, si no los hechos, al menos el juicio que da sobre ellos y por tanto a la forma de su relato” (p. 27).

Las cercanías o lejanías en los relatos respecto a los hechos vividos también son parte de las identidades políticas de estos exmilitantes. Es

¹⁰ Se refiere a un libro de memoria colectiva realizado por un grupo de ex-presos políticos de la cárcel de Coronda en Santa Fe, titulado *Del otro lado de la mirilla, obra colectiva testimonial*.

decir, son parte del proceso de concientización y “toma de posición” en el pasado y en el presente sobre esta identidad en particular. Tanto lo que “fueron” como lo que “son” forman parte de procesos sociales de interacciones múltiples que han atravesado. Se trata de:

elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones y no de sentimiento contra pensamiento, sino *pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado*; una *conciencia práctica* de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada (Williams, R. 2009, p.175, las cursivas son de la autora).

Estas coincidencias entre algunos entrevistados y disidencias entre otros, no escapan de los rasgos generales que podemos pensar de las experiencias militantes en Argentina de la década del 70.

La dimensión afectiva jugó un importante papel durante el inicio de las experiencias militantes; prácticamente la totalidad de las entrevistadas y los entrevistados mencionaron aquel vínculo afectivo que los/as introdujo en el mundo militante. Entendemos el *afecto* como “un concepto basado en la emoción, en el estímulo-respuesta en el corto plazo, independiente, anterior a la ideología, es decir, previo a las intenciones, los significados, las razones y creencias” (Leys citada en Plamper, 2014, p. 21). Si bien reponemos el concepto de estas autoras, nuestro interés no radica en contraponer cuáles de las dimensiones (afecto, ideología, creencias, etc.) fue la primera experiencia de las y los militantes. Sobre todo, porque si las emociones son parte de las formas culturales de una época, y en los 60 y 70 la política atravesaba la vida de las y los jóvenes y su horizonte de expectativa era hacer la revolución (desde que estas ideas se plasmaron como posibles en experiencias concretas en el nivel continental), entonces los vínculos afectivos no pueden concebirse como una relación privada y personal opuesta a lo público, político y grupal.¹¹

¹¹ Esta reflexión es deudora de la lectura de los trabajos de Águila y Viano (2003) sobre las relaciones de amistad en Montoneros.

Consideramos que la militancia constituyó una experiencia afectiva y que los procesos de subjetivación que configuraron las identidades de las actoras y los actores la incluyeron. Y para el caso de las y los sobrevivientes, estas experiencias afectivas fueron yuxtapuestas a situaciones límites como cautiverio, detenciones legales e ilegales, exilio, y pérdida de compañeros/as militantes. Las experiencias afectivas no se redujeron a los orígenes de la militancia, sino que se vivieron durante todo el proceso de participación activa y, con posterioridad, se recuperaron fuertemente en los procesos de memoria, influyendo en la identificación de toda la comunidad¹² militante, vivas, vivos y muertos.

Destacamos tres ejemplos de los tantos que se repiten en relación con las vinculaciones afectivas de inicios o del transcurso del proceso de comenzar sus militancias políticas:

Éramos compañeros y amigos a la vez. Teníamos mucha confianza y decidimos (...) éramos compañeros, militábamos juntos en la universidad y decidimos armar un grupo... lo que después se llamaban células o comandos (Dora).

El papá de Seba¹³ era de “mi barra”... lo que se decía la barra. lo que era “el centro” en esa época, estar en el centro, ir a los bailes, comer un asado, ir a pescar, era la vida social de aquella época (Francisco). Yo lo conocí al Palo¹⁴ en el Ateneo, él militaba en Química y yo andaba por ahí. Y ya había venido con mis experiencias y tal. Y militamos en el Ateneo, y a partir de ahí se fue dando nuestra relación (Alicia).

¹² La pensamos como comunidad social, pero también como *comunidad emocional*, en el sentido de que existía un *sistema de sentimientos*; es decir que la evaluación de los valores, perjuicios, expectativas sobre los modos de expresión emocional, tolerancia y rechazo eran compartidos por la comunidad (Rosenwein en Plamper, 2014).

¹³ Se refiere a Sebastián Álvarez, hijo de Marcelino Álvarez, militante de las FAR en Santa Fe, y de Raquel Negro, militante de Montoneros, ambos desaparecidos.

¹⁴ Se refiere a Roberto Pirles, militante de Montoneros en Santa Fe.

Ahora bien, también es cierto que una vez integradas e integrados a la militancia revolucionaria —comenzando con las células clandestinas—, la experiencia comenzará a fragmentarse, al punto del no reconocimiento de las y los otros por sus nombres reales. El uso de apodos o “nombres de guerra” constituyó la regla de este tipo de organizaciones político-militares. Asimismo, el manejo de la información entre sus miembros fue clave desde el momento en que la clandestinidad comenzó a ser la norma, y mucho más cuando las fuerzas de seguridad y los organismos de control comenzaron a operar con todo tipo de tácticas (espionaje) y acciones represivas (detenciones, torturas).

El entramado afectivo de quienes fueron las y los militantes en las OPM se encontraba inmerso en una compleja red que incluía diversas instituciones educativas, públicas, privadas, laicas y religiosas. De todo este universo se fueron desprendiendo las primeras células armadas de la ciudad de Santa Fe y los grupos que confluyeron en las OPM peronistas. Analizamos esta conjunción de experiencias situadas y simbólicas y reconocemos que los procesos de rememoración de las actrices y los actores conllevan nuevas superposiciones de sentidos que también deben tenerse en cuenta.

La (im)posibilidad de las memorias revolucionarias

La lucha armada fue una experiencia común al conjunto de entrevistadas y entrevistados, la hubieran practicado o no en lo personal, ya que se trató de la inserción en una OPM que tenía como metas acciones revolucionarias, por lo que entendemos que adherían a los objetivos y formas de acción política de la organización que integraban en aquel tiempo. Dicho esto, de todos modos, nos preguntamos: ¿qué es lo “narrable”? ¿cuáles experiencias de las que atravesaron son narrables? Y también, ¿qué es audible en términos sociales contemporáneos?, ¿cuáles acciones de su experiencia son legítimas para contextos democráticos y cuáles no?; ¿las memorias revolucionarias son posibles?, ¿cuáles son los procesos históricos que intervienen en

estas (im)posibilidades? Para responder estas preguntas empezamos por los procesos globales para luego centrarnos en Argentina y en los testimonios de los exmilitantes entrevistados.

Memorias revolucionarias en tiempos no revolucionarios

Repensar proyectos revolucionarios en una era no revolucionaria es una melancolía fecunda porque entraña el “efecto transformador de la pérdida.

Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria

E. Traverso

El postulado de este título no se vuelve imposible, si la melancolía que representa el estado de ánimo de las izquierdas derrotadas se logra transformar, asimilar y transmitir de alguna manera. En el plano histórico-social, esta *melancolía de izquierda* (Traverso, 2018) encuentra su fundamento en la caída de todos los proyectos revolucionarios comunistas o socialistas de fines de la década de 1980. Dos dialécticas dejaron de funcionar y eclipsaron los sentidos de futuro utópico que había hasta ese momento. Por un lado, la dialéctica entre melancolía y utopía: “la fusión del sufrimiento de una experiencia catastrófica y la persistencia de una utopía vivida como un horizonte de expectativa y una perspectiva histórica” (Traverso, 2018, p. 105). Esta dialéctica había permitido que generaciones anteriores superaran sus propias melancolías y tuvieran en su horizonte de expectativa la revolución. Como sostiene Sazbón (1995), no podemos adjudicar la derrota a la crisis del marxismo, ya que este se creó y recreó en crisis durante toda su existencia.

En nuestro país, en los años 70 las y los militantes revolucionarios también tuvieron que superar melancolías previas. Antes de 1989 “las derrotas históricas tenían un sabor de grandeza y de gloria. Merecían, sin duda una crítica retrospectiva pero no sembraban desesperación,

suscitaban admiración, inspiraban coraje y fortalecían la lealtad” (Traverso, 2018, p. 104). Por otro lado, la dialéctica entre pasado y futuro también se modificó: nuestro régimen de historicidad en el siglo XXI es el presentismo. Las derrotas revolucionarias y la crisis de la imaginación utópica conducen a que “nuestra época de humanismo neoliberal posttotalitario no percibe el pasado como un tiempo de revoluciones, sino más bien como una era de violencias” (Traverso, 2018, p. 105) y con esta rememoración quita las posibilidades de futuro. A la vez ubica a las memorias en el lugar que antes ocupaban las utopías: “las memorias de los vencidos contienen una fuerte carga melancólica que no recuerda tanto las luchas como la opresión” (Traverso, 2018, p. 106).

La postura de este autor nos conduce a pensar cómo fue este proceso en Argentina. Obviamente que no se trata de mecanismos tan “automáticos” en los que al desaparecer las utopías —miradas hacia el futuro— surgen las obsesiones por el pasado; si esto fuera así las luchas sociales por la memoria y la justicia no harían falta. Lo que nos queda claro es que la derrota de los proyectos revolucionarios creó un paradigma melancólico en el cual la figura principal es la víctima y no el militante revolucionario. El hecho está en encontrar ese punto habilitante dentro del proceso. Reconocer la derrota no significa necesariamente renunciar a la resistencia, y eso es importante para el presente y el futuro. La conciencia de la derrota puede llevar a visualizar futuros que mientras tanto son desconocidos.

Memorias revolucionarias en tiempos democráticos

Reponer las diferentes coyunturas sociopolíticas de los últimos 38 años de democracia en Argentina excede los límites de este trabajo. Retomaremos algunos postulados e hipótesis generales de investigadores que han estudiado este proceso en profundidad (Lvovich y Bisquert, 2008; Crenzel, 2020). Este ejercicio es necesario si tenemos en cuenta que el marco de la entrevista no solo abarca el momento

en que se produce, sino que incluye todas estas coyunturas que los/as entrevistados/as atravesaron como parte de su historia personal. Y que sin duda los sentidos de sus memorias se han modificado con el paso del tiempo al atravesar este proceso social y político. Muchos determinantes influyen en el proceso de rememoración de una persona:

Las exigencias del presente, el peso de los discursos dominantes sobre el pasado, el cambio de las condiciones que determinan su audibilidad y legitimidad, las políticas de la memoria desarrolladas desde el Estado, entre otros factores, pueden determinar modificaciones sustanciales en los contenidos de las memorias (Lvovich y Bisquert, 2008, p. 9).

En Argentina se ha ido forjando una *cultura de la memoria* que remonta sus raíces a la década de 1980, al calor del mismo proceso mundial. Esta cultura de la memoria incluía no solo recordatorios, museos y monumentos: también modificó el vínculo entre la representación del pasado y la justicia

ya que se vincula con un movimiento de reparación moral, jurídica y en ocasiones financiera de las víctimas, la creación en diversas latitudes de comisiones estatales destinadas a establecer las responsabilidades de los involucrados en delitos de lesa humanidad y, muchas veces, la comparecencia ante estrados judiciales nacionales o internacionales de sus principales instigadores o ejecutores (Lvovich y Bisquert, 2008, p. 9).

La *teoría de los dos demonios* será la primera lectura del pasado que hará el Estado argentino con la apertura democrática de 1983. Esta teoría equiparaba las violencias extremas de la derecha y de la izquierda para solicitar desde el Estado la necesidad de reconocimiento mutuo de errores y aciertos para la unidad nacional; la sociedad permanecía en el medio como inocente y víctima atrapada. Impuso así un importante marco de sentidos sobre los sobrevivientes y sobre

la sociedad en general. La equiparación de la lucha armada con el terrorismo de Estado implicó que los exmilitantes se ampararan en el lugar de víctimas inocentes y despolitizadas. Esta representación se reforzó con la publicación en 1984 del libro *Nunca Más* (Informe de la Conadep) y con el desarrollo del juicio a los excomandantes de las Juntas Militares en 1985, donde las y los testigos, en ambos casos, lo hicieron de manera despolitizada.

A esta etapa le siguieron las leyes de Obediencia Debida, Punto Final y los indultos del expresidente Carlos Menem, dictadas entre 1986 y 1990, que representaron la clausura de los juicios por violaciones a los derechos humanos y un fuerte debilitamiento de toda la temática en la esfera pública. Los organismos de derechos humanos surgidos en la mitad de la década del 70 no dejarán de resistir y de criticar los intentos menemistas de reconciliación sin justicia. En este marco, surge en 1995 la agrupación H.I.J.O.S.¹⁵. Una nueva etapa emerge en el año 2003, a partir de las consecuencias de la asunción de Néstor Kirchner como presidente de la Nación y las políticas que llevó ade-

¹⁵ “Los años de 1990 fueron para Argentina tiempos de reconfiguración de los agentes colectivos y de sus repertorios de acción y discursivos. Desarticuladas primero las tendencias clasistas por el terror de Estado, debilitada luego la representación sindical de intereses a medida que se avanzaba en la configuración del orden neoliberal, el movimiento piquetero y el de derechos humanos aparecían como entidades que venían a renovar el sentido de la política y las formas de acción” (Alonso, 2016, p. 4). Pero como continúa afirmando Alonso (2016, p. 3) sin la conjunción de experiencias comunes y de voluntades, estas condiciones no conducen necesariamente a la organización de ningún colectivo. Esas experiencias incluían la ausencia de sus padres y el horror del pasado y las luchas contra el orden neoliberal de ese presente. Una vez surgida la agrupación e inserta en el campo de los DD. HH., la atravesarán los debates que tenían los organismos en ese momento: “cómo vincularse con el Estado, las estrategias elegidas para plantear las demandas, los modos de hacer memoria sobre lo sucedido, las diferentes posiciones respecto de las luchas revolucionarias de los años setenta, la voluntad o no de aceptar reparaciones económicas por parte del Estado, el apoyo o no a las exhumaciones de los cuerpos con el objetivo de su identificación y la pertinencia de los homenajes a las víctimas” (Cueto Rúa, 2016, p. 11).

lante en materia de derechos humanos. Se instaló por primera vez, desde la agenda política nacional, la temática de los derechos humanos, inaugurando una política oficial dedicada a la proliferación de actos conmemorativos y gestos simbólicos a la par de un “proceso de normalización e institucionalización” de los reclamos del movimiento de derechos humanos (Alonso, 2009).

En esta alianza particular entre el gobierno nacional de Néstor Kirchner y el movimiento de derechos humanos —especialmente Madres y Abuelas de Plaza de Mayo de Capital Federal—, el Estado adquirió una importante centralidad a la hora de generar memorias del pasado reciente, silenciando otros relatos sobre ese mismo pasado; esta confluencia se ha denominado “estatización de la memoria” (Da Silva Catela, 2009)¹⁶. El “horizonte de expectativa” del gobierno —relato condenatorio del terrorismo de Estado y de la impunidad de la etapa menemista; a favor de la justicia y la memoria— se hizo eco de la histórica consigna de los organismos de derechos humanos: *memoria*, *verdad* y *justicia*. Para ello necesitó construir una visión determinada de ese pasado, y por ello seleccionó y construyó una memoria que rescató de aquel “espacio de experiencia” lo necesario para el presente y el futuro esperado.

Como efecto del proceso de estatización de la memoria de la dictadura, si bien se instalaron los derechos humanos como un fundamento básico de la legitimidad democrática, la asunción de esta tarea por el Estado llevó a una identificación tal entre política estatal y política de gobierno de los Kirchner que los riesgos de instrumentalización del tema fueron muy grandes y se vieron reflejados en las posturas antiderechos humanos del gobierno siguiente, asumiendo que el “gobierno de los Kirchner” era el “gobierno de los derechos humanos”.

¹⁶ He desarrollado este tema en profundidad en Raina (2016).

Al asumir la presidencia en 2015, Mauricio Macri descalificó a los organismos de derechos humanos y sus demandas e igualó a las víctimas de la violencia guerrillera con los crímenes cometidos por el Estado, omitiendo su carácter de crímenes de lesa humanidad. Asimismo, Macri modificó la Corte Suprema de Justicia, la cual a través de diversos fallos introdujo modificaciones sustantivas en las claves filosóficas para tramitar estos crímenes (Crenzel, 2020, p. 26).

Este intento de reinstalación de la teoría de los dos demonios, si bien encontró apoyo y alocución en importantes sectores sociales que manifestaron (y continúan expresando) públicamente sus posiciones negacionistas y de “memoria completa”, no pasó inadvertido para otros sectores de la sociedad que se movilizaron y resistieron en defensa de memoria, verdad y justicia. El mismo Crenzel (2020) sostiene que Argentina ha logrado incorporar a los derechos humanos a su cultura política e institucional de tal manera —sobre todo en el plano de la judicialización de las violaciones a los derechos humanos— que no les resulta tan fácil a los sectores del Poder Judicial y político que intentan negarlos.

Podemos concluir que Argentina ha construido una importante cultura política de la memoria y de la defensa de los derechos humanos. Que la impronta de los años de transición democrática en el país ha generado una matriz de sentido que concibe a la política de una manera consensualista y, como contrapartida, observa a los años sesenta y setenta desde la preponderancia de los valores democrático-parlamentarios.

Memorias revolucionarias y sus narraciones, silencios e incomodidades

La visión de los vencidos es siempre crítica.

Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria

E. Traverso

Del conjunto de entrevistadas y entrevistados para la investigación doctoral, volvimos sobre cinco de ellas/os para preguntarles más directamente qué reivindicaban de su militancia de los años 70, habiendo integrado las OPM peronistas de FAR o Montoneros. En todos los casos hubo repreguntas que tuvieron que ver con mencionar la palabra revolución, la expectativa revolucionaria o ser revolucionario. Transcribimos a continuación algunos fragmentos de estas entrevistas.

Dora

Lo primero que me sale es la valoración de *lo colectivo*. La pertenencia a lo colectivo que es una vivencia, es ideológico y político pero sobre todo a nivel vivencial, de experiencia vivida, viste?

A mí me marcó para siempre, entonces en cualquier instancia laboral o de militancia, busco lo colectivo, armar algo colectivamente. Es estar convencida que no se puede construir solo, no? (...)

Pregunta: ¿Vos crees que las personas que sobrevivieron pueden pensar en la expectativa revolucionaria que tenían todos como generación?

Respuesta: Bueno ahí veo divisoria de aguas. Porque ahí yo tengo algunos amigos, compañeros que sí, hasta tengo un grupo de whatsapp con los que compartimos esta perspectiva de *continuar en la vida lo que empezamos* y no dejarlo, como expectativa de vida. Más que en lo político, *en lo ideológico, hacer la revolución en las medidas de las posibilidades que uno tenga*. Y otros que no, otros empezaron como otra vida. Yo noto eso y bueno está bien, no me voy a pelear pero tampoco tengo mucho de qué hablar. (...) Lo importante para mí es tratar de transmitir lo positivo y no lo negativo de lo vivido como generación, ¿viste? (Dora, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Las reflexiones de Dora circularon, de alguna manera, entre la experiencia en términos de formar colectivos, organizarse y tomar conciencia de los condicionamientos en cada contexto histórico.

Froilán

P: ¿Con qué te identificas más de tu experiencia de militancia de los '70?

R: *Depende el interlocutor* (risas). O sea, en realidad para mí fue una época extraordinaria. Para la mayoría creo. Yo *como de los más pibes digamos*, nosotros entramos en la adolescencia, entramos de lleno en la vida política en un momento muy especial digamos. Donde se estaba dando una ofensiva popular para que venga Perón y para ganar las elecciones, para que vuelva la democracia, para ganarle a la dictadura. Eso te marca de una forma indeleble, no hay forma que eso no te ... o sea a esa edad, a los 13 años, 14, son cosas muy fuertes cuando te metes a esa edad a militar y de hecho *hay muchos compañeros que seguimos militando, que seguimos haciendo cosas*, acá, en Rosario, en Buenos Aires, en todos lados. Los que éramos de la UES por ejemplo, muchísimos casos de compañeros que siguen en distintas organizaciones, y nos seguimos encontrando y se siguen haciendo cosas. O sea que es evidente que, así como nos marcó a todos, yo percibo que a los pibes más chicos nos determinó de una manera muy fuerte ¿no? (Froilán, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

En este caso, es evidente que la cuestión generacional —o, mejor dicho, de la edad dentro de la generación, ya que la misma no se define por los años sino por las experiencias compartidas— ha marcado fuertemente su memoria militante. Además, con la referencia/ chiste del comienzo da cuenta de una importante conciencia respecto a los marcos sociales cambiantes que pueden ser habilitantes de ciertos relatos o no. Continúa:

Bueno para mí era extraordinario en todo, *era perseguir la gloria, la victoria, cambiar el mundo*. Y donde además por toda esa cuestión de los compañeros mayores, de las luchas que se venían dando también con un sentido del compromiso extremadamente fuerte,

como un sello. Aún pese a todas las desgracias que ocurrieron en aquellos años, te estoy hablando antes de la dictadura, o sea, fue un momento de mucha alegría, de mucha pasión de un furor tremendo. *Yo cuando pienso la etapa más alegre de mi vida fue esta sin duda, aun con todas las cosas que pasaban* (Froilán, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Francisco

Yo rescato todo porque no tengo *nada de qué arrepentirme*. A lo mejor algunas cosas las hubiéramos podido hacer mejor, pero no tengo nada... *yo sigo siendo Montonero*. Yo no reniego, tengo un concepto medio extraño si se quiere: la organización se disolvió pero uno es Montonero para siempre porque *ya no tenemos frente a quién rendirnos, salvo que nos rindamos frente a nosotros mismos*. Entonces uno tiene que seguir en la lucha. Hay generaciones que *caminan más lento hacia la utopía, es la etapa que nos toca vivir ahora*. Nosotros caminamos más rápido hacia la utopía, pero la utopía siempre esta. Como dice Galeano para eso sirve, para caminar (Francisco, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

En esta experiencia, la primera referencia fuerte la encontramos en la identificación política, desde su integración a Montoneros. Desde allí expresa las siguientes, de no arrepentimiento y de valoración de la utopía. Continúa profundizando:

Entonces si vos me preguntas yo lo que más rescato es que fue una generación que entregó el corazón, me quedo siempre con la sonrisa de mis compañeros, con *la entrega*. Fue, no tanto los que quedamos vivos, pero los que no llegaron, eran probablemente una de las generaciones con más entrega que haya conocido nuestra historia, en todas las etapas de la historia hay generaciones con mucha entrega. Y yo, me toco el privilegio de haber compartido la etapa más importante de mi vida, no hay ninguna etapa de mi vida más importante que el haber sido parte de la organización

Montoneros. Entonces, es una generación que nos está faltando hoy, ¿viste? Porque yo la lucidez de esos compañeros, el *dejar todo* por el otro (...) (Francisco, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Refuerza esta idea de *entrega*, *honestidad* y *no descanso* como valores de la generación militante que hoy está ausente, es decir, de las y los desaparecidos/as o asesinados/as durante el terrorismo de Estado. En un momento afirma: “Era una generación que no descansaba, no teníamos tiempo para nosotros, el tiempo era darlo, darlo, era de los otros”; es muy interesante el uso de distintas personas en la misma frase, hablando de la generación como por fuera de ella, pero introduciéndose por momentos. La descripción de la entrega militante, revolucionaria, corresponde a la definición de las personas que ya no están, “los verdaderos testigos” y la dificultad del sobreviviente para identificarse desde ahí es clara. Como decíamos, estas cuestiones tienen que ver con el dolor de la pérdida de aquellas y aquellos compañeros/as:

Y tengo... ausencias, sí, que me duelen mucho. *Pero tengo el raro privilegio de haber sido compañero de esas ausencias.* Por ahí lo único que yo quisiera es, por ahí, reemplazar a alguno para que tuviera la suerte que tuve yo de conocer a mis nietos, es lo único que por ahí yo digo, me hubiera gustado reemplazar a alguno, es como una utopía bien grandota; poder reemplazar la vida de otro, porque ellos se quedaron sin todo, pero lo dieron todo. Es por ahí la única deuda grande que tengo, y por supuesto la deuda que tenemos con el pueblo que... de esta batalla que perdimos en aquella época es el resultado que estamos viendo, ¿no? La falta total de una sociedad más justa, más equitativa ¿viste? Pero bueno es parte de la historia.

Ya es la séptima vez que declaro en los juicios. Siempre estoy. Esa es mi posibilidad de pelea hoy. No me arrepiento de nada, pero lo

que sí, si existiera la posibilidad de intercambiar tiempos, me voy yo un rato, vení vos y viví (Francisco, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Miguel

P: ¿Vos crees que a ustedes como personas que sobrevivieron les cuesta más hablar de la expectativa revolucionaria que tenían?

R: Sí. El primer golpe post '83 fue el Nunca Más, cuando saltó, ni nosotros lo conocíamos bien. Conocíamos algo, pero cuando saltó todo el tema de los CCD, que tiraban gente al mar lo sabíamos, pero no sabíamos cómo era... el plan sistemático nunca lo supimos. Nos enteramos después. *Entonces era el momento de nuestros compañeros muertos y desaparecidos, es decir no es que estaba mal pero nosotros, nosotros estábamos vivos, viste?* (Miguel, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Antonio

R: Si vos decís qué es lo que más reivindico. Yo lo que más reivindico, obviamente, es la tarea de *base* y *el trabajo gremial* creo que es lo concreto, lo más directo, lo político aparece casi como una cuestión de sí se entiende digamos que cuando uno establece una lucha política, abarca o contempla lo más general pero también es cierto que tiene el costo de que todo eso también se diluya mucho y a veces en nada. (...) El orgullo de ser trabajador, te lo digo sinceramente.

P: ¿Y con el sello de esos años que tenía que ver con la expectativa revolucionaria?

R: (risas) Qué palabra! Vos sabes que justo anoche estábamos hablando con unos amigos, y digo en plural porque en realidad es un grupo que tenemos de whatsapp que nos juntamos todos los jueves, y algunos venimos de esa época de los '60, y seguimos por esa suerte o por esa revancha que nos dio la vida de seguir vivos,

¿viste? (...). No hay una sola dimensión para analizar el concepto de revolucionario, tal vez el concepto más acotado, pero también más real es la *capacidad de entrega* que tuvimos como generación, ¿no? En eso sí era revolucionario, poner en juego todo lo que tienes, eso sí puede ser lo más revolucionario de todo esto.

Sostiene, como Francisco, lo revolucionario desde la capacidad de entrega de aquella generación. Y continúa:

Después todo lo demás es en función de un análisis que vuelvo a repetir, es imposible no, o muy difícil hacer un análisis desde hoy con la experiencia o con la vida transcurrida al hoy. Era un cambio de fondo, por eso hablaba recién del compromiso que uno tenía personal, colectivo y fundamentalmente de proyecto de vida. Alguna vez, y esto lo digo con cierta vergüenza, no? *Nunca pensé en la jubilación: o estaba muerto o a lo sumo iba a tener la pensión del guerrero* (risas). *Esa era la proyección*. Devela mucho cuáles eran las expectativas que pesaban sobre uno, era eso, *a vencer o a morir*. Esa era la ecuación (...). Y bueno, verla desde el hoy implica, que la palabra que más se aproxima a la palabra revolución, *puede ser justicia*. Por eso también incluso uno sigue más directamente comprometido que cualquier otra cosa, con la tarea de los Derechos humanos (Antonio, en entrevista oral realizada por la autora, 2022).

Ninguno/a de los/as entrevistados/as mencionó la expectativa revolucionaria de su experiencia militante sin la repregunta. Sí aludieron a la entrega revolucionaria cuando hablaron de las y los detenidos/as-desaparecidos/as y asesinados/as por el terrorismo de Estado.

“A vencer o morir”¹⁷ dejó en una ecuación injusta a las y los sobrevivientes, vencidos/as. El proceso de reacomodación de sentidos como

¹⁷ “Perón o muerte”, “patria o muerte” serían las expresiones más correctas para el marco de las OPM peronistas que analizamos, pero mencionamos “A vencer o morir” que fue retomada por un entrevistado y que de todos modos condensa el sentido de la experiencia.

sobrevivientes se mostró constante. Recuperamos en frases de las/os entrevistadas/os los sentidos que tuvieron para ellos. Lo colectivo y la revolución en lo ideológico, “en las medidas de las posibilidades” de Dora, que hoy es docente universitaria y parte de ese espacio sindical. La reivindicación del trabajo gremial y de base de Antonio primero, y la lucha por los derechos humanos y la justicia. Antonio no se imaginaba vivo porque no se imaginaba vencido. En todos estos años ha transitado por el ámbito sindical (gremio docente), el legislativo como diputado provincial y, por supuesto, el de derechos humanos. Miguel, en su conciencia de superviviente, es un activo militante del recientemente creado Colectivo de La Memoria. Francisco, que sigue sintiéndose monotonero y ubica todo en etapas históricas, no se arrepiente de nada, pero sí intercambiaría su vida por la de sus compañeros para que ellos puedan vivir. Froilán, la mejor etapa de su vida, la alegría y la admiración hacia militantes más grandes.

Todos estos relatos muestran que la derrota se siente profundamente en la pérdida de sus compañeros, y con ellos, los sentidos de la pérdida de la utopía revolucionaria. La revolución quedó obturada por la violencia que significó el terrorismo de Estado con la detención, muerte, desaparición, exilio que atravesaron los y las militantes. Para las y los sobrevivientes, la lucha revolucionaria quedó ocluida con la violencia atravesada luego de la derrota de aquel horizonte de expectativa. Detrás de estas memorias vencidas, indagamos acerca de las historias militantes. Las experiencias de lucha del pasado no son hoy memorias de lucha. Pero si el presente está cargado de memoria de algunas y algunos sobrevivientes es porque la experiencia afectiva también lo impuso. Y esta generación de exmilitantes sobrevivientes pudo, en algunos casos, transformar esos duelos en nuevas formas de militancias o de hacer política.

La lucha por los derechos humanos en Argentina es el resultado de que la derrota no fue total. La identidad de ese *nosotros* —de la

subjetividad militante— ya no está, y si hay una subjetividad colectiva que los sigue uniendo tiene que ver con la herida de aquella. Así se transformó esa subjetividad colectiva y se derivó hacia la defensa de los derechos humanos y la memoria

Referencias bibliográficas

- Águila, G. (2015). Las escalas de análisis en los estudios sobre el pasado reciente: a modo de introducción. *Avances del Cesor*, 12(12), 91-96.
- Águila, G. y Viano, C. (2003). Identidad política y memoria en los militantes de dos expresiones de la nueva izquierda peronista en el Gran Rosario. *Sociohistórica*, 13-14.
- Alonso, L. (2016). ¿Por qué seguir reflexionando a 20 años de H.I.J.O.S.? *Aletheia*, (2), 2-7. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8475/pr.8475.pdf
- Badiou, A. (2008). *Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento*, 2. Manantial.
- Calhoun, C. (1999). El problema de la identidad en la acción colectiva. En J. Auyero (Comp.). *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Campos, E. (2016). *Cristianismo y Revolución, el origen de Montoneros: violencia, política y religión en los 60*. Edhasa.
- Crenzel, E. (2020). Batallas por la memoria. Los derechos humanos y la cultura política en la Argentina contemporánea. En Pino, M. J., Garbero, V., Corral, M. M., Reati, F., Crenzel, E. A., Da Silva Catela, L., ... y Kozameh, A. (2020). *Lenguajes de la memoria y los derechos humanos III. Asedios al archivo, la literatura, los territorios, las pedagogías y la creación*. Narvaja.
- Cueto Rúa, S. (2016). El surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S. *Aletheia*, (2), 8-13. https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8474/pr.8474.pdf
- Franco, M. y Levín, F. (Comps.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós.

- Gil, G. (2019). *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución 1955-1974*. Prometeo.
- Hobsbawm, E. (1983). De la historia social a la historia de la sociedad. En *Marxismo e historia social*. UNAP.
- Jelin, E. (2001). Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra. *Iberoamericana*, 1(1), 87-97.
- Levi, P. (2011). *Los hundidos y los salvados*. Océano/El Aleph.
- Longa, F. (2010). *Trayectorias e historias de vida: perspectivas metodológicas para el estudio de las biografías militantes*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.
- Loeza Reyes, L. (2007). Redes de organizaciones civiles después de la alternancia política. *Ciudades*, (75), 114.
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos sociales y legitimidad democrática*. Biblioteca Nacional / UNGS.
- Melucci, A. (1994). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Zona abierta*, (69).
- Pizzorno, A. (1994). Identidad e interés. *Zona abierta*, (69), 135-152.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Plamper, J. (2014). Historia de las emociones: caminos y retos. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (36), España.
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. FaHCE-UNLP/ Prohistoria.
- Portelli, A. (2018). Prólogo. En Flier, P. (Coord.) y Portelli, A. *Historias detrás de las memorias: Un ejercicio colectivo de historia oral*. (Pasados Presentes; 1). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>

- Raina, A. (2014). Reflexiones sobre las dificultades de diseño de un marco teórico-metodológico para una perspectiva de “historia social-regional reciente”. En Flier, P. G. (2014). Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente. *Series Estudios/Investigaciones*, 52. <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/30#.VNi846y2oec>
- Raina, A. (2016). Memorias e historiografía en torno al debate por la “violencia política” en la Argentina, 2003-2013. *Virajes*, 18(1), 109-129.
- Retamozo, M. (2009). Orden social, subjetividad y acción colectiva: Notas para el estudio de los movimientos sociales. *Athenea Digital* (16), 95-123. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8824/pr.8824.pdf
- Sazbón, J. (1995). Crisis del marxismo: un antecedente fundador. *Estudios Sociales*, 8(1), 9–29. <https://doi.org/10.14409/es.v8i1.2328>
- Sigal, S. y Verón, E. (2008). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Eudeba.
- Tessin, E. (2012). De la subjetivación política. Althusser/Rancière/Foucault/Arendt/Deleuze. *Revista de Estudios Sociales*, (43). <http://journals.openedition.org/revestudsoc/7096>
- Thompson, E.P. (1995). *Costumbres en común*. Crítica.
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Fondo de Cultura Económica.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta.

Fuentes orales

Entrevistas realizadas por la autora, utilizadas en este trabajo:

- Antonio R., Santa Fe, 2015 y 2022.
- Dora R., Buenos Aires, 2016 y 2022.
- Alicia M., Buenos Aires, 2017.

Francisco K., Santa Fe, 2016 y 2022.

Miguel R., Santa Fe, 2016, 2020 y 2022.

Roberto P., Santa Fe, 2016.

Froilán A., Santa Fe, 2016 y 2022.

Notas para pensar las experiencias militantes juveniles en la Argentina y sus enfoques teóricos y metodológicos (1968-2020)

Mariana Paola Vila¹

Presentación

Uno de los aspectos destacados desde la primera década de este siglo en la Argentina hasta la actualidad, ha sido el creciente interés académico y social por las formas de militancia, de acción colectiva y politización juvenil. Luego de la eclosión económica y social del 2001, comienza a recomponerse la crisis de legitimidad política y a restituirse la autoridad presidencial a raíz de un conjunto de estrategias neurálgicas desplegadas con la llegada de Néstor Kirchner al gobierno (2003). Como resultado, se producen cambios importantes en el campo identitario de las agrupaciones políticas y se gesta una enorme propagación de espacios colectivos que comienzan a identificarse como juveniles, y que colocan a esa categoría en un lugar destacado (Vázquez, 2013).

¹ Vila, Mariana Paola. Integrante del PIEMMER, Programa Interinstitucional sobre Memorias, Migraciones, Exilios y Refugios, CONICET-UNLP. Integrante del proyecto de investigación titulado “Las memorias y el pasado reciente ante nuevos escenarios políticos, tecnológicos y culturales” dirigido por Kahan, Emanuel Nicolás. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. Licenciada en Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

En el presente escrito nos interesa reflexionar sobre los procesos de cambio generados en la escena política nacional durante las últimas décadas, las experiencias de participación política juvenil y los avances producidos en el campo de estudios sobre juventud y política en la Argentina, con el propósito de contribuir al desarrollo de enfoques teóricos y metodológicos vitales para el estudio de las militancias, las lógicas de acción colectiva y las formas de identificación política.

Para ello, el itinerario del escrito avanza, en primer lugar, sobre un registro histórico-político de la participación política juvenil de las últimas décadas en Argentina, que nos permite observar el paso desde el desencanto de la política partidaria hacia su (re)ingreso en la política formal, sin desconocer las variadas e importantes expresiones de interés por la vida pública y política, no formales y próximas al autonomismo, que estuvieron vigentes en el transcurso de esos años. En segundo lugar, se recorren los abordajes teórico-metodológicos preponderantes en el análisis de las experiencias políticas juveniles en la Argentina contemporánea, evidenciando los avances entre los trabajos de investigación y sus áreas de vacancia. Por último, se recuperan dos investigaciones de posgrado de alta centralidad académica, las cuales permiten derivar ciertos recaudos fundamentales para el campo de estudio desarrollado.

Juventudes militantes y sentidos del desencanto de la política partidaria

Luego de la crisis política de 2001, la trama de sentidos y experiencias de participación política juvenil en la Argentina sufre importantes transformaciones de amplio alcance que impactan en el campo de las identidades políticas, en las formas de construcción militante, en el rol y en la praxis de los activismos políticos vigentes.

Hasta la eclosión del 2001, la difícil tarea de poder procesar el traumático legado de la última dictadura militar en el país (1976-1983) y la necesidad de inscribir nuevas formas para dirimir los con-

flitos sociales fue seguida por la instauración de gobiernos limitados al ejercicio de la democracia formal, restringidos a las reglas procedimentales-institucionales de juego democrático, centrados en las lógicas del mercado y con un creciente abandono del papel del Estado para asistir las demandas del conjunto social. La profundización de estos rasgos políticos y la consolidación neoliberal de los años noventa en el país, derivaron pronto en un fuerte repudio social en el que se fue diluyendo el interés juvenil en la participación política formal y fisurando las antiguas formas de identificación política asociadas al mundo de la fábrica y al peronismo de los años cincuenta en la Argentina (Svampa, 2005).

El espacio de participación política juvenil en la larga década de los noventa estuvo atravesado por un intenso proceso de vaciamiento material y simbólico, que puso en jaque los futuros personales y colectivos de las mayorías sociales en el país. El avance del capitalismo neoliberal bajo el impulso del triunfo del progreso técnico se convirtió en una enorme amenaza global sobre la historia y la ecología de los países. Ello estuvo acompañado a su vez por la presencia de una generación de jóvenes que arrastraba detrás de sí la feroz y perversa “lección aprendida”, impuesta por la última dictadura militar en el país hacia quienes en los años setenta expresaron su pasión por “cambiar el mundo” y, frente suyo, el reto por construir futuro en un mundo en ruinas, donde la desigualdad, la pobreza, la exclusión social y la brecha entre la sociedad civil y la clase política eran cada vez más profundas (Kriger, 2017, p. 10).

Como expresa Kriger (2017), esos jóvenes escolarizados en los noventa y los primeros años del nuevo milenio no estaban en la agenda de ningún gobierno; la relación entre la política y la juventud era inscripta como un lugar vacío y se recurría a “la metáfora del desierto para desertizar”. A pesar de ello, buena parte de las juventudes en los noventa va a expresar una emoción particular, una suerte de orgullo

nacional no ligado a la victoria sino a la derrota, a ese carácter que lo ennoblece a pesar de todo. El modo de ser joven en una Argentina cercana a la crisis ponía de manifiesto una cierta proximidad con la figura de los sobrevivientes, con la sensación de ir a toda prisa hacia un irremediable destino en el que, condenados a ser latinoamericanos (y ya no europeos), no existía ninguna opción de salida por arriba, en la medida en que los canales de la política nada tenían para ofrecer y menos aún para ofrecerles. Desde allí, en medio de un laberinto intrincado, paradójicamente el recorrido los obligaba a volver sobre los hilos de la argentinidad, los mitos y las sagas nacionales para “desmitificar”, “dar vuelta la versión oficial” y “refundar la nación” respecto del “viejo proyecto caído en desgracia/default” (Kriger, 2017, pp. 11-12).

En ocasiones vistiendo remeras de la bandera nacional o símbolos patrios, desacartonados y proactivos en clave de la reversión del himno nacional de Charly García, y envueltos en un “argentinidad al palo” como cantaba La Bersuit, estos jóvenes acusados de apáticos frente a la política aún estaban dentro (Kriger, 2017, p. 10) y seguían construyendo “desde abajo” —por fuera de los ámbitos gremiales, sindicales y políticos partidarios— formas alternativas de participación próximas al autonomismo político (Vázquez, Vommaro y Blanco, 2017) e impulsando variados modos de protesta, como las marchas de silencio en repudio a situaciones de injusticia; manifestaciones en defensa de la educación pública; movilizaciones frente a episodios de represión; cortes de ruta y marchas contra el autoritarismo con la modalidad del “escrache”², como nuevo mecanismo de denuncia que crea la organi-

² A mitad de los años noventa, surge una nueva organización ligada al campo de los derechos humanos denominada H.I.J.O.S. -Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio- que con la práctica disruptiva de los “escraches” —con señalamientos y manifestación pública en los lugares de residencia de los represores que no habían sido juzgados y/o estaban libres por la amnistía sancionada durante el gobierno de Carlos Saúl Menem (1990)— buscó generar conciencia sobre los crímenes cometidos en la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983) y poner en evidencia las

zación Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.) para generar conciencia y exponer públicamente a los responsables de los crímenes de lesa humanidad cometidos en la última dictadura militar en Argentina (Balardini, 2000).

Llegado el nuevo siglo se produce un “giro”³ político ampliamente significativo. Luego del desplome económico y de la crisis de representación política del 2001, extendida en la ciudadanía bajo la consigna *¡Que se vayan todos!* —en alusión a la clase dirigente y representantes políticos—, la idea de que la Argentina solo podía ser salvada “desde abajo” —y en el caso de los jóvenes, lejos del “fracaso de la generación adulta” y de “la política”— comienza a ser interpelada e integrada “desde arriba” por y al Estado, desde el arribo del kirchnerismo (Kriger, 2017, pp. 12-13).

A partir de la asunción a la presidencia de Néstor Kirchner (2003), el desencanto con la política formal comienza a recomponerse en el marco de un conjunto de estrategias y reorientaciones neurálgicas. Desde su arribo, el gobierno de Néstor Kirchner introdujo importantes novedades en la vida política, ya sea por la significativa recuperación económica y el conjunto de medidas orientadas hacia la inclusión social (Bonvecchi y Giraudy, 2008; Etchemendy, 2007; Varesi, 2011), o por la construcción de un estilo presidencial personal descontracturado e inusual (Cremonte, 2007) o bien por la inscripción de un compro-

limitaciones de la democracia para juzgar a los responsables por la violación de los derechos humanos, y las restricciones que la falta de justicia imprimía en el proceso de democratización del país (Kahan y Flier, 2018).

³ La noción de “giro a la izquierda” para los gobiernos latinoamericanos deriva de un intenso debate académico que buscó graficar las experiencias políticas emergentes a comienzos del siglo XXI en países latinoamericanos como Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela, los cuales fueron gobernados por presidentes de centroizquierda o izquierda y alineados con lo que se conoció como “posneoliberalismo” y la necesidad del “retorno del Estado” (Stokes, 2009).

miso directo como representante del Estado con las políticas de memoria sobre la última dictadura militar (Da Silva Catela, 2011). De esta manera se fue gestando un rápido restablecimiento de la autoridad presidencial fuertemente fracturada y puesta en cuestión por un país muy movilizadado (Svampa, 2011 y 2008; Campione y Rajland, 2006).

Aun así, uno de los rasgos más distintivos del “espacio kirchnerista” es que logró reactivar los vínculos entre lo juvenil y la política recuperando, primero en la presidencia Néstor Kirchner (2003-2007), un conjunto de interpelaciones referidas a cualidades y rasgos míticos atribuidos a jóvenes militantes peronistas de los años setenta y rearticulándolos a su proyecto político “íntimo-personal” (Montero, 2009) y luego, bajo la continuidad de los dos mandatos presidenciales de Cristina Fernández (2007-2011 y 2011-2015), extendiendo esa revalorización y rejerarquización del papel militante hacia la participación política de los jóvenes del presente. En este marco, se generaron redefiniciones significativas en el campo identitario de las agrupaciones políticas, se amplificó la participación de los jóvenes en la política formal y se crearon más espacios colectivos impulsados por y para jóvenes.

Una parte significativa de los jóvenes pos-2001 va a volcarse a la militancia política y a participar de la política formal, acompañando el proceso de “juvenilización de las campañas políticas” y construyendo espacios políticos partidarios de variados signos ideológicos. Este vigor de la militancia juvenil se asienta como un rasgo trascendente, que persiste aun con los giros políticos sumamente regresivos instaurados durante el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019), en la medida en que este espacio también consigue apropiarse y disputar sentidos de la participación política juvenil tanto en lo que refiere a su narrativa identitaria como en la práctica concreta de incorporación de jóvenes en sus filas partidarias (Belloti, Vommaro y Morresi, 2015; Vázquez, Vommaro y Blanco, 2017).

Desde entonces, surge en el escenario político nacional una proliferación de grupos de jóvenes que convierte el estallido popular del 2001 en su hito fundacional y emprenden una actuación pública en la etapa más activa de reconstrucción y crecimiento del país. Hasta el año 2010, nos encontramos con numerosos grupos de jóvenes fuertemente movilizados con reclamos y acciones colectivas, tanto en movimientos de carácter estudiantil, con cortes de calle y tomas de escuelas, como en movimientos sociales, participando en piquetes y tomas de tierra, que podrían caracterizarse como “jóvenes de territorios tomar” en referencia a la centralidad de la organización y trabajo territorial militante.

Luego, en tiempos en que la política es conducida por Cristina Fernández (2011-2015), se observa un punto máximo de “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013) y una profundización de las identidades políticas encarnadas dando paso a la emergencia de jóvenes movilizados sobre una visión más antagónica de la política. Emergen allí los “jóvenes de banderas tomar”, grupos juveniles que asumen posiciones ideológicas y partidarias distintas y en pugna, distribuidos en un amplio espectro de posiciones sobre una base común, como “hijos de la década ganada”, como herederos de las políticas trazadas por el kirchnerismo (Kriger, 2017, pp. 14-15).

A partir de entonces, en el heterogéneo universo de jóvenes militantes inscripto en la vida política nacional están quienes se posicionan como “custodios del kirchnerismo” (haciendo uso de las palabras de la propia presidenta Cristina Fernández) y defienden el proyecto nacional y popular de ese espacio político; luego, quienes del otro lado conforman una naciente juventud de centroderecha (primero en las filas del PRO, luego en el Frente Cambiemos y por último en Juntos por el Cambio), que se inscriben dentro de un proyecto neoliberal apenas reversionado con aspectos decorativos de carácter moral sobre la “buena voluntad política”, y, también juventudes de izquierda que siguen reivindicándose como “hijos del argentinazo” y postulan un

cambio radical que avance contra el sistema capitalista actual, entre las más significativas posiciones dentro del variado arco político contemporáneo (Kriger y Duken, 2014; Kriger, 2017).

Ahora bien, en la trama de estos virajes se fortalecieron ciertos enfoques para el campo de los estudios políticos y del activismo juvenil que vienen siendo desafiados por nuevas perspectivas de análisis vitales para la comprensión de las experiencias militantes, las lógicas de identificación y las formas de construcción política más recientes.

Saliendo a escena: abordajes teórico-metodológicos de las experiencias políticas juveniles

Un rasgo esencial desde la primera década de este siglo en la Argentina pone en evidencia que al mismo tiempo que se generaron importantes transformaciones en el ámbito nacional, que impactaron de forma directa sobre los ciclos de movilización e ingreso en la militancia juvenil, los estudios sobre las juventudes se fueron ampliando y consolidando como un campo de conocimiento sustancial para las ciencias sociales.

En el espacio académico, la producción de aquellos estudios pioneros sobre juventudes en Argentina, emergentes en la década del ochenta y parte de los años noventa —como los trabajos de Cecilia Braslavsky (1986); Ana Wortman (1991); Silvia Llomovatte (1991); Víctor Mekler (1992); Mariela Macri y Solange Van Kemenade (1993) y Mario Margulis (1994)— que se presentaron como registros generales de situación de la juventud en el país (principalmente en temas de educación y trabajo), fueron seguidos por una robusta cantidad de investigaciones interesadas por analizar las formas de producción y consumos culturales juveniles, las lógicas de participación política en ámbitos como los partidos políticos, las organizaciones sociales y comunitarias en el nivel territorial, los movimientos estudiantiles secundarios y universitarios, entre otras líneas de investigación en constante expansión (Chaves, 2005).

La ampliación y diversificación de las investigaciones dedicadas a la temática juvenil no supone, sin embargo, la ausencia de registros o protagonismo de las juventudes en la vida política durante las décadas previas en el país. Existe un grupo abierto y disperso de estudios (Terán, 1991; Sarlo, 1994; Ollier, 1998; Tortti, 1999; Cattaruzza, 1997; Urresti, 2000; Balardini, 2000; Altamirano, 2001; Svampa, 2003; Calveiro, 2005; Barletta, 2006; Manzano, 2010 y 2017, entre otros) que han destacado la importancia de la juventud en los años setenta, como un actor central en el clima de contestación cultural dirigido inicialmente contra el conjunto de valores y costumbres establecidas referidas a la familia, al rol de la mujer, a las relaciones institucionales y a la autoridad. Según se observa, ese proceso de renovación cultural fue atrayendo nuevas ideas políticas-ideológicas que alentaron el ascenso participativo de los jóvenes al mundo de la política (Terán, 1991). De forma creciente, el rechazo a lo instituido, al autoritarismo y a la injusticia social fue extendiéndose en los imaginarios juveniles a través de círculos concéntricos: de la familia al sistema escolar, del trabajo a los ámbitos académicos y, finalmente, a la lucha revolucionaria (Balardini, 2000).

Esas investigaciones revelan que al instaurarse el último golpe militar en el país (1976), los jóvenes militantes setentistas ya estaban involucrados en diversos procesos de confrontación: protestas, manifestaciones, pintadas, militancia barrial, lucha armada (Svampa, 2003). Ese conjunto de prácticas se fundía con la visión de la praxis política como generadora de condiciones para el cambio revolucionario, la creación de un “Hombre nuevo” que colocaría a la libertad, la justicia y la verdad como los pilares fundantes de la sociedad. Asimismo, esa radicalización ideológica estuvo marcada por un conjunto de imágenes políticas antagónicas y las vivencias vinculadas a ellas que, desde tiempo atrás, fueron imprimiendo en los jóvenes la convicción de que los conflictos en la vida argentina se resolvían en el marco del

paradigma amigo/enemigo, es decir, dentro de parámetros más cercanos a la guerra que a la política (Ollier, 1998).

La idea de la revolución fue convirtiéndose culturalmente en núcleo de sentido extendido entre los jóvenes, demandando su participación política y envolviendo niveles personales que tendían, incluso, a superponerse con la reivindicación de la figura del héroe como sujeto que actúa y habla por un interés público-político, capaz de asumir el peligro y de hacer algo extraordinario por otros, dejando con sus actos constancia de acciones trascendentes, vestigios de inmortalidad (Calveiro, 2005; Frederic, 2004).

Este conjunto de registros académicos del protagonismo juvenil en los años setenta en Argentina constituye un espacio amplio pero difuso de indagación, en el que el sujeto juvenil como tal no aparece tematizado de forma clara sino que subyace fundido (sumergido) junto a otros temas de interés tales como la condición de la clase social y la cuestión obrera; las producciones y consumos culturales (la expansión del rock, los movimientos hippies y las vanguardias estéticas); las militancias políticas partidarias y en grupos armados o guerrilleros —Montoneros, Juventud Peronista (JP), Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PTR-ERP), entre otras— y el impulso de los espacios estudiantiles y universitarios (Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2008). Por ello, se considera que la juventud como objeto de investigación científica en Argentina se establece a partir del último retorno democrático (1983) y se fortalece en el transcurso del nuevo siglo.

La reapertura democrática en la década de los ochenta en el país atrajo a amplios sectores de la sociedad a ocupar el espacio público; la militancia juvenil adquirió un lugar principal en los partidos políticos, centros de estudiantes, sindicatos y en las denominadas movilizaciones de la “primavera democrática” (Braslavsky, 1986). Pasado el último golpe militar en la Argentina y la crisis de la guerra de Malvinas

en 1982, los jóvenes se volcaron a la participación en las instituciones tradicionales de la política, principalmente en los partidos políticos (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998), pues consideraron a esos espacios como una vía atractiva en el camino de reorientarse hacia una dinámica social no violenta para dirimir los conflictos sociales (Braslavsky, 1986).

En estos años, la incipiente literatura científica de la época va a establecer los primeros diagnósticos sobre la condición juvenil en el país —respecto al trabajo, la educación, la familia— y a reflejar algunas formas de participación de los jóvenes en espacios culturales (Vila, 1999); en el campo político partidario (Altamirano, 1987; Leuco y Díaz, 1987); en los movimientos estudiantiles (Toer, 1988; Berguier, Hecker y Schifffrin, 1986), en movilizaciones de defensa por los derechos humanos (Jelin, 1989) y en agrupaciones juveniles y acciones colectivas territoriales (Calderón y Jelin, 1987; Gonzales Bombal, 1988; Izaguirre y Aristizábal, 1988).

Ese activismo juvenil y el interés masivo por los asuntos de la vida pública-política, que se expandieron con la restauración democrática en 1983, se vieron rápidamente sumergidos en la desilusión respecto de las expectativas puestas en el nuevo gobierno de Raúl Alfonsín (perteneciente a la Unión Cívica Radical, UCR) en un contexto que combinó crisis económica con una enorme deuda externa y la presión del Fondo Monetario Internacional (FMI) para imponer esquemas de ajuste económico en el país, y la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida (en 1986 y 1987, respectivamente), que asentaron un marco de impunidad sobre los crímenes de lesa humanidad cometidos en la última dictadura militar (1976-1983) y que contrarrestaron los efectos del denominado Juicio a las Juntas (1985). La trama de estos acontecimientos generó fuertes repudios sociales y un descrédito de los jóvenes hacia el sistema democrático y sus reglas procedimentales en la arena política (Vázquez, Vommaro, Nuñez y Blanco, 2017).

Con la consolidación del modelo neoliberal en los años noventa, el proceso de transformación del régimen de acumulación y del régimen político de gobierno produjo grandes rupturas en el mundo del trabajo y en los mecanismos de reproducción social, que históricamente procuraban y favorecían a la integración social en el país (Svampa, 2005; Merklen, 2005; Novaro, 2006). El signo de la década va a mostrar un gran aumento de la desigualdad social, la precarización de las condiciones de educación y empleo, la marginación de vastos sectores de la población y la primacía del mercado como vector de las relaciones sociales. En ese contexto, la juventud se impone como una de las principales víctimas de los cambios estructurales frente al bloqueo de los canales tradicionales de integración social: se sostienen con baja permanencia en los espacios educativos y una escasa estabilidad en los ámbitos laborales (Auyero, 1992; Salvia y Miranda, 1998).

Además, en esta etapa de profundización neoliberal comienzan a ser evidentes los límites de la tarea política que se habían establecido en el anterior período de “transición democrática” (Lesgart, 2003). El creciente abandono del papel del Estado en los asuntos económico-sociales y la primacía de la política procedimental-institucional fue delineando una tendencia de disociación entre representantes y representados, entre lo social y lo político (Novaro, 1995). En buena medida, esa modalidad de “despolitización de la política” sirvió para legitimar el neoliberalismo e instaló nuevos sentidos del hacer político, en donde se impuso la centralidad del mercado y del saber técnico-económico por sobre el de los políticos para llevar a cabo acciones de gobierno (Frederic, 2004). Un rasgo saliente de este tiempo será el gran distanciamiento juvenil de los canales formales de participación política —partidos, sindicatos, Iglesia y otros— y la masiva pérdida de confianza en la capacidad estatal para contener y dar respuesta a las demandas sociales (Kriger, 2012).

Allí, la literatura académica sobre la juventud avanza sobre dos caminos simultáneos. Por un lado, se afianza la idea de que la juventud no se restringe a la edad cronológica ni a la vivencia en una misma época, derribando así todas las definiciones que apuntaban a presentar a la juventud como una categoría homogénea y universal, y se construyen nuevos análisis dispuestos a recuperar las diversas formas de ser/estar joven que se configuran en el mundo moderno (Chaves, 2005). Y por otro, los trabajos científicos se multiplican exponencialmente siguiendo varios enfoques: *generales*, de diagnósticos; *de clivaje*, referidos a la clase, sexo-género, etnia y generación; *de inclusión-exclusión*, sobre educación, trabajo, políticas públicas y justicia, derechos y la seguridad; *de conformación filiar* (familia y parejas); *de participación*, en relación con la política y la cultura; *de valores, creencias y religiones* y, también, *de uso, consumo, producción y prácticas juveniles*, que recuperan la cuestiones de salud, sexualidad, sociabilidad, agrupamientos, tiempo y espacio (Chaves, 2009, pp. 4-5).

Entre aquellas investigaciones que tematizaron la participación política juvenil de los años noventa en Argentina emergen dos grandes figuras. En primer término, la figura de “la juventud apática y desinteresada” en participar en los canales e instituciones tradicionales de la política. En segundo lugar, “la figura de la juventud politizada” que rechaza los espacios formales de la política y ensaya nuevos modelos de organización colectiva (Vázquez, Vommaro, Nuñez y Blanco, 2017 p. IX).

De acuerdo con esa última figura, entre algunos jóvenes militantes surgirá la necesidad de instituir, crear y reinventar la política y sus prácticas colectivas (Zibechi, 2003). En principio, más signados por el rechazo hacia las formas clásicas del hacer político, esbozaron las primeras búsquedas de autonomía y horizontalidad. En este sentido, crearon modelos assemblearios, buscando anular la jerarquización en la participación y en la toma de decisiones, espacios de reflexión so-

bre las propias prácticas políticas, y establecieron formas disruptivas de intervención con el objetivo de saltar las mediaciones estatales. Paralelamente, fueron inscribiendo nuevas formas “situadas de lo político” bajo la constitución de grupos de pertenencia, en donde prácticas políticas y vida cotidiana comenzaron a superponerse (Vommaro y Vázquez, 2008, p. 50).

El “nuevo *ethos* militante” capturó sentidos de acción política difundidos por los militantes setentistas, referidos a la autoorganización territorial-comunitaria, la acción directa, los modelos asamblearios y la autonomía (Svampa, 2005). Aquí, la diferencia con las épocas anteriores está dada por la transformación de los espacios dentro de los cuales los jóvenes se vieron más interpelados a participar (Vázquez, 2007). En esta línea, un conjunto de autores (Semán y Vila, 1999; Alabarces, 2005; Chaves, 2000; Citro, 1998; Remondino, 2005) ha indagado sobre nuevos espacios de participación política juvenil vinculados a la diversificación de los consumos culturales. Ellos revelan que la reestructuración de la vida cotidiana de los jóvenes giró en torno a la apropiación de tiempos y espacios cada vez más amplios (recitales, fútbol, *cyber*, murga, grupos de teatro, entre otros), en los cuales se fueron inscribiendo las trayectorias individuales y grupales (Reguillo Cruz, 2000; Urresti, 2000).

Para el caso de los jóvenes militantes, esos diversos ámbitos de experiencia social —de pertenencia y sociabilidad— donde construyen y aprenden modos de distribución y ejercicio de poder, son integrados y se (re)articulan con la participación en su organización política (Vázquez, 2007). En efecto, el distanciamiento juvenil de los años noventa respecto de la política institucional no significó una desvalorización de las cuestiones públicas. De modo que los y las jóvenes van a participar activamente en marchas de silencio vinculadas a situaciones de injusticia, en manifestaciones en defensa de la educación pública, en repudio de las instancias estatales (en particular policiales), realizan-

do cortes de rutas y en marchas contra el autoritarismo con nuevas modalidades de denuncia como el “escrache” (Balardini, 2000).

Como cierre de la década, la crisis de legitimidad política del 2001 hizo visible el profundo fracaso de las elites políticas para garantizar estructuras participativas de representación y controles mínimos del funcionamiento democrático, rompiendo así con la ficción neoliberal del acceso al mercado como sustituto de un espacio público de reconocimiento social y constitución de ciudadanía (Pérez, 2002). Durante todo el 2001-2002, se abre un ciclo de protestas marcado por la llegada de “la política a las calles” (Svampa, 2005) con fuerte presencia juvenil, visible en la “masacre de Avellaneda” en la que fueron asesinados, a causa de la represión policial, dos jóvenes militantes: Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, pertenecientes al Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón.

Ese ciclo de movilización política abierto desde 2001 otorgó mayor visibilidad a los movimientos sociales críticos frente al avance del neoliberalismo, especialmente a las organizaciones de desocupados, y también a diferentes formas de autoorganización social como las fábricas recuperadas, los colectivos culturales, las redes de trueque y las asambleas vecinales, entre otras, que se fueron expandiendo y ganando relevancia (Svampa, 2005). También existió un conjunto de investigaciones dirigidas a analizar la participación política juvenil en organizaciones territoriales (Zibechi, 2003; Bonaldi, 2008; Vázquez, 2007; Vázquez y Vommaro, 2008, entre otros) y los aspectos como ciudadanía, democracia y protagonismo juvenil (Guerreiro y Wahren, 2005; Bonvillani, 2006; Bermúdez, Savino y Zenkussen, 2004; Zafaroni, 2007, entre otros), que lograron recuperar las nuevas dinámicas y formas de participar juveniles emergentes en el país (Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2008).

Ahora bien, llegado el cambio de siglo se produce un “giro” trascendente en el escenario político nacional con fuertes implicancias

sociales. El signo de los nuevos tiempos estará marcado por una importante (re)jerarquización de la militancia juvenil y la juvenilización de los espacios políticos partidarios, aspectos trascendentes que consiguieron derribar la distancia juvenil con las esferas de gobierno y los canales formales de participación política, tan vívida en el reducto final del siglo pasado (Vázquez, Vommaro, Nuñez y Blanco, 2017, p. X).

En el presente, contamos con un amplio número de investigaciones que han registrado nuevos espacios de activismo juvenil. Lo han hecho tomando en cuenta ámbitos no tradicionales de la política y espacios vinculados a los consumos culturales (grupos de estilo, colectivos culturales, espacios autogestionados, bibliotecas populares, entre otros) sumado a los avances producidos en el estudio de la militancia partidaria en la Argentina.

No obstante, permanece pendiente restituir un análisis sobre las militancias juveniles que permita integrar la centralidad del grupo etario, tomando en cuenta las heterogéneas formas de ser/estar joven, así como también los procesos sociohistóricos que dialogan y construyen las formas de participación política y acción colectiva de los jóvenes militantes en las organizaciones sociales. Esto último implica la construcción de un enfoque integral, que no atienda de manera disgregada a las formas de participación política juvenil y a los modos de producción de “lo joven” que se inscriben en lo social, sino que aborde la problemática de manera exhaustiva con todos los elementos expuestos y que, también, mantenga el recaudo de reponer las múltiples voces y posiciones entre los jóvenes militantes de diferentes espacios de construcción política.

En efecto, las formas de participación y organización política juvenil se han ido transformando y amplificando de manera significativa, por lo que se torna fundamental recuperar y circunscribir los cambios en la arena política contemporánea para la construcción de

enfoques teóricos-metodológicos que se vuelvan capaces de capturar la diversidad y dinámicas en la militancia juvenil vigente.

Agitando banderas: jóvenes militantes en la arena política contemporánea

Desde la llegada a la presidencia de Néstor Kirchner en el año 2003, y bajo la continuidad de los dos mandatos de Cristina Fernández (2007-2011 y 2011-2015), se produce una profunda reconfiguración discursiva sobre el papel de la militancia juvenil, que restituye un sesgo de valoración positiva tanto a la participación política del pasado como del presente y la sitúa como un elemento de sentido central de disputa en la arena política (Vázquez, 2013). Luego de una larga década de desencanto con la política formal y partidaria, numerosos jóvenes y espacios van a comenzar a agitar las banderas de la militancia abrazando múltiples lógicas de participación e identificación política.

La revitalización de la militancia juvenil en todos los espacios de participación política se acompañó de un proceso de juvenilización de las campañas políticas que alcanzó a todas las tradiciones partidarias, aun aquellas como la Propuesta Republicana (PRO) que hasta allí carecía de una narrativa y un ala juvenil preponderante. De forma concluyente, el vigor político juvenil se afirma como un rasgo medular del nuevo tiempo político, persistiendo incluso más allá de los cambios radicales que se producen con la llegada de Mauricio Macri en 2015 a la presidencia de la Nación.

Los años de gobierno de Macri (2015-2019) dejaron constancia de una hábil construcción discursiva de abierta oposición a la postura de intervención estatal y primacía de la política por sobre la economía que sostuvo el espacio político kirchnerista durante los años previos. La alianza Cambiemos,⁴ sin abandonar su posición neoliberal, consi-

⁴ La alianza Cambiemos constituye el armado político que se formalizó en el año

guió recuperar el sesgo antipolítico presente en los contextos de movilización del 2001, (re)traducirlo en una fuerte oposición a “la vieja política del siglo XX” y sus obsoletas ideologías, y (re)inscribirlo en un discurso político “consensualista”, que ocultó la dimensión conflictiva intrínseca de la política y derramó una mirada profundamente deshistorizadora de nuestro pasado político como elemento nodal de su relato (Schuttenberg, 2017).

La política de la despolitización y desmemoria abierta con el gobierno de Mauricio Macri no impidió la capitalización del activismo juvenil surgido durante el gobierno anterior. Pero esos impulsos militantes juveniles fueron articulados en otro campo de sentidos y valoraciones políticas antagónicas a las impresas por el espacio político kirchnerista. En ese sentido, los “jóvenes PRO”, como grupo generacional identificado por su posición de clase y sus aspiraciones políticas, van a compartir el rechazo por las definiciones ideológicas históricas (como las clásicas de peronismo/radicalismo o bien izquierda/centro/derecha) y a redefinir su inmersión en la política como parte de la tarea de fundar un partido nuevo (en lo nuevo), en el marco de una “ideología del hacer” que atrapa una mezcla de elementos heterogéneos provenientes del mundo de las ONG y los *think tanks*, por un lado, y del empresariado o la CEOcracia, por el otro (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015).

En materia económica, las políticas de gobierno durante la etapa de regresión neoliberal (2015-2019) revelaron aceleradamente su carácter excluyente con fuertes impactos sobre el conjunto social. La alianza Cambiemos configuró un nuevo bloque de poder hegemonizado por los bancos transnacionales y el capital extranjero en su conjunto, que avanzó en el retorno al neoliberalismo con base en dos

2015 en Argentina con el propósito de competir en las elecciones nacionales de entonces. Consistió en una alianza política compuesta principalmente por la Coalición Cívica ARI, Propuesta Republicana PRO, la Unión Cívica Radical y otras fuerzas políticas.

ensayos. Un primer ensayo de redistribución regresiva del ingreso dirigido a la “corrección de los desequilibrios macroeconómicos”, que fue convalidado en las elecciones de medio término de 2017 y en el que se logró flexibilizar el ajuste vía expansión de la obra pública. Y un segundo, después de la instancia electoral de 2017, en el cual se avanzó en la consolidación de la política neoliberal más ortodoxa: *shocks* devaluatorios, crecimiento exponencial de la deuda externa con condicionamientos del FMI (disminución de la obra pública, compromiso de déficit fiscal cero para el 2019) y una política monetaria contractiva (reducción de la masa monetaria a través del alza de la tasa de referencia y reducción de la emisión), que tuvieron amplias repercusiones regresivas en materia distributiva en el país (Bona, 2019, p. 49).

Esas políticas de ajuste se combinaron con medidas de represión en varios momentos de protesta social y conflictividad política,⁵ expresiones públicas de sesgo autoritario y beligerante, pronunciadas por figuras centrales del gobierno que resultaban favorables a los crímenes de lesa humanidad cometidos por las cúpulas militares durante el último golpe de Estado (1976) y con los casos de gatillo fácil más recientes en el país; y un discurso oficial “antimilitante”⁶ dirigido al

⁵ La criminalización de la protesta social y las estrategias represivas se fueron acelerando vertiginosamente desde los primeros años de gobierno, alcanzando máximos registros con las detenciones arbitrarias producidas en la multitudinaria marcha de repudio al fallo de la Corte Suprema que extendía los beneficios del 2x1 a los genocidas en el país (mayo de 2017); la persecución policial y muerte de Santiago Maldonado (agosto de 2017) y Rafael Nahuel (noviembre de 2017) movilizados en reclamos por acceso a la tierra de los pueblos originarios; las masivas protestas contra la reforma laboral y previsional (diciembre de 2017) y el caso de gatillo fácil del policía Luis Chocobar, que obtuvo aval político de la entonces ministra de Seguridad Patricia Bullrich y se convirtió en un método legítimo de actuación (“la doctrina Chocobar”) que habilitaba a las fuerzas de seguridad a disparar sobre personas en situación de fuga (Correpi, Archivo 2019).

⁶ El discurso oficial durante los años de gobierno de Mauricio Macri motorizó expresiones que deslegitimaban los espacios e ideologías tradicionales de la militancia política en el país. Desde su inicio el PRO, luego Juntos por el Cambio y Cambiemos,

espectro de adversarios ideológicos, que a la par que intentaba desarticular la movilización política, buscaba presentarla como parte de un anacronismo político y social.

En materia de políticas públicas destinadas al sector juvenil, se modeló idéntico sesgo regresivo. Desde el año 2016, el gobierno promovió sucesivas iniciativas para bajar la edad de imputabilidad de 16 años a 14 años, reactualizando los difundidos discursos estigmatizantes de la juventud argentina en los cuales ese sector juvenil (principalmente urbano) aparece signado por un “gran NO”, dado que se le niega la existencia como sujeto total —se lo considera sujeto en transición, incompleto, ni niño ni adulto— o bien se negativizan sus prácticas —se lo trata como juventud problema, juventud gris, joven desviado, tribu juvenil, rebelde y/o delincuente— (Chaves, 2005a).

En el año 2017 se hicieron visibles y se profundizaron esas estigmatizaciones de la juventud en el medio del conflicto por la propuesta del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de formar la “*Escuela Secundaria del Futuro*”, proyecto educativo que buscaba transformar la estructura organizativa del nivel secundario, reorganizando las materias y dando la opción de pasantías en el último año de cursada. Por entonces, la propuesta comenzó a implementarse como prueba piloto en un número reducido de instituciones educativas en las que, por su carácter inconsulto y el sentido mercadocéntrico, recibió fuertes cuestionamientos por parte de los y las estudiantes, quienes reaccionaron realizando tomas de escuelas como repertorio de acción común. La particularidad de esta experiencia juvenil es que

es heredero de ciertas concepciones de cómo hacer política que fueron dominantes en los noventa, tiempo en el que se habilitó la entrada a la política a través de ONG y voluntariados. El PRO recupera y articula fuertemente la idea de participación política como “entrega de sí y misión social” con un marcado sesgo posideológico, en el que la política no tiene que ver con el conflicto de ideas sobre la nación, sino con la buena gestión, moralmente honesta, cargada de buenos planes, buenas políticas y personas (Vommaro, 2014).

al tiempo que fue capturando demandas estudiantiles más amplias —vinculadas a la infraestructura edilicia, el presupuesto escolar, los contenidos y planes de estudio, las cuestiones de género y la regulación de vestimentas, entre otras— fue fortaleciendo lógicas de sociabilidad política comunitaria, a través de la realización de asambleas, debates, actividades de interés y refacción de las aulas, que reconfiguraron las formas clásicas de pasar el tiempo en las aulas (Núñez, Blanco, Vázquez y Vommaro, 2021, pp. 4-5).

Indudablemente las transformaciones políticas de las últimas dos décadas en la Argentina atraparon diferentes relatos sobre el lugar de las juventudes en los procesos de movilización y participación política con nuevas lógicas de activismo juvenil. En los últimos años las experiencias militantes juveniles van a restablecer sus vínculos con los espacios partidarios y las gestiones de gobierno (nacional, provincial y local) desde diferentes orientaciones ideológicas, resignificando las lecturas políticas y el repertorio de sus acciones frente al Estado (Vázquez, Vommaro, Núñez y Blanco, 2017, p. XI).

En este mundo político más denso y con mayor movimiento en la militancia juvenil, persiste el desafío de que las investigaciones en ciencias sociales consigan dar cuenta de estas formas emergentes de participación y organización política de los y las jóvenes incorporando “lo juvenil” como un espacio simbólico en donde se despliega una trama colectiva en la que se van (re)construyendo idearios políticos, sentidos de acción y prácticas colectivas, en forma situada (Vommaro, 2014). Al respecto, se asientan algunos recaudos teóricos-metodológicos, que se han venido construyendo en campo de estudios de juventud y política en la Argentina contemporánea y que resultan vitales para capturar la riqueza de las experiencias en los activismos políticos vigentes.

En primera instancia, los estudios políticos iniciales que tematizaron la emergencia de los movimientos sociales y la acción colectiva

en la Argentina contemporánea estuvieron rápidamente sesgados por la tendencia a la “homogeneización”. Esas investigaciones sociales, que sobre comienzos del siglo siguieron de cerca la irrupción de los movimientos de trabajadores desocupados en el país, más allá de los valiosos e innovadores aportes que han introducido en el campo temático, tendieron a analizar las experiencias organizativas, las tradiciones y orientaciones ideológicas, equiparando la mirada y la voz de los líderes o referentes con lo que los movimientos son, piensan y hacen, como un todo. Condujeron a una homogeneización “desde arriba” en la que se perdieron de vista las heterogéneas lógicas de acción, formas de participación y perspectivas de los demás tipos de integrantes. Luego, enfrentando esta limitación, algunos estudios comenzaron a sumergirse y concentrarse en torno al punto de vista de las bases sociales, bordeando cierta tendencia hacia otro proceso homogeneizador que centraliza la mirada y las prácticas en las bases sociales, dominado por una fuerte disociación de la relación entre las posiciones de referentes y bases que componen el movimiento (Vázquez, 2011).

En segunda instancia, otra pauta común para pensar la politización y la acción colectiva más reciente ha sido introducida por la idea de la “repolitización” juvenil. En los últimos años, se ha venido señalando un proceso de repolitización de la juventud que daría cuenta de una importante ruptura frente a la presunta apatía y despolitización de los jóvenes en los años noventa en la Argentina. Este argumento contiene varios aspectos que han sido revisados. Primero, la idea de encontrarnos frente a una juventud “repolitizada” hace uso de la categoría en forma reificada, en tanto expresa a la juventud como singular/única y, al mismo tiempo, denota el peso autorreferencial de la memoria generacional de los años setenta en el país, puesto que desde un relato adultocéntrico y en el anhelo de reivindicar a los jóvenes militantes de aquella época, se refuerzan continuidades con los del

presente, omitiendo que se trata de experiencias históricas y generaciones diferentes (Kriger, 2017, p. 19). Segundo, si bien el desencanto y la apatía política juvenil de los años noventa expresaron una falta de legitimidad y de compromiso hacia determinadas formas de la política tradicional —que en cierta medida fue más bien un rasgo de todas las generaciones—, este aspecto no significó el rechazo absoluto de la política, entendida como construcción del bien común, ni el desinterés por las cuestiones públicas. Por el contrario, el distanciamiento juvenil con respecto a las instituciones y la política formal condujo a sentirse más interpelados a participar bajo otras formas y tipo de prácticas políticas con mecanismos más directos de participación y toma de decisiones, creando así modos de socialización y subjetividades políticas alternativas (Vázquez y Vommaro, 2008).

La propuesta de este escrito es brindar algunas coordenadas teóricas-metodológicas encaminadas a traspasar estos reduccionismos y postular un foco de análisis tendiente a recuperar el carácter múltiple y abierto de la política, de los espacios de militancia y de la(s) juventud(es). Para ello, se vuelve fundamental preguntarnos de qué manera es factible recuperar la amplitud de los espacios de participación juveniles vigentes sin desbordar la dimensión política de sus acciones (al punto de extenderla hasta borrar su especificidad) ni perder de vista las notas distintivas y la heterogeneidad de las prácticas políticas juveniles, y cuáles son los recaudos a considerar para no recaer en un enfoque que globaliza la perspectiva de los referentes políticos o la de las bases sociales como si fuese un todo, perdiendo los diálogos, las confrontaciones e interacciones existentes entre las diferentes posiciones que modulan las prácticas y sentidos de acción política dentro de los espacios colectivos.

Un punto de partida nos coloca ante la necesidad de desestimar la visión de la política como aquel ámbito donde se producen prácticas y representaciones vinculadas a las instituciones formales, sean parti-

dos políticos, procesos electorarios, orientaciones hacia el gobierno o sus instituciones. Como se viene señalando en numerosos trabajos, existen otras formas de participación y de acción colectivas no ligadas a la lógica institucional, capaces de generar marcos de experiencias y subjetivación política. Aun así, lo principal es que, si bien la politización es una marca potencial presente en cualquier vínculo social, no toda práctica es en sí misma política; para este carácter específico es preciso reconocer modos de organización colectiva; cierta visibilidad pública (ya sea por un sujeto, una acción o una demanda); la delimitación de un antagonista frente al cual se apoya la identidad y el potencial político, y la formulación de una demanda o reclamo de carácter público. Sobre la base de estos registros, se abre así la posibilidad de “reconocer el carácter político dentro de un conjunto de prácticas no convencionales o institucionales de la política” (Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2008, pp. 50-51).

Tampoco es factible pensar a la juventud como algo homogéneo que reconoce una sola forma de ser joven, sino como una categoría construida a partir de la relación con el tiempo y el espacio, como una producción sociohistórica y cultural, situada y relacional (Mannheim, [1928] 1993). El enfoque de la producción social de la juventud no toma las formas de ser joven como un dato derivado de la biología —edad cronológica— ni como el resultado de compartir un mismo tiempo histórico o “espíritu de época” —por ser parte de una cohorte—, sino que se asume que cada generación, cada forma de presentarse, de aparecer, de ser y de estar de los jóvenes no se puede escindir de la situación donde se produce (Chaves, 2005). El tiempo y el espacio marcan singularidades que configuran modalidades específicas, con rasgos distintivos y también comunes respecto de otras producciones sociales (Vommaro, 2014). En ese sentido, para poder hablar de grupos sociales conectados por una “unidad generacional” se necesita reconstruir los contextos particulares en donde se produce el reco-

nocimiento de las posiciones sociales que ocupan y de sus proyectos colectivos, los cuales (antes que la edad) les confieren una perspectiva del mundo, prácticas y vivencias aglutinantes (Mannheim, [1928] 1993, p. 223).

En efecto, se vuelve necesario derribar el mito de la supuesta homogeneidad juvenil, construyendo un paso desde la juventud en singular hacia las juventudes en plural y restituyendo las voces de los jóvenes y sus heterogéneas formas de identificación, participación y subjetivación política. En el estudio de organizaciones sociales o espacios políticos concretos, esa exigencia reviste la necesidad de democratizar las perspectivas y voces que participan hacia el interior de aquellos, restituyendo el flujo de interacciones versátiles entre los diferentes integrantes y posiciones en ruedo.

Por ejemplo, repensando el problema de la pluralidad de perspectivas y posiciones en un espacio político como lo es el Frente Popular Darío Santillán (FPDS), se sitúan dos importantes investigaciones que aportan ciertos planteos metodológicos para reflexionar sobre los alcances en el trabajo de recuperación de las voces en el plexo colectivo. La investigación doctoral de Melina Vázquez (2011) sigue el recorrido de las carreras militantes entre los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Lanús (organización filiada al espacio del FPDS) con el propósito de comprender los modos en que se construyen y convergen diversas maneras de participación y compromiso político dentro de la organización en estudio, y con la intención de recuperar los cambios producidos en las formas de adhesión y compromiso a lo largo del tiempo.

La investigación se enmarca en el campo de estudio de la sociología de los liderazgos e incorpora una mirada sincrónica y diacrónica que le permite recorrer tanto el tiempo biográfico de las carreras militantes como su inscripción en diferentes generaciones militantes y ciertos aspectos coyunturales, políticos y sociales más amplios. En

este sentido, el trabajo de investigación hace posible destacar el carácter múltiple de las experiencias militantes, recuperando el tejido biográfico personal sin desconocer la centralidad de las formas de socialización militante que moldean sentidos de acción y la construcción de una narrativa histórica específica de la organización en estudio, dotada de estrategias singulares para la presentación de hitos, héroes, consignas, valores y acciones que le dan sentido a la acción militante.

Aquí interesa el hecho de que el recorrido por las diferentes carreras militantes le permite a la autora (Vázquez, 2011) ilustrar que los activismos políticos no pueden ser explicados sobre la base de lógicas unificadas, ni como resultado de una posición de clases ni como producto de la adhesión ideológica a una causa, puesto que el seguimiento de la carreras de los jóvenes militantes de la organización deja en claro que el lugar de referente dentro un grupo particular se gesta y construye a lo largo del tiempo, a través de un conjunto heterogéneo de recorridos donde se van recreando saberes y capitales militantes anteriores, y en función de la socialización se va forjando en ese rol (Vázquez, 2011, p. 339).

Para la autora, el papel de los líderes debe ser desustancializado, dado que no representa una única posición ni se llega de una vez y para siempre, ni puede comprenderse desconociendo los flujos existentes entre las bases sociales y los referentes políticos de las organizaciones sociales. En su estudio sobre las carreras de los jóvenes “referentes” muestra vívidamente las diferentes formas en que una persona consigue ocupar ese lugar de liderazgo, y cómo esa posición se modifica en el tiempo y se desarrolla de diferentes modos atendiendo a cuestiones generacionales, de género, de clase, entre otras.

Por su parte, introduciendo una mirada generacional, la tesis de maestría de Francisco Longa (Longa, 2013) analiza la construcción de un “nuevo *ethos* militante” en el Frente Popular Darío Santillán, emergente luego de la movilización social del 2001 en el país, indagando

en sus lógicas de organización, de acción colectiva y subjetividad política y mostrando su coexistencia con otras dos formas de militancia: el *ethos* setentista y el *ethos* ochentista. Se trata de un trabajo de investigación que asume el desafío de restituir los lazos generacionales en el proceso de delimitación ideológica y construcción política de una organización social. En este sentido, amplía los marcos de análisis integrando las diferentes voces y legados generacionales. Ello permite al autor dar cuenta de que las “nuevas” formas de organización y la constitución del nuevo *ethos* político del FPDS (centrado en la organización territorial, la autonomía y las prácticas prefigurativas) se crearon en función no de una pura emergencia, sino como resultado de una articulación novedosa entre nuevas y viejas prácticas y subjetividades políticas, y que, aunque está delimitado por la búsqueda de consensos políticos internos, no resultó ajeno a los contextos específicos y sus redefiniciones políticas en pugna.

En suma, las apuestas metodológicas de las investigaciones mencionadas nos señalan algunos aspectos capitales para pensar las experiencias juveniles militantes y sus modos de participación política en la Argentina de los últimos años. Capturan las formas de participación política en clave generacional, identificando los modos precisos de ser/estar juvenil y de las formas de participación política, sin perder de vista el recaudo metodológico de reponer las múltiples voces, posiciones y experiencias políticas que se despliegan en la trama de la historia colectiva.

Reflexiones finales

Un recorrido por las diversas investigaciones que han tematizado el tópico juventud y política en la Argentina dentro un largo ciclo (1968-2020) nos permite afirmar que, si bien existe un amplio cuerpo de investigaciones sobre la participación política juvenil desde fines de los sesenta hasta el presente en el país, restan algunos espacios de vacancia que interesa resaltar.

Inicialmente, como observamos, los registros académicos referidos al protagonismo juvenil de los años setenta en el país diluían la centralidad del sujeto joven frente a otros temas de interés como la cuestión obrera, la clase social, la expansión cultural y expresiones de militancia partidaria, estudiantiles o de grupos armados. Los años ochenta constituyen el comienzo en la construcción de agendas de investigación que confieren un espacio central a la condición juvenil (trabajo, familia, educación) y a su activismo político. Aún limitados en trazar los primeros diagnósticos, fueron progresivamente construyendo un eje de análisis que reviste un salto cuantitativo y cualitativo en los años noventa. A partir de allí, la producción científica abocada a tematizar la juventud se amplifica significativamente, suelta los parámetros etarios y comienza a indagar las heterogéneas maneras del ser/estar juvenil en el mundo contemporáneo.

La ampliación y diversificación de las investigaciones dedicadas a la temática juvenil van a debatirse entre dos figuras. Por un lado, en robustecer la hipótesis de una “juventud apática y desinteresada” respecto de la participación en los canales tradicionales de la política, y, por otro, la posición de señalar la imagen de una “juventud politizada” que pone en práctica novedosos modelos de organización colectiva y forja nuevas formas situadas de la política en la que comenzaron a superponerse tiempos-espacios de la vida política y cotidiana.

Bajo esa última posición se fue nutriendo el campo de estudios sobre la militancia juvenil en la Argentina con un amplio número de investigaciones que se ocupan de explorar nuevos espacios de participación no tradicionales de la política e incluso aquellos vinculados a los consumos culturales, como los grupos de estilo, colectivos culturales, espacios autogestionados, bibliotecas populares, entre otros. Sin embargo, a partir del gobierno de Néstor Kirchner en el año 2003 y con la continuidad del proyecto político en las presidencias de Cristina Fernández (2007-2011 y 2011-2015), se genera una profunda re-

configuración discursiva sobre el papel de la militancia juvenil, tanto del pasado como del presente, que impacta en el campo de las identidades políticas, en las acciones colectivas y en la construcción política de los espacios hasta entonces movilizados. Significativamente, la visibilización de las juventudes y la juvenilización de las filas militantes constituyen rasgos concomitantes de la vida política nacional del nuevo siglo, lo cual coloca a las investigaciones en ciencias sociales en la difícil tarea de dar cuenta de los cambios en la arena política contemporánea sin perder de vista la diversidad y las dinámicas presentes en la militancia juvenil.

En esa tarea, este escrito presentó algunos recaudos teóricos-metodológicos que se han venido construyendo en campo de estudios de juventud y política en la Argentina contemporánea y que resultan vitales para capturar la riqueza de las experiencias en los activismos políticos vigentes. Se señaló la importancia de retomar el carácter múltiple y abierto de la política, de los espacios de militancia y de la(s) juventud(es) mediante la recuperación de enfoques que desalientan la tendencia hacia la universalización de la juventud y la homogeneización de las voces que participan en los flujos y en la vida colectiva de diferentes espacios de participación política.

Referencias bibliográficas

- Alabarces, P. (2005). Maradona, el fútbol, la patria, el peronismo y otros gremios paralelos: Un héroe en disponibilidad. *Encrucijadas UBA*, (33).
- Altamirano, C. (1987). La Coordinadora. Elementos para una interpretación. En J. Nun y J. Portantiero (Eds.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Puntosur.
- Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial.
- Auyero, J. (1992). Juventud popular urbana y nuevo clima cultural. Una aproximación. *Nueva Sociedad*, (117), 131-145.

- Balardini, S. A. (2000). De los jóvenes, la juventud y las políticas de juventud. *Revista Última Década*, 8, (13), 11-24.
- Barletta, A. (2006). Algunas impresiones sobre el movimiento estudiantil. *Cuestiones de Sociología*, (6), 221-231.
- Berguier, R.; Hecker, E. y Schiffrin, A. (1986). *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. CEAL.
- Bermúdez, N.; Savino, L.; Zenkussen, L. (2004). Representaciones sobre democracia y participación en la juventud de la Ciudad de Córdoba. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, (22), 129-150.
- Bona, L. (2019). ¿Neoliberalismo hegemónico? Apuntes sobre el Estado, el bloque de poder y la economía política en la Argentina reciente (2016-2018). *Pilquen Sección Ciencias Sociales*, (22), 39-54.
- Bonaldi, M. (2008). Intelectuales, sociología y democracia. La perspectiva democrática de Juan Carlos Portantiero y Emilio De Ípola durante los años ochenta. En Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5866/ev.5866.pdf
- Bonvillani, A.; Palermo, A.; Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina. En S. Alvarado y P. Vommaro (Ed.). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)* (pp. 21-55). Homo Sapiens.
- Bonvecchi, A. y Giraudy, A. (2008). Argentina: victoria presidencial oficialista y tensiones en el esquema macroeconómico. *Revista de Ciencia Política*, 28, (1), 35-59.
- Braslavsky, C. (1986). *La juventud argentina: Informe de situación*. Centro Editor de América Latina.
- Calderón, F. y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Cedes.

- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia: una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Norma.
- Cattaruzza, A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. *Entrepasados, VII*, (13), 103-117.
- Campione, D. y Rajland, B. (2006). Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante: novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos. En D. Campione y B. Rajland (Eds.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, (pp. 297-330). Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Citro, S. (1998). La ritualidad en el mundo contemporáneo: El caso de los recitales de rock. *Noticias de Antropología y Arqueología*, (24).
- Cremonte, J. P. (2007). El estilo de actuación pública de Néstor Kirchner. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (Eds.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp. 91-121). Prometeo-Universidad de General Sarmiento.
- Correpi, Archivo (2019). Presentación del Informe de la Situación Represiva Nacional de CORREPI. <https://www.correpi.org/2019/comunicado-de-prensa-informe-de-la-situacion-represiva-nacional-de-correpi/>
- Chaves, M. (2000). ¿Vamos a la plaza? Usos y preferencias juveniles sobre la ciudad. *Escenarios, IV*, (7), 9-23.
- Chaves, M. (2005). *Los espacios urbanos de los jóvenes en la ciudad de La Plata*. (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.
- Chaves, M. (2005a). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década, 13*, (23), 9-32.
- Chaves, M. (2009). Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales. *Papeles de trabajo*, (5), 111.

- Da Silva Catela, L. (2011). Pasados en conflictos. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas. En E. Bohoslavsky, F. Marina, Iglesias, M. y Lvovich, D. (comps.) *Problemas de Historia Reciente del Cono Sur* (pp. 1-24). Prometeo Libros/UNGS.
- Etchemendy, S. (2007). La gestión de Kirchner en la balanza. Logros y agenda pendiente para un gobierno progresista. *Revista Umbrales América del Sur*, (3), 169-180.
- Flier, P. y Kahan, E. N. (2018). Los estudios de memoria y de la historia reciente: construcción de un campo, consolidación de una agenda y nuevos desafíos, en Flier, Patricia y Kahan, Emmanuel Nicolás (ed.). *La Historia Reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Editorial: Imago Mundi.
- Frederic, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Prometeo.
- González Bombal, I. (1988). *Los vecinazos. La protesta barrial en el Gran Buenos Aires, 1982-1983*. Ediciones IDES.
- Guerreiro, L. y Wahren, J. (2005). Identidades en construcción y acción colectiva de los jóvenes del norte argentino. Una comparación de los casos de la Unión de Jóvenes Feriantes de Misiones. *III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA)*.
- Izaguirre, I. y Aristizábal, Z. (1988). *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires: un ejercicio de formación de poder en el campo popular*. Centro Editor de América Latina.
- Jelin, E. (1989). *Los nuevos movimientos sociales*. CEAL.
- Kruger, M. (2012). La invención de la juventud, entre la muerte de las naciones y su resurrección. En M. Kruger (comp.) *Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI* (pp. 1-31). Caicyt-Conicet.
- Kruger, M. (2017). *La tercera invención de la juventud. Dinámicas de la politización juvenil en tiempos de reconstrucción del Estado-Nación (Argentina, 2002-2015)*. Clacso.

- Kruger, M. y Duken, J. (2014). La política como deber. Un estudio sobre las disposiciones políticas de estudiantes argentinos de clases altas (Buenos Aires, 2011-2013). *Persona y Sociedad*, XXVIII (2), 59-84.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Homo Sapiens Ediciones.
- Leuco, A. y Díaz, J. A. (1987). *Los herederos de Alfonsín. Protagonistas, historia oculta, poder y mito de la Junta Coordinadora Nacional*. Sudamericana y Planeta.
- Longa, F. (2013) *Formas organizativas y subjetividad política*. Una lectura generacional de los 'ethos militantes' en el Frente Popular Darío Santillán. Universidad de Buenos Aires.
- Llomovatte, S. (1991). *Adolescentes entre la escuela y el trabajo*. Flacso-Miño y Dávila editores.
- Mannheim, K. [1928] (1993). El problema de las generaciones. *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (62), 193-242.
- Manzano, V. (2010). Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los años sesenta. *Desarrollo Económico*, 50, (199), 363-390.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Fondo de Cultura Económica.
- Macri, M. y Van Kemenade, S. (1993). *Estrategias laborales de jóvenes en barrios carenciados*. CEAL.
- Margulis, M. (1994). *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Espasa Calpe.
- Mekler, V. M. (1992). *Juventud, educación y trabajo*. CEAL.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Gorla.
- Montero, A.S. (2009). *Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007)*. *Discurso & Sociedad*, 3, (2), 316-347.

- Novaro, M. (1995). El debate contemporáneo sobre la representación política. *Desarrollo Económico, IDES*, 35, (137), 145-157.
- Novaro, M. (2006). *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*. Edhasa.
- Nuñez, P.; Blanco, F.; Vázquez, M. y Vommaro, P. (2021). Demandas, ámbitos y fronteras de la participación estudiantil en escuelas secundarias de Ciudad de Buenos Aires. *Educação e Sociedade*, 42, 1-17.
- Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Ariel.
- Pérez, G. (2002). Modelo para armar: complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente. *Argumentos*, 1(1), 1-11.
- Reguillo Cruz, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Grupo Editorial Norma.
- Remondino, G. (2005). Jugar en la ciudad. El cyber: niños y jóvenes buscando un lugar. En S. Sánchez. (coord.) *El mundo de los jóvenes en la ciudad*. Laborde-Cea-Cu.
- Salvia, A. y Miranda, A. (1998). La exclusión de los jóvenes en la década del 90. Factores, alcances y perspectivas. *Papeles y Población*, (016), 201-214.
- Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Espasa Calpe.
- Semán, P. y Vila, P. (1999). Rock Chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal. En D. Filmus (Ed.). *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo* (pp. 225-258). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/ Eudeba.
- Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (1998). *La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación*. Unicef-Losada.
- Schuttenberg, M. (2017). La política de la despolitización. Un análisis de la construcción del relato PRO. *Revista Desafíos*, (2), 277-311.

- Stokes, S. (2009). Globalization and the Left in Latin America. <https://macmillanreport.yale.edu/videos/globalization-and-left-latin-america>
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Taurus.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Vol. 2. Biblos.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Siglo XXI.
- Svampa, M. (2011). Argentina, una década después. Del 'que se vayan todos' a la exacerbación de lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*, (235), 17-34.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*. Puntosur.
- Toer, M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Volumen 2. CEAL.
- Tortti, M. C. (1999). Izquierda y "nueva izquierda" en Argentina. El caso del Partido Comunista. *Sociohistórica*, (6), 221-232.
- Urresti, M. (2000). Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico. En Balardini, S. *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo* (pp. 177-206). Clacso.
- Varesi, G. (2011). Argentina 2002-2011: Neo-desarrollismo y radicalización progresista. *Realidad Económica*, (264), 33-59.
- Vázquez, M. (2007). Apuntes sobre la socialización política de los jóvenes piqueteros. En *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*. Prometeo.
- Vázquez, M. (2011). *Socialización política y activismo. Carreras de militancia política de jóvenes referentes de un movimiento de trabajadores desocupados* [Tesis doctoral, UBA, Buenos Aires, Argentina].
- Vázquez, M. (2013). En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión,

- participación y reconocimiento. *Revista Argentina de Estudios en Juventud*. 1 (7), 1-25.
- Vázquez, M. (2014). La juventud en el kirchnerismo: sobre los principios de construcción pública de los compromisos y las adhesiones militantes. En M. Urresti y M. Vázquez (eds.). *Juventudes políticas. Sociales en debate*. UBA.
- Vázquez, M.; Vommaro, P. y Blanco, R. (2017). *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras del activismo*. 1ª. ed. Imago Mundi.
- Vommaro, P. (2014). La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común. *Nueva Sociedad*, (251), 55 – 69.
- Vommaro, P. y Vázquez, M. (2008). Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte. *Revista Argentina de Sociología*. 6, (11), 44-73.
- Vommaro, G.; Morresi, S. y Belloti, A. (2015). *Mundo Pro. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Planeta.
- Wortman, A. (1991). *Jóvenes de la periferia*. CEAL.
- Zaffaroni, E.R. (2007). *El enemigo en el derecho penal*. Ediar.
- Zibechi, R. (2003). *Genealogía de la revuelta. Argentina: una sociedad en movimiento*. Letra Libre.

Experiencias, saberes y prácticas de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo

María Emilia Nieto

Introducción

En noviembre de 2018 tuve la oportunidad de encontrarme con Delia Cecilia Giovanola¹, Abuela de Plaza de Mayo, para entrevistarla. Habíamos acordado una serie de encuentros para conversar sobre su historia de vida, en la que su actividad como Abuela ocupaba un lugar central. Sin embargo, mis preguntas se orientaban a conocer un poco más acerca de quién había sido Delia antes del secuestro y la desaparición de su hijo Jorge Ogando y su nuera Stella Maris Montesano,² el

¹ Dedico estas páginas a la memoria de Delia, fallecida el 18 de julio de 2022, con quien tuve la oportunidad de compartir extensos encuentros y conversaciones, entre mates y almuerzos, en los que generosamente me compartió su historia de vida y su ejemplo de incansable luchadora.

² Jorge Oscar Ogando Giovanola y Stella Maris Montesano fueron detenidos/as y desaparecidos/as el 16 de octubre de 1976. Jorge trabajaba en el Banco de la Provincia de Buenos Aires y Stella era abogada, y había oficiado como defensora de trabajadores de gremios y sindicatos. Ambos militaban en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Al momento de su secuestro tenían una niña de tres años, Virginia, y Stella estaba embarazada de ocho meses. Según testimonios de sobrevivientes, ambos fueron detenidos en el CCD “Pozo de Banfield” donde Stella dio a luz un niño el 5 de diciembre de 1976, al que llamó Martín. Después del parto fue llevada al CCD “Pozo de Quilmes”. Virginia sobrevivió al operativo en que se llevaron a sus papás y quedó al cuidado de su abuela Delia. El 14 de agosto de 2011, luego de buscar a su her-

16 de octubre de 1976. Al llegar a su departamento en Villa Ballester, un chico de entre 13 y 14 años, que se presentó como “una especie de bisnieto”, salió a abrirme.

En el *living*, Delia me recibió cariñosamente y me dijo que tendría que esperarla, ya que le estaba dando clases particulares al adolescente, por lo que nuestra entrevista se demoraría. Me invitó a sentarme en su balcón con el mate que estaba recién hecho. Delia destacaba que el joven era muy inteligente, rápido, pero “un poco fiaca”, que lo iba a “sacar bueno” y que hoy no habría descanso, por la prueba de matemática. Se enojaba por los nuevos métodos con los que se enseñaba a dividir e insistía: “lo que vos tenés que hacer es razonar”. Acto seguido traía a la memoria a su maestra de primaria, Josefina Passadori,³ educadora y escritora de origen italiano, que daba clases en la escuela Mary O. Graham, de la ciudad de La Plata, donde Delia había cursado su primaria, secundaria y egresado como maestra normal. Josefina era quien le había hecho “querer las matemáticas”. Con sus 92 años, Delia seguía “despuntando” la docencia en su departamento de Villa Ballester, actividad que alternaba con su dedicación cotidiana a las tareas de la Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo.⁴

mano durante muchos años, se quitó la vida. En noviembre de 2015 Martín se convirtió en el nieto restituido número 118 y pudo reencontrarse con Delia (*Huellas de la Memoria*, La Plata. Recuperado <https://www.huellasdelamemoria.com.ar/>

³ Josefina Passadori (1900-1987) fue una escritora, poeta, política y educadora argentina de origen italiano. Nacionalizada argentina a temprana edad, egresó de la Escuela Normal N.º 1 Mary O. Graham de La Plata y allí dio clases durante cuarenta años. Tuvo actuación en diferentes instituciones culturales de la ciudad y dirigió las “Ediciones del Bosque”, sello editorial que reunió a sectores de la intelectualidad platense. Fue subsecretaria de Educación de la provincia de Buenos Aires y secretaria provincial del Consejo General de la Minoridad. Autora de numerosos textos de enseñanza, como el *Manual del Alumno Bonaerense* y de libros de poesía (que escribió bajo el seudónimo Fröken Thelma).

⁴ Delia nació en la ciudad de La Plata el 16 de febrero de 1926. Se casó con Jorge Narciso Ogando, con quien tuvo a su hijo Jorge. Tras enviudar se volvió a casar con

Ese encuentro con Delia disparó la pregunta por el lugar que ocupó la docencia en las trayectorias de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, así como qué saberes y prácticas configuraron un modo particular en la construcción de sus agencias en el campo humanitario. Esta investigación preliminar se inscribe en una más amplia que busca releer las trayectorias de Madres y Abuelas,⁵ y recuperar sus experiencias previas a constituirse como tales, así como indagar en la chance de audibilidad de otras memorias en el espacio público.

Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo constituyeron una agencia femenina novedosa, que se articuló con la narrativa humanitaria, en la que el rol materno ocupó un lugar central. Como sostiene gran parte de la bibliografía, la acción colectiva de estas mujeres tensionó los sentidos y representaciones sobre la maternidad, y reconfiguró las relaciones entre las esferas pública y doméstica (Jelin, 1985; Feijoó y Gogna, 1985; Barrancos, 2008; Morales, 2015).

Tempranamente, muchas de ellas señalaron su condición de mujeres, amas de casa, sin vinculación con el ámbito político e institucional (Morales, 2015), motivo por el cual la ocupación del espacio público implicaba un elemento novedoso, así como una alteración de la posición social asignada a las mujeres. De esta manera se fue conformando una identidad política novedosa y potente para la acción colectiva, que partía de ligar los conceptos de mujer, madre, ama de casa, como equivalentes. Esta identidad no fue construida sin tensiones o matices. Como abordaron otras investigaciones, un rasgo a destacar hacia el interior del grupo fue la heterogeneidad que desde sus

Pablo Califano, y se mudó con él a Villa Ballester. Cuando su hijo y su nuera fueron detenidos/as en su casa de La Plata, Delia se incorporó a Madres y luego se sumó al grupo de las doce mujeres que fundaron Abuelas de Plaza de Mayo.

⁵ Hablaré de Madres y Abuelas para referirme, de manera abreviada, a aquellas mujeres madres de detenidos/as desaparecidos/as y abuelas de nietos/as apropiados/as que se integraron a agrupamientos de Madres de Plaza de Mayo y Abuelas de Plaza de Mayo.

inicios lo caracterizó, razón por la que estas mujeres debieron suturar importantes diferencias de clase, política, religión, para labrar una identidad común (Andújar, 2014).

En este capítulo me propongo analizar los vínculos que las Madres y Abuelas establecieron con la experiencia del magisterio, ya que muchas de ellas fueron docentes, egresadas de las escuelas normales nacionales. Este rasgo se explica en la medida en que la docencia se configuró como uno de los principales trabajos a los que accedieron las mujeres que desde fines del siglo XIX se incorporaron masivamente al mercado laboral. De este modo, se constituyó en un oficio generizado que otorgó a las mujeres la posibilidad de ciertos niveles de autonomía, así como estructuró un modo particular de ocupar el espacio público, en tanto en cuanto el Estado le otorgó el sentido de una “segunda maternidad” (Nari, 2004).

El objetivo de este abordaje es explorar los modos en que estas mujeres se vincularon con la formación en el magisterio y el ejercicio docente, los sentidos que le atribuyeron y qué prácticas y saberes propios de esa experiencia se pusieron en juego en su activismo humanitario. Indagaré en esta cuestión a partir del análisis de las trayectorias y testimonios de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la mayoría de ellas integrantes de la filial de La Plata, Berisso y Ensenada, o que desarrollaron sus vidas en esta región y se integraron a los agrupamientos de Buenos Aires.

En el caso de las integrantes de la sede platense, según pudimos reconstruir indagando en diferentes fondos documentales y a partir de entrevistas, al menos veinticinco de ellas se habían formado como docentes y ejercido diferentes cargos: maestras, profesoras, directoras, vicedirectoras, inspectoras, bibliotecarias, en escuelas primarias, secundarias y de adultos/as. Una cifra importante en relación con el total de mujeres que participaron a lo largo de los años en el agrupamiento, que, si tomamos en cuenta el número de las más activas, fueron alrededor de cuarenta.

Entre los casos más emblemáticos podemos mencionar a Adelina Dematti —maestra de educación inicial, directora, inspectora, preceptora, en distintas escuelas y jardines de la provincia de Buenos Aires—; Nelva Méndez de Falcone —maestra y bibliotecaria en La Plata—; María Esther Biscayart —docente en escuelas rurales—; Elida Bussi de Galetti —docente del Liceo Víctor Mercante—; Hereñia Sánchez Viamonte —maestra, profesora de Historia y Geografía en el Colegio Nacional de La Plata y en el Bachillerato de Bellas Artes, directora fundadora de la Escuela de Enseñanza Media N.º 2 de La Plata—; Estela Barnes de Carlotto —maestra, directora de la Escuela Nacional Coronel Brandsen y presidenta de la Junta de Calificaciones de Escuelas Nacionales—; Chicha Mariani —había estudiado en la Academia de Artes Plásticas de la Universidad de Cuyo y ejercido como profesora en la Escuela Nacional de Educación Técnica N.º 1 en la cátedra de Dibujo, Anatomía Artística e Historia del Arte y en el Bachillerato de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata—; Delia Giovanola —docente en escuelas de Berisso, La Plata, Tolosa, y vicedirectora y directora de la Escuela N.º 80 Juan Bautista Azopardo de José León Suárez, así como bibliotecóloga en entidades deportivas y sociales, e inspectora de Bibliotecas—.

Además de encontrar a muchas de ellas en los agrupamientos de La Plata y Buenos Aires, podemos identificar la presencia de Madres y Abuelas maestras en filiales de otras regiones, como es el caso de las Madres de Rosario: Matilde Espinosa de Toniolli —profesora de Letras y preceptora de la Escuela Urquiza de Rosario—; Elena Lucas de Belmont —docente en un Instituto dependiente del Patronato de Menores, en Villa Elisa (La Plata) y en Rosario, en un Hogar para menores mujeres—; Adela Panelo de Forestello (conocida como Lila Panelo) —profesora de Matemáticas, trabajó en la Escuela Normal N.º 1 de la ciudad de Rosario—; Marta Claverie de Hernández Larguía —profesora de Literatura, egresada de la Universidad Nacional de Córdoba—.

Este breve relevamiento da cuenta de un peso importante, en el conjunto de madres de desaparecidos/as que se organizaron como Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, de aquellas mujeres que se habían formado y ejercido como docentes en el sistema educativo público. También permite plantear la pregunta por el modo en que estas trayectorias incidieron al momento de organizarse e impulsar diferentes iniciativas en el movimiento de derechos humanos.

El trabajo busca reflexionar en torno a la configuración de militancias en el campo humanitario y fundamentalmente de las agencias femeninas. Consideramos que seguir las trayectorias de las actrices y los actores es un aporte para enriquecer la mirada en el estudio de las organizaciones de derechos humanos, permite comprender la génesis de determinadas formas de acción colectiva, así como desnaturalizar visiones cristalizadas sobre estos agrupamientos (Vecchioli, 2005).

En este ejercicio retomamos los aportes de Argikoliansky, quien propone estudiar, a través del concepto de “carrera militante”, los compromisos de los actores, atendiendo a las continuidades y discontinuidades de las trayectorias, y “explorar empíricamente los significados que las experiencias biográficas, indisolublemente colectivas y singulares, construyen concretamente” (2017, p. 6). Esta perspectiva implica pensar los compromisos militantes en el marco de una trayectoria más amplia, rastreando socializaciones tempranas, itinerarios de compromiso, reconversiones militantes, o nuevas formas de militancia, así como los sentidos que los actores atribuyen a sus acciones.⁶ En este marco, el análisis de trayectorias permite dar cuenta de diferentes tipos de transiciones y desplazamientos (geográficos, laborales, profesionales, políticos, etc.) vividos por los actores, a la luz de un problema de investigación o una temática específica estudiada (Longa, 2010).

⁶ En definitiva, la noción de carrera militante, sostiene Argikoliansky, implica “apuntar al ‘cómo’ mucho más que al ‘por qué’ del activismo militante” (2017, p. 4) y es entendida como parte de una biografía o trayectoria social más amplia.

En el caso que nos ocupa, nos interesa analizar de qué modo la experiencia del magisterio y el ejercicio docente incidieron en la configuración de nuevas militancias y modos de acción colectiva de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Las preguntas que orientan el abordaje de las trayectorias parten de la inquietud por conocer con qué experiencias, saberes y prácticas docentes contaban estas mujeres a la hora de construir una agencia política ligada a la lucha por los derechos humanos; qué repertorios propios de esa profesión pusieron en juego al comenzar su militancia en este ámbito, y en qué medida y cómo estas experiencias que traían consigo fueron movilizadas y puestas a disposición de una nueva acción colectiva.

Lo haremos a partir del abordaje de una serie de testimonios y documentos presentes en diferentes archivos orales y documentales: el Archivo Oral de Memoria Abierta que cuenta con más de veinte entrevistas a MPM de La Plata; las entrevistas elaboradas en el marco del proyecto “Abuelas y Madres de Plaza de Mayo. Relatos del futuro” realizado por docentes del Taller de Producción Audiovisual I de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, y la consulta al fondo documental “Adelina Dematti de Alaye”, integrante de Madres de Plaza de Mayo-La Plata, ubicado en el sector de Historia Reciente del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”. También hemos consultado otros repositorios digitales, notas periodísticas, así como entrevistas y producciones testimoniales que se encuentran publicadas en la web.

El magisterio y sus sentidos: entre el destino, la vocación y el proyecto

La relación entre mujer y trabajo ha sido abordada por múltiples autoras que se propusieron visibilizar la presencia de las mujeres en el mundo asalariado a lo largo de la historia de nuestro país. A contrapelo de las teorías que señalaron que estas se volcaron al mercado de trabajo hacia mediados del siglo XX, Queirolo (2020) destaca que ya

estaban presentes con un peso importante desde mediados del siglo anterior. Sin embargo, su presencia en los empleos remunerados (ya que, como apunta la autora, las mujeres siempre trabajaron, más allá de que esto fuese o no reconocido con una contraprestación) fue leída en el espacio público en clave de “problema”, en tanto competía o tensaba el destino moral prescripto para toda mujer: cuidar y maternar. Hubo muy pocos trabajos en los cuales las mujeres fueron “bienvenidas”, y entre estos ocupó un lugar central la docencia.

La feminización de esta tarea, que se constituyó no sin tensiones y suscitó un debate público en torno al carácter exclusivamente femenino de la docencia (Fiorucci, 2016), se basaba, por un lado, en la creencia de que las mujeres contaban con los atributos esenciales, naturales e innatos, para enseñar: ternura, paciencia, apego, comprensión, bondad, abnegación y sacrificio (Alliaud, 1993); así como también en la consideración de que sería más económico para financiar el desarrollo del sistema educativo, puesto que se asumía que las mujeres podían percibir menores ingresos. Ya lo señalaba Sarmiento cuando decía que “una educación llevada adelante por mujeres era además de mejor en términos de calidad, una cuestión de economía e industria porque ‘la educación pública sería menos gravosa con su ayuda’” (Fiorucci, 2016, p. 122). En ese marco, el Estado incentivó la carrera magisterial a partir de la creación de las escuelas normales nacionales, que se impulsaron a lo largo y ancho del país a partir de 1869 y fueron en su mayoría femeninas.

En el contexto de la creación de un sistema educativo nacional, el magisterio se constituyó en un espacio de inserción laboral central para las mujeres, al tiempo que se delineó como la posibilidad de un proyecto vital con cierta proyección en el mundo social y público. Así, podemos inscribir muchas de las biografías de las mujeres que integraron Madres y Abuelas de Plaza de Mayo en ese tiempo en el que ser maestra era para los sectores medios y especialmente para las mu-

jeros, un ámbito de desarrollo que muchas veces se asumía también como destino. En este apartado indagaremos, a partir del análisis de algunas trayectorias específicas de Madres y Abuelas de La Plata, en los sentidos que estas mujeres otorgaron a la docencia, cómo se vincularon con este trabajo, explorando en las experiencias, imaginarios y representaciones propias de esta profesión.

Las mujeres que eran maestras y luego asumirían la identidad de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, habían nacido en la mayoría de los casos en la década de 1920. Se formaron en escuelas normales nacionales y se dedicaron a la docencia de nivel inicial y primario, ocuparon cargos de jerarquía ejerciendo como vicedirectoras, directoras e inspectoras, y aquellas que habían tenido la posibilidad de estudiar una carrera universitaria (algo poco común todavía para la época)⁷ pudieron desempeñarse como profesoras en escuelas secundarias. Desarrollaron su carrera docente sobre todo a partir de las décadas de 1940 y 1950, cuando el sistema educativo ya se encontraba consolidado, y se jubilaron, en muchos casos, al poco tiempo de la desaparición forzada de sus hijos e hijas.

En el caso de las mujeres platenses, muchas de ellas se habían formado en la Escuela N.º 1 Mary O. Graham,⁸ nombre que remite a la *miss* Mary Olstine Graham, la primera maestra norteamericana que llegó al país en 1879, convocada por Domingo Faustino Sarmiento. Esta Escuela Normal, ubicada en el centro de la ciudad, había sido fundada por él mismo en 1888, era considerada una institución pública de élite y para la década de 1930 se encontraba entre las siete de su tipo que recibían los presupuestos más altos (Rodríguez, 2019).

⁷ Será hacia la década de 1960 cuando se produzca un ingreso masivo de las mujeres al ámbito universitario; antes era poco común este trayecto, que estaba circunscripto además a determinadas carreras.

⁸ Si bien la lista no es exhaustiva, entre ellas podemos mencionar a Nelva Méndez de Falcone, María Amelia De Cucco Games de Reboledo y María Elena Copello de Crespo (Menena).

La mayoría pertenecía a sectores medios tradicionales, cuyas familias tenían interés y cierta gravitación en los ámbitos culturales de la ciudad. Es el caso, por ejemplo, de Delia Giovanola, hija de Francisco Giovanola, famoso escultor nacido en Milán que tenía su taller en la ciudad; o Nelva Méndez de Falcone,⁹ hija de Delfor Méndez, abogado, escritor y poeta.

Los traslados de escuela en escuela eran una experiencia común en el oficio docente, que permitía a las mujeres proyectarse en otros ámbitos donde era posible acceder a mejores cargos. Algunas de ellas habían nacido en otras provincias o en ciudades del interior de la provincia de Buenos Aires, y allí se habían formado, migrando luego a La Plata en búsqueda de mejores horizontes. Son los casos, por ejemplo, de Adelina Dematti de Alaye,¹⁰ nacida en Chivilcoy, quien luego de trabajar en jardines y escuelas de la provincia de Buenos Aires (en Tapalqué, Quenumá, Azul) se instaló en Brandsen, con sus dos hijos, para ejercer allí su profesión hasta jubilarse; o Edna Copparoni,¹¹ na-

⁹ Nelva Méndez de Falcone nació el 16 de junio de 1927 y falleció el 24 de diciembre de 2006. Era docente y bibliotecaria. Se casó con Jorge Ademar Falcone, un reconocido sanitarista y militante peronista con quien tuvo dos hijos, Jorge Delfor y María Claudia Falcone. Nelva se incorporó a Madres de Plaza de Mayo de La Plata tras la detención y desaparición de su hija, el 16 de septiembre de 1976. Claudia tenía 16 años, era estudiante de Bellas Artes y militante de la UES y Montoneros.

¹⁰ Adelina Dematti de Alaye nació el 5 de junio de 1927 y falleció el 24 de mayo de 2016. Fue una de las fundadoras y referente de Madres de Plaza de Mayo de La Plata. Su hijo Carlos Esteban Alaye estudiaba Psicología en la Universidad Nacional de La Plata, era obrero metalúrgico, delegado gremial y militante de Montoneros. Fue secuestrado el 5 de mayo de 1977, en la localidad de Ensenada en el marco de un operativo de detención ilegal a cargo de las Fuerzas de Tareas 5 (FT5) y visto, según testimonios de exdetenidos/as, en el centro clandestino de detención La Cacha.

¹¹ Edna Copparoni de Ricetti nació el 19 de noviembre de 1921 y falleció el 29 de septiembre de 2011. Se incorporó a Madres de La Plata tras la detención y desaparición de su hijo Ariel Ricetti, el 1 de febrero del 1978. Ariel tenía 23 años, era profesor de Dibujo y estudiante de Agronomía en la Universidad Nacional de La Plata, militaba en la Juventud Universitaria Peronista.

cida en Armstrong, provincia de Santa Fe, quien había vivido también en Córdoba y finalmente se había mudado a La Plata con su familia, donde además realizó una carrera universitaria —egresó como profesora de Filosofía y Ciencias de la Educación en la Facultad de Humanidades de la UNLP y cursó luego el Doctorado en Educación—. También Elvira Raquel Santillán Dillon “Beba”,¹² oriunda de Dolores, donde fue directora de una Escuela Normal, o Felisa Martínez de Lugones,¹³ maestra rural y directora en una escuela de la localidad de 25 de Mayo, ciudad en la que había nacido.

En relación con los sentidos otorgados a la docencia, algunas de estas mujeres la definen como parte de una elección ligada a una vocación, también como mandato o prescripción de una época. Delia Giovanola lo narra en términos de “inercia”, como un destino que era posible y común para muchas mujeres de ciertos sectores medios que “salían” de la escuela con el título docente. En su caso, esta primera prescripción se transformó en “descubrimiento” de una vocación. Por su parte, Adelina destaca que fue su madre quien incentivó a ella y sus hermanas a seguir la carrera magisterial, que sus padres le habían negado. Para Adelina la docencia se asocia a la idea de elección y proyecto de vida:

Yo digo siempre que yo había elegido una forma de vida. Primero, tampoco... no había muchas opciones en Chivilcoy o en lugares así

¹² Elvira Raquel Santillán Dillon era docente y abogada. Se incorporó a Madres cuando se produjo la detención y desaparición de su hijo Gastón Dillon, estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata, militante de la Juventud Universitaria Peronista y Montoneros, el 2 de mayo de 1980.

¹³ Felisa Martínez de Lugones nació el 1 de agosto de 1920 en la ciudad de 25 de mayo y falleció el 18 de diciembre de 2009. El 3 de diciembre de 1976 su hijo Carlos Eduardo, estudiante y militante de la Juventud Universitaria Peronista de la Facultad de Medicina, fue detenido por un grupo de tareas. Sus restos fueron identificados en una fosa común en el cementerio municipal de Avellaneda, mediante la intervención del Equipo Argentino de Antropología Forense, y restituidos en el año 2009.

para una carrera, pero realmente me gustaba lo que elegí. Yo elegí ser maestra, no tuve tropezones, hice una carrera, y te digo me fue muy bien en las prácticas y me fue muy bien en las prácticas después para jardín de infantes. Yo me recibí con el promedio más alto de mi clase, no lo digo de vanidad, sino porque no me costaba y bueno creo que siempre me dijeron que hacía más o menos bien las cosas. Y, me había casado, quería tener hijos, el primero me llevó 4 años poderlo lograr, tuve que hacer tratamientos porque no me embarazaba. Tuve dos y estaba... ese era mi proyecto de vida, ejercer la docencia y criar mis hijos, eso fue mi elección. Pero... otras circunstancias me cambiaron el eje totalmente. Desaparece mi hijo y para mí es, el sumun de mi día, de mi ser, de todo lo mío. Mi primera actitud respecto al trabajo es mi renuncia que también tiene una connotación con las charlas con él muy grande (Dematti de Alaye, 2013).

El secuestro y desaparición de su hijo Carlos aparece como punto de inflexión en la trayectoria de Adelina, quien renuncia al poco tiempo a su trabajo para dedicarse centralmente a su búsqueda. En el caso de Delia, la docencia está significada además como una profesión que le permitió construir su independencia económica y autonomía respecto de su familia de origen, dada la posibilidad de percibir un salario propio:

Yo empiezo primer año [del Magisterio] y me convierto automáticamente en la maestra de todas mis primas porque yo tenía seis primas hermanas (...) eran menores que yo entonces mi tía como yo era la que había aprobado me las manda para que yo les enseñe, y yo le metía al régimen de enseñanza que tenía yo, entonces aprobaron todas y yo me envalentoné, y estaba en tercer año, y ya tenía alumnas en mi casa, cobrando, particulares. Particulares, cobrándole cinco pesos, nada, nada. Eran mis primeros pesitos como maestra (Giovanola, comunicación personal, 28 de noviembre de 2018).

Como destacamos, el magisterio construyó la figura de la maestra, a la que asignó determinadas cualidades ideales para la realización de esa tarea y que se correspondían con aquellos atributos considerados innatos en el género femenino. Paula Caldo (2019), señala que esto se tradujo en una forma particular de ser mujer, que anidó sentidos ambivalentes. Las mujeres maestras fueron interpeladas desde atributos que se ligaban a lo maternal (en términos de una segunda maternidad), el amor, el apego, la paciencia. Rasgos que eran reforzados además por el temor de que las mujeres fueran “corrompidas” por el mundo público. Sin embargo, otras cualidades eran consideradas complemento necesario de esa educación “amorosa”, como por ejemplo la “severidad”. Forjar un carácter severo suponía una forma de posicionarse en el aula, fundamental como condición para educar y como contracara del gesto maternal.

Estos sentidos ambivalentes aparecen en las mujeres cuyas trayectorias analizamos, que construyeron su identidad de maestras de cara a modelos e imaginarios a emular, pero también los tensionaron o dotaron de otros. Delia, por ejemplo, rescataba rasgos singulares de quien fuera su maestra, Josefina Passadori, a quien definían como una docente osada para la época:

Josefina era más bien machona y fumaba como una condenada. Cuando entraba en el aula, el olor a pucho invadía el salón. Se me ocurre que era muy aventurera. Casi no usábamos libros de geografía porque nos quedábamos impregnados con los relatos de sus viajes. Fue una mujer de avanzada, marcó a fuego mi formación. Quise hacer lo mismo que hizo ella cuando fui maestra (Iparraguirre, 2022, p. 23).

Las ideas de “aventurera”, “machona”, tensionan el imaginario asociado al cuidado o “a lo maternal” propio de las “señoritas maestras” de la época. Una exalumna de Delia la recuerda así:

Se imponía por su presencia y su calidez. Recuerdo sus tacones, sus labios pintados de rojo, el pelo pesado, abundante sobre los hombros. Delia enseñaba con amor, sentía respeto por el conocimiento y, con su tono de voz firme pero decidido, sentías que estabas protegida dentro del aula. El nuestro fue un curso que se acostumbró a querer al compañero, porque ella daba ese ejemplo. Fue una docente de pisada fuerte, pero amorosa, una mujer que caminaba el aula. Desde la firmeza, nos enseñó a tratarnos con igualdad y logró que el grupo funcionara como una unidad (Iparraquirre, 2022, p. 25).

Otros testimonios nos devuelven la imagen de maestras que transgredían prácticas prescriptas y cuestionaban modelos pedagógicos dominantes. En esta línea, una exalumna recuerda a Chicha Mariani¹⁴, docente del Liceo Víctor Mercante, como una docente “transgresora”:

Pertenecía a la elegante clase media de vanguardia intelectual, pero integraba un grupo de profesores transgresores, que seguían didácticas diferentes, muy progresistas respecto a las otras escuelas normales o provinciales. (...) Ahora entiendo que había dos grupos de profesores: unos eran más de derecha; otros, más zurdos. Chicha era del segundo grupo, no por ser militante de iz-

¹⁴ María Isabel Chorobik de Mariani nació el 19 de noviembre de 1923 en San Rafael, Mendoza y falleció en la ciudad de La Plata, el 20 de agosto de 2018. Estudió en la Academia de Artes Plásticas de la Universidad de Cuyo y se recibió en la Escuela Superior de Bellas Artes de la UNLP. Chicha integró el grupo de las primeras mujeres que fundaron Abuelas de Plaza de Mayo, tras el secuestro de su nieta Clara Anahí en el operativo realizado en la casa donde vivían su hijo Daniel Mariani y su nuera Diana Teruggi, en la que funcionaba la imprenta clandestina de la organización Montoneros. En ese operativo ocurrido el 24 de noviembre de 1976, Diana fue asesinada. Daniel permaneció en la clandestinidad y fue asesinado el 1 de agosto de 1977. Ambos militaban en la Juventud Universitaria Peronista y en Montoneros. Chicha presidió la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo hasta el año 1989 y fundó luego la Asociación Anahí, organización que continúa con la búsqueda de Clara y los/as nietos/as apropiados/as y sostiene el Espacio de Memoria “Casa Mariani Teruggi”.

quierda ni mucho menos, sino por su sentido de la estética (Barrera, 2022, p. 62).

Por su parte, Elida Bussi de Galetti,¹⁵ quien fue vicedirectora del Liceo Víctor Mercante, asocia su experiencia como docente en dicha escuela al momento de mayor plenitud en su trayectoria de vida, a la vez que destaca la ligazón entre su recorrido profesional y el de su hija, detenida-desaparecida:

Nosotros pusimos en marcha lo que se llamó el Plan 60, un plan completamente renovador en la enseñanza: nuestra preocupación fundamental era enseñar a que los chicos relacionaran, pensaran, sacaran conclusiones, quisimos que los chicos tuvieran la vivencia de que la enseñanza no era una suma de asignaturas sino una correlación entre las mismas. Dejé mi puesto cuando la revolución de Onganía, y muchas de nuestras innovaciones fueron tomadas después por los colegios de la zona. Con la directora hicimos una extensa Memoria, pero fue terrible todo lo que se destruyó. Pero fue uno de los momentos más plenos de mi vida. También trabajé en una experiencia de teatro universitario. Mi hija Liliana cumplió más o menos la misma trayectoria: estudió en los mismos lugares y también hizo toda la carrera de docente (*Revista Alfonsina*, 1984, p. 9).

Estas trayectorias revelan una práctica docente asociada a la participación en experiencias pedagógicas innovadoras, así como

¹⁵ Élida Enriqueta Bussi de Galetti estudió la carrera de Humanidades y Ciencias de la Educación y fue profesora y vicedirectora del Liceo Víctor Mercante. Su hija, Liliana Élida Galetti fue secuestrada y desaparecida en su domicilio de Capital Federal el día 12 de junio de 1977. “La Tana”, como la apodaban, era profesora de Historia (UNLP), docente de dicha casa de estudios y en el año 1974 había obtenido una beca interna del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Militó inicialmente en el Movimiento de Izquierda Revolucionario Argentino (MIRA), luego en el Grupo La Plata -que dio lugar a la Guerrilla del Ejército Libertador (GEL)- y posteriormente se integró al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA). En 1976 además integró el núcleo fundador de la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU).

un marcado interés por el conocimiento, lo que en algunos casos se expresó en el desarrollo de producciones intelectuales propias. Este también ha sido un rasgo propio de las maestras que, como señala Caldo (2018), deben ser pensadas no solo como reproductoras del conocimiento, sino además como portadoras del poder de generar enunciados críticos en torno al espacio escolar y en ámbitos más amplios (de discurso público). En ese sentido, como muchas autoras han señalado, la experiencia del magisterio posibilitó a las mujeres construir itinerarios de vida singulares, tomar la palabra como autoras y posicionarse, así como dejar registro sobre lo que implicaba educar en aquellos tiempos en que ejercieron.

Advertimos esto en diferentes trayectorias. Volviendo a la vida de Adelina, lo vemos en el archivo personal que construyó, el cual contiene una serie titulada “Docencia” en la que se reúne una multiplicidad de materiales elaborados a lo largo de su extensa carrera docente: ponencias, ensayos, informes, trabajos y editoriales publicados en diarios locales, en los que Adelina reflexionaba de manera crítica sobre su rol docente y las formas de enseñanza.

Otro caso singular es el de María Esther Biscayart¹⁶, cuya huella como docente aparece asociada a su participación en el consejo de redacción del periódico *Educación Popular*. Esta publicación de agitación, dirigida por el maestro y pedagogo Luis Iglesias,¹⁷ buscaba ex-

¹⁶ María Esther Biscayart de Tello nació en La Plata el 30 de agosto de 1930 y falleció el 1 de abril del 2015. Era maestra en escuelas rurales y trabajadora social en el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de La Plata. Se vinculó a la lucha social desde las ideas del anarquismo y militó en el gremio docente. Se unió a Madres luego de su exilio en Francia en el año 1976, tras la detención y desaparición de sus tres hijos Pablo Daniel Tello, Marcelo Rodolfo Tello y Rafael Arnaldo Tello, militantes de la organización Resistencia Libertaria.

¹⁷ Luis Fortunato Iglesias (1915-2010) fue maestro normal, pedagogo, con experiencia en la educación rural. Desarrolló un proyecto pedagógico, la Escuela Rural Unitaria, en la Escuela N.º 11 de Tristán Suárez, conocida como uno de los antecedentes

presar las posiciones político-pedagógicas y sindicales de un heterogéneo grupo formado por educadores/as, pedagogos/as, maestros/as e intelectuales, así como promovía la organización de núcleos activos de docentes que intervinieran en el sistema educativo desde una perspectiva que veía como indisoluble la relación entre pedagogía y política (Sprengelburd, 2017; Padawer, 2008). Por su participación en este periódico, María Esther fue incluida dentro de una lista de educadores considerados “peligrosos” por la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA). Su recorrido da cuenta de cómo en algunos casos las maestras ligaron la profesión docente con itinerarios de militancia política, puntualmente en el ámbito gremial docente.¹⁸ María Esther se había incorporado a las filas del anarquismo a los 15 años, primero en el grupo Voluntad y luego en Resistencia Libertaria, donde había militado junto a sus hijos. Como vemos en las trayectorias abordadas, la desaparición implica un momento de quiebre profundo en la historia vital, pero mientras para algunas Madres y Abuelas significa el inicio de un compromiso militante, para otras supone la reconfiguración de un compromiso ya existente.

En otros casos, las mujeres otorgaban a la práctica docente un sentido de compromiso ligado a lo social. Lo vemos en aquellas que habían tenido participación activa en las cooperadoras escolares. Así lo señala Nelva Méndez de Falcone en una entrevista: “Siempre trabajé en la cooperadora consiguiendo cosas para los que tenían menos”

de la escuela no graduada. Su proyecto ponía en tensión el programa del normalismo positivista y se posicionaba desde las corrientes escolanovistas de la época que estaban en relación estrecha con el surgimiento del sindicalismo docente.

¹⁸ María Esther señala haber sido parte de la fundación de la Federación de Educadores Bonaerenses (FEB) (Ver entrevista a María Esther Biscayart de Tello desde París, por Adrián Belinche, en el programa de radio Made in La Plata, 7 de octubre de 2006). Siendo muy joven formó pareja con Pablo Celiar Tello, compañero de militancia, quien era periodista, sindicalista y había trabajado en el puerto y en el frigorífico de Armour. Con Pablo se incorporaron al grupo anarquista Voluntad hacia los años 50.

(...) “Siempre hice escuela y comunidad” (Figueroa Díaz, 2007). Nelva era peronista y había tenido participación en la Rama Femenina, centralmente en el Partido Peronista Femenino, como delegada censista. En ese marco, su posición docente enfatizaba una dimensión social reflejada, por ejemplo, en la preocupación por la alfabetización de los/as niños/as, como un elemento central de acceso a la ciudadanía, aspecto que trabajaba con énfasis desde su rol como bibliotecaria.

En el caso de Adelina Dematti de Alaye, en su paso por la escuela de Brandsen, impulsó el desarrollo de un Centro Cultural del Magisterio y llevó adelante diferentes iniciativas sociales en conjunto con las familias de la comunidad escolar, siendo la primera infancia una de sus principales preocupaciones. Este Centro, fundado en 1966, en pleno onganiato, tenía la finalidad de impulsar actividades educativas y culturales para la comunidad de Brandsen, como talleres de alfabetización y música. Además de esta actividad, Adelina realizaba gestiones y reclamos permanentes para conseguir recursos para la escuela y su comedor.

Las trayectorias recuperadas nos devuelven aspectos comunes que atravesaron la vida de las mujeres maestras, así como itinerarios singulares y sentidos diversos otorgados al hacer docente. En ese marco, la experiencia normalista fue resignificada por sus protagonistas:

Algunas, como estamos descubriendo, acataron las normas hasta sus últimos detalles, mientras otras usaron ese espacio en sentido creativo o innovador sin trascender los límites de su aula o su institución escolar. Otras usaron la docencia como estrategia personal de inserción social. Otras por su parte, expresaron públicamente una crítica a la escuela y al proyecto político que la sustentaba (Morgade, 1997, p. 32).

Si bien la docencia se configuró para muchas como mandato o destino probable, posibilitó el desarrollo de trayectorias con cierto nivel de autonomía respecto de sus familias de origen y maridos; marcó

una manera singular de habitar el espacio público, y forjó un carácter de acuerdo a los imaginarios prescriptos socialmente. Las Madres y Abuelas maestras le imprimieron sus propias miradas, preocupaciones y sentidos al ejercicio docente, que no siempre se correspondieron con aquello prescripto.

El oficio de enseñar: saberes y prácticas docentes de las Madres y Abuelas

Como es posible advertir en las trayectorias, y tal como lo destacan algunos testimonios, estas experiencias propias del ámbito educativo y de contacto con lo público configuraron saberes y prácticas específicas que jugaron un papel singular una vez iniciada la búsqueda de sus hijos e hijas. Nos referimos a modos de pensar y de hacer que contribuyeron a labrar estrategias y orientar acciones en el marco de su activismo humanitario. Prestaremos atención a algunas dimensiones específicas: los vínculos que estas mujeres tenían con el Estado y sus agencias; la práctica de archivar, ligada al trabajo administrativo, y, por último, la preocupación por la transmisión.

Si bien los testimonios de Madres y Abuelas contribuyeron a construir la representación, muy extendida, de que su intervención en el espacio público se inició a partir del hecho trágico de la desaparición de sus hijas e hijos, esto puede matizarse al observar y seguir las trayectorias de muchas de ellas. Como ya señalamos, un primer aspecto es que la docencia permitió a las mujeres quebrar, en cierta medida, los estrechos límites de la domesticidad para habitar el espacio público de un modo particular (Nari, 2004).

Las maestras ocupaban un lugar destacado y de cierto prestigio en las comunidades locales en las que ejercían (Morgade, 1997; Queirolo, 2020) sobre todo en aquellas localidades más pequeñas, donde la escuela y la figura docente tenían centralidad en términos de representación de lo estatal. Muchas veces las docentes se trasladaban a pequeños poblados para dar apertura a los primeros establecimientos

educativos, que en varios de estos se constituían en una de las pocas instituciones estatales del lugar. Un ejemplo es el de Adelina, quien destaca haber formado parte del proceso de fundación de los primeros jardines de infantes de la provincia de Buenos Aires.

En el caso de aquellas que además ejercieron cargos directivos o de inspección, eran mujeres que se vinculaban cotidianamente con el Ministerio de Educación o con el Consejo Escolar. La tarea de dirección implicaba la realización de trámites y gestiones cotidianas con estas agencias del Estado y sus funcionarios, que muchas veces buscaban garantizar no solo cuestiones de índole pedagógica sino, por ejemplo, el alimento, la vestimenta y el acceso a derechos básicos de las poblaciones en las que ejercían. En una nota del 24 de abril de 1967, Adelina solicitaba ayuda al intendente de Brandsen, ante el cierre del comedor de la escuela por falta de dinero. Debajo de la nota, escrito de su puño y letra se lee “se logró por dirección de escuela” (Dematti, 1967).

Lo que estos documentos y gestos nos revelan es que estas mujeres tenían un ejercicio cotidiano y una disposición a peticionar a las autoridades públicas, a las que consideraban legítimas y/o de las cuales se sentían parte. Mujeres con una larga experiencia de habitar y actuar en el espacio público de un modo particular, como representantes del sistema educativo estatal y con la tarea social y política de formar a las nuevas generaciones en determinados valores, dada la función moralizadora asignada a su tarea, y de la cual ellas se apropiaban.

Pero, además, el trabajo docente las dotó de determinadas herramientas que se transformarían en saberes, recursos y habilidades importantes en su etapa posterior como Madres de Plaza de Mayo de La Plata. Adelina lo expresa, a modo de ejemplo, con la forma en que logró sacar a su nieta del país:

Yo saqué dos muchachos, a mis dos chicas y a mi beba. Que el salir, en ese momento todavía la patria potestad era del padre. Yo digo,

uno así las cosas que aprendiste no se te van nunca. Yo he manejado documentos hasta el cansancio, en inscripciones, yo a esta altura, a esa altura ya trabajaba en una técnica y en el jardín, bueno. Yo digo en el documento no dice quiénes son los padres, entonces como yo tenía toda mi documentación, viuda y todo, yo saqué pasaje para Brasil para mi hija, para la hija de mi hija, soltera, mamá de María Florencia, ningún problema (Dematti de Alaye, 2005).

Habituada al manejo de documentación y los requerimientos legales, Adelina encontró la manera de burlar los controles para que su nieta y su nuera pudieran exiliarse, tras la desaparición forzada de su hijo, simulando que su nieta era hija de la hermana de Carlos (y madre soltera). Este formaría parte de los tantos aprendizajes “que no se te olvidan nunca”, como dice Adelina, que serían puestos en juego en un contexto de gran complejidad.

Esto también es señalado en relación con la práctica de archivar, que aparece ligada a saberes propios de su profesión:

Como la práctica docente te enseña montones de cosas, yo... es decir, cuando estás de maestra no sabes nada de la parte de administración, porque organización escolar que se debe dar en la preparación de maestra, por lo general se daba así por el aire, vos lo vas aprendiendo a través de la práctica... eso te hace llevar un ordenamiento. Yo sabía que cada nota que tengo que presentar en algún lugar tengo que hacer una copia. Yo hacía exactamente lo mismo, esto. Y fui guardando (Dematti de Alaye, 2017).

Con ese “ir guardando”, Adelina conformó un fondo documental de enorme magnitud, al igual que muchas otras Madres y Abuelas, que al calor de la búsqueda de sus hijos e hijas construyeron archivos personales y de las organizaciones a las cuales pertenecen. En efecto, las Madres y Abuelas se destacan por la producción de fondos documentales y han visibilizado la importancia de las mujeres en la realización de esta tarea. Podríamos decir que además de la necesidad

de conservar ciertos documentos, en la gestación de estos archivos operaron conocimientos respecto de la relevancia de guardar determinados escritos —en muchos casos no solo aquellos vinculados a las gestiones legales— y en los modos de hacerlo. Cabe destacar, como sostiene Caldo (2018), que el magisterio les permitió dejar huellas escritas y visuales en los archivos públicos, en su rol de alfabetizadoras y activas productoras de la palabra; este antecedente puede contribuir a explicar la proliferación de archivos personales realizados por varias de estas mujeres, algunas de las cuales contaban con cierta experiencia en la tarea archivística.

En torno a los modos de confección de estos acervos, es muy sugestiva la anécdota de Delia, quien cuenta que, en el marco de una campaña impulsada por la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo con el fin de difundir internacionalmente la búsqueda de nietos y nietas, puso en juego su formación en bibliotecología para ordenar toda la correspondencia proveniente de Canadá y de diferentes ciudades de Europa en ficheros. Por cada carta recibida desde diversas partes del mundo, Delia elaboró una ficha que contenía la referencia al código postal y otros datos. Ese material permanece hoy en la Casa por la Identidad en la ex-Esma.

Yo creo que te conté también, las primeras épocas de Abuelas que escribimos al mundo, avisando lo que ocurrió, que el mundo nos contestó con miles de cartas. Yo sola recibí 1800 cartas y cada una de las Abuelas recibía cartas del mundo, pero la única que las guardó fui yo. Porque como yo era bibliotecaria hice un fichero con cada una de las cartas que recibía. Y ayer justamente les comentaba a los chicos y busqué lo que sería el fichero mío (Giovanna, comunicación personal, 28 de noviembre de 2018).

Ese dejar registro y archivar se liga a la preocupación por la transmisión (íntimamente vinculada a la práctica pedagógica) que está presente en la mayoría de los testimonios de las Madres y Abuelas. Al

ingresar al Archivo Histórico de la Provincia, donde se encuentra el Fondo de Adelina, podemos leer su frase:

Adelina guardó cada papel, cada foto, cada recorte, cada nota, aun a riesgo de la propia vida. Cuando le preguntamos por qué lo hacía, ella contesta: “En un primer momento era para mostrárselos a Carlos cuando volviera; luego, para poder contar la historia familiar a mis nietos. Hoy, pienso que siempre guardé para el futuro” (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Fondo documental de Adelina Dematti de Alaye).

La mayoría de las Madres y Abuelas que fueron maestras contaban con una práctica ligada a la escritura, pero también a la oratoria en público. Además de la conformación de este fondo documental —que donó al Archivo Histórico con el objetivo de garantizar su acceso público— luego de jubilarse Adelina comenzó a visitar las escuelas en las que había ejercido como docente, en general, en ocasión de actos escolares por la conmemoración del 24 de marzo, y en ellos brindaba discursos donde se articulaban reflexiones sobre el sistema educativo y diferentes acontecimientos históricos y políticos; analizaba también el impacto de la dictadura en la educación y llamaba a la construcción de una memoria activa.

Adelina volvía a esas escuelas en las que fue maestra y/o directora y lo hacía en su calidad de Madre de Plaza de Mayo. En sus intervenciones invitaba a un ejercicio reflexivo de memoria, interpelando a las comunidades educativas en las que trabajó. Esto permite pensar cómo la docencia también otorgó a estas mujeres un lugar de legitimidad desde el cual enunciarse y posicionarse, así como su lugar de Madre de Plaza de Mayo habilitó a Adelina para enunciarse e intervenir públicamente en otros temas de coyuntura, referidos a la educación, a través de la publicación de editoriales en diarios locales en los que, por ejemplo, hacia el año 2000, criticaba y cuestionaba la Ley Federal de Educación.

La preocupación por la transmisión aparece también en Beba Dillon, quien se presentaba como Madre de Plaza de Mayo y “Abuela cuentacuentos”:

Hay que seguir peleando, recordando... ahora son los jóvenes que tienen que seguir, tal cosa pasó, que no se vuelva a repetir. Te digo más, en el salón de las Madres están todas las fotos, no sé si ustedes han ido, las fotos de nuestros hijos, no están todos, están los que sabemos, entonces ese salón es como si fuera un cementerio, y yo dije no, no tiene que ser un cementerio, vamos a hacer una cosa, llamamos a los chicos, la municipalidad nos manda los de las escuelas municipales, y les contamos cuentos. Y yo les cuento un cuento, donde hablo de un... como abuela cuentacuentos ¿viste?, de un mandón de la China que era así, que no quería a los jóvenes, que tenían que dedicarse nada más que a plantar arroz y que no quería que se cortaran la trenza, qué se yo, cosas así que decía el mandón, y les digo, en nuestro país pasó lo mismo, hubo tres mandones, y pasó tal día. Y un nene una vez me dice “entonces con los que no estaban de acuerdo...” y me hizo así [hace gesto de que le cortan el cuello] y yo le dije sí, yo creo que tienen que saber viste, los pedagogos en general están de acuerdo, porque hay chicos de 3 a 10, 11 años, tienen que saber lo que pasó, yo estoy con que hay que contar la verdad, le he contado a mis nietos también, al nene sobre todo, para que no vuelva a pasar, no podés estar distraído en este país, los militares en cualquier momento que EEUU resuelva, vuelven, ojo (Santillán de Dillon, 2013).

La idea de narrar cuentos aparece como forma de activar una memoria a través de su transmisión a las jóvenes generaciones, apelando además a una práctica propia de la docencia, como es la lectura en voz alta. El análisis de estas trayectorias vinculadas a la formación y al ejercicio docente puede contribuir a comprender una preocupación

sostenida por las Madres y Abuelas sobre la necesidad de la construcción de una pedagogía de la memoria.

Reflexiones finales

Este trabajo buscó poner en relación la experiencia docente en las trayectorias de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. El magisterio fue uno de los trabajos al que las mujeres accedieron desde fines del siglo XIX, y que les permitió labrar un proyecto de vida y desarrollo profesional en el espacio público. En el caso de las mujeres cuyas trayectorias analizamos, se habían formado en escuelas normales nacionales y ejercido como maestras hacia la década del 40, y tras la desaparición de sus hijos/as la mayoría se jubiló por alcanzar la edad necesaria o para dedicarse de lleno a la búsqueda. La docencia formó parte de una identidad que permaneció y se entrelazó con la experiencia militante en el movimiento de derechos humanos, aun cuando las memorias sobre dichas experiencias permanecieron menos visibles en los testimonios públicos.

Entre los sentidos de prescripción y mandato aparecen las nociones de vocación, autonomía y proyecto, como formas en que las Madres y Abuelas que fueron docentes significan sus trayectorias docentes. Interpeladas desde la amorosidad, la paciencia, el cuidado y el afecto, las maestras fueron llamadas también a forjar un carácter severo, cualidad de la que muchas darían cuenta posteriormente, en su identidad de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Algunos de sus recorridos vitales permiten advertir que la docencia implicó el cuestionamiento a modelos educativos dominantes, así como se vinculó con itinerarios militantes políticos, gremiales y sociales. Estas experiencias testimonian que las representaciones dominantes sobre la docencia fueron habitadas y a la vez transgredidas por estas mujeres. También permiten identificar compromisos militantes que se configuraron de manera temprana en sus vidas.

Así como los testimonios nos muestran los diversos sentidos otorgados a la experiencia del magisterio, al mismo tiempo dan cuenta de experiencias comunes que permiten explicar parte de los recursos con los que estas mujeres contaban, saberes y prácticas que formaban parte de ese acervo al que recurrir en un nuevo contexto de enorme complejidad. Las Madres y Abuelas generaron prácticas políticas singulares, que pueden comprenderse más sucintamente al explorar esta dimensión de sus recorridos previos.

Al analizar las trayectorias podemos advertir que la docencia marcó los modos en que estas Madres y Abuelas habitaron tempranamente el espacio público y esta experiencia singular las dotó de determinados capitales simbólicos y materiales que tuvieron cierta impronta en sus acciones militantes posteriores. Estas mujeres habían construido itinerarios de relativa autonomía, en principio en relación con la posibilidad de percibir un salario, así como de viajar y trasladarse a otros lugares en búsqueda de mejores puestos. Contaban, además, con destrezas ligadas a la escritura —que en algunos casos se traducían en la posibilidad de publicar—, la oratoria, y la gestión administrativa, sobre todo en el caso de aquellas que habían tenido experiencia en ciertos puestos de jerarquía —dirección o inspección— o contacto estrecho con las cooperadoras escolares.

La práctica de archivar, así como determinadas habilidades ligadas al trabajo administrativo, son recuperadas como prácticas propias del oficio a las que echaron mano en el marco de sus militancias posteriores como Madres y Abuelas. La preocupación por la transmisión de la memoria a las nuevas generaciones puede ser pensada como parte de la tarea de educar, de la que muchas de ellas se sentían responsables.

En ese habitar lo público, estas mujeres asumieron relaciones con diferentes agencias estatales, ministerios, secretarías, direcciones educativas, y por el rol social que conllevaba el magisterio también tenían vínculos con funcionarios, en algunos casos hasta intendentes.

Como dijimos, las maestras eran una referencia en las comunidades pequeñas, contaban con cierto prestigio representando al Estado, y en determinados momentos también se constituyeron como demandantes hacia diferentes instancias estatales, con el objetivo de garantizar derechos para las comunidades en las que les tocaba ejercer, y dentro de las cuales muchas veces la escuela era referencia central de la institucionalidad pública.

En este marco podríamos considerar que la experiencia docente posicionó a estas mujeres en un lugar específico para exigir y demandar a un Estado que, por un lado, las interpelaba como portadoras de la tarea de educar a la ciudadanía —con las connotaciones morales que tal interpelación connotaba—, mientras que por otro lado les arrebató a sus hijos, vulnerando de forma trágica esa institucionalidad de la que eran representantes. Como planteamos al comienzo, en ese habitar lo público eran interpeladas por el Estado y por la misma comunidad como “segundas madres”. Algo muy sugerente para pensar cómo las Madres y Abuelas contaban con una experiencia de ejercicio de una *segunda* maternidad pública.

Referencias bibliográficas

- Agrikoliansky, E. (2017). Las “carreras militantes”: alcance y límites de un concepto narrativo. En O. Fillieule, F. Haegel, C. Hamidi y V. Tiberi (Dir.), *Sociologie plurielle des comportements politiques. Je vote, tu contestes, elle cherche...* (pp. 167-192). Les Presses de Sciences Po. <https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2017/12/Las-carreras-militantes-alcance-y-limites-de-un-concepto-narrativo.-%C3%89ric-Agrikoliansky.pdf>
- Alliaud, A. (1993). *Los maestros y su historia: los orígenes del magisterio argentino/1*. Centro Editor de América Latina.
- Andújar, A. (2014). *Rutas Argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes (1996-2001)*. Ediciones Luxemburg.
- Barrancos, D. (2008). *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Sudamericana.

- Barrera, L. (2022). *La casa de la calle 30. Una historia de Chicha Mariani*. Tusquets editores.
- Caldo, P. (2018). Tizas y Apuntes: costumbres en común. Maestras, libros y prácticas de enseñanza en la Argentina de 1930. En F. Fiorucci y L. G. Rodríguez (Comps.), *Intelectuales de la educación y el Estado: maestros, médicos y arquitectos* (pp. 115-139). Universidad Nacional de Quilmes.
- Caldo, P. (2019). Solteras o debidamente casadas. Aproximaciones a una arista poco explorada en la historia de las maestras argentinas, 1920-1950. *ARENAL*, 26 (2), 521-540. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/5402>
- Feijóo, M. del C. y Gogna, M. (1985). Las mujeres en la transición a la democracia. En E. Jelin, *Los nuevos movimientos sociales/2 – Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Centro Editor de América Latina.
- Fiorucci, F. (2016). País afeminado, proletariado feminista. Mujeres inmorales e incapaces: la feminización del magisterio en disputa (1900-1920). *Anuario de Historia de la Educación*, 17(2), 120-137. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2313-92772016000200008
- Iparraguirre, S. (2022). *Delia. Bastión de la resistencia*. Editorial Marea.
- Jelin, E. (1985). *Los nuevos movimientos sociales/2 – Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Centro Editor de América Latina.
- Longa, F. (2010). *Trayectorias e historias de vida: perspectivas metodológicas para el estudio de las biografías militantes*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5100/ev.5100.pdf
- Morales, V. (2015). La subversión del grito. Repensando la emergencia de las Madres de Plaza de Mayo. *Mora*, 21(1), 37-61.

- Morgade, G. (1997). La docencia para las mujeres: una alternativa contradictoria en el camino hacia los saberes legítimos. En G. Morgade (Comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina 18701-1930*. Miño y Dávila Editores.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Biblos.
- Padawer, A. (2008). *Cuando los grados hablan de desigualdad: Una etnografía sobre iniciativas docentes contemporáneas y sus antecedentes históricos*. Editorial Teseo.
- Queirolo, G. (2020): *Mujeres que trabajan, Labores femeninas, Estado y sindicatos (Buenos Aires, 1910-1960)*. Grupo Editor Universitario.
- Revista Alfonsina*, (3 de mayo de 1984). Otras Madres, otras voces.
- Rodríguez, L. (2019). Normalismo y mujeres: Las maestras en el Quién es Quién en La Plata (1972): trayectorias de una élite intelectual y profesional. *Trabajos y Comunicaciones*, (50), e092. <https://doi.org/10.24215/23468971e092>
- Spiegelburd, R. P. (2017). Luis Iglesias, director del periódico *Educación Popular. Anales de la Educación Común*. Tercer siglo. Nueva etapa digital, 2(2), 35-39. <https://issuu.com/dpplaneamientopba/docs/anales-2>
- Vecchioli, V. (2005). “La nación como familia”. Metáforas políticas en el movimiento argentino por los derechos humanos. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.) *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 241-270). Universidad Nacional de Quilmes.

Fuentes y entrevistas

- Biscayart de Tello, M. E. (7 de octubre de 2006). Made in La Plata. https://www.podomatic.com/podcasts/madeinlaplata/episodes/2006-10-07T12_57_43-07_00
- Dematti, A. (24 de abril de 1967). [Nota dirigida al intendente de Brandsen]. Serie 1: Adelina Ethel Dematti de Alaye (Ss1.4). Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Fondo documental

de Adelina Dematti de Alaye, integrante de Madres de Plaza de Mayo-La Plata.

Dematti de Alaye, A. (2005, 1 de agosto). Entrevista realizada por Palomino, P. Archivo oral Memoria Abierta.

Dematti de Alaye, A. (2013). Entrevista realizada por Jaunarena, J. Proyecto: Abuelas y Madres de Plaza de Mayo. Relatos del futuro. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Repositorio de la Universidad Nacional de La Plata, Sedici.

Figueroa Díaz, A. A. (16 de septiembre de 2007). Reportaje póstumo a Nelva Falcone. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-91494-2007-09-16.html>

La bici audiovisual. (14 de diciembre de 2017). *Ellos son - Adelina Dematti de Alaye - Madre de plaza de Mayo* [Archivo de video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=w_hZ8NKgzsE

Santillán de Dillon, E. (2013). Entrevista realizada por Jaunarena, J. Proyecto: Abuelas y Madres de Plaza de Mayo. Relatos del futuro. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Repositorio de la Universidad Nacional de La Plata, Sedici.

El proceso de identificación feminista en mujeres sindicalistas de la Asociación Bancaria (2015-2019)

Victoria Estermann

Introducción

El período 2015-2019 se caracteriza no solo por la instauración de un gobierno de corte neoliberal en el país luego de más de 12 años de gobiernos progresistas, sino también por el surgimiento en el plano social de un fuerte activismo en relación con las discusiones sobre la violencia de género y de diversos repertorios de lucha feminista. Esto ocasionó que en muchas instancias militantes y de organización opositoras al gobierno se buscara fortalecer el vínculo entre las luchas feministas y la resistencia al embate neoliberal. El espacio sindical no fue la excepción, lo que permitió observar que en sindicatos que presentan características del tipo profesional-asociativo (Armellino, 2015) y donde el feminismo no se encontraba presente de manera preponderante como demanda de sus afiliadas se empiezan a generar procesos de incorporación de dicha perspectiva y a involucrarse en movilizaciones y actividades al respecto, ocasionando que las militantes y dirigentes gremiales procuren también posicionarse en relación con este.

El objetivo del siguiente capítulo es analizar las transformaciones ocurridas en los procesos identitarios de las sindicalistas que integran

la Asociación Bancaria —el sindicato bancario argentino— en cuanto a la incorporación no solo de los repertorios de acción feminista, ajenos a su lógica sindical, sino también en el interior de la categoría feminismo que antes era utilizada para designar a sectores opositores a sus sindicatos, es decir, un “otros” frente al cual construirse identitariamente.

Buscaremos entonces describir el proceso de construcción de la categoría “sindicalismo feminista” que presenta la Asociación Bancaria, donde vislumbramos que hay una reconfiguración acerca de lo que significa ser feminista. Consideramos que en este proceso se genera una instancia de transacción identitaria que permite articular esta nueva demanda (feminista) con la identidad anterior (sindicalista) de forma tal que posibilita tramitar los ruidos que se producen en su interior. Analizar la modificación de las representaciones en torno al feminismo, y cómo desde la Asociación Bancaria se modificó esta categoría y se intentó encuadrar en un marco de inteligibilidad, nos permitirá observar el proceso de transformación que se dio en el período 2015-2019 desde otra arista.

En línea con Jodelet (1986), consideramos que las representaciones sociales son marcos de aprehensión o formas de ver el mundo tributarias de la posición que ocupan los sujetos en la sociedad, la economía y la cultura, así como del contexto histórico más general en el que están insertos. Es por esto que las representaciones funcionan a modo de marcos cognitivos sociales compartidos que surgen y se retroalimentan en la interacción, donde se establece un sistema de valores que orienta a los individuos en el mundo social, permitiendo que se lleve a cabo la comunicación entre ellos. Así, estos fenómenos crean no solo el sentido común, sino también un marco de comprensión de la realidad (Moscovici, 1984).

Analizar las representaciones de las afiliadas nos permitirá ver cómo estas se piensan en relación con el feminismo y qué opinan de

las transformaciones encaradas en sus sindicatos. Además, nos ayudará a enriquecer el análisis incorporando la diversidad de visiones que se tienen dentro del gremio, donde se ponen en juego estas distintas representaciones.

Procesos identificatorios, cultura organizacional y cultura sindical

Antes de adentrarnos en el objetivo del texto, nos interesa discutir acerca de los procesos de construcción de identidad y de las configuraciones identitarias que ocurren en el interior del sindicalismo. En primer lugar, coincidimos con Loeza Reyes (2006) en que las identidades solo pueden ser analizadas como un proceso histórico —esto es, como un fenómeno dinámico— y en este dinamismo el sujeto construye su identidad a partir de dos transacciones: una interna, delineando qué tipo de persona uno quiere ser en correspondencia con su biografía, y una externa, en la que se toman en cuenta las instituciones y grupos a los que pertenece y a través de la cual se perfila qué tipo de persona uno es, y donde también entra en consideración la definición oficial por parte de estas instituciones. De esta manera, teniendo presente el conjunto de representaciones sociales que conforman tanto el acto de pertenencia como el de atribución, el sujeto edifica una identidad bidimensional (para sí y para el otro), que son inseparables y se construyen en un proceso continuo de determinación entre el sujeto y su entorno (Dubar, 2000).

Podemos afirmar que la pertenencia a cierto tipo de sindicato, con su consiguiente cultura organizacional y sus designaciones tanto internas como de otros actores sociales, determina la identidad de sus participantes junto con su universo de significantes y representaciones sobre cómo debe actuar el sindicato, cómo debe resolver sus problemáticas y cómo debe encarar las distintas luchas sociales. En este sentido, es interesante reflexionar acerca de los tipos de sindicalismo que se presentan en el panorama argentino, para poder definir a cuál

responde nuestro caso de estudio, la Asociación Bancaria. Tomando las definiciones de Armelino (2015) podemos señalar que existen dos grandes esquemas generales para categorizarlos: por un lado, los sindicatos profesional-asociativos, y por el otro, los sindicatos de clase.

Los primeros se orientarían a la acumulación de recursos organizativos para convertirlos en bienes y servicios destinados a sus afiliados, además de restringirse a su sector de actividad con el objetivo de constituirse como el organismo que expresa la necesidad de sus trabajadores. Los segundos, por el contrario, tendrían la finalidad de una construcción colectiva de carácter político en relación con una visión global de la sociedad. Es así como estos sindicatos, en contraposición con los primeros, buscan convertirse en un organismo transformador de las necesidades de los trabajadores, y su labor reivindicativa se desarrollaría en paralelo al logro de metas más amplias de cambio.

En el caso de la Asociación Bancaria, nos encontramos con un sindicato de tipo profesional-asociativo, con una fuerte capacidad de acción y extensión nacional —cuenta con 53 seccionales en todo el territorio nacional—. Esto implica que el objetivo fundamental del sindicato es la discusión y la obtención de ventajas organizacionales en la discusión con la patronal, y que se encuadra fundamentalmente en las discusiones de la negociación paritaria y la defensa de los derechos de los trabajadores. Por lo mismo, se encuentra afiliada a la CGT y abona a la Corriente Federal de Trabajadores, rama interna de la Central que busca discutir su encuadramiento político y las estrategias a seguir, sin romper con la misma.

La fortaleza de este tipo de sindicatos, según su construcción identitaria, se mide en relación con el éxito de la resolución de conflictos en la negociación colectiva, y la discusión con las instancias correspondientes, mientras que otros sindicatos tienen como objetivo la organización de militantes integrales, que planteen una lucha más general, en términos de una sociedad o un proyecto de país (Sian

Lazar, 2020). Nuestro interés por analizar el fenómeno de la incorporación de los debates de género en el interior de los sindicatos se debe a que vemos que las formas organizacionales que presenta el feminismo desde su experiencia movimientista tiene que ver con otros tipos de movilización de recursos y otra concepción acerca de cómo hacer política, que choca con la visión de los sindicatos profesionales-asociativos, y posee mayor punto de contacto con estas otras formas sindicales (el sindicato de clase).

De acuerdo con lo dicho, consideramos que en la incorporación de estos repertorios de acción y esta transformación en el nivel social acerca de la aceptación del feminismo como una forma de luchar contra la violencia y la desigualdad hacia las mujeres, se genera en los individuos una transacción biográfica (Loeza Reyes, 2006). Esta busca conciliar el deseo de salvaguardar una parte de sus identidades anteriores (un sindicato profesional-asociativo) dentro de sus identidades heredadas y ligadas a la socialización sindical y al deseo de construir otras nuevas identidades, pretendidas, que tienen que ver con la incorporación del feminismo a la lucha sindical.

La forma en que se ha logrado esta transacción, según vemos, es a través de la reconfiguración de la representación acerca de lo que significa el feminismo y de qué manera este se diferencia de los “otros feminismos”. Es así como la representación de este nuevo sindicalismo feminista rescataría las tradiciones históricas del movimiento obrero —y fundamentalmente del peronismo— y se posicionaría en un lugar distinto a los otros actores sindicales, como los espacios de la izquierda tradicional.

El nuevo ciclo de movilizaciones feministas y la lucha por la igualdad

Uno de los grandes desafíos a las identidades sindicales ocurre con el surgimiento del nuevo ciclo de movilizaciones feministas en 2015 y su profundización en el gobierno de Cambiemos (2016-2019),

ya que esta masificación y reivindicación de la identificación con el feminismo en la sociedad impacta en el nivel nacional (Varela, 2020) y empieza a calar en las dirigencias sindicales. En coincidencia con Arriaga y Medina (2018) y con Rodríguez (2020), consideramos que es a partir de la convocatoria a los paros nacionales e internacionales de mujeres que ocurren desde 2016 cuando las organizaciones feministas comienzan a demandarle a las mujeres de las agrupaciones sindicales el apoyo a las medidas de paro para garantizar su efectividad.

Esta participación en los distintos ámbitos de articulación feminista llevó a que se crearan lazos entre distintos espacios y se reactivaran procesos de militancia de género, junto con el desarrollo de experiencias novedosas. Por ello, muchas de las organizaciones sindicales profesionales-asociativas debieron desarrollar estrategias y redes de articulación para poder efectivizar estas propuestas, vinculándose con espacios más cercanos a la “forma movimiento social”¹ y a sus estrategias organizativas y de acción, como en el caso de las asambleas feministas (Rodríguez, 2020).

Toda esta nueva dinámica que se genera produce experiencias de fortalecimiento de las redes gremiales (Estermann, 2020) junto con la aparición de nuevos intereses y demandas por parte de las trabajadoras. Ello inicia una estrategia transversal de incorporación de los temas de la agenda feminista en plenarios de secretarios generales, reuniones de comisión directiva, mesas paritarias, iniciativas de formación y capacitación y estrategias específicas relacionadas con la conformación de áreas particulares para los temas de género, reunio-

¹ Rodríguez (2020) caracteriza las dinámicas de representación de estas demandas y señala dos formas específicas: por un lado, la “forma sindicato”, que es “la forma histórica de la existencia colectiva del sindicalismo con la institucionalidad que expresa material y simbólicamente a las organizaciones subalternas” y por otro lado la “forma movimiento social”, que expresa “formas históricas de organización de actores que no tienen poder y buscan modificar el sistema” (Rodríguez, 2020, p. 164).

nes y ámbitos de debate no mixtos, así como la participación en espacios y encuentros feministas (Rodríguez, 2020).

Lo que pudimos observar es el doble juego que se generó con dicho proceso en el nivel de la identidad, ya que este nuevo reconocimiento con el feminismo por parte de los sindicatos interpeló y contuvo una heterogeneidad de experiencias y posiciones que antes no eran tenidas en cuenta y se constituyó en identidad política para muchas mujeres jóvenes en el ámbito sindical. Al mismo tiempo se amplió la representación sindical hacia un espacio de convocatoria e intervención para muchas trabajadoras afiliadas y no afiliadas que hasta ese momento no se habían referenciado en términos identitarios con el sindicato en sus ámbitos de trabajo.

Las identidades pueden estudiarse como emergentes de las acciones colectivas que se reformulan de manera continua, pero también están ligadas estrechamente a las formas de racionalidad invertidas en la acción que son las que sirven de soporte a las estrategias de los actores (Dubar, 2000). Cuando estas se modifican, la identidad también se ve afectada; lo que antes se veía como aceptable ahora no lo es, y viceversa. Esto genera también actos de resistencia, fundamentalmente en varones, como lo ha detallado Cockburn en su icónico texto *In the way of women* (1991), donde demuestra cómo en los lugares de trabajo donde se ha avanzado en políticas de género se han encontrado varones que intencionalmente han puesto reparos y frenos a aquellas.

En el caso analizado pensamos que los cambios identitarios no llegan a ser tan radicales como para una ruptura biográfica de las trayectorias que implique una reconstrucción de un aparato de legitimación nuevo (Berger y Luckmann, 1996). Más bien, que en esta transacción biográfica que se genera se permite una autocrítica del pasado y una adaptación al presente, reconfigurando la coherencia discursiva acerca de su comportamiento anterior a 2015.

La reivindicación del feminismo genera un proceso de reconstrucción identitaria en el cual no solo se valoriza de manera diferente al feminismo, sino que también se elaboran definiciones sobre lo que significa militar un sindicalismo feminista. Es por ello que aquí vemos un proceso de transacción identitaria, en el que se busca conciliar una identidad feminista, novedosa, con una trayectoria identitaria anterior —la sindical, de “lucha por los derechos”— que debe incluir a esta nueva situación; es decir, la lucha por la igualdad entre varones y mujeres.

Así, una de las transformaciones más importantes que se dieron en este período es la del desarrollo del concepto del “sindicalismo feminista” y su definición como la idea de buscar la igualdad entre varones y mujeres en todos los ámbitos, incluido el sindical. Se construye así, discursivamente, una forma de feminismo que se relaciona con ideas conocidas dentro del sindicalismo, sobre justicia social y lucha por derechos, a la par que a esta identidad sindical se le añaden repertorios y modos de hacer política novedosos, provenientes del feminismo, que han sido aprendidos, adquiridos y desarrollados al calor de todas las luchas llevadas a cabo en conjunto y que dan cuenta de una identidad compartida, *sui generis*.

Identidades en movimiento, transacciones y nuevas formas de comprender al feminismo

Como dijimos, podemos ver que con la incorporación del feminismo en el interior de la acción gremial se dan nuevas formas de pensar al sindicalismo en estos espacios profesionales-asociativos, y la distinción entre formas de representación se diluye y se reconfigura. En este sentido, para no romper completamente con su forma tradicional, el sindicalismo se reestructura de forma tal que permite incluir al feminismo, pero desde una definición propia y con elementos de su historia e identidad específica. Esta transacción identitaria acerca de la construcción de un “sindicalismo feminista” es lo que vamos a detallar en este apartado.

Consideramos que en el caso analizado, a la par de una socialización primaria que les brindaría una predisposición a actuar debido a sus características familiares, sociales, políticas, también se encontraría una socialización secundaria sindicalista, donde se generaría la identidad y la disposición a actuar desde el sindicalismo y la forma sindical (profesional-asociativa), pero que choca con la irrupción de una tercera forma de socialización —la feminista— ocurrida en el proceso iniciado en 2015 y que tiene su mayor punto en los espacios de organización por los paros internacionales de mujeres y las luchas por el aborto.

Esta nueva participación en un espacio feminista impregna su proceso identitario, pero a la vez su forma de analizar la vida y la política sindical, generando un nuevo marco desde el cual examinar sus experiencias de vida. Pensamos que en esta transacción identitaria juegan un rol muy importante los aspectos de sus otras socializaciones, la predisposición a actuar contra la injusticia y la lucha por la igualdad, desde esta socialización primaria, y la predisposición a la lucha sindical a partir de un enfoque profesional-asociativo, desde la socialización secundaria sindical. Estas características hacen que la construcción de esta representación acerca del sindicalismo feminista se dé a partir de la reivindicación de un espacio de lucha por la igualdad, como veremos más adelante.

Dubar (2000) señala que la socialización secundaria es de suma importancia para la formación de la identidad, ya que la capacidad reflexiva del individuo le permite cuestionar ciertos aprendizajes adquiridos durante la socialización primaria. En el caso de la socialización feminista, las militantes pudieron reflexionar sobre su proceso de vida y su propia militancia de manera novedosa, desde una perspectiva trazada por el género. Pero la socialización primaria les permitió un marco general de análisis donde pudieron incorporar la lucha por la igualdad de género en su identidad de militantes

sindicalistas, lo que posibilitó que estas transacciones se resuelvan de manera favorable.

En lo que sigue definiremos, en un primer momento, a qué hace referencia la Asociación Bancaria cuando enuncia un “sindicalismo feminista”, historizando su proceso y rescatando también sus ideas y propuestas. Para ello nos basaremos en el desarrollo del espacio de Mujeres Sindicalistas de la Corriente Federal de Trabajadores, de cuya construcción la Bancaria es parte activa. En esta elaboración que propone el espacio sobre el sindicalismo feminista, se han dado una serie de reuniones, llamadas Encuentros de Mujeres Sindicalistas, que permiten distinguir no solo objetivos sino también líneas de acción. Por ello nos interesa rescatar brevemente el proceso que atravesó el espacio de Mujeres Sindicalistas (MS) y las discusiones que han sostenido, así como mencionar la definición que ellas elaboran sobre lo que es el sindicalismo feminista.

Los Encuentros de Mujeres Sindicalistas comenzaron a realizarse en 2016; son un espacio de reunión anual de las integrantes de la Corriente Federal de Trabajadores-CGT junto con otras figuras del campo sindical y del feminismo. En estos las participantes buscan discutir la desigualdad de género en el interior del mercado de trabajo, la sociedad y el propio ámbito gremial. Asimismo, se proponen generar líneas de acción y objetivos tendientes a difundir dichas problemáticas y a avanzar hacia una sociedad más igualitaria.

De acuerdo con sus documentos oficiales, el objetivo de este espacio es lograr la igualdad entre varones y mujeres en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Asimismo, esta búsqueda de igualdad de derechos se relaciona con su situación particular como mujeres trabajadoras. Por ello es que abordan tanto las problemáticas en el lugar de trabajo (techo de cristal, piso pegajoso, licencias por paternidad y maternidad, etc.), como en los sindicatos (conseguir lugares de representación e incorporar la perspectiva de género en todas las discusio-

nes), pero también discuten la triple jornada laboral y la desigualdad en la división del trabajo doméstico y de cuidados.

En relación con los objetivos a cumplir desde el sindicalismo, se proponen avanzar en una “verdadera democratización” en su interior, que ponga a las mujeres en los lugares de decisión, reclamando “Secretarías de Género pero también Secretarías Generales” (Mujeres Sindicalistas, conclusiones EMS, 2018), e incluyen en este sentido la discusión de los espacios de poder, así como incorporar las problemáticas de las mujeres en los acuerdos programáticos intersindicales. Todas estas discusiones son sintetizadas en la incorporación del punto 27 —llamado “vivas y libres nos queremos”— al programa de la Corriente Federal de Trabajadores, esto es, la incorporación de un punto exclusivo sobre la perspectiva de género en el programa de los sindicatos.

Cuando observamos en las conclusiones del Tercer Encuentro de Mujeres Sindicalistas que mencionan “No puede haber una trabajadora y menos una que se diga feminista, que no esté afiliada a su sindicato” (Conclusiones EMS, 2018), podemos destacar la reivindicación de la palabra feminista para el ámbito sindical, y su inclusión en el imaginario de lo que debe ser una trabajadora sindicalista, ya que se busca discutir en estos espacios las problemáticas de las mujeres trabajadoras tanto en términos de la división sexual del trabajo como en relación con las desigualdades en el lugar de trabajo y la disputa de poder en el interior de los sindicatos. Es en la construcción de este sindicalismo feminista y en cómo se incorporan representaciones y significantes de otras militancias donde vemos esta transacción subjetiva, interna, que permite a muchas de las militantes sindicalistas de larga data poder conjugar ambas identidades en una nueva, evitando las contradicciones dentro de sus espacios de organización.

El feminismo deja de ser una construcción opositora al sindicalismo burocrático o profesional-asociativo; ya no es exclusivo de la dis-

cusión de los espacios de izquierda tradicional, y pasa a incorporarse en el repertorio identitario de estos sindicatos y de estas sindicalistas que plantean la importancia de llevar tales discusiones a los espacios de poder. En este sentido, la construcción institucional y discursiva se ve con claridad en los comunicados de los Encuentros y del colectivo de Mujeres Sindicalistas. Pero resta por analizar de qué manera esta construcción es recibida por las militantes que tienen una trayectoria en él. ¿Se acepta acríticamente o se relaciona también con las trayectorias biográficas? ¿Hay modificaciones en su interior? ¿Se concilian estas representaciones con las que tienen las militantes en sus significaciones? Nos interesa introducir este punto en el siguiente apartado.

El impacto de esta nueva identidad en las mujeres sindicalistas

Si bien es cierto que estas transformaciones en los niveles discursivo y político generan un proceso de transacción donde se conforma una nueva representación acerca de lo que implica para las mujeres sindicalistas el feminismo, también lo es que en la mayor parte de las participantes esto no se da automáticamente. Estas tensiones se encuentran presentes y se expresan en mayor o menor medida de acuerdo con las trayectorias anteriores y en cómo se conjugan estas experiencias con la nueva situación. En este sentido podemos ver de qué forma estas transacciones identitarias que estamos analizando son recibidas de distintas maneras de acuerdo con las trayectorias políticas y sociales de las participantes, fundamentalmente según cómo conciben las ideas de igualdad y justicia.

En cuanto a las investigaciones que desarrollan estas temáticas, existe una línea de trabajo internacional que analiza las disposiciones a participar e involucrarse en la militancia sindical por parte de las mujeres, representada por Colgan y Ledwith, 2002; Ledwith, 2012; Kirton y Healy, 2012, entre otras. Las autoras mencionan que para que las mujeres sindicalistas se vuelvan activas, deben sentirse interpela-

das por “otros significativos” o por “eventos significativos”. En cuanto a los primeros, se trata de personas que impactan en sus decisiones de militar (familiares, parejas, colegas de trabajo que ya estén militando o que las inciten a militar).

Ante la consulta por su trasfondo familiar, la mayoría de las mujeres en estos estudios informaban que provenían de familias con fuertes vínculos con la izquierda, así que se volvieron militantes sin necesidad de un evento significativo, pues es lo que hacía su entorno familiar. En nuestro caso de estudio —la Asociación Bancaria— muchas tenían de trasfondo una militancia o una familiaridad con el peronismo, espacio político donde el compromiso con la lucha por la igualdad y la justicia social es muy fuerte, al menos en las vertientes descriptas por las entrevistadas. Asimismo, muchas otras poseían familiares o amigos que participaban en espacios de organización sindical o política, con lo que también fueron influyentes en este sentido. No obstante, en muy pocos casos estos otros significativos adherían a la lucha de género o al feminismo.

Por otro lado, los eventos significativos son situaciones de injusticia que se presentan en los lugares de trabajo y que llevan a que los individuos vean que es importante organizarse para solucionarlas. Para el caso de las mujeres, las autoras amplían la definición de Watson (1988) y plantean que por lo general son los eventos significativos generizados que ocurren en el lugar de trabajo los que ocasionan que las mujeres militen activamente en la organización gremial. Estos sucesos, al estar fuertemente trazados por desigualdades de género, despiertan una conciencia generizada entre las mujeres ya que logran esta identificación como grupo oprimido (Cockburn, 1996) y ven sus preocupaciones, que antes eran individuales, como problemáticas grupales.

Los eventos colectivos significativos que menciona Watson no tienen esta dimensión de género, lo que corresponde también para las

trayectorias analizadas en nuestro estudio. El caso que examinamos es la introducción de esta conciencia generizada a partir de la participación en el “Ni Una Menos” del 3 de junio de 2015 o los paros de mujeres de 2016 y 2017. Es decir, en estas trayectorias militantes, los eventos significativos generizados ocurren cuando las militantes ya se encuentran en el interior de la actividad gremial, en muchos casos ocupando espacios de poder, y son estos los que despiertan el interés en la incorporación de la perspectiva de género y en el involucramiento de la lucha por la igualdad dentro de los ámbitos laborales y sindicales.

Tipologías en relación con sus representaciones sobre el feminismo

Los estudios internacionales mencionados (Colgan y Ledwith, 2002; Kirton y Healy, 2012) elaboran una categorización sobre la conciencia que presentan las diferentes trayectorias sindicales acerca de las problemáticas de género y su forma de abordar esta lucha. En lo que sigue rescataremos esta tipología para contrastarla con estudios realizados previamente (Estermann, 2021) y señalar similitudes y diferencias.

Las autoras realizan un continuo con dos puntos extremos —tradicionalistas y feministas— y dos puntos intermedios —en transición y “*welfarist*”—. En el extremo tradicionalista de las trayectorias se encuentran las mujeres con una falta de conciencia de las políticas de género. Implica la aceptación del lugar generizado de las mujeres en la sociedad, la familia, el mercado de trabajo y las organizaciones laborales. Desean encajar con el resto de la organización, aceptando la forma en que se hacen las cosas, aun si va en contra de sus propios intereses. En sus vidas profesionales niegan su condición de mujeres, pero identifican las desventajas que esta condición les ha traído en sus desarrollos laborales. La propuesta o solución es la lucha individual y la sobreformación para evitar estas discriminaciones; además se posicionan en contra de los proyectos de igualdad de las mujeres,

fundamentalmente los cupos y asientos reservados, argumentando que no buscan un tratamiento especial.

En el caso analizado por las autoras británicas, la tensión entre la clase y el género se encuentra muy presente. Ser una mujer tradicional implica la aceptación del lugar de género de la mujer en la familia, el mercado de trabajo y el sindicato. El tradicionalismo está cercanamente alineado con una perspectiva unitarista en la cual los valores sindicales están basados en la lealtad y la unidad. Por lo general persiguen un enfoque liberal de la igualdad de las mujeres, dentro de las estructuras y las tradiciones existentes. No desean ser llamadas feministas; ven tal radicalidad y separatismo como divisivo, antipático para su propia experiencia sindical y sus valores.

En un trabajo anterior (Estermann, 2021), hemos detectado un grupo de mujeres que, si bien reconocen las problemáticas de la mujer como atravesadas por un eje de opresión y de desigualdad, no se consideran a sí mismas feministas, debido a la carga negativa que posee la palabra, y prefieren rescatar su identidad de sindicalistas. A pesar de esto discuten la importancia de la incorporación de la perspectiva de género y las políticas de igualdad en el interior de los sindicatos, como forma estratégica para una acumulación de poder frente a otros actores sindicales o políticos que sí se definen feministas y disputan esta identidad. Así, la incorporación de la perspectiva de género se ve como un medio para un fin, distinto al de la búsqueda de la igualdad, y se lo pone como una estrategia a la hora de ganar poder sindical.

Las mujeres catalogadas por Colgan y Ledwith (2002) como “en transición” tienen conciencia aguda de las problemáticas que enfrentan por el solo hecho de ser mujeres y cómo esto impacta en los cambios en sus relaciones de trabajo. Están desarrollando una nueva sensibilidad al prejuicio y la discriminación que sufren, pero todavía no ven una forma de actuar al respecto. En su búsqueda por comprender lo que ocurre en sus sindicatos, ganaron un mejor entendimiento de

cómo sus colegas masculinos detentan poder. Están inseguras acerca de su identidad y su rol, y en esta etapa por lo general están ansiosas por distanciarse ellas mismas de ser etiquetadas como feministas. Esto las frena para avanzar y organizarse para luchar por la igualdad. Cuando superan este temor y se empiezan a cuestionar la falta de políticas en este aspecto, las mujeres “en transición” se ponen en contacto con las feministas y reevalúan su postura y su crítica hacia las estructuras y las estrategias desarrolladas.

En nuestro caso, podemos ver que estas mujeres se autodefinen “no feministas” pero están de acuerdo con la lucha por la igualdad dentro de los sindicatos. Rechazan el adjetivo de feministas por considerarlo como algo disruptivo o contrario a su identidad, pero tienen cierta aceptación a la mayor parte de las políticas desarrolladas por el sindicato en este sentido. Coincidimos entonces en que es un proceso de transición desde una identidad no feminista hacia una protofeminista, en el sentido de aceptar los lineamientos que propone el sindicato (lucha por la igualdad) pero no el epíteto feminista. Asimismo, podemos ver que esta transacción biográfica de la que habla Loeza Reyes (2006) no está presente, debido a que siguen manteniendo su identidad anterior.

Por su parte, las mujeres “*welfarist*” no tienen un trasfondo familiar laborista, ni tampoco una predisposición para participar activamente del sindicalismo. En general se acercan a la militancia por una injusticia o un problema particular en el trabajo, experimentado por ellas o por colegas mujeres. Sin el desarrollo de un compromiso ideológico tanto para el sindicalismo como para el feminismo, su involucramiento activo tiende a mantenerse limitado.

En cuanto a nuestro caso de estudio, podemos observar que hay muchas mujeres que se suman a la militancia sindical debido a problemáticas de género en los lugares de trabajo, sea por ellas mismas o por el acompañamiento a otras, pero que tampoco tienen una identi-

ficación como feministas o de lucha por la igualdad, sino que solo participan en sus roles de delegadas gremiales o de representantes sindicales. Cuando estas mismas son interpeladas luego de asumirse como feministas, ven a estos acontecimientos como parte de un feminismo “no mencionado como tal”, pero que se encontraba presente, debido a su socialización primaria, en relación con la lucha por la igualdad y la no discriminación. Esto ocurre gracias a la interiorización de los debates de género en las instancias de discusión y acción generizadas.

Distintas formas de llegar al feminismo

En cuanto a la última categoría, la de las mujeres feministas, las autoras definen al feminismo como el accionar práctico para desafiar el control económico, generizado, sexualizado y racializado sobre sus vidas a través de la ideología y las políticas, junto con una conciencia y una teoría al respecto. Toman la definición de Delmar (1986), en la que se destaca la diferencia entre muchos feminismos —incluyendo feminismo consciente e inconsciente—, señalando que mientras que un sentido de preocupación acerca de la desigualdad de género puede ser suficiente para que alguien pueda ser traído al ámbito de la política de las mujeres, tal sentido no hace a esa persona feminista.

De acuerdo con esta perspectiva, una feminista es una persona cuya preocupación central es la posición de la mujer y su lucha por la emancipación. Alguien que pone los derechos de las mujeres en el centro de su trabajo y para quien el feminismo es una opción política consciente. Entonces, la conciencia y el activismo permitirán una relativa diferencia objetiva entre las feministas y las no feministas. Las feministas son distinguidas como las líderes, organizadoras, publicistas, lobistas del movimiento de mujeres.

Una sindicalista feminista es una mujer cuyos valores, conocimiento y entendimiento, su conciencia, dan cuenta de estrategias de lucha feminista con el objetivo de la transformación de las estructuras patriarcales. Una feminista tiende a tener una perspectiva pluralis-

ta o radical sobre el sindicalismo. En este sentido, nuestra definición acerca de la construcción por parte de la Asociación Bancaria, junto con otros sindicatos profesionales-asociativos, de un sindicalismo feminista *sui generis* no entraría dentro de lo que las autoras catalogan como un movimiento feminista. No obstante, a pesar de que en esto discrepamos con dicha categorización, sí nos parece interesante la distinción que hacen de las mujeres feministas de acuerdo con su recorrido. Por un lado, las autoras señalan a las feministas socialistas, que inicialmente se politizaron fuera de los sindicatos. Con este trasfondo, tales mujeres se volvieron rápidamente participantes de sus sindicatos en el lugar de trabajo y fueron seleccionadas para cargos dentro de estos. Su objetivo era introducir nuevas formas de organización usando prácticas y estilos de democracia feminista, así como llevar igualdad y representación democrática a todas las secciones del movimiento sindical.

En nuestra tipología caracterizamos a las mujeres de la categoría “feministas históricas” como quienes se afirman primero como feministas y luego como sindicalistas, para las cuales la militancia feminista viene de antes o se encuentra a la par de su lucha sindical y que ven que el contexto de efervescencia del feminismo que experimenta la sociedad sirve para avanzar en estas discusiones dentro del sindicalismo. En ellas el proceso transaccional que describimos anteriormente no está presente ya que no debieron reacomodar su identidad feminista a una identidad sindical previa. Pero sí consideran que la discusión acerca del “sindicalismo feminista” tiene una utilidad práctica para difundir el feminismo en ciertos sectores.

Los estudios británicos destacan también a las socialistas feministas, cuya perspectiva feminista fue desarrollándose en su práctica sindical y su conciencia política fue gestándose inicialmente a través de la lucha y la organización socialista. En este sentido, vemos coincidente esta categorización con la que mencionamos como “sindicalis-

tas históricas”, donde se ubica la mayor parte de las dirigentes sindicales bancarias, con la característica de que ellas tienen un recorrido bastante extenso en la militancia por los derechos sindicales, tanto en las comisiones gremiales internas como en los distintos secretariados seccionales o nacionales. Son quienes han avanzado en las discusiones feministas en este último tiempo, y a las cuales esta unión entre ambos universos simbólicos las ha llevado el proceso de transacción identitaria antes mencionado, donde se ha debido modificar su representación acerca de lo que es ser feminista y lo que es el sindicalismo feminista para tener una coherencia interna con su identidad sindical predecesora.

La definición que hacen de qué es el feminismo se basa por lo general en la idea de la lucha por la igualdad o por la “equiparación de derechos” entre varones y mujeres. En ella reside una coincidencia notable con relación a la línea de Mujeres Sindicalistas, que tiene que ver con la forma como conciben también la lucha sindical. En nuestro caso de estudio pudimos detectar dos categorías más de respuestas sobre lo que significa ser feminista y sindicalista. Por un lado, las “feministas recientes” o “jóvenes” —su incorporación en la militancia feminista se da en el período 2015-2018— quienes tanto por la edad como por las discusiones que vienen manteniendo se identifican fuertemente con el feminismo.

La militancia sindical ha sido importante, pero tomó más fuerza cuando se empezaron a dar las discusiones de género en estos espacios, e incluso en algunos casos ellas mismas se han puesto a la cabeza en sus lugares de trabajo. Podríamos señalar que son las representantes más arquetípicas de la “marea verde” o la “cuarta ola”, y quienes tienen incorporadas con mayor facilidad muchas de las discusiones más recientes. En este sentido, el proceso de transacción identitaria no estuvo presente en ellas ya que se sumaron a militar el sindicalismo debido a esta nueva representación que tomaron con la incorpo-

ración de la perspectiva de género y la participación en los espacios feministas. En todo caso, y al contrario del resto, su participación anterior en espacios feministas condiciona y catapulta su militancia sindical cuando el sindicato comienza a abordar estas temáticas.

Por otro lado, y en una instancia intermedia, catalogamos a las “feministas en proceso”, quienes en general, ante la pregunta de si son feministas, comienzan sus respuestas con un: “yo no soy feminista, pero...”. No se consideran como tales debido a que su representación del feminismo está relacionada con que es un “extremismo”. Muchas de las explicaciones que dan aluden a que ellas quieren incluir a los varones, y que el feminismo los excluye, y añaden que prefieren luchar por “la igualdad de todos”. En este sentido, su representación se encuentra influenciada fuertemente por las imágenes y definiciones que circulan en medios de comunicación y en distintos sectores de la sociedad cargando al concepto feminismo de un significado negativo.

Muchas medidas realizadas por los sindicatos en relación con la perspectiva de género son apoyadas por estas participantes, a la vez que coinciden con una definición amplia del feminismo como la lucha por la igualdad o por “conseguir los derechos que nos faltan”. Podemos añadir que muchas de ellas también mencionan que, si bien no son feministas, están en un “proceso de serlo” o están “aprendiendo”; sin cerrar la puerta a “hacerse feministas”, pero siempre rescatando al sindicalismo feminista, no al feminismo de “los extremos”.

Con esta categoría podemos observar cómo esta reconstrucción de lo que significa ser feminista opera en cierto espacio sindical donde se piensa al feminismo como lo otro frente a un nosotros sindicalista, de los trabajadores e incluso peronista. La resignificación que se hace desde la Asociación Bancaria permite entonces agregar a toda una variedad de participantes que tiene una representación negativa del feminismo construida por sus socializaciones previas, a un femi-

nismo que incorpora como justificante y marco de comprensión a las categorías propias de la militancia y la lucha sindical.

Es por ello que consideramos que este proceso de redefinición que han hecho del feminismo en este espacio resulta interesante, debido a que, a pesar de las coincidencias con las propuestas del movimiento feminista que viene ocupando las calles desde siempre, esta forma de inscribirlo en una discursividad propia de las discusiones sindicales permite interpelar a las afiliadas y militantes de sus sindicatos de una manera más conciliadora. Posibilita generar una transacción identitaria donde el feminismo deja de ser el eterno rival del sindicalismo: ahora es comprendido como el movimiento que busca el avance en los derechos que hacen falta para obtener la igualdad entre los sexos, y se inscribe en un imaginario identitario más amplio, de la lucha sindical a favor de la defensa y ampliación de derechos.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo intentamos analizar las transformaciones ocurridas en los procesos identitarios de las sindicalistas bancarias y aproximarnos a cómo el ciclo de movilizaciones feministas impactó en su construcción identitaria vinculada a la incorporación no solo de los repertorios de acción feminista —ajenos a su lógica sindical— sino también la identificación hacia el interior de la categoría feminismo que anteriormente era utilizada para designar a sectores opositores a sus sindicatos; es decir, un “otro” frente al cual construirse identitariamente. Pudimos observar que, frente a una socialización secundaria sindicalista, a partir de la activación del nuevo ciclo de movilizaciones feministas y las tareas que debieron encarar en este sentido, muchas dirigentes sindicales incorporaron a aquella una socialización secundaria feminista, que chocaba en ciertos aspectos con esta primera identidad.

Observamos que la forma mediante la cual resolvieron esta contradicción identitaria fue la de generar un proceso transaccional, don-

de incorporaron la nueva identidad —la feminista— desde un marco analítico y discursivo de su identidad sindicalista (la lucha por avanzar en la obtención de derechos), pero también desde las herramientas que en muchos casos les dio una socialización primaria centrada en la tradición peronista familiar. En este proceso transaccional se construyó una nueva representación acerca de lo que significa ser feminista y cómo se conjuga el feminismo con la lucha sindical, lo que funcionó a modo de gran herramienta política a la hora de interpelar las identidades y representar políticamente a muchas militantes que no se sentían motivadas a participar dentro del sindicalismo, y que con la introducción de las discusiones feministas encontraron un incentivo.

Operando en un doble juego, este proceso de conformación del sindicalismo feminista permitió incorporar a este marco de acción a sindicalistas que no se sentían representadas por el discurso feminista tradicional, pero que sí pudieron ser interpeladas a través de la vinculación con referencias y marcos de discusión del sindicalismo y/o del peronismo. En este sentido, dicho proceso de transacción identitaria y esta lógica de representación política devino asimismo en una categoría movilizadora para la acción colectiva y en una transformación de los repertorios de acción sindical, aunque también en una incorporación de afiliadas y militantes que antes no tenían predisposición para la militancia sindical.

Resta por analizar si dichas representaciones y categorías se mantendrán en el tiempo o seguirán transformándose de modo tal que se permita una nueva construcción acerca de cómo debe ser la lucha por la igualdad de género dentro de los sindicatos. Así también, si este discurso avanzará hacia la incorporación plena de las discusiones feministas más tradicionales, fundamentalmente anclado en un marco político, económico y social con fuertes modificaciones como ha sido el inicio de la década del siglo 20.

Referencias bibliográficas

- Armellino, M. (2015). Reformas de mercado y reacciones sindicales en Argentina. Una revisión desde la experiencia de los trabajadores públicos. *Desarrollo económico*, 55 (216), 245-278.
- Arriaga, A. y Medina, L. (2018) Desafíos de las organizaciones sindicales frente a la desigualdad de género. Hacia la construcción de una agenda de investigación. *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, 7.
- Berger, P y Luckmann, T. (1996). *La construction sociale de la realité*. Armand Colin.
- Cockburn, C. (1991). *In the way of women*. Red Globe Press London.
- Cockburn, C. (1996). Strategies for gender democracy: Strengthening the representation of trade union women in the European social dialogue. *The European Journal of Women's Studies*, 3(1), 7-26.
- Colgan, F. & Ledwith, S. (eds.) (2002). *Gender, Diversity and Trade Unions: International Perspectives*. Routledge.
- Delmar, R. (1986). "What is Feminism?". In J. Mitchell & A. Oakley (eds.) *What is Feminism?* Blackwell.
- Dubar, C. (2000). *La Socialisation*. Armand Colin.
- Estermann, V. (2020). El sindicato por asalto. Feminismo y revitalización sindical en Argentina. En Goren N. y Prieto, V. (2020) *Feminismos y sindicatos en Iberoamérica*. Clacso, Unpaz.
- Estermann, V. (2021). ¿Qué tan feminista es el sindicalismo? Una aproximación a las representaciones sobre el feminismo en el espacio de Mujeres Sindicalistas. En Naón, G. y Vázquez, M. (eds.), *Géneros y sociedad: aportes desde el conurbano*. Universidad Nacional de Lomas de Zamora.
- Jodelet. D. (1986). La representación social: Fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici. S. *Psicología Social II*. Paidós
- Kirton, G. y Healy, G. (2012). *Gender and Leadership in Unions*. Routledge.

- Lazar, S. (2020). *Cómo se construye un sindicalista. Vida cotidiana, militancia y afectos en el mundo sindical*. Siglo XXI.
- Ledwith, S. (2012). Gender politics in trade unions. The representation of women between exclusion and inclusion. *Transfer*, 18(2).
- Loeza Reyes, L. (2006). Identidades políticas: el enfoque histórico y el método biográfico. *Perfiles latinoamericanos*, 29.
- Moscovici, S. (1984). The phenomenon of social representations. In R. M. Farr & S. Moscovici (Eds.) *Social representations*. University Press.
- Rodríguez, T. (2020). Representación sindical y activismos feministas. El caso de la intersindical de mujeres. *Observatorio Latinoamericano y Caribeño*. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, 4, (1).
- Varela, P. (2020). Feminismo y sindicatos entre 2015-2018 en Argentina: articulaciones y tensiones. Una lectura desde la pregunta por el cruce entre género y clase. *Plaza Pública. Revista de Trabajo Social*, 23, (13).
- Watson, D. (1988). *Managers of Discontent*. Routledge.

Fuentes

- Mujeres Sindicalistas (2016). Documento de Primer Encuentro de Mujeres Sindicalistas. <https://movimientodetrabajadoresargentinos.com.ar/attachments/article/8/doc-mujeres.pdf-1-1.pdf>
- Mujeres Sindicalistas (2017). Documento del Segundo Encuentro de Mujeres Sindicalistas. <https://blogsatsaidcapital.com.ar/wp-content/uploads/2-encuentro-de-mujeres-sindicalistas-de-la-cft.pdf>
- Mujeres Sindicalistas (2018). Documento del Tercer Encuentro de Mujeres Sindicalistas.

Entre la distancia y el compromiso.
Una reflexión acerca de la experiencia de trabajo
con/sobre las víctimas del terrorismo
de Estado en Argentina^{1*}

Santiago Cueto Rúa²

Introducción

Comienzo a escribir este texto luego de escuchar en la radio un reportaje a Estela de Carlotto en el que habló del aniversario de Abuelas de Plaza de Mayo y del Día Nacional por el Derecho a la Identidad. Escuchar su testimonio es al mismo tiempo un lugar de memoria. ¿Cuántas veces la escuchamos? ¿Cuántas veces volvimos a vivir su dolor y, desde hace unos años, también su alegría por haber encontrado a su nieto? ¿Cuántas veces asistimos a marchas conmemorativas o algún otro tipo de evento del campo de los derechos humanos luego de ser convocados por Estela, o por algún/a otro/a militante de las organizaciones humanitarias? ¿Cuántas veces, en medio de la desolación por la impunidad, los organismos devinieron en faro y en envío

¹ * Agradezco a Cinthia Balé la generosa lectura de un borrador de este trabajo y los comentarios realizados. Una versión semejante de este texto se publicó en el dossier de la Revista *Clepsidra* “Los estudios sobre memoria social en el siglo XXI: avances, desafíos y perspectivas”, coordinado por Enrique Romanin y Carolina Tavano.

² IdIHCS-UNLP.

para seguir reclamando justicia? Pero apago la radio y comienzo a escribir. ¿Cómo es el pasaje del vínculo que tenemos con las víctimas en cuanto ciudadanos/as y en cuanto investigadores/as? ¿Qué queda en estos textos de ese sujeto agradecido a la lucha de las Abuelas a la hora de escribir sobre ellas y/o sobre las víctimas del terrorismo de Estado en general? ¿Cómo se hace para combinar nuestro modo de vincularnos a estos temas mediante nuestro rol como ciudadanos/as o militantes con nuestra tarea como académicos/as? A partir de mi experiencia individual, pero con la hipótesis de que lo indagado aquí puede extenderse a una experiencia colectiva, este texto intenta plantear algunos interrogantes, presentar algunas incomodidades y evitar fórmulas para su resolución.

Conocimiento y distancia

La indagación académica, el conocimiento histórico, sociológico o antropológico, requieren de una posición subjetiva diferente de la que se pone en juego cuando simplemente escuchamos, en nuestro modo ciudadano, un testimonio como el de Estela de Carlotto o de cualquier otra víctima o protagonista de los años más sangrientos de nuestra historia reciente. Cuando indagamos en esas historias, para conocer sus prácticas y sus representaciones debemos apelar a las reglas bajo las cuales producimos conocimiento.³

De acuerdo con Norbert Elias (1990), el conocimiento científico requiere efectivamente una toma de *distancia* que implica dejar de lado otro plano de conciencia: el *compromiso*. Entre ambos polos transcurre nuestra vida en sociedad y la tarea científica exige que el primero domine al segundo. Así, sostiene Elias, el trabajo científico demanda un distanciamiento respecto de cuestiones cotidianas y axiológicas por parte de quienes realizan estas tareas. En sus palabras:

³ Muchas de las cuestiones planteadas aquí son inherentes a cualquier objeto de las ciencias sociales, otras solo cobran sentido cuando esos objetos indagan actores que son, además, víctimas del terrorismo de Estado o de otras violencias equiparables.

La pregunta típica del pensamiento comprometido, ‘¿Qué representa eso para mí o para nosotros?’, se encuentra ahora subordinada a preguntas como ‘¿Qué es eso?’, o ‘¿Cómo están relacionados esos fenómenos entre sí?’. De esta manera, el nivel de distanciamiento, representado por la labor de físicos o biólogos, en cierta medida se ha institucionalizado como parte de la tradición científica (...) (Elias, 1990, p.16).

Ligado a la toma de distancia se encuentra el objetivo de comprender: “La tarea del científico social es comprender, y hacer que los demás comprendan, cambiantes conjuntos de interrelaciones formadas por los seres humanos, la naturaleza de esos lazos y la estructura de esos cambios” (Elias, 1990, p. 23). No obstante, este afán de comprensión y la toma de distancia como condición de esa práctica no implican que se deje de lado la otra disposición mencionada: el compromiso. Ahora bien, en cuanto disposiciones contrarias, lo que intentaré en este texto es una reflexión acerca de cómo se articulan estas en un escenario específico de lo social: aquel que se construye con base en un pasado reciente que, como el nuestro, está atravesado por la experiencia traumática de la desaparición sistemática de personas. Se trata de una experiencia cuyas consecuencias son difíciles de exagerar por la profundidad del daño subjetivo y colectivo que produjo. Como señala Gabriel Gatti (2008):

La catástrofe es tal: las cosas no tienen ya palabras para darles consistencia; la estructura, el orden convencional de las cosas, son sometidos a tal terremoto que el disloque que le sigue no puede ser interpretado con las palabras que tenemos. Hacen crack nuestras estructuras cognitivas: las que sirven para pensar a los vivos, los muertos, al sentido moral de las cosas (p. 62).

La pregunta entonces es ¿cómo producimos conocimiento acerca de un mundo en cuyo origen hubo un “crack de nuestras estructuras cognitivas”?

Otra idea de Elias (1990) que resulta pertinente para esta reflexión es la que invita a pensar la ciencia como una práctica que se realiza de modo colectivo, en el sentido de que quienes la llevan adelante forman parte de espacios sociales que trascienden la mera individualidad.

en todos estos grupos existe un grado de distanciamiento que ninguno de sus miembros puede sobrepasar sin aparecer a los ojos del grupo como hereje (y convertirse en tal), sin importar que sus ideas o teorías concuerden con los hechos observables y se acerquen a aquello que llamamos verdad (p. 26).

Si esto es válido en general, lo es con algunas particularidades para un campo de estudios como el nuestro, constituido a partir de experiencias traumáticas.⁴ Como este texto es de autoría individual, pero pretende ser una reflexión en torno a una práctica que es colectiva, me pregunto si lo planteado por Elias en este párrafo tiene asidero en el campo de estudios del pasado reciente.⁵ ¿Hay un acuerdo entre nosotros/as sobre el grado de distancia que aceptamos tener respecto del mundo de las víctimas? ¿O estamos movidos/as exclusivamente por la intención de conocer “aquello que llamamos verdad”? ¿Existen verdades en nuestro campo, la negación de las cuales haría de cualquiera de nosotros un hereje? ¿Serán estas verdades el carácter sistemático de la violencia estatal, la radical diferencia entre la violencia ejercida por el Estado y la de las organizaciones revolucionarias, o,

⁴ Como señalan Marina Franco y Florencia Levín (2007b), la historia reciente es una disciplina hija del dolor derivado de las experiencias de violencia estatal sistemática.

⁵ Este campo de estudios excede ampliamente la indagación sobre el mundo de las víctimas. No solo porque hay numerosos trabajos que abordan las militancias políticas previas al terrorismo de Estado, algunas de las cuales tensionan o directamente rechazan la figura de la víctima, sino también porque hay estudios que analizan el mundo de los victimarios, lo que implica otro tipo de desafíos de los planteados en este texto. Pese a esto, para los fines argumentales, cuando hable del campo de estudios del pasado reciente haré referencia específica a la particularidad de trabajar con/sobre víctimas.

en términos valorativos, pero con fuerza de fe, la necesidad de que la violencia ejercida por los represores sea tramitada a través de juicios penales que condenen su accionar?⁶

Más allá de la pertenencia a ese colectivo que de algún modo funda las bases de nuestro compromiso, la práctica que realizamos está basada en la capacidad de tomar distancia:

si, en último término, los científicos sociales, a pesar de usar procedimientos más especializados y lenguajes más técnicos, no poseen una forma de aproximación a los problemas sociales menos influida por ideas e ideales preconcebidos por pasiones y visiones parciales que la del hombre de la calle, ¿tienen realmente razón de llamarse a sí mismo “científicos”? (Elias, 1990, p. 26).

¿Cuáles serán, si seguimos el razonamiento de Elias, las pasiones y visiones parciales cuya influencia debemos dejar de lado a la hora de producir conocimiento? ¿Habrà algún modo de establecer un acuerdo en torno a ello? Posiblemente no.

El sociólogo alemán continúa con estas preguntas:

¿Pueden los científicos sociales contribuir a resolver problemas de importancia, así sean problemas específicos de su propio grupo, de su propia nación, clase social, profesión, etc., si utilizan artículos de fe canonizados o normas de uno u otro de estos grupos como fundamentos evidentes de sus teorías, de manera que los resultados de la investigación ya están determinados de antemano y destinados a confirmar ese conjunto de creencias y valora-

⁶ La idea de que hay una serie de acuerdos en torno al pasado reciente, y en especial a la centralidad del rol del Estado en definir políticas públicas específicas, y que quienes rompen esos acuerdos son ubicados en el rol de “herejes”, fue planteada por Analía Goldentul (2021) en su tesis doctoral. La autora indaga la posición de una serie de académicos que cuestionan algunos sentidos comunes del campo académico, en este caso asociados directamente al apoyo de las políticas públicas de memoria de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

ciones del grupo, o , cuando menos, a no ir en su contra? (Elias, 1990, p. 17).

Esta pregunta se torna válida para nuestra práctica en la medida en que nuestros posicionamientos políticos, ideológicos, humanitarios, pueden ser pensados como artículos de fe, aquello de lo que cual no estamos dispuestos a movernos. ¿Puede esta posición, guiada por la lógica del compromiso, condicionarnos, en el sentido de limitar nuestra producción de conocimiento? ¿O cuando conocemos logramos desplegar una distancia tal que lo producido podría no diferenciarse de lo que indagaría otro/a investigador/a que no tuviera nuestras posiciones ideológicas, políticas o humanitarias? ¿Al indagar el mundo de las víctimas, logramos tomar distancia como si no hubiéramos iniciado nuestro vínculo con ellas a partir de lazos emocionales y/o humanitarios? ¿Podemos mirar con desencanto aquello con lo que al mismo tiempo compartimos un encanto? Efectivamente hay algo tenso allí.

Otra tensión de naturaleza diferente, pero emparentada con la anterior, emerge cuando los productos de nuestras investigaciones pueden perjudicar política o incluso legalmente a los actores que indagamos. La circulación de nuestros textos queda fuera de nuestro control, lo que implica que estos pueden ser aprovechados por actores políticos contrarios a nuestro ideario (y al de nuestros actores) o, en alguna oportunidad, por agentes de justicia que juzguen como ilegales ciertas prácticas visibilizadas por nosotros/as. Esta tensión se manifiesta más claramente cuando los indagados son los protagonistas de las luchas políticas de los años setenta, muchas de las cuales se desarrollaron en el plano de la ilegalidad.

¿No deben a veces tener buenos motivos para temer que pueden perjudicar a su causa y dar armas al enemigo si someten a un examen sistemático y desapasionado los artículos de fe canonizados socialmente y los ideales de uno de los grupos a los

que ellos mismos pertenecen? (...) Tal como están las cosas, su tarea social como científicos y los requerimientos de su posición como miembros de otros grupos se encuentran a menudo en contradicción (Elias, 1990, p. 27).

Elias coloca un palo en la rueda de la creencia de que investigar y tener una militancia política son tareas que se pueden hacer sin tensiones. La rueda que al vincular ciencia y política omite que los *ethos* propios de cada práctica son de naturaleza diferente y eventualmente contraria. Estas tensiones no tienen resolución carente de conflictos:

el problema que se plantea a los científicos sociales no puede solucionarse mediante una sencilla renuncia a las funciones de miembro de grupo en favor de las de investigador (...) Además, su participación personal, su compromiso, constituyen una de las condiciones previas para comprender el problema que ha de resolver como científicos (...) ¿Cómo es posible mantener inequívoca y consecuentemente separadas ambas funciones, la de participante y la de observador? ¿Cómo pueden los científicos sociales, en tanto que conjunto profesional, establecer en su trabajo científico el predominio indiscutido de las funciones de observador? (Elias, 1990, p. 28).

En la sociología de Elias, “en todo conocimiento siempre existe una mezcla pendular de compromiso y distanciamiento” (Guerra Manzo, 2012, p. 41). La producción de conocimiento científico requiere entonces de una disposición de distanciamiento, puesto que la plena vigencia de una actitud de compromiso nos dejaría ubicados en nuestro lugar de origen, sin capacidad de producir nuevos saberes. Ahora bien, esa distancia, como dice Elias, tiene un límite impuesto por los grupos a los que pertenecemos.

La idea de pensar la actividad científica como inserta en el marco de un colectivo que trasciende la mera individualidad está ligada a la posición ontológica del sociólogo alemán y su mirada relacional.

“El hombre sólo existe como una comunidad de vida. Por ello no se puede hablar del ‘hombre’ sino de ‘los hombres’, ya que no es posible referirse a un hombre que no exista en relación con otros hombres” (Guerra Manzo, 2012, p. 43). Esto me lleva a insistir con la idea de que, si bien esta reflexión tiene su origen en la experiencia individual de investigación, lo que se traduce en un texto de autoría individual (ponencias, artículos, tesis o libros) no puede ser pensado por fuera del/los colectivo/s en el/los cual/es se inscribe. La existencia de ese colectivo es una suerte de axioma de este texto. Un colectivo de bordes imprecisos, que carece de un anclaje orgánico o institucionalizado, sin un estatuto, programa, o prescripciones formales.

Pese a esto, su existencia se constata y el núcleo de valores que lo contiene puede ser, como decía, el reclamo por la verdad, la memoria y la justicia por los crímenes cometidos por la dictadura. Es un colectivo de investigadores/as que abordan los temas de nuestro pasado reciente y que lo hacen —en términos generales— luego de haberse acercado a la temática a partir de su rol de ciudadanos/as. Posiblemente fue haber vivido de modo directo o indirecto —a través de narraciones familiares o escolares/institucionales— la experiencia de la dictadura lo que nos llevó a interesarnos por estos temas. Eso puede implicar en algunos casos la decisión de llevar adelante una actividad militante, más o menos orgánica, o simplemente participar de estos reclamos.⁷ En suma, se trata de un colectivo de investigadores que —vale subrayarlo, *en términos generales*— comparte una serie de valores, demandas, lecturas sobre el pasado y sobre el presente con los/as actores/as a los que indaga y, además, siente afinidad humanitaria y política por ellos/as.

⁷ A esto debe agregarse la especificidad de la mirada generacional. El campo de estudios fue gestado por investigadores de la misma generación que fue víctima del terror estatal, pero se fue consolidando con las generaciones sucesivas y la consecuente ampliación de agendas, preguntas y perspectivas.

Pese a este compromiso, que está en el origen de nuestro acercamiento al tema, lo que signa nuestras prácticas, como hemos dicho a partir de Elias (1990), es el intento de construcción de una distancia. En ese mismo sentido argumenta Enzo Traverso (2010) su posición:

un historiador no puede trabajar poniéndose al servicio de un proyecto de logro de justicia, un proyecto de reivindicación memorial. Un historiador no puede decir 'yo trabajo sobre este tema porque intento sostener el trabajo de este juez, el trabajo de este grupo, de esta asociación de hijos, de madres, de familiares, de esta agrupación política, de izquierda o de otro tipo'. Por supuesto, puede tener su compromiso político como ciudadano, pero si concibe su trabajo de investigación al servicio de un proyecto político creo que las consecuencias pueden ser deletéreas. No se trata de defender la visión ilusoria de una neutralidad axiológica de las ciencias históricas, sino de defender el principio de la independencia crítica del historiador (p. 172).

De acuerdo con Traverso, la profesión se irgue sobre la diferencia respecto de nuestras tareas como ciudadanos/as; nuestros compromisos no delinear (o no deberían delinear) el curso de nuestras tareas académicas. Pero como dije antes, esas posiciones axiológicas están ahí, dando una estructura política y emotiva a nuestro colectivo. ¿Logramos esa toma de distancia?; ¿debemos efectivamente lograrla?; ¿hacemos ciencias sociales de modo independiente de nuestras posiciones políticas o humanitarias?

Indagar a las víctimas y compartir espacios sociales con ellas

Muchas de las investigaciones del campo de estudios del pasado reciente se concentran en recuperar las voces de las víctimas. Con ese horizonte se han desarrollado numerosos trabajos que han indagado en las perspectivas de los actores. Esta recuperación de las voces de

las víctimas, como plantea Rouso (2018), ha sido uno de los afluentes que han puesto en el centro del mundo académico el tema de la memoria. Las memorias de los de “abajo” y las memorias de las víctimas han fortalecido este campo de estudios (Rouso, 2018). Ahora bien, esto nos deja frente a algunos interrogantes sobre los cuales se puede reflexionar. Cuando un investigador recupera esas voces silenciadas, esas memorias subterráneas —como las llama Pollak (2006)—, puede caer presa de una mera reproducción de esas voces, puede ceder ante la tentación de pretender ser “la voz de los que no tienen voz”; puede, en suma, responder a un mandato sumamente valorable desde el punto de vista ético, pero improductivo desde el punto de vista analítico o epistémico. El interrogante es, en palabras de Marina Franco y Florencia Levín (2007a), “¿Cómo articular un trabajo serio, crítico y profesionalizado aceptando, a la vez, el rol político y cívico ineludible que toca al investigador que se consagra a ello?” (p. 17).

Se pone en juego acá la tensión referida entre distancia y compromiso, y quizás en nuestro campo de estudios se ponga en juego de un modo más cabal, en la medida en que nuestro compromiso no es hacia cualquier experiencia social sino hacia la experiencia de las *víctimas*. No porque la condición de víctimas sea algo que de modo mecánico genera esa adhesión emocional de parte del resto de los/as ciudadanos/as, sino porque nosotros/as —los/as que pertenecemos a este colectivo— tomamos una posición humanitaria, pero a la vez ideológica y política, de compromiso con *esas* víctimas. Si pensamos en la experiencia de dolor desde un punto de vista estrictamente humanitario, la condición de víctima podría caberle a cualquier persona sufriendo o dañada, en especial de cualquier tipo de violencia, no obstante —al menos en nuestro país— las víctimas del terrorismo de Estado tienen un *plus* que las coloca en un lugar especial. Ese lugar está asociado a que el terrorismo de Estado que a ellos los transformó en víctimas, a muchos de quienes no fuimos víctimas directas nos su-

puso una experiencia estructurante de nuestra condición ciudadana (lo que nos llevó a muchos/as de nosotros/as a dedicarnos profesionalmente a este tema).

Entonces, si el compromiso con estas víctimas, con su dolor, es de una naturaleza especial, también lo es el ejercicio de distancia que debemos elaborar para dar cuenta analíticamente de sus mundos. Ese ejercicio de distanciamiento requiere desnaturalizar lo naturalizado y descotidianizar lo cotidiano (Guber, 2005), tomar distancia del mundo de significados de las víctimas, que en muchos sentidos es nuestro mundo, para poder dar cuenta de sus acciones, representaciones, subjetividades, formas de clasificación, modos de vincularse entre sí, con las agencias estatales y con el afuera del mundo de las víctimas, entre otras cuestiones.

Ahora bien, como señala Guber (2005) la relación entre el/la entrevistado/a y el/la entrevistador/a está “socialmente estructurada” (p. 91). Esa estructuración puede tener múltiples sentidos que desde luego dependen de cómo esté configurado el mundo académico y de la posición del/la entrevistado/a en él y, desde ya, del mundo de las víctimas. No hay algo mecánico o de índole natural que defina cómo es ese vínculo. Por lo tanto, tampoco hay una estructuración que ubique al investigador en una posición de poder respecto de la víctima. ¿Quién tiene el poder (o más poder) cuando se establece una relación entre entrevistador/a y entrevistado/a? Desde ya que esa pregunta no se puede responder de manera general sino de modo situado. De todas formas, no queremos acá responderla, sino dejarla planteada, en especial para el caso en que la persona entrevistada sea una víctima del terrorismo de Estado. Esto lleva a preguntarnos qué sucede específicamente en nuestro país, con nuestras víctimas, en lo referido a esa distribución de poder.

Un modo de abordar esa relación es pensar que no es excepcional que tanto investigador/a como víctima sean parte de un mismo

espacio social, en un sentido más específico de lo que implica formar parte de una misma sociedad. Un espacio social más reducido, definido por la existencia de ideas, valores, demandas, prácticas, memorias y espacios de sociabilidad compartidos. Un espacio en el que se comparte una posición de impugnación al terrorismo de Estado y la valoración positiva respecto de los procesos de justicia. Ligado a esto, el anhelo de que la sociedad tenga presente ese pasado traumático y el Estado oficialice las voces que den cuenta, en términos individuales o subjetivos, o en términos más colectivos o institucionales, del horror vivido y evite el camino del negacionismo o la relativización del drama sufrido. Ese espacio socialmente estructurado, con actores ocupando lugares con diferente grado de legitimidad bien puede ser pensado como un campo, en el sentido que le asigna Pierre Bourdieu.⁸ La pregunta es cómo se distribuye el capital simbólico en un campo como el nuestro y cómo puede impactar eso en nuestro ejercicio de conocimiento. El asunto de algún modo se complejiza más si consideramos que esas víctimas con las cuales interactuamos son además portadoras de un capital simbólico dominante hacia dentro de las lógicas del campo.

En nuestro país son numerosas las investigaciones que han dado cuenta del proceso de legitimación de las voces de las víctimas del terrorismo de Estado y en especial de sus familiares. Luego del trabajo pionero de Judith Filc (1997), Elizabeth Jelin (2007) fue quien indicó la existencia del familismo, entendido como un proceso a través del cual las voces de los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, en especial de los y las desaparecidos/as, se fueron transformando en las más legítimas, lo que implicó que esa legitimidad se extendiera al espacio público. Como en todo espacio social, en el campo de los de-

⁸ En otro trabajo desarrollé esto a partir de un uso flexible, pero a mi entender productivo, de la categoría bourdieuana de campo (Cueto Rúa, 2018b).

rechos humanos y la memoria, la legitimidad de algunas voces tiene como contracara la menor legitimidad de otras.⁹

Distancia, conocimiento y moral

Gracias a la distancia epistemológica, en nuestro campo de estudios se han elaborado trabajos que han avanzado en comprender los procesos que hemos atravesado como sociedad a la hora de vincularnos con nuestro pasado reciente. A mi entender, un trabajo pionero en esta materia, y especialmente agudo a la hora de indagar las prácticas y las representaciones de los protagonistas, es el de Virginia Vecchioli (2001) titulado “Políticas de la memoria y formas de clasificación social. ¿Quiénes son las víctimas del terrorismo de Estado”? Allí la autora indaga en los modos de clasificación social en torno a la figura de las víctimas y lo hace mediante una etnografía en la que analiza el proceso de conformación de una nómina que dio sustento a un monumento a las víctimas del terrorismo de Estado, emplazado en la costanera norte de la ciudad de Buenos Aires. El trabajo es notable, sobre todo en su capacidad de desnaturalizar el modo en que los actores construyen esas formas de clasificación social. Y su mérito aumenta si se considera que estas últimas son, en términos generales, las mismas que las de los/as investigadores/as.

Su ejercicio metodológico implica dar un paso atrás y gracias a eso poder observar esos mecanismos habitualmente naturalizados. Así, podemos advertir que esa categoría —“víctima del terrorismo de Estado”— tan usada y de apariencia prístina, tiene por detrás discusiones relevantes y bordes difusos. La categoría es, además, el resultado de algunos modos de pensar nuestros conflictos que se impusieron sobre otros. Hay luchas de poder detrás de ella, y lo que quizá sea algo paradójico: quienes tienen ese poder son pre-

⁹ Además de Filc y Jelin, otros/as investigadores/as han abordado esta temática, por ejemplo, Da Silva Catela (2001), Vecchioli (2005), Lastra (2019), entre otros/as.

cisamente las víctimas.¹⁰ En mi opinión y a los fines de la argumentación de este trabajo, la clave del texto de Vecchioli (2001) se encuentra en este extracto:

este trabajo sobre el proceso de objetivación de una categoría social (*víctima del terrorismo de Estado*) no aspira a intervenir en la formulación de los criterios apropiados para la discriminación de las ‘víctimas’ que deberán ser inscriptas en el monumento. Porque a diferencia de la abundante literatura académica, testimonial y de divulgación que ha sido publicada en los últimos años, relativa a las violaciones a los derechos humanos o a la memoria de la represión – y que toma como punto de partida la existencia objetiva de *víctimas del terrorismo de Estado* como una consecuencia directa de la comisión de un delito por parte del Estado–, el punto de vista adoptado en este trabajo asume la imposibilidad de afirmar la existencia de “víctimas” independientemente de los agentes que le dan existencia social (abogados, familiares, militantes, legisladores, etc.), así como la imposibilidad de comprender el sentido de esta categoría por fuera de las luchas sociales que dichos agentes sostienen con el propósito de otorgarle un sentido exclusivo (2001, p. 85; cursivas en el original).

Si la clave de la productividad de la mirada de Vecchioli se funda en que ella decide quedar afuera de ese juego (en el sentido de la *illusio* bourdieana), la nota al pie que ella incorpora en la misma página muestra las implicancias que a veces puede tener en espacios sociales como el nuestro dar ese paso atrás, es decir, construir un lugar de enunciación por fuera de las lógicas de los protagonistas, la posibilidad de constituirse en lo que Elias (1990) llama herejes. Aclara Vecchioli (2001):

Dada la extrema sensibilidad del tema, conviene destacar que el punto de vista adoptado en este trabajo de ninguna manera signi-

¹⁰ Esta última idea se inspira en el texto de Vecchioli pero no es sostenida por ella.

fica negar la existencia de asesinatos y desapariciones como consecuencia del accionar terrorista del Estado. Más bien, pretende esbozar algunas claves para comprender la consagración de una forma de narrar el pasado político reciente en la cual algunos de sus protagonistas aparecen calificados como “víctimas del terrorismo de Estado” (p. 85).

La extrema sensibilidad es del tema y, como no podría ser de otro modo, de los protagonistas.

Otro trabajo productivo para pensar estas tensiones es el de Sergio Visacovsky (2005), titulado “El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina”. El autor indaga sobre el temor a cómo puede ser recibido su trabajo entre las personas a las que él entrevistó en el marco de su investigación sobre la historia del Hospital Lanús, específicamente el Servicio en el que se desempeñan psiquiatras y psicoanalistas. Parte de esa historia aborda lo sucedido allí en los años setenta, de modo que el escenario simbólico se asemeja al que venimos describiendo. El miedo del autor se funda en cómo había utilizado una fuente oral y el rechazo a ese uso por parte de una de las entrevistadas. Es en alguna medida un temor más o menos extendido entre quienes trabajamos con fuentes orales y en especial entre aquellos cuyos resultados son observados, leídos y/o escuchados por los actores que formaron parte como “nativos” en las investigaciones. Visacovsky (2005) señala la raíz de su preocupación de este modo: “mi trabajo debía forjarse a partir de relatos nativos considerados, en buena medida, como *sagrados*” (p. 278) y agrega luego una serie de interrogantes:

¿qué sucede cuando las historias de los Otros están fundadas en un orden moral que es también constitutivo de Nosotros? ¿Qué sucede cuando constatamos que ese orden moral es visto por Nosotros como verdadero e indiscutible, puesto que lo practicamos cotidianamente? ¿Qué sucede cuando advertimos que constituye

una precondition para ser considerados –¡y considerar!– ciudadanos aceptables? (p. 278).

Esta serie de interrogantes es útil para retomar algunas cuestiones nodales de este trabajo. ¿Podemos o debemos construir conocimiento pese a que ese proceso nos lleve a ser considerados/as herejes por las mismas personas a las que humanitaria y políticamente nos acercamos? ¿Estamos dispuestos a ser considerados malos ciudadanos por el hecho de poner en juego la distancia propia de los colectivos académicos a los que pertenecemos? La respuesta que ofrece Visacovsky (2005) a estas encrucijadas es la siguiente:

[el antropólogo] *sólo puede reforzar su apuesta por la antropología* (...) este camino no es necesariamente el del observador frío o imparcial, un *voyerista* solidario con otros *voyeristas* lectores: es el camino de quien, sintiendo el temor que acarrea comprender el valor y la importancia de las ‘historias sagradas’ propias y ajenas, no esquiva el desafío de escribir sobre ellas, aunque conozca las posibles consecuencias (p. 309; cursivas en el original).

La mirada distanciada, fundamental para producir conocimiento, es a su vez una mirada crítica o incluso desencantada. Hay que poder salir del encanto del mundo para poder conocerlo, al menos con esos ojos críticos. Como señala Bajtin (1982):

La posición vital del que sufre, si se sufre desde dentro, me puede inducir a una acción ética: ayuda, consuelo, reflexión cognitiva, pero, en todo caso, la vivencia debe regresar hacia uno mismo, a su lugar que está fuera del que sufre, y tan sólo desde su propio lugar el material vivencial puede ser concientizado ética, cognitiva o estéticamente; si tal regreso no tuviese lugar, sucedería un fenómeno patológico de la vivencia del sufrimiento ajeno como propio, una contaminación por el sufrimiento ajeno y nada más (p. 31).

Entonces, producir conocimiento sobre el mundo de las víctimas implica pasar por su dolor, pero retornar a nosotros para ejercer una mirada crítica. En ese recorrido puede aparecer el fantasma del que habla Visacovsky (él no alude específicamente a víctimas, pero esto no invalida el uso de su reflexión; al contrario, se agudizan las tensiones cuando los protagonistas son las víctimas).

Estas preocupaciones bien pueden ser meros fantasmas de los/as investigadores/as, pero también pueden ser temores reales. En este sentido, hay algo específico del mundo de víctimas del terrorismo de Estado en Argentina que potencia estas tensiones: algunas de las víctimas y los académicos comparten en buena medida sus mundos.¹¹ En este punto es necesario hacer una aclaración: la distinción entre víctimas y académicos es más una distinción de posiciones subjetivas, de lugares de enunciación, que de trayectorias, en el sentido de que no son en absoluto propiedades excluyentes. Una víctima puede devenir académico/a —de hecho, hay varias que lo son—. Y en ese cruce de mundos pueden aparecer los conflictos, para decirlo de modo esquemático, entre los que están en el mundo de las víctimas y los que pretenden indagarlo.

Uno de esos múltiples cruces se produjo en un encuentro organizado por la Comisión Provincial por la Memoria, tal como he analizado en otra oportunidad (Cueto Rúa, 2018a), donde había académicos y militantes humanitarios, algunos de ellos víctimas del terror estatal. Allí la socióloga Silvia Sigal ofreció argumentos contrarios a la pertinencia del uso de la categoría de “genocidio” para dar cuenta de la experiencia represiva argentina. Independientemente de la discusión

¹¹ No es objeto de este trabajo, pero debe quedar consignado. Las víctimas del terrorismo de Estado que más visibilidad han tenido son, en términos generales, las pertenecientes a sectores medios, lo que no implica negar que el destinatario principal del dispositivo represivo haya sido la clase trabajadora. Queda por indagar cómo fue el proceso por el cual algunas voces se instalaron con más fuerza que otras y qué sucedió con esas voces de víctimas relegadas en el espacio público.

de corte conceptual que ofrece argumentos a favor y en contra del uso de la categoría, lo que la crónica del encuentro recupera es la polémica que se desató en el público. El uso de la categoría genocidio se había constituido ya para entonces en una señal de pertenencia al mundo humanitario y en una carta que ofrecía la garantía de que se era consciente del drama vivido. La prueba de esto es que a Sigal le contestaron desde el público que el rechazo de la categoría disminuía la gravedad de lo sucedido.

A mi entender, en esta discusión hay un cruce entre cuestiones epistémicas y semánticas con otras de orden moral. Como señaló Visacovsky (2005), el orden moral que regula a quienes padecieron la represión estatal y consideran que solo se hace justicia semántica (y jurídica) mediante el uso de dicha categoría es el mismo orden moral de quienes ponen en tensión su uso y argumentan que no es pertinente. Lo que para Sigal era una discusión conceptual, para parte del auditorio era algo de orden moral y su cuestionamiento merecía ser objeto de impugnación.

Otro caso de cruce de mundos —o mejor aún, de lógicas— es el relatado por Mariana Eva Pérez en su *Diario de una princesa montonera* (2021), libro en el que aborda algunos de estos temas mediante un péndulo entre su posición de víctima (es hija de padre y madre desaparecidos/as), y su posición académica (es licenciada en Ciencia Política y realizó un doctorado en Literatura en el que aborda el tema de las desapariciones en el teatro). El relato que hace Pérez sobre su vínculo con una académica a la que llama “Cecé” (el libro evita el uso de nombres propios y los reemplaza con referencias no siempre explícitas) permite mostrar algunas de las tensiones sobre las que me interesa reflexionar. El registro del diario es irónico, humorístico. El texto carece casi permanentemente de solemnidad y la autora propone una mirada autocrítica o autoirónica, aunque se dejan ver sus posiciones. Es ese registro lo que vuelve interesante el texto, porque al venir de

una víctima que también es académica refuerza lo planteado arriba: no hay algo esencial en torno a ser víctima o ser investigador/a, hay roles, posiciones, lógicas, que también pueden entrecruzarse.

Pérez (2021) cuenta que “Cecé” la entrevistó para su tesis “y se ganó mi simpatía con el viejo truco de darme la razón en todo” (p. 183). Luego señala que leyó “con espanto” algunas de las ideas planteadas por la investigadora, quien hablaba de “políticas de victimización” y sostenía que “los testimonios de las víctimas dominaron los discursos oficiales de memoria y excluyeron voces públicas más amplias”. La intención de “Cecé” era examinar “quiénes portan la legitimidad del recuerdo” y se incluía en un grupo de investigadores/as interesados/as en indagar en estos conceptos. Pérez relata el enojo que eso le produjo, pero lo narra con distancia, relativizando su propia emoción: “me arrancó un nosotros bien gremial del que ahora me avergüenzo”. Sobre ese nosotros bien gremial señala: “un nosotros las víctimas, por si no quedó claro” y agrega que le molesta el tono “reivindicativo” en el que ese nosotros la ubica.

Al mismo tiempo que se queja de ese nosotros, lo pone en juego a la hora de evaluar las consideraciones de “Cecé”, entre las que se destaca su referencia al “familiar monopólico”. Su respuesta se basa en su participación en “****”¹² en los años noventa, su recuerdo de edificios vacíos, alojando una militancia que carecía por entonces de interés social: “cómo se monopoliza lo que nadie quiere”; y agrega:

los noventa son *mi* trauma, son *mi* terrorismo de estado. Estoy rabiosa, estoy gritando para adentro. No sabe de lo que habla cuando aboga por incluirse en el duelo por los desaparecidos aunque no tenga vínculo de *sangre*. No sabe de lo que habla (Pérez, 2021, p. 184; las cursivas son mías).

¹² Así se refiere a la organización de derechos humanos de la que participó en esos años.

Para cerrar, Pérez (2021) vuelve sobre esa posición subjetiva algo resbaladiza:

No me gusta en lo que me convierten las ideas de Cecé. No me gusta reivindicar que hay algo especial en ser la hija de dos desaparecidos, no la sobrina ni la vecina ni la compatriota. No me gusta hablar del dolor y menos hacerlo pasar por argumento (p. 184).

Posiblemente estemos frente a la clásica distinción sociológica entre agente y estructura. ¿Cuánto puede un individuo actuar (o sentir) por fuera de las lógicas estructurales que lo constituyeron? Esa estructura, el movimiento humanitario, o ese espacio social al que también podemos llamar campo, asigna a los familiares de desaparecidos un lugar especial, y esa asignación está explicada por las prácticas de esos organismos, por las de quienes comparten ese activismo sin ser víctimas, pero sobre todo por la experiencia traumática de haber vivido ese agujero de sentido (Gatti, 2008) que es la desaparición de un familiar —en este caso dos, sus padres—. La profunda radicalidad del drama de la desaparición estructura de tal modo la subjetividad que incluso en los casos como el de Pérez —en los cuales eso se tensiona, se relativiza, se matiza, se cuestiona, se toma con humor—, en algún momento la especificidad de lo que implica el vínculo sanguíneo con ese dolor reaparece.

La mirada de Pérez sobre el trabajo de Cecé materializa en alguna medida los fantasmas con los que lidiamos quienes nos dedicamos a indagar el mundo de las víctimas. ¿Puede abordarse ese mundo sin tomar una distancia analítica que permita mostrar su conformación? ¿Existe la manera de mirar ese mundo bajo la lógica del desencanto y que eso no hiera a quienes están bajo su influjo? ¿Se pueden desnaturalizar prácticas sin incomodar a quienes las llevan adelante de modo inevitablemente naturalizado? ¿Hay modo de que ese mundo, ese espacio social, se construya sin la instalación de lógicas de poder? ¿Hay manera de que las víctimas obtengan reconocimiento social y

que eso no las ponga en términos de la posesión de capital por encima de otros ciudadanos? ¿Puede una víctima ser al mismo tiempo alguien con poder? ¿Tenemos que hablar de eso? ¿Podemos dar cuenta del poder que alguien puede tener hacia dentro de las lógicas del campo sin perder de vista que en la mirada más macro es en su origen una persona dañada por el aparato del Estado, una víctima de la historia?

Gabriel Gatti (2008) indaga también en este mundo, desde un lugar de enunciación particular. Con estas palabras comienza su libro *Identidades desaparecidas*: “Este trabajo se enuncia desde un lugar singular, mis tripas. Pues hablo yo, no lo oculto: soy sociólogo y familiar de desaparecidos” (p. 17). ¿Por qué habría de ocultar su lazo sanguíneo con los desaparecidos? Quizá para evitar que sus textos fueran leídos como meras miradas nativas, como mera reproducción de los modos en los que se tramitan las desapariciones. De algún modo, Gatti parece estar diciendo que tiene un compromiso, pero también una distancia, o que ha construido una distancia, pero no pierde de vista su compromiso porque no puede hacerlo.

Efectivamente, su compromiso, su vínculo directo con las víctimas del terrorismo de Estado, no le impide abordar ese mundo con mirada analítica, profunda y distanciada. A su vez, su posición no carece de tensiones; al referirse al lugar de enunciación que ocupa hacia dentro de las lógicas del campo¹³, se pregunta: “¿cómo actuar? ¿Como familiar implicado por sangre en el campo del detenido-desaparecido? ¿Como académico que busca en el campo del detenido-desaparecido un caso sobre el que trabajar con los problemas teóricos que atañen a las identidades límites?” (2008, p. 28).

¹³ En otro trabajo (Cueto Rúa, 2018b) indagué sobre el modo en que debe llamarse este campo, propuse el campo de los derechos y humanos y la memoria porque me pareció más amplio y pertinente que el campo de los detenidos-desaparecidos. No obstante, a los fines de este trabajo las diferencias semánticas con el recorte propuesto por Gatti son irrelevantes.

Su respuesta va en sintonía con algunas de las ideas aquí planteadas:

A ambas preguntas digo sí. (...) Pero actuar desde ahí [su lugar de víctima] deslegitima en el territorio de los segundos [los académicos], pues en la Academia resuenan aún las retóricas de la vieja objetividad científica argumentada desde la poderosa fuerza de la observación a distancia, de la neutralidad valorativa, del conocimiento desimplicado, descriptivo (p. 28).

Esto nos ubica en otra discusión. ¿Cuál es el recorte del adentro del que habla Gatti? En su caso, es claro: ser familiar directo de desaparecidos. Pero quienes no tenemos un vínculo tan directo con las víctimas del terrorismo de Estado tampoco estamos del todo afuera de ese mundo. Quienes no hemos vivido la experiencia de desestructuración subjetiva y vital que implica la desaparición de un familiar tan cercano como un padre o una madre también estamos implicados. Es, sin duda, otro tipo de experiencia, pero que, a su vez, también implica cercanía, puesto que nos hemos constituido en cuanto ciudadanos a partir del drama colectivo de las desapariciones forzadas; y anudado a eso (porque la experiencia evidentemente no ha sido igual para toda la ciudadanía) la decisión de pertenecer a un espacio social cohesionado por la idea de que esos crímenes deben ser rechazados y sus responsables, juzgados.

Ese anudamiento es político, pero también moral. No hay vida en sociedad sin prescripciones morales, modos de actuar que son externos a nosotros y que nos condicionan. A su vez que nos condicionan, nos ligan, entre nosotros y con la sociedad (Durkheim, 1947). El campo de derechos humanos es un campo cargado de moral. Ahora bien, la pertenencia al campo de derechos humanos como comunidad moral no parece articularse sin tensiones con la pertenencia al mundo académico, con sus lógicas y sus objetivos. No hay mirada académica relevante que se dedique meramente a reproducir las lógicas de los actores, a vivir dentro del encanto. Conocer ese mundo implica mirar-

lo de modo desacralizado, supone de algún modo romper el hechizo. Se trata, de alguna manera, de ir a contramano de ese orden moral que al mismo tiempo, en cuanto ciudadanos, nos constituye. Ponemos en juego otras disposiciones, otras áreas de nuestra subjetividad, cuando asistimos a las conmemoraciones establecidas por el campo humanitario, diferentes a las que utilizamos cuando indagamos ese mundo.

¿Distancia o compromiso? Sí, por favor

Este texto, insisto, se escribe desde ese lugar de pertenencia colectiva y pretende ser una búsqueda de un lugar de enunciación que permita abordar analíticamente los temas de nuestro pasado reciente sin perder de vista el lazo político y emocional que nos liga al mundo de las víctimas. Es decir, conocer sin dejar de lado la pregunta que Elias (1990) le asigna a quien está comprometido: “¿qué representa eso para mí?” (p. 16).

La pregunta, entonces, es cómo producimos conocimiento quienes pertenecemos al campo de los derechos humanos y la memoria. Cómo manejamos nuestra relación entre distancia y compromiso. Cómo lidiamos con la posibilidad de que nuestra mirada sobre el mundo de las víctimas provoque dolor o indignación en esas mismas víctimas, tal como sucede en la anécdota narrada por Mariana Eva Pérez. Y a su vez, cómo se hace para producir conocimiento sobre ese mundo sin reproducir las lógicas instaladas por los propios actores, o, peor aún, con el riesgo de que nuestras investigaciones favorezcan las posiciones de nuestros enemigos ideológicos. ¿O acaso nuestra única fidelidad tiene que ser con el conocimiento de lo social sin atender a las consecuencias que ese conocimiento puede tener sobre las víctimas? ¿No es la experiencia de la desaparición forzada lo suficientemente radical como para que nuestro vínculo en términos de distancia y compromiso se construya de un modo peculiar?

Para terminar, quisiera retomar las palabras que Eduardo Rinesi (2021) le dedicó a su maestro Horacio González, tras su fallecimiento:

Las ciencias humanas y sociales lidian con los mitos que los hombres y las mujeres se inventan en su andar juntos por la historia y con las instituciones en las que organizan su vivir común. Piensan al mito y a las instituciones desde fuera: los objetivan, los disponen sobre su mesa de disección y nos revelan, con distintos métodos, teorías y paradigmas, sus secretos. El militante, en cambio, vive en el interior del mito y de las instituciones. En el interior del mito, que es la savia vital de sus acciones y del sentido que pone a sus acciones; en el interior de las instituciones, cuya ‘toma’, cuya gestión o cuya transformación suele perseguir. Si Horacio González fue un intelectual fuera de serie fue entre otras cosas porque pensó desde adentro y con extrema lucidez los mitos y las instituciones que habitó. Los mitos, que no creía que hubiera que sacar del medio para poder pensar ni para poder vivir. Se vive y se piensa dentro de los mitos, que no son un estorbo para nuestra inteligencia ni para nuestra vocación transformadora, sino la materia misma con la que es preciso laborar.

Algo de lo señalado aquí inspiró este texto. No es su sentido formulario. No se trata de leer a Rinesi de modo literal para intentar emular lo que, según él, fue la posición analítica de González (tarea por lo demás imposible), sino para reflexionar que quizá la extrema radicalidad de la experiencia sufrida por las víctimas del terrorismo de Estado y nuestra cercanía con ese drama nos invitan a pensar que la articulación entre distancia y compromiso debe cobrar aquí nuevas formas.

En mi caso, la cercanía con las víctimas se basa en que además son próximas generacional y socioespacialmente. Muchos de los hijos e hijas de desaparecidos/as que han sido objeto de algunas de mis investigaciones han nacido, en promedio, en el mismo año que yo: 1976. Algunos fueron mis compañeros en la escuela o en la Universidad. Mi experiencia vital y ciudadana ha sido cruzada desde mi primera

infancia por el terror estatal. He vivido de niño la recuperación de la democracia, el juicio a los represores y en la adolescencia y en mi juventud, los años de impunidad. El retorno de los procesos contra los represores y la expansión de las políticas públicas de memoria han sido un mojón de mi vida ciudadana y profesional, al igual que la de tantos de mis colegas de este campo de estudios.

Pese a todo esto, he intentado abordar el mundo de las víctimas tratando de tomar una distancia analítica que me permita conocer sus modos de clasificación, las tensiones a la hora de nombrar lo sucedido en nuestro pasado reciente, los conflictos derivados de habitar una figura tan paradójica como la de la víctima, las tensiones resultantes de querer reivindicar esa figura y al mismo tiempo reconectar con la faceta revolucionaria de sus padres, las situaciones de poder hacia dentro de las lógicas del campo, entre otros temas. El desafío es, a mi entender, construir una mirada crítica sobre estos mundos sin perder de vista que los mitos contruídos en ese derrotero son también nuestros mitos, y así queremos que sea.

Referencias bibliográficas

- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.
- Cueto Rúa, S. (2018a). *Ampliar el círculo de los que recuerdan: la inscripción de la Comisión Provincial por la Memoria en el campo de los derechos humanos y la memoria: 1999-2009*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Posadas: Universidad Nacional de Misiones.
- Cueto Rúa, S. (2018b). Apuntes para pensar el campo de los derechos humanos y la memoria. En Kahan, E. N., Cueto Rúa, S. y Rodríguez, L. G. (Coords.) (2018). *Memoria y violencia en el siglo XX: Horizontes de un proyecto de investigación* (pp. 89-114). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios/Investigaciones; 65). <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/104>

- Da Silva Catela, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado*. Al Margen.
- Durkheim, E. (1947). *Sociología y Filosofía*. Miño y Dávila Editores.
- Elias, N. (1990). *Compromiso y distanciamiento. Ensayo de sociología del conocimiento*. Ediciones Península.
- Filc, J. (1997). *Entre el parentesco y la política: familia y dictadura, 1976-1983*. Biblos.
- Franco, M. y Levín F. (2007a). Introducción. En Franco, M. y Levín, F. (comps.) *Historia Reciente*. Paidós.
- Franco, M. y Levín, F. (2007b). El pasado cercano en clave historiográfica. En Franco, M. y Levín, F. (comps.) *Historia Reciente*. Paidós.
- Gatti, G. (2008). *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada de personas*. Prometeo.
- Goldentul, A. (2021). “Doblegar la bronca y aprender”. *Activismo de la agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos en un entramado político-cultural de los derechos humanos en disputa (2008–2017)* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- Guerra Manzo, E. (2012). La sociología del conocimiento de Norbert Elias. *Sociológica*, 27, (77), 35-70.
- Jelin, E. (2007). Víctimas, familiares y ciudadano/as: las luchas por la legitimidad de la palabra. *Cadernos Pagu*, 29, 37-60.
- Lastra, S. (2019), ¿Víctimas de primera o de segunda categoría? La compleja construcción social de una “jerarquía de las víctimas” en la Argentina posdictadura (1983-1987). *Revista Páginas*, Universidad Nacional de Rosario, 11, (27). <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/370>
- Pérez, M. E. (2021). *Diario de una princesa montonera*. Planeta.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Al Margen.

- Rinesi, E. (2021). Un recuerdo de Horacio González: Los mitos, las instituciones y las cenizas del Bebe Cooke. *Revista Paco Urondo*.
- Rouso, H. (2018). “Nuestra tarea debe ser que la justa memoria sea tanto un factor de justicia como un factor que nos libere para que no quedemos presos del pasado”. Entrevista con Cueto Rúa, S., Herrera, N., Kahan, E., Raina, A., Vila, M. y Merbilhaá, M., *Sociohistorica*, 41.
- Traverso, E. (2010). “El historiador tiene que hacer una historia crítica, no está al servicio de la memoria”. Entrevista con González Leegstra, C.; Carnagui, J. L.; Cueto Rúa, S.; Kahan, E. N., *Sociohistórica*, (27), 167-182. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4880/pr.4880.pdf
- Vecchioli, V. (2001). Políticas de la memoria y formas de clasificación social. ¿Quiénes son las ‘víctimas del terrorismo de Estado’ en la Argentina? (pp. 83-102). En Groppo, B. y Flier, P. (comps.), *La imposibilidad del olvido*. Al Margen.
- Vecchioli, V. (2005). “La nación como familia”. Metáforas políticas en el movimiento de derechos humanos argentino por los derechos humanos. En Frederic, S. y Soprano, G. (comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 241-270). Universidad Nacional de Quilmes,
- Visacovsky, S. (2005). El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad y audiencias nativas en Argentina. En Frederic, S. y Soprano, G. (comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 271-314). Universidad Nacional de Quilmes.

Quienes escriben

Patricia Graciela Flier

Es Doctora en Historia por la FaHCE-UNLP. Investigadora y miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones SocioHistóricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET). Directora del Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP). Directora de la Maestría Interinstitucional Derechos Humanos y Ciudadanía, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de San Luis. Profesora titular de la cátedra Historia Social Argentina (FaHCE-UNLP). Investigadora categoría I en el Programa de Incentivos a los Docentes Investigadores.

María Laura Amorebieta y Vera

Es Licenciada en Sociología por la FaHCE-UNLP y Doctora en Historia por la misma universidad. Fue becaria posdoctoral en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y es ayudante diplomada de la materia Historia Social Latinoamericana en la (FaHCE-UNLP). Sus líneas de investigación se centran en la historia latinoamericana de los siglos XIX y XX, con especial énfasis en la historia cultural y política, los usos del pasado y la construcción de las identidades nacionales en la región. Ha publicado: *Bolivarianos y sanmartinianos frente al centenario de la batalla de Ayacucho en Perú*

(2023), *Bolívar, San Martín y “el pobre” Mitre*. El debate entre Rufino Blanco Fombona e intelectuales argentinos en la revista *Hispania* durante 1913 (2023) y *Una historia de la cultura desapercibida. Identidad, tradición y usos del pasado en la obra de José Luis Romero* (2024).

Nicolás Herrera

Es Licenciado en Sociología por la FaHCE-UNLP. Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales Universidad Nacional de San Martín) y doctor en Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de Sociología General (FaHCE-UNLP). Su investigación actual está centrada en el análisis de los procesos de construcción, transmisión y resignificación del pasado entre los descendientes de armenios que viven en la Argentina. Ha publicado: *La memoria social en el campo de los estudios migratorios de la Argentina: un estado de la cuestión (2001-2020)*, (2023) e *Inmigración y memoria social en Berisso (Argentina). Un análisis de los lugares de memoria, las prácticas conmemorativas y los objetos ligados a la inmigración ultramarina*, (2021).

Emmanuel Nicolás Kahan

Es Doctor en Historia y Magíster en Historia y Memoria por la FaHCE-UNLP. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina. Profesor del Departamento de Historia (FaHCE-UNLP). Coordinador del Núcleo de Estudios Judíos con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (NEJ-IDES) y director del Diplomado en Memoria, Historia Reciente y Derechos Humanos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Es investigador visitante de la Shoah Foundation (University of Southern California), becario del Ibero-Amerikanisches Institut (Berlín) y fue profesor visitante en la Universidad de Ottawa (Canadá). Desde 2015 dirige la colección de libros digitales “Entre los libros de la buena me-

moria” coeditada por Ediciones de la Universidad Nacional de General Sarmiento y la FaHCE-UNLP.

Pamela Sofía Dubois

Es profesora de Historia de las Artes con orientación en Artes Visuales por la Facultad de Artes, Universidad Nacional de La Plata (FDA-UNLP). Ayudante diplomada en la cátedra Producción de Textos A de la Facultad de Artes, (UNLP). Participa en dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Historia del Arte Argentino y Americano (FDA-UNLP), y en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP). Ha publicado: *Los otros monumentos. Un intento contemporáneo de resistir al olvido* (con Andruchow, M.), (2022) y *A 15 años de la segunda desaparición de Jorge Julio López. Movilizaciones, actos y homenajes para mantener viva su memoria y exigir justicia* (con Nieto M. E.), (2021).

Andrea Raina

Es Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Actualmente es becaria posdoctoral por el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHUCSO Litoral-UNL/CONICET). Investiga temas de historia reciente argentina, especialmente en el campo de las militancias políticas. Es docente en la cátedra Historia Social Argentina (FaHCE/UNLP) y fotógrafa. Participa en el proyecto de investigación “Las memorias y el pasado reciente ante nuevos escenarios políticos, tecnológicos y culturales” (FaHCE, UNLP) y en “Historia del presente. Estudios de casos y problemas teórico-metodológicos” (FHUC, UNL). Fue parte del comité editorial de *Aletheia*, revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE-UNLP.

Mariana Paola Vila

Es profesora y Licenciada en Sociología por la FaHCE/UNLP. Doctoranda en el Doctorado de Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP). Secre-

taria técnica en el Centro Interdisciplinario de Estudios Complejos de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de La Plata. Integrante del proyecto de investigación “Las memorias y el pasado reciente ante nuevos escenarios políticos, tecnológicos y culturales”, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLP/CONICET. Su área de trabajo está centrada en el estudio de las experiencias políticas juveniles en la Argentina.

María Emilia Nieto

Es profesora y Licenciada en Sociología. Magíster en Historia y Memoria y doctoranda en Historia (FaHCE-UNLP). Becaria doctoral con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET). El tema de investigación que aborda son las trayectorias militantes de mujeres pertenecientes a organizaciones de derechos humanos y cruza los campos de la historia reciente, los estudios de género y de memoria. Docente en la cátedra Historia Social Argentina (FaHCE-UNLP). Ha publicado: *¿De la casa a la plaza? Memorias, género y militancia: trayectorias de las Madres de Plaza de Mayo de La Plata*, (2023). Integra el proyecto de investigación “Las memorias y el pasado reciente ante nuevos escenarios políticos, tecnológicos y culturales” (IdIHCS, UNLP/CONICET) y el comité editorial de revista *Aletheia* (FaHCE, UNLP).

Victoria Estermann

Es profesora y licenciada en Sociología por la FaHCE-UNLP y doctoranda en Estudios Sociales Interdisciplinarios entre América Latina y Europa (UNLP/Universidad de Rostock). Investiga sobre el vínculo entre feminismos y sindicatos y la división sexual del trabajo desde la perspectiva del feminismo materialista francés. Ganadora en 2019 del concurso de ensayos “Feminismos y sindicatos en Iberoamérica: experiencias, encuentros y desencuentros” organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) junto con el Instituto

de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades de la Universidad Nacional de José C. Paz (Iescode – Unpaz).

Santiago Cueto Rúa

Es Licenciado en Sociología, magíster en Historia y Memoria, doctor en Ciencias Sociales por la FaHCE-UNLP. Se dedica al estudio de la historia reciente argentina, en particular las organizaciones de derechos humanos y su relación con las agencias estatales. Docente de Teoría Social Clásica y de Sociología de la memoria y el pasado reciente en el Departamento de Sociología (FaHCE-UNLP). Ha formado parte del Programa Educación y Memoria del Ministerio de Educación de la Nación. Publicó su tesis doctoral bajo el nombre de *“Ampliar el círculo de los que recuerdan”. La inscripción de la Comisión Provincial por la Memoria en el campo de los derechos humanos y la memoria (1999-2009)*, (2018).

Este libro es una reflexión, colectiva, dialógica y profunda sobre las modalidades, actualizaciones y reformulaciones de las políticas de la memoria. Supone una indagación sobre las formas que adquirieron y han adquirido a lo largo del tiempo las militancias que se han organizado en torno a esta causa en la historia contemporánea de la Argentina. Esta revisión multidisciplinaria se ha estructurado a partir de un diálogo interdisciplinario que espera y aspira representar en el contexto académico de estudio y pesquisa, una contribución y un aporte al complejo panorama de debates sobre las dimensiones epistemológicas y metodológicas, y los conocimientos empíricos, que se desprenden del análisis de las políticas públicas, los sitios y lugares de memoria; las militancias políticas y las agrupaciones (políticas con presencia de jóvenes militantes, organizaciones de derechos humanos, agrupaciones sindicales, espacios de género, etc.). El libro es un mosaico de abordajes específicos sobre lo étnico y la memoria, incluyendo distintos actores sociales y grupos migrantes que elaboran y (re)crean representaciones y relatos del pasado pujante en el tejido social de la memoria.



Pasados/Presentes, 8

ISBN 978-950-34-2587-9



**EDICIONES
DE LA FAHCE**